



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

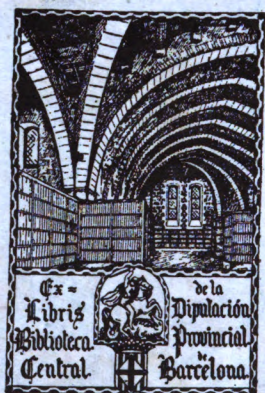
Asimismo, le pedimos que:

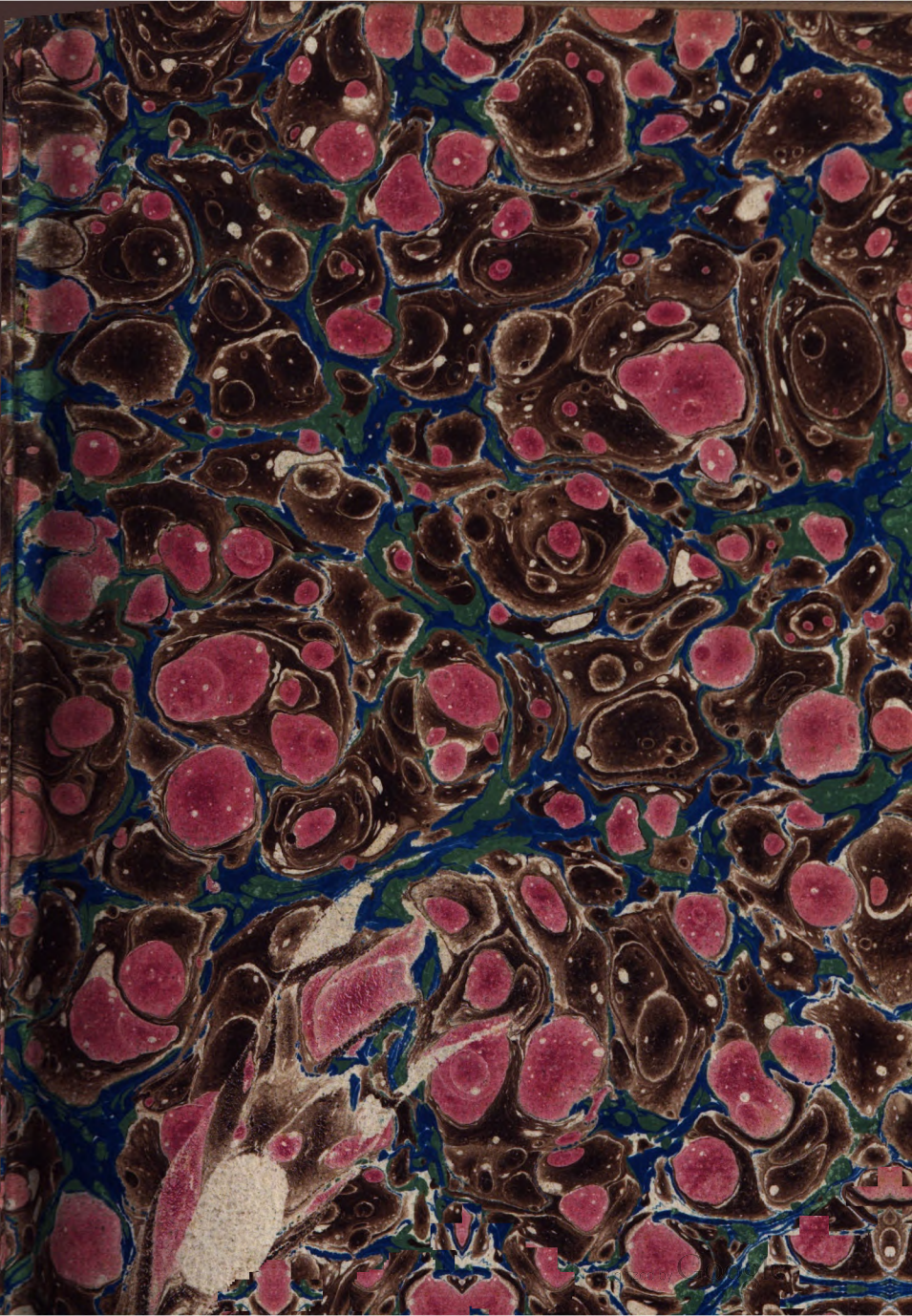
- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>







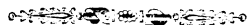
Walter B. B.

BIBLIOTECA
DE
EL CATÓLICO.

—•••••—
TOMO X
—•••••—

CONFERENCIAS

SOBRE
LAS DOCTRINAS Y PRÁCTICAS MÁS IMPORTANTES DE LA IGLESIA CATÓLICA.



TOMO II.

Biblioteca Municipal

CODES

SARRIÀ



ed. in.
from

CONFERENCIAS

SOBRE

LAS DOCTRINAS Y PRACTICAS MAS IMPORTANTES

DE LA IGLESIA CATOLICA,

TENIDAS EN LA IGLESIA DE S. MARY'S MOORFIEDDS

POR EL ILMO. SR. NICOLAS WISEMAN, OBISPO DE MELIPOTANES,

(ahora cardenal arzobispo de Westminster).

Precedidas de una introducción acerca del estado actual del
protestantismo.

—→→→→→
TOMO II.
—→→→→→

MADRID: 1851.

IMPRESA DE EL CATÓLICO, A CARGO DE J. M. CAÑADA,
calle de Colon, número 10.



B. 919112



CONFERENCIAS

SOBRE

LAS DOCTRINAS Y PRACTICAS MAS IMPORTANTES

DE LA IGLESIA CATÓLICA.



CONFERENCIA VIII.

DE LA SUPREMACÍA DEL SOBERANO PONTÍFICE.

Bienaventurado eres, Simon, hijo de Juan⁶ porque ni la carne ni la sangre te han revelado esto, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro y que sobre esta piedra yo edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra, atado será en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra, desatado será tambien en los cielos. (S. Mateo, c. XVI, vv. 17, 18 y 19.)

ALGUN tanto interrumpida ha sido quizá por mis dos últimos discursos nuestra línea de demostración; creo sin embargo, hermanos míos, habreis debido concebir de la Iglesia de Jesucristo una idea conforme al lenguaje de los Profetas y á las antiguas instituciones consignadas en la palabra de Dios. Está

allí representada bajo la forma de un reino sagrado, cuyas partes todas están estrechamente ligadas juntamente por un cimiento indestructible que es la unidad de creencia y de práctica, resultado de un principio de fé comun, bajo una autoridad divinamente constituida. Ya hemos probado que en la Iglesia existe esta autoridad; pero ¿en dónde reside? ¿cómo y por quién debe ser ejercida? El exámen de esta cuestion es lo que va á ocuparnos ahora.

Todas las instituciones que hemos observado en la Iglesia tienen una tendencia invencible al desarrollo y desenvolvimiento de la unidad religiosa. Esto nos conduce á suponer naturalmente que la autoridad, que es su principal base, debe converger tambien en su ejercicio hácia el mismo término. Ya vísteis cómo en la ley antigua la autoridad encargada de la enseñanza iba concentrándose de grado en grado hasta que llegó á parar en manos de un solo hombre colocado en la cumbre de la gerarquía. Por otra parte, la monarquía es la forma de gobierno que los Profetas en sus figuras y símbolos nos han presentado constantemente. Dios es ciertamente el árbitro supremo y el Hijo de David el gefe eterno de esta monarquía; pero su accion sobre el hombre es invisible é inaccesible á nuestros sentidos, al paso que los hechos que se quiere alcanzar, tales como la unidad de fé, son objetos sensibles que dependen de las circunstancias exteriores. Naturalmente, pues, nos vemos impelidos á investigar si hay ó no en la Iglesia un vicario

ó representante de esta autoridad que pueda, y pueda él solo, asegurarle sus ventajas.

Seria una anomalía muy estraña que las diferentes instituciones de la Iglesia cayesen directamente bajo los sentidos y que la mas importante de todas, pues que las otras esperan de ella su principal efecto, fuese de una naturaleza contraria y tal que no tuviese poder sobre los elementos sujetos á su autoridad.

Al exámen de esta cuestion consagraré el presente discurso, y confio que nuestra conclusion os mostrará el complemento necesario de ese magnifico plan que he venido presentando á vuestra vista. Hemos comenzado por los principios elementales. Primeramente habeis admirado estos fundamentos, basados en la palabra de Dios y en las instituciones de los dos Testamentos; y despues habeis visto irse desarrollando esta sagrada mansion de Dios con los hombres. Asi, pues, podemos considerar el asunto que vamos á tratar en este momento como la clave que une, sostiene y corona todo el edificio y que constituye á la vez su belleza, su solidez, su fuerza y su complemento.

Voy, pues, á hablaros de la supremacia de la Santa Sede, como ya tal vez lo habreis adivinado. Pero al tratar de este asunto, veo levantarse contra mí una multitud de preocupaciones, una multitud de recriminaciones que habreis oido andar en boca de todos, y que me imponen el deber de hacer antes algunas observaciones preliminares.—¿Qué entienden los

católicos por supremacía del Papa, ese dogma terrible que por espacio de tres siglos se les condenaba á abjurar cuando querian participar de los beneficios de la ley en nuestra patria? ¡Ah! esa palabra no significa otra cosa sino que el Papa ó el obispo de Roma, como sucesor de San Pedro, tiene autoridad y jurisdiccion en las materias espirituales sobre toda la Iglesia, de modo que es su Gefe visible y el Vicario de Jesucristo sobre la tierra. De la idea misma de esta supremacía dimanán dos prerogativas distintas, pero estrechamente unidas una á otra, á saber, que la Santa Sede es el centro de la unidad y la fuente de la autoridad. En virtud de la primera, todos los fieles están obligados á estar en comunión con el Papa por medio de sus respectivos pastores que por sus relaciones forman así una no interrumpida cadena desde los últimos de la grey hasta el que ha sido instituido universal pastor de ella. Violar esta unión, desechar esta comunión, es constituirse en cisma, crimen destructivo del principio esencial y fundamental del cristianismo.

Por la segunda prerogativa entendemos que el Papa es la fuente de la autoridad, que todos los poderes secundarios le están subordinados en la Iglesia y que de él y por él, directa ó indirectamente, reciben su jurisdiccion. En sus manos, pues, descansa el poder ejecutivo para todas las materias espirituales; á él ha sido confiado el encargo de confirmar en la fé á sus hermanos; á él corresponde velar por la reforma de los abusos y por el mantenimiento de

la disciplina, hacer las necesarias investigaciones cuando surge en alguna parte el error á fin de descubrirle y condenarle; atraer á la sumision los miembros refractarios, ó separarlos del cuerpo como se separa de la cepa los vástagos secos. Finalmente él es quien en caso de graves desórdenes en el dogma ó en la disciplina, convoca en un concilio general á los Pastores de la Iglesia, los preside en persona ó por medio de sus legados, y sanciona con su aprobacion sus cánones ó sus decretos.

No es de estrañar por tanto que, en virtud de esta creencia acerca de tan elevadas prerogativas del Soberano Pontífice, muestren para con él la mas profunda veneracion: lo estraño seria si le negasen el respeto debido á su sublime dignidad. San Pablo, á quien el gran sacerdote Ananias mandó injustamente le pegasen un bofetón en la boca, le reprendió severamente por ello, y diciéndole entonces los que allí estaban: “Así insultas al gran sacerdote de Dios,” contestó San Pablo: “Her-
manos míos, ignoraba que fuese el gran sacerdote, porque escrito está: No hablarás mal del príncipe de tu pueblo (1).” De estas palabras puede inferirse que se debe respetar y honrar á todo el que se halle revestido de esa dignidad, independientemente de sus virtudes ó de sus cualidades morales. Otra consecuencia no menos rigurosa es que se puede re-

(1) Act. XXIII, 4, 5.

conocer esta alta dignidad en quien no estuviera exento de crimen ó de pecado. Acúsasenos hasta la saciedad, á nosotros los católicos, de creer que el Soberano Pontífice es impecable, lo cual equivaldria á creer que todas sus acciones, cualesquiera que fuesen, eran irreprehensibles bajo el punto de vista moral; pero me parece no ser necesario nos justifiquemos de una imputacion tan absurda y tan grosera. No solamente sabemos que el Papa, á pesar de su suprema dignidad, está sujeto como el último de sus súbditos á la maldicion que pesa sobre la raza de Adan, sino que ademas creemos está espuesto á peligros mayores que los nuestros en el hecho mismo de su elevacion; que como nosotros tiene que evitar todas las causas ordinarias de nuestras caidas, y que frágil como el resto de los demas hombres, ha menester recurrir á los mismos remedios y á las mismas precauciones.

La supremacía de la Santa Sede, tal como la hemos definido, lleva un carácter puramente espiritual y no implica la posesion de jurisdiccion alguna temporal. La soberanía del Papa en sus propios dominios no es de la esencia de su dignidad en la Iglesia. Antes de la adquisicion de estos dominios no era menor su supremacía. Si en la série de los siglos se viera despojado alguna vez de su soberanía temporal, como sucedió á Pío VII cuando la conquista francesa, no por eso se debilitaria en lo mas mínimo su autoridad sobre la Iglesia y sobre la conciencia de los fieles.

Ni debe confundirse esta supremacía espiritual

con el vasto imperio que los Pontífices ejercieron en la edad media sobre los destinos de Europa. Nada extraño es que el Gefe de la Iglesia gozase de la mas alta y principal autoridad en un estado social fundado sobre los principios católicos. Pero esa potestad nació y desapareció con las instituciones cuyo resultado era y no entra en la doctrina de la Iglesia acerca de la supremacía papal. Si el tiempo nos lo permite añadiré al fin de este discurso algunas observaciones acerca de este punto y de otros de igual naturaleza que han servido de pretesto para muchas preocupaciones.

Como la preeminencia atribuida por la Iglesia católica al obispo de Roma tiene su fundamento en que él es el sucesor de San Pedro, claro es que no podemos demostrar la prerogativa de la Santa Sede, sino despues de haber demostrado que el Gefe de los Apóstoles fué revestido de una autoridad y de una jurisdiccion superiores. Asi que nuestro asunto es complejo. Examinaremos en primer lugar si San Pedro recibió del Salvador una dignidad y una jurisdiccion superiores á las de los demas Apóstoles; y despues pasaremos á examinar si esta prerogativa fué meramente personal ó si debia trasmitirla á sus sucesores hasta el fin de los tiempos.

I.

Entre los doctores judios habia la costumbre de imponer nuevos nombres á sus discípulos en las ocasiones extraordinarias en que estos desplegaban gran superioridad sobre los otros. Del mismo modo obraba el Omnipotente con sus servidores, cuando en el acontecimiento decisivo de su vida recompensaba su fidelidad revistiéndolos de alguna preeminencia señalada. Asi varió el nombre de Abraham cuando le dió la ley de la circuncision; y el de Sara cuando le prometió un hijo en su vejez, y los bendijo á los dos á fin de que fuesen los *gefes de las naciones y los reyes de los pueblos* (1). Asi Jacob recibió el nombre de Israel despues de su lucha con un ángel, como prenda segura de que jamás prevalecerian los hombres contra él (2). Y es digno de notarse que en el momento mismo en que Simon fué presentado al Salvador, le hizo esta la promesa de que le seria concedida esa distincion: “Tú eres Simon, hijo de Juan; tú serás llamado Cephas, es decir, Pedro (3).”

Esta promesa tuvo su cumplimiento cuando San Pedro confesó la divina mision del Hijo de Dios. Al principio de su respuesta todavia le llamó el Salvador por su primer nombre: “Bienaventurado

(1) Gen. XVII, 5, 15.

(2) Ib. XXXII, 28.

(3) Joann. I, 42.

eres, Simon, hijo de Juan, porque ni la carne ni la sangre te han revelado esto, sino mi Padre que está en los cielos." En seguida procede á la inauguración de su nuevo nombre: "Y yo te digo que tú eres Pedro." Segun la analogía de los ejemplos antes mencionados, debe haber cierta relacion entre el nombre y la recompensa ó distincion que le acompaña. En efecto: el nombre de Pedro significa *pedra*, *roca*; porque en la lengua que el Salvador hablaba en aquella ocasion no habia, ni aun ahora hay, la mas lijera diferencia entre el nombre con que nos es conocido este Apóstol y el término que se usa comunmente para designar una roca ó una piedra (1). Hé aquí pues el sentido que presentaban á sus oyentes las palabras de Jesucristo: "Yo te digo que tú eres una *roca* ó una *pedra*." Ved ahora la relacion íntima que une el final de la frase con el preámbulo: "Y sobre *esta* piedra yo edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella." Tal es la primera prerogativa que fué concedida á San Pedro: el Salvador declara que él (Pedro) es la roca sobre la cual edificará su Iglesia, cual una ciudadela inespugnable.

El Salvador continúa: "Y yo te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que tú atares sobre la tierra atado será en los cielos, y todo lo que en la tierra desatares, desatado será en los cielos."

(1) En siriaco: *Kipho*.

La segunda prerogativa consiste en la posesion de las llaves, ó sea en la potestad de espedir decretos que necesariamente serian ratificados en el cielo.

Aun debe añadirse otra prerogativa, distinta de las dos anteriores, y que le fué conferida despues de la resurreccion, cuando Jesucristo le preguntó por tres veces si le amaba mas que los demas Apóstoles, y le encomendó por tres veces el cuidado de apacientar todo el rebaño, los corderos y las ovejas: “Despues que hubieron comido, Jesus dijo á Simon Pedro: «Simon, hijo de Juan, ¿me amas mas que estos? Pedro le respondió: Sí, Señor; tú sabes que yo te amo. Jesus le dijo: apacienta mis corderos. De nuevo le preguntó: Simon, hijo de Juan, ¿me amas? Respondióle Pedro: Sí, Señor; tú sabes que yo te amo. Y Jesus le dijo: apacienta mis corderos. Por tercera vez le preguntó: Simon, hijo de Juan, ¿me amas? Contristado Pedro al ver que hasta por tercera vez se le preguntaba, ¿me amas? le dijo: Señor, tú sabes todas las coásas, tú conoces que yo te amo. Y Jesus le dijo: apacienta mis ovejas (1).”

En la fuerza de estos dos pasages se funda principalmente la Iglesia para sostener que San Pedro recibió una preeminencia y una supremacia espiritual. Y efectivamente, si de estos pasages resulta que San Pedro recibió una potestad de jurisdiccion propia de solo él y superior á la de los demas Após-

(1) Joann XXI, 15-17.

toles ; se habrá de reconocer que realmente le ha confiado Dios la supremacía que nosotros le atribuimos.

Ahora bien: de haber sido establecido el Apóstol fundamento ó cimiento de la Iglesia, resulta que le fué conferida esa potestad de jurisdiccion. Porque, á la verdad, ¿cuál es la primera idea que esta espresion despierta en nosotros? ¿No es la de que todo el edificio está construido con unidad y solidéz porque descansa sobre esta base comun? Empero lo que en un edificio material es la consecuencia de la pesantéz y de la juntura de las partes entre sí, no puede efectuarse de una manera permanente en un cuerpo moral sino por la fuerza compresiva, por el ejercicio é influjo de la potestad y de la autoridad. Nosotros decimos que las leyes son la *base* del órden social, porque la administracion que las aplica tiene por objeto asegurar los derechos de todos, castigar á sus transgresores, arreglar las diferencias y producir la uniformidad de conducta en todos los que á ellas están sometidos. Nosotros decimos que nuestra triple autoridad legislativa es el *fundamento* de la constitucion inglesa, porque de ella es de donde emanan todos los poderes que rigen las partes subordinadas del cuerpo político, y en ella se apoyan para gobernar, para modificar ó para reformar el todo.

Y ruégooos observeis que este razonamiento excluye la posibilidad de otra autoridad coexistente que fuera, no digo ya solamente superior, sino igual á la autoridad fundamental. Porque si la ley no es la au-

oridad suprema, si fuera de su inspeccion hay otra regla igual en fuerza, que obre en la misma esfera y se aplique á los mismos objetos, habriais de confesar que entonces la ley dejaria de ser la base de un orden de cosas cuya existencia y conservacion no podria ella garantizar. Si al lado de nuestros tres supremos poderes actuales viniera una nueva autoridad á tomar puesto en el Estado, legislando, gobernando y dirigiendo con los mismos títulos, sin que los primeros pudiesen intervenir de modo alguno, decidme: ¿no se conmoveria necesariamente toda la máquina política? ¿no se seguiria de ahí una pronta desorganizacion general? ¿No es evidente que estos poderes dejarian ya de gozar, en nuestro concepto, del mismo privilegio y de ser el fundamento de nuestra constitucion?—Pues aplicad este razonamiento al príncipe de los Apóstoles: *El* es constituido cimiento de un edificio moral, porque eso es la Iglesia. ¿Qué deberemos, pues, entender por esto, sino el poder de tener unidos en un todo compacto los materiales del edificio? ó en otros términos, el poder de gobernar y de dirigir las partes constitutivas de la Iglesia?

Algunos de nuestros adversarios interpretan de diferente modo el pasage en cuestion; y hé ahí la única objecion especiosa que acerca de este punto nos han opuesto. La prerogativa de San Pedro, dicen, consistia en ser enviado el primero para emprender la conversion de los judíos y de los gentiles; y esto basta para que la Iglesia haya tenido por él su

nacimiento y su comienzo , y por consiguiente para que en este sentido se le haya podido llamar el cimiento ó fundamento de la Iglesia.—Pero ¡ cómo ! hermanos míos, ¿ sería así Pedro la roca en que ha sido edificada la Iglesia? Si el Salvador hubiera dicho: “Tú asentarás el cimiento de mi Iglesia,” podría darse ese sentido á estas palabras. Pero ¡oh! ¡y cuánta diferencia hay entre esas palabras y estas: “Tú eres la roca sobre que yo edificaré mi Iglesia!” Con este modo de expresarse ¿quería significar únicamente que este Apóstol comenzaría el edificio, que pondría la primera piedra? Si tuviérais que expresar la relacion que existe entre un edificio y la persona que le comienza ó que es el primero en trabajar en él ¿se os ocurriría siquiera el llamar roca á esa persona? Esta palabra ¿no escita en vosotros mas idea que la de comienzo? ¿no os escita antes bien la de solidez, la de permanencia y duracion?—Ademas, tomemos un hecho análogo: El Evangelio fué predicado por primera vez en Irlanda por San Patricio y en Inglaterra por San Agustin. Y bien: ¿osaríaís decir que San Patricio y San Agustin son el cimiento de estas dos iglesias ó la roca sobre que han sido edificadas? Cuando San Pablo dice que Jesucristo es el único cimiento sobre que cada uno de nosotros puede edificar ¿sostendreis con los arrianos que todo lo que de este testo puede deducirse es que él es la fuente ó manantial de donde ha brotado el cristianismo, y no el *consumador* y autor de nuestra fé, y no el objeto y fundador de nuestras creencias? Cuando se dice

tambien que estamos *edificados sobre el cimient*o de los Apóstoles, ¿afirmareis con los *libres-pensadores* que esto no quiere decir mas sino que los Apóstoles han tenido el honor de predicar la fé los primeros; pero no que la evidencia del cristianismo y de sus verdades descansen sobre su testimonio? Pues, sin embargo, ellos tienen derecho de volver contra vosotros vuestro propio argumento, si os empeñárais en sostener que el Salvador, llamando á San Pedro la roca sobre que edificaria su Iglesia, no le concediera otra prerogativa que la de trabajar el primero en su formacion.

En segundo lugar, Jesucristo no dice solamente que San Pedro será la roca fundamental de su Iglesia; añade ademas que la inmutabilidad é inviolabilidad de la Iglesia serán la consecuencia de esta cimentacion. “Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.” Yo digo que el sentido de estas palabras es el siguiente: “La Iglesia será imperecedera, *porque ella* tendrá por cimient o á Pedro.” La razon es, porque estas dos ideas, cimient o sólido y construccion duradera, tienen entre sí una relacion tan íntima y tan natural, que el modo comun de hablar no nos permite suponer en juntarlas otro motivo que esa misma relacion. Voy á probarlo con un ejemplo que os es familiar: cuando el Salvador dice que el hombre insensato “edifica su casa sobre arena y que, cuando viene la lluvia y los vientos, queda derribada esa casa,” concluimos de ahí al punto, aun cuan-

do no lo viéramos espresado, que la caída tan pronta de ese edificio debe atribuirse á la inestabilidad de su base (1). Del mismo modo la solidez de la casa levantada por el hombre prudente la atribuiríamos al cuidado que ha tenido de asentar su cimiento sobre la roca, aun cuando el Salvador no hubiera sacado espresamente esta consecuencia. Luego tambien cuando se nos dice que la Iglesia será cimentada sobre Pedro como sobre una roca, y al mismo tiempo se declara ser á prueba de los agentes de destruccion, debemos concluir igualmente que su seguridad inmortal será la consecuencia natural de haber sido ella establecida sobre tal cimiento. Luego Pedro no es solo el primer arquitecto de la Iglesia, es tambien su verdadero y positivo sostén; y esto exige, como ya hemos visto, una potestad y una jurisdiccion particulares.

La segunda prerogativa de San Pedro, la posesion de las llaves, ó sea la mision de atar y desatar, no envuelve menos la existencia en él de esa potestad y de esa jurisdiccion. Aquí se nos objeta tambien que este privilegio, lo mismo que el anterior, debia limitarse á *abrir* las puertas de la Iglesia á los judíos y á los gentiles.—Pero ¿cómo atribuir á las palabras del Salvador un sentido tan limitado, y aun diria tan mezquino como este? ¿Han abusado jamás de esta imágen hasta ese punto los escritores sagrados ni los profanos? La en-

(1) Matth. VII, 27.

trega de las llaves ha sido siempre el simbolo de la concesion de la autoridad suprema en el mando. Este es el sentido que la Escritura nos ofrece. Dios *colocará sobre el hombro del Mesias la llave de la casa de David; él abrirá y nadie cerrará detras de él; él cerrará, y nadie podrá abrir* (1); es decir, Dios le entregará la autoridad suprema en la casa de David. En otra parte se dice, que él *ha recibido las llaves de la muerte y del infierno* para significar su soberano imperio sobre el infierno y sobre la muerte (2).

El mismo emblema se usaba frecuentemente en las demas naciones de Oriente para designar la realidad del poder. Por el mas fiel analista de aquellos pueblos sabemos que las llaves del templo de la Meca, y con ellas el gobierno del local se hallaban en las manos de determinada tribu. Estas dos cosas estaban tan indisolublemente unidas, que habiendo sido arrebatadas fraudulentamente las llaves materiales á su verdadero poseedor, este perdió irrevocablemente todo poder, toda potestad en el santuario. En otra ocasion el mismo historiador nos refiere que la posesion del emblema conferia realmente el poder y la potestad que ese emblema representaba (3). Ejemplos análogos, aunque quizá me-

(1) Isai. XXII, 22.—Apoc. IH, 7.—Job. XII, 14.—Is. IX, 6: "*principatus super humerum ejus.*"

(2) Apoc. I, 18.

(3) Abu'l Feda. *Specimen hist. Arab. Oxon.* 1806.—El pasage á que aludo está en la pagina 474 del testo y 553 de la traduccion. Allí vemos que la tribu de los Khezaitas mandó en el

nos notables, encontramos en las naciones europeas. Cuando el soberano confia las llaves de una ciudad á uno de sus súbditos, ¿se entiende por esto que le encarga del cuidado de abrir ó de cerrar las puertas á los extranjeros y á los advenedizos? Cuando á los conquistadores se les entregan las llaves de una fortaleza, ¿no es ya sabido que se les trasmite al mismo tiempo el dominio y la posesion de la plaza? Y de aqui ha venido la costumbre, hoy puramente ceremonial, en la ciudad de Lóndres, de tener cerradas sus puertas cuando el monarca la visita, despues que el primer magistrado le ha presentado las llaves; y ¿qué se quiere denotar con esta costumbre sino que la autoridad suprema es mas, es superior á una autoridad meramente delegada? Luego cuando San Pedro recibe las llaves del reino de los cielos, ó mas bien de la Iglesia, debemos mirarle como investido de la autoridad suprema.

templo de la Meca hasta que uno de sus gefes, Abú Gashan, en un momento de embriaguez, vendió sus llaves á Kosay, delante de testigos. Inmediatamente Kosay encargó á su hijo las llevase en triunfo á la Meca y las mostrase á los habitantes. Luego que Abú Gashan volvió en sí, se arrepintió, cuando el arrepentimiento era inútil, y dió márgen al adagio: "*una pérdida mas lamentable que la de Abú Gashan.*" En las páginas 488 y 561 hallamos otro ejemplo de la misma idea. Los hijos de Ismael poseyeron sin duda la superintendencia del templo, y sus llaves, hasta que la autoridad fué á parar á las manos de Nabeth. Despues de esto, cayeron en poder de los Jorahmitas, como se ve por un verso de un poema de Amer, hijo de Mareth, del Jorahmita: "*En nuestras manos estuvo la ley del templo, despues de Nabeth.*" Luego es evidente que aquellos pueblos identificaban el gobierno del templo con la posesion de sus llaves.

Lo mismo puede decirse de la potestad de atar y desatar. Esta potestad lleva igualmente consigo una prerrogativa de jurisdicción, ora se entienda en el sentido de mandar y de prohibir, ó en el de perdonar y de castigar, que son las dos únicas interpretaciones plausibles; ora se la interprete, y con mas verosimilitud, en los dos sentidos á la vez.

Por último, el ilimitado poder de apacentar la grey de Jesucristo envuelve el mismo primado y la misma jurisdicción sobre toda la Iglesia; porque apacentar el rebaño es sinónimo de dirigirle y de gobernarle. En los autores profanos mas antiguos, Homero, por ejemplo, cuyas metáforas se asemejan mas al lenguaje bíblico, los reyes y los gefes son llamados los *Pastores de los pueblos*. La misma idea se presenta á cada paso en el Antiguo Testamento. Los escritores sagrados, hablando de David, comparaban ordinariamente su primera condicion, cuando guardaba los rebaños de su padre, con el cuidado que despues le fué impuesto, de gobernar al pueblo de Dios (1). Esta era la imagen favorita de los Profetas, cuando describian el gobierno del Mesías sobre su escogida herencia, restituida á su gracia (2). Y el mismo adorable Salvador no se desdeñaba de servirse de ella hablando de sus relaciones con sus discípulos, con aquella pequeña grey que oía su voz y le seguía (3). De esto

(1) II. Reg. V, 2; Ps. LXXVII, 71, 72; Ezech. XXXII, 1, 10; Jer. III, 15; XXIII, 1, 2, 4; Nah. III, 18 etc.

(2) Is. XL, 11; Mich. VII, 14; Ezech. XXXII, 10, 23, etc.

(3) Joann. X, 2, 4.

encontramos frecuentes ejemplos en los escritos de los Apóstoles. San Pedro llama á Jesucristo el *Príncipe de los Pastores* (1); y recomienda á los sacerdotes cuiden de *alimentar* sus rebaños (2). San Pablo recordaba á los obispos, reunidos por él en Éfeso, que el Espíritu Santo los habia colocado al frente de sus rebaños para gobernar la Iglesia de Dios (3).

Pero resumamos en uno solo los diferentes argumentos que hemos sacado de las palabras de Jesucristo á San Pedro: si estas palabras no envuelven el goce de una jurisdiccion y de una autoridad particulares, los Apóstoles jamás recibieron autoridad ni jurisdiccion de ninguna clase. Porque, á la verdad, cojed el Nuevo Testamento, leedle y en él no encontrareis en su favor mas testimonios que los siguientes: ellos son llamados fundamentos de su Iglesia; son investidos del poder de atar y desatar con la seguridad de que el cielo ratificará sus decisiones; en fin, son constituidos gefes y Pastores del rebaño de Jesucristo.

Luego San Pedro fué solemnemente investido, la primera vez en las inmediaciones de Cesarea de Filipo, y despues en las orillas del mar de Galilea, de una potestad de jurisdiccion, conferida á él solo, gloriosa recompensa de las profesiones de fé y de amor que en aquellas dos ocasiones salieron de sus

(1) I. Pet. V, 4.

(2) *Ib.* 2.

(3) Act. Apost. XX, 28.

lábios , y á la cual aludió de antemano el Salvador mudándole su nombre y dirigiéndole individualmente la palabra para denotar que él sería el esclusivo poseedor de estas prerogativas. San Pedro, pues, fué investido de una autoridad distinta , de un orden superior á la de los demas Apóstoles ; autoridad que se estendia á toda la Iglesia , pues que estaba encargado de apacentar todo el rebaño ; autoridad que excluia la coexistencia de otra autoridad igual , pues que él era la roca sobre la cual todo debia descansar en una perfecta y duradera unidad ; autoridad, en fin, que suponía en él el supremo mando, pues que se le hacia poseedor de las llaves. Todo esto es mas que suficiente para demostrar su primado.

No hay mas que dos modos de escapar á esa conclusion: el uno, negar el hecho en que hemos basado nuestras pruebas , y esta es una objecion sin importancia ; el otro , negar simplemente la conclusion, pero este presenta una dificultad mas seria.

Respondamos brevemente á la primera. Habíase intentado en otro tiempo (y esta tentativa se renovó despues) probar que la roca sobre que Jesucristo prometia edificar su Iglesia no era Pedro, sino el mismo Jesucristo. Supónese que el Salvador dirigiéndose á Pedro en la primera parte de su discurso con estas palabras: *Tú eres Pedro*, es decir, una roca, cambió luego de repente el objeto de la frase, y añadió señalándose á sí mismo: *Y sobre esta piedra yo edificaré mi Iglesia*. Ya veis, hermanos míos, que esta explicacion es mas ingeniosa que plausible; ella, mas

que suscitar verdaderas dificultades, lo que hace es revelar los subterfugios á que nuestros adversarios se ven precisados á recurrir para eludir la fuerza de nuestros argumentos. Si la partícula conjuntiva *y*, y el pronombre demostrativo *esta* no bastan para unir dos miembros de la misma parte, no hay formas gramaticales que basten para espresar esta relacion. Si podemos desechar el sentido óbvio de una frase, suponiendo que ese sentido estaba determinado en el lenguaje por signos ó gestos pasados en silencio por el historiador, entonces la imaginacion hará tanto papel en la interpretacion de la Escritura como la razon. Y por otra parte, ¿ignorais hasta qué punto ha llegado en nuestros dias la audacia del protestantismo aleman en la crítica de nuestros libros santos?—¿No sabeis cómo por medio de este fácil espediente de imaginar y de suplir miradas, gestos y palabras, que se supone omitidas en la relacion, se han hecho todos los esfuerzos posibles para ir zapando poco á poco la verdad de los milagros mas importantes del Nuevo Testamento? Con la misma razon se podria dividir el sentido de las palabras que Dios dijo á Abraham cuando le cambió el nombre. Despues de decirle: Tu nombre no será ya Abram, sino que te llamarás Abraham, porque yo te he escojido para ser el padre de muchas naciones, añadió: “Y te haré crecer extraordinariamente (1).” ¿Por qué no aplicaríamos estas últimas pala-

(1) Gén. XVII, 5, 6.

B. del C.—Tomo X.—CONFERENCIAS DE WISEMAN, Tom. II. 3

bras, no al patriarca, sino á su hijo Ismael? Bastaria suponer, como anteriormente, que el ángel al pronunciarlas señalaba al último.

Os he dicho que la segunda objecion es mas plausible y mas formal. En ella, en efecto, no se desecha el sentido natural de las palabras, lo que se pretende es despojarlas de su fuerza; se admiten los hechos porque son palpables; pero se niegan las consecuencias que de ellas sacamos nosotros. Es verdad, se nos dice, que á Pedro, en recompensa de su mérito superior, le fué conferida distinta é individualmente cierta potestad y jurisdiccion; pero no es menos cierto que Pedro no recibió en esta ocasion cosa alguna que mas tarde no recibiesen tambien los doce. En el Apocalipsis los doce fundamentos de la celestial Jerusalem, llevan inscritos los nombres de los doce Apóstoles del Cordero (1). San Pablo advierte á los fieles que los Apóstoles son el fundamento sobre que están edificados (2). Luego estos forman, lo mismo que Pedro, el fundamento de la Iglesia. En el capítulo XVIII de San Mateo, todos los Apóstoles son investidos de ese mismo poder de atar y desatar, con la misma seguridad que en el capítulo XVI se habia dado á San Pedro, de que seria ratificado en los cielos lo que en esta parte hiciesen. Por manera que los privilegios que personalmente se le habian concedido, se esten-

(1) Apoc. XXI, 14.

(2) Ad Ephes. II, 20.

dieron despues á todos sus compañeros; de suerte, que toda la distincion que en su favor hubiera podido hacerse, desapareció con la dispensacion comun y general que elevó á los otros hasta su propio nivel, concediéndoles las mismas ventajas.

Confieso, hermanos míos, que esta objecion no deja de presentar alguna fuerza, y no me admiro de que muchos exégetas protestantes vean en ella un motivo suficiente de desechar la supremacía de San Pedro (1). Sin embargo, fácil seria eludirla; pero deseo sacar de ella un argumento en favor de mi tesis. Prestadme vuestra atencion.

Decís que no se confirió á San Pedro preeminencia de jurisdiccion, porque individualmente no recibió potestad ni prerogativa alguna que no fuese concedida colectivamente á los doce Apóstoles en otra ocasion. Pero en la interpretacion de la Escritura ¿seguís siempre este modo de discurrir? ¿No es antes bien diametralmente opuesto á vuestro método ordinario? Pongamos para prueba algunos ejemplos. El Salvador no cesaba de inculcar á todos sus discipulos, y aun á todos sus oyentes, la necesidad de *seguirle*: “El que me *sigue* no anda en las tinieblas (2).” Todos deben tomar su cruz y *seguirle* (3); todas sus ovejas deben conocer su voz y *seguir* al Pas-

(1) El *Protestante* (periódico), junio de 1836, la repite como enteramente satisfactoria.

(2) *Joann.* VIII, 12.

(3) *Marc.* VIII, 38.

tor (1). Ahora bien: cuando decia individualmente á Pedro y á Andrés, á Mateo y á los hijos del Zebedeo: *Seguidme*, ¿no quiso dar á entender que le siguiesen de una manera particular y distinta? ¿Se os ha ocurrido jamás la menor duda acerca de esto? Pues sin embargo, en varias ocasiones habia dirigido la misma invitacion á todos los judíos al mismo tiempo que á sus discípulos.—Ademas, muchas veces repite que ha amado tiernamente á los suyos; los llama no servidores, sino amigos suyos; y ¿qué amor mas enérgico podia manifestarles que dando su vida por ellos (2)? Pero cuando San Juan es llamado simplemente el discípulo *muy amado*, ¿pensais que este término no expresa en esta circunstancia particular ninguna otra cosa mas que cuando se aplicaba á los doce discípulos colectivamente? ¿Pensais que el amor de Jesus á Juan no tenia un carácter distinto y supereminente?—Otro ejemplo: todos los Apóstoles recibieron la mision de enseñar á los pueblos, de predicar el Evangelio á toda criatura, comenzando por Jerusalem y Samaria hasta los últimos confines de la tierra (3); y sin embargo, despues les mandó el Señor separasen á Saulo y Bernabé para el ministerio de los gentiles, y San Pablo se daba á sí mismo el título de Apostol de las naciones: ¿creeis, pues, que esta mision iba envuelta y comprendida en la

(1) *Joann.* X, 4.

(2) *Joann.* XIII, 1; XV, 12, 15.

(3) *Matth.* XXVIII, 19, 20; *Act.* I, 8.

mision general confiada á todos? ¿Creeis que San Pablo no estaba investido de un poder que le fuese personal? ¿que no tenia mas que los demas Apóstoles? ¿que sin fundamento alguno se arrogaba el apostolado de los gentiles como objeto especial de sus trabajos? Y si en estos diferentes ejemplos no admitís tales conclusiones, ¿por qué las admitís cuando se trata de Pedro? ¿Por qué invalidar entonces los poderes particulares, de que fué revestido, por los poderes que recibió en comun con los demas Apóstoles?

Pero he dicho que no contento con responder á esa objecion, habia de sacar de ella un argumento en favor de nuestra causa; y con efecto, eso es muy facil. De los ejemplos que acabo de citar, se deduce la regla siguiente para la interpretacion de las Santas Escrituras: Todas las veces que una persona ha sido individualmente investida de un poder, de una prerogativa ó de una mision, aun cuando despues lo sean colectivamente con ella otras personas, por ese mero hecho debe suponerse que ella ha recibido esta mision y esta prerogativa ó este poder en un grado distinto y superior á los demas. Pues bien: ved ahí el caso de S. Pedro. Cuando los Apóstoles fueron revestidos de la autoridad necesaria para desempeñar las diferentes misiones que les habian sido confiadas, ya Pedro habia sido investido de esa misma autoridad; luego por solo esto debió adquirirla en un grado mas elevado que sus compañeros en el Apostolado. Por otra parte, me parece no os disgustará ver ya desde el tercer siglo refutada es-

ta objecion por un Padre de la iglesia griega. Oid lo que escribia el sábio y profundo Orígenes: “Lo que primeramente se dió á Pedro, parece haber sido dado á todos. Pero como el Salvador queria conceder á Pedro alguna cosa mas escelente, se la dió á él individualmente: *Yo te daré las llaves del reino de los cielos*. Esto pasaba antes de que fuesen proferidas (capitulo XVIII) aquellas otras palabras: *todo lo que atares sobre la tierra*. Si consideramos el testo del Evangelio, cierto es nos hallamos con que las últimas palabras fueron dirigidas á los demas Apóstoles lo mismo que á San Pedro; pero las primeras, dirigidas únicamente á Pedro, implicaban una gran distincion y una gran superioridad (1).” Puede tambien añadirse que el cuidado ó encargo de apacentar el rebaño de Jesucristo en ninguna parte se confió á los demas, porque si lo hubiera sido ¿á qué el Salvador habria exigido de Pedro, y hasta por tres veces, la seguridad de que le amaba mas que los otros Apóstoles? Esto no era necesario si no le hubiera querido conceder mas de una recompensa *igual* á la de los demas.

Aun hay otro pasaje del Nuevo Testamento que yo no he invocado para establecer mi proposicion porque no hace espresa mencion de que se confiriese autoridad alguna; sin embargo, en él se distinguen esactamente las prerogativas de Pedro de las de los demas, y en él aparece este Apóstol como obje-

(1) *Com. in Matth.*, tom. III, p. 612.

to de una proteccion especial de parte del Salvador. “El señor dijo tambien: Simon, Simon, Satanás os ha pedido á todos para cribaros como se acriba el trigo; pero yo he rogado por *tú*, para que *tu* fé no falte. Y *tú*, una vez convertido, confirma á tus hermanos (1).” En estas palabras parece que Jesucristo pone en oposicion los designios de Satanás contra todos los Apóstoles, y su propio interés respecto de Pedro. Ruega por Pedro en particular para que su fé no falte y para que despues de haberse levantado de su caida, pueda afirmar la misma fé en sus hermanos. Luego la fé debia existir en él en un grado eminente; mas ¿por qué razon si bajo algun concepto no fuera superior á los otros miembros del cuerpo apostólico? O mas bien, este cuidado que se le confia de afirmar la fé de los demas, ¿no implica, no da á entender que él ocupará una posicion mas elevada en poder y en dignidad?

Pero ya nos hemos estendido lo bastante acerca de las pruebas que demuestran el primado de Pedro. A consecuencia de su jurisdiccion suprema sobre toda la Iglesia, le vemos nombrado siempre en el Evangelio el primero de los Apóstoles (2), ponerse á su cabeza cuando hay que obrar en comun (3), y hablar siempre como órgano de la Iglesia (4).

(1) Luc. XXII, 31, 32.

(2) Matth. IV, 18; X, 2; Luc. IX, 28, 32, etc.: Ad Gal. I, 18; II, 8.

(3) Matth. XIV, 28; XV, 15; XVI, 23; Act. IV, 19; XII, 13.

(4) Matth. XVIII, 21; XXX, 27; XXVI, 23; Act. I, 15; II, 14; IV, 8; V, 8; VIII, 19; XV, 7; *et al. passim.*

II.

Pero este privilegio de que realmente gozó San Pedro, segun acabamos de ver, ¿le era personal? ¿debía concluir con aquel á quien fué concedido? Tiempo es ya de entrar en el exámen de esta cuestion, y de probar que el Gefe de los Apóstoles ha trasmitido sus gloriosas prerogativas á sus sucesores en su Silla.

Presumo no ser necesario entrar en largos pormenores para mostraros que San Pedro fué el primer obispo de Roma. Los monumentos que aún existen en esta ciudad y el testimonio de los autores eclesiásticos mas antiguos ponen este hecho fuera de toda duda. Este hecho ha sido discutido y reconocido por escritores de gran reputacion literaria y que se han distinguido por su oposicion á la supremacia de la Silla de Roma, tales como Cave, Pearson, Usher, Young y Blondel (1). Baste notar que en estos últimos tiempos ningun escritor eclesiástico de alguna autoridad ha pretendido negarlo. “A Pedro, dice San Ireneo, sucedió Lino; á Lino, Anacleto; y en tercer lugar, vino Clemente (2).” Desde ese momento hasta nuestros dias se puede seguir en la historia la sucesion,

(1) Véanse las *Vidas de los Santos* por Butler, al dia 29 de junio. Consúltese tambien el Baronio, Natal Alejandro, y todos los historiadores eclesiásticos.

(2) *Adv. Hær.* lib. 3, c. 3.

jamás interrumpida, de los Soberanos Pontífices. Pero hecha esta reflexion preliminar, me apresuro á recorrer rápidamente las principales pruebas que demuestran que el primado de Pedro ha pasado á sus sucesores.

1.º En primer lugar casi siempre, desde los primeros dias del cristianismo, ha sido cosa corriente que las prerogativas de jurisdiccion, siquiera fuesen personales, llevadas á una silla por su primer obispo, pasan á los que la ocupan despues de él. Así San Marcos fundó la cátedra de ^{la} Alejandría, y á fuer de discípulo de San Pedro gozó de una jurisdiccion patriarcal sobre el Egipto, la Libia y la pentápolis, y esta jurisdiccion ha permanecido hasta nuestros dias aneja á su silla. Santiago fué el primer obispo de Jerusalem y tuvo autoridad sobre las iglesias de Palestina; y el obispo de Jerusalem posee siempre el titulo y las atribuciones de Patriarca. Pedro se sentó primero en la cátedra de Antioquía, y esta cátedra ha conservado su supremacía sobre una gran parte del Oriente. Luego por la misma razon, puesto que este mismo Apóstol trajo á la Silla de Roma, no solamente el patriarcado del Occidente, sino el primado sobre el mundo entero, esta jurisdiccion accidentalmente aneja á la silla se le ha hecho ha inherente y ha pasado en herencia á los sucesores del primer Pontífice.

2.º Pero como este primer razonamiento pareceria quizá que asimilaba la supremacía de la Santa Sede á la autoridad de los patriarcados, y que le daba por base el derecho eclesiástico ó disciplinar, sien-

do así que nosotros sostenemos que descansa en un derecho imprescriptible y divino, por eso digo en segundo lugar que el primado de la Silla romana se ha transmitido como institucion divina, como parte integrante y esencial de la Iglesia de Dios. Jesucristo, hermanos míos, es hoy lo que era ayer. Tal y como estableció su reino al principio, así le perpetuará hasta el fin; la forma de gobierno que le dió primero, no puede ser alterada; ella continuará dirigiéndole hasta la consumacion de los siglos. De lo contrario, ¿por qué los Apóstoles y los discípulos no habrían recibido por toda prerogativa la mera autoridad episcopal? ¿Por qué á sus sucesores en sus respectivas sillas se les vió tomar en la mano las insignias de su propia dignidad, y despues mandar, reprender y castigar cual ellos mismos lo hubieran podido hacer? ¿No exigia la naturaleza misma de la Iglesia que su constitucion gerárquica permaneciese inalterable? Y si San Pedro fué constituido cimiento de su Iglesia ¿podia ser la intencion del fundador que el cimiento fuese hecho trizas, despues de la muerte de este primer Gefe, y que fuesen dispersas las piedras del santuario?

La palabra *fundamento* ó cimiento implica evidentemente dos ideas, la de unidad y la de duracion. La unidad de un edificio resulta de que todas sus partes estén ligadas y consolidadas juntamente por un fundamento comun. Ahora bien: los PP. mas antiguos han creido que principalmente para asegurar este beneficio á la Iglesia, habia sido conferida á Pedro

esta supremacía.—“Se escoje á uno de entre los doce, dice San Gerónimo, á fin de que constituyendo un Gefe se alejen todas las ocasiones de cisma (1).” “Para hacer visible la unidad, dice San Cipriano, quiso el Señor que la unidad tuviese su origen en uno solo (2).” “No podeis negar, escribe San Optato, que San Pedro, el Gefe de los Apóstoles, fundó una cátedra episcopal en Roma: esta cátedra es única, á fin de que las otras guardando unidad con ella, tengan ellas mismas unidad, y que por consiguiente sea cismático y transgresor todo el que levante una cátedra contra ella. En esta cátedra, primera nota de la Iglesia, es donde se sentó San Pedro (3).”

Si, pues, el divino Salvador para conservar la unidad en su Iglesia juzgó necesaria la institucion de un primado general, cuando el cristianismo gozaba de su primitivo fervor, cuando todavia vivian los Apóstoles, dispersos sí por el mundo, pero acompañados cada uno de una proteccion especial de la Providencia; cuando los cristianos eran pocos comparativamente, pertenecian á una sola nacion, hablaban un solo idioma y no estaban divididos por preocupaciones políticas ó nacionales; decidme ¿seria menos necesaria esta salvaguardia, despues que, per-

(1) *Adv. Jovin.* 1.º, tom. I; Ger. II, p. 168.

(2) *De Vesit.* p. 194.

(3) *De Schism. Donat.*, lib. II, p. 28.

diendo la caridad sus celestiales ardores, debilitándose las luces de los pastores, estendiéndose á mayores distancias la dispersion de los fieles y la division de los reinos y de los imperios, disminuyeron infinitamente los medios humanos y las probabilidades morales de preservar la unidad de creencia y práctica? Si, por consiguiente, la unidad es el carácter esencial de la verdadera fé, y si el establecimiento de una supremacía es el medio de conservarla como lo demuestran la idea misma de su fundacion y los testimonios de la primitiva Iglesia, esta supremacía viene á ser no menos esencial á la verdadera Religion de Cristo que la unidad de que ella es la base; luego no puede dejar de existir en la Iglesia como no puede de dejar de existir en ella la unidad.

La segunda cualidad que se deriva de la idea de fundamento es la de duracion. Ya he demostrado que las palabras del Salvador implican claramente que la duracion de la Iglesia era una consecuencia de su fundacion sobre la roca. Pero ¿cómo habia de ser imperecedera la Iglesia á consecuencia de su fundacion, si ni aun el fundamento ó cimiento hubiera de subsistir siempre? Ya hemos visto que este cimiento no es otra cosa que la suprema jurisdiccion dada á Pedro, de donde necesariamente debe inferirse que esta jurisdiccion soberana permanecerá en la Iglesia hasta el fin de los tiempos.

3.º En tercer lugar, convenia mucho y era muy necesario que la autoridad de S. Pedro estuviese destinada á perpetuarse en el seno del cristianismo, pues

que desde los primeros siglos vemos reconocida su posesion en sus sucesores como un derecho inherente. El Papa Clemente examina y condena los abusos que se habian introducido en la Iglesia de Corinto. Del mismo modo obra Victor con la Iglesia de Éfeso; y Esteban con la de Africa. S. Dionisio en el tercer siglo cita á su omónimo el patriarca de Alejandría para que comparezca ante él, porque por su propio rebaño habia sido acusado en Roma, y el santo patriarca no vacila en obedecer. Cuando los arrianos arrojaron de dicha silla de Alejandría á San Atanasio, el Papa Julio llama á su tribunal á las dos partes, y ambas se someten á él. No contento con restablecer en su Silla á aquel gran Patriarca, examina ademas la causa de Pablo, patriarca de Constantinopla, y la termina del mismo modo. El ilustre San Juan Crisóstomo, patriarca de la misma Iglesia, viéndose injustamente desposeido de ella, escribe al Papa Inocencio, rogándole aboque su causa á Roma.—De entre muchísimos otros ejemplos, que el tiempo no me permite citar, he escogido estos pocos de una autoridad suprema ejercida por los obispos de Roma sobre prelados y aun sobre patriarcas orientales durante los cuatro primeros siglos.

Si quisiera estenderme en aducir los testimonios de los Santos Padres acerca de esto, seríame preciso alargar escesivamente mi discurso. Véome, pues, precisado á entresacar algunos y á limitarme en las citas. San Ireneo, uno de los mas antiguos, se espresa

asi : “Como seria pesado dar toda la lista de sucesores, me limito á la Iglesia de Roma, la mas grande, la mas antigua y la mas ilustre, fundada por los gloriosos Apóstoles Pedro y Pablo, instruida por ellos en su doctrina que ella ha predicado á todos los hombres y que por la sucesion de sus obispos ha llegado hasta nosotros. A esta Iglesia, *en razon de su autoridad superior*, deben recurrir todas las demas; es decir, los fieles de todos los paises. Habiéndola, pues, fundado é instruido los Apóstoles, confiaron su administracion á Lino. A Lino sucedio Anacleto, y en tercer lugar Clemente. A Clemente sucedió Evaristo, á este Alejandro; y despues, Sixto, á quien siguieron Telesforo, Higinio, Pio y Aniceto. Pero habiendo sucedido Sotero á Aniceto, Eleuterio, el duodécimo despues de los Apóstoles, es quien actualmente gobierna la Iglesia (1).”

De la misma manera Tertuliano traza un método fácil y espedito de terminar las controversias y las diferencias; remite las partes contendientes á la Iglesia Apostólica mas inmediata: “Si es en Africa, dice, Roma no está lejos; podemos acudir fácilmente á ella.” Despues añade: “Dichosa iglesia, impregnada por los grandes Apóstoles *en todas sus doctrinas* y en su sangre (2).”

Poco despues, San Cipriano usaba el mismo len-

(1) *Adv. Hær.* lib. III, c. 3, p. 175.

(2) *De Præscript.* c. XXXVI, p. 338.

guaje: “Después de estas tentativas, ellos mismos se
»escojen un obispo, y no temen hacerse á la vela y
»llevar de parte de los cismáticos y de hombres
»profanos cartas á la cátedra de Pedro y á la Igle-
»sia principal, *donde la unidad sacerdotal ha toma-*
»*do su origen.* Ellos no reflexionan que los miem-
»bros de esta Iglesia son aquellos mismos *romanos*
»cuya fé alaba San Pablo y *cabe los cuales no tiene ac-*
»*ceso la perfidia* (1).” Según este grande obispo, la
Iglesia de Roma no solamente es la Silla de Pedro
y la Iglesia principal, sino el único origen de la
unidad, y la única que esté á cubierto de todo error,
por un cuidado especialísimo de la Providencia.

Otro testimonio, tan notable como el anterior y
aun todavía mas fuerte, nos suministran las actas del
concilio celebrado en Sárdica (Tracia) á petición de
San Atanasio y al cual asistieron trescientos obis-
pos. En sus decretos se lee el pasage siguiente: “Pa-
»récenos conveniente que los sacerdotes del Señor
»en todas las provincias se refieran *al Gefe; á la ca-*
»*beza, es decir, á la silla de Pedro* (2).” Ahí, pues,
teneis un concilio que reconoce se debe apelar en
último recurso al Gefe de la Iglesia; y este gefe él le
especifica, este gefe es la Silla de Pedro, ocupada por
los sucesores de este Apóstol.

(1) Epíst. LV, p. 86.

(2) Epíst. Synod. ad Julium Rom. Conc. gener. tom. II,
p. 661.

San Basilio el Grande, no obstante la penuria de su Iglesia, recurre al Papa Dámaso. A fin de interesarle mas en su favor, le cita algunos casos mas antiguos en que los Pontífices de Roma se han interpuesto en los asuntos de su Silla. Oid sus mismas palabras: “Por documentos que han llegado » hasta nosotros sabemos que el bienaventurado Dionisio, cuya fé y demas virtudes brillaron con » tanto esplendor entre nosotros, visitó por sus » cartas nuestra Iglesia de Cesarea, sostuvo á » nuestros padres y salvó de la esclavitud á nuestros hermanos. Pero aun es mas digna de lástima nuestra situacion actual. Por tanto, si vos no » nos dais un pronto socorro, muy luego los herejes » serán dueños de todo, y no encontrareis ya á quien » tender la mano (1).” En otro lugar refiere que Eustatio, obispo de Sebaste, habiendo sido depuesto, se fué á Roma. Ignórase lo que pasó entre él y el obispo de esta ciudad; pero ello es que Eustatio, despues de su regreso, presentó una carta del Papa al Concilio de Thyane, é inmediatamente fué restablecido en su Silla. Asi, pues, ved ahí un obispo que apela al Papa, saca de este una carta para un sínodo provincial; y aunque en sentir de San Basilio no habia sido depuesto sin motivo, le basta presentar esa carta para ser reintegrado en sus derechos.

(1) Epíst. LXX ad Damasum, tom. III, p. 164.

San Gerónimo, escribiendo al mismo Papa, se vale de las mismas expresiones de las que podría servirse muy bien un católico de nuestros días, y aun va mas lejos. “Yo no sigo, dice, otro maestro que á Cristo, unido en comunión con vuestra Santidad, es decir, con la cátedra de Pedro. Yo sé que sobre esta roca ha sido fundada la Iglesia. Todo el que come el Cordero fuera de esta morada, es un profano; todo el que no está en el Arca, perecerá en las aguas del diluvio. Empero retirado como estoy en los desiertos de la Siria, no puedo recibir de vuestras manos el Sacramento; me adhiero á vuestros colegas los obispos de Egipto. No conozco á Vital, ni me comunico con Melecio; Paulino me es extraño (hombres de sospechosa fé). Quien contigo no recoleje, desparrama (1).”

El otro pasaje á que ya he aludido es el en que San Juan Crisóstomo espresa de una manera clara y enérgica sus sentimientos en esta parte. Arrojado de su Silla, víctima de procedimientos iníquos, escribió al Papa Inocencio, obispo de Roma: “Os ruego mandeis que quede sin efecto lo que se ha hecho injustamente contra mí, cuando me hallaba ausente y no rehusaba un juicio canónico, y que incurran en pena eclesiástica los que de ese modo han procedido. Y pues no se me ha convencido de crimen alguno, no me negueis el consuelo de vuestras cartas y la compañía

(1) Epist. XIV, ad Damasum, t. IV, p. 19.

B. del C.—Tomo X.—CONFERENCIAS DE WISEMAN, Tom. H. 4

»de mis antiguos amigos (1).” Y semejante lenguaje ¿no supone en el obispo de Roma el poder de jurisdiccion y el derecho de imponer penas á los obispos del Asia? Y esa apelacion llevada ante el Papa por un patriarca de Constantinopla ¿no atestigua en voz muy alta su supremo dominio sobre la Iglesia universal? Pues escuchad ahora estotras del mismo Padre, todavia mas esplicitas: “¿Por qué Jesucristo derramó »su sangre? La derramó seguramente para atraer á »sus ovejas, *cuyo cuidado confió á Pedro y á sus sucesores* (2).”

Y cuenta que estas citas, en comparacion con las que omito, no están siquiera en proporcion de uno á veinte. Hay empero una clase de testimonios que no debo omitir; esos testimonios son los actos de los concilios generales ó consejos de la Iglesia universal, en favor de la suprema autoridad de los Papas en la decision de todas las materias eclesiásticas. Esta prerogativa, reclamada por los legados apostólicos que siempre presidieron estas asambleas, ha sido constantemente reconocida por los padres ó los obispos que las componian. Por ejemplo, en el Concilio de Éfeso, uno de los legados del Papa Celestino, Felipe, se dirigia á aquel venerable sínodo en los términos siguientes: “Nadie duda, y todos los siglos lo han »proclamado, que San Pedro, el príncipe de los Após-

(1) Epist. ad Innoc. tom. III, p. 520.

(2) *De Sacerd.* lib. II, c. 1, tom. I, p. 372.

»toles, la columna de la fé y el fundamento de la
»Iglesia, ha recibido del Señor las llaves del reino, y
»el poder de atar y desatar los pecados. Siempre es-
»tá vivo en sus sucesores y él es quien juzga por
»su conducto. Nuestro Smo. Padre Celestino, el suce-
»sor legítimo de Pedro, *cuyo lugar ocupa ahora*, nos
»ha diputado en su nombre á este Santo Concilio,
»convocado por nuestros cristianísimos emperadores,
»para la conservacion de la fé que ellos han recibido
»de sus antepasados (1).”

Asimismo en el Concilio de Calcedonia, despues
de leida la carta del Papa Leon, esclamaron á una voz
los padres: “Esta es la fé de nuestros padres; Pedro ha
»hablado por la boca de Leon; esto es lo que los Após-
»toles nos han enseñado (2)” Y en la carta que es-
cribieron al santo Pontífice, al cerrarse el Concilio,
son tan notables sus palabras que no puedo menos de
citarlas: “Constituido nuestro intérprete en la perso-
»na de Pedro, continuais hasta nosotros la cadena de
»la fé, segun la institucion del maestro. Por tanto,
»tomándoos por nuestro guía, hemos dado á conocer
»la verdad á los fieles, no por una interpretacion pri-
»vada, sino por un asentimiento unánime. Si cuando
»dos ó tres personas se reunen en el nombre de
»Jesucristo, se halla este en medio de ellas ¿qué
»asistencia no habrá prestado á 520 de sus minis-

(1) Conc. Gén. III; Act. III, p. 626.

(2) *Ib.* tom. IV, p. 368.

•tros? *Del mismo modo que la cabeza preside á los*
•miembros, así hemos sido dirigidos por los que
•han hecho vuestras veces. En su consecuencia,
•os suplicamos honreis con vuestros decretos nues-
•tras decisiones; y pues hemos estado de acuerdo con
•el gefe, complete vuestra eminencia lo que conviene
•á vuestros hijos. Por lo demas, Dióscoro hace esta-
•llar su rabia contra aquel á quien *Cristo ha con-*
•fado el cuidado de su viña, es decir, contra vues-
•tra apostólica Santidad (1).”

Ya veis, hermanos míos, que nuestra doctrina no es nueva; toda la antigüedad está acorde con nosotros en la creencia de que el Salvador dió á San Pedro la supremacía sobre su Iglesia, y que sus prerogativas se han ido perpetuando de siglo en siglo en la persona de sus sucesores los obispos de Roma. Hemos encontrado actos notables de esta autoridad, ejercida sobre los mas altos dignatarios de la iglesia oriental; los PP. mas distinguidos por su ciencia han reconocido el primado de los romanos Pontífices; y ya os he referido los términos notables con que los concilios ecuménicos manifestaban su deferencia y sumisión á sus decretos. Si todo esto no basta para demostrar la creencia de los primeros siglos en la supremacía de los Papas, es imposible lleguemos jamás á conocer lo que han seguido en punto alguno de doctrina.

(1) *Ib.* p. 834, 835, 883.

4.º Pero, en cuarto lugar, el mejor modo de determinar el sentido verdadero de una profecía, es recurrir á la historia de su cumplimiento. Indudablemente reinó alguna obscuridad acerca de las profecías que predijeron la ruina y abandono de Israel, hasta la época de su realizacion. Los judíos ¿habian de quedar privados solamente de su templo ó de cualquier otra forma de culto público? ¿Debían únicamente perder su gobierno nacional, ó se verían despojados de todos los derechos, de ciudad y de comunidad, en los demas puntos del universo? Leed la profecía á la luz de la historia; y ya todo está claro, todo está acorde, todo es evidente. Pues apliquemos esta regla á la promesa que se hizo á Pedro. Un poder que se dice saca su origen de este Apóstol, se ha mantenido de siglo en siglo en medio del cristianismo, á cubierto de las variaciones, de las vicisitudes y de las interrupciones ordinarias á los poderes temporales. Él forma el único hilo que, sin romperse jamás, nos guía á través del curso vario de las edades y une juntamente los elementos diversos de la historia sagrada y profana. En torno de él, las pequeñas dinastías nacen y se extinguen, y el historiador no puede fijar la época de su comienzo, de su gloria y de su caída, sino cotejándola con la indefectible sucesion de los depositarios de este poder. Y guardaos de atribuir esa perpetuidad á los homenajes que se hubieran tributado ciegamente á su autoridad. Mas de una vez se ha visto usurpado su patrimonio por los extraños, si-

queada su capital por los invasores, y reducida á cenizas su Silla por los bárbaros ; á los mismos Pontífices y durante muchas generaciones se les ha visto fiesterrados por sus súbditos turbulentos, se les ha visto presos y aun muertos ; ellos , en una palabra, han sufrido todas las catástrofes que acaban con las dinastías mortales y con los principados humanos. Pero á esta raza de príncipes sagrados parece animarles un vigor desconocido; las otras sedes desaparecen de la superficie del globo; pero aquí el Pontífice surede al Pontífice, á pesar de todos los obstáculos: á veces el cónclave se ha celebrado en países lejanos de Italia , ora en Francia, ora en Alemania; pero siempre es legítimamente elegido un sucesor y reconocido por todos, y son vanos y quedan sin efecto todos los esfuerzos hechos para romper esta continua cadena.

Al mismo tiempo este poder ejerce el mayor influjo en la civilización, en la cultura moral y en la dicha y ventura de la humanidad. Si se halla en las manos de un hombre virtuoso, parece que toda la tierra exhala un perfume de virtud. En circunstancias muy raras, pero siempre deplorables, toda la cristiandad ha sufrido por los vicios de algunos de sus representantes. Todas las virtudes cristianas crecen ó languidecen, están en continuo flujo y reflujo , según el impulso que reciben de estos Pontífices. Y no para aquí toda su influencia. El destino de la Religión parece irrevocablemente unido á su propio destino. Puede decirse que durante muchos siglos no existió esta Religión

sino bajo su dependencia ; no habia pastores que de allí no recibiesen su jurisdiccion; ni predicadores que no profesasen sus doctrinas, ni fieles que buscasen su salvacion fuera de su comunion. Ellos aparecen en la cumbre de nuestras instituciones religiosas cual astro luminoso cuyas luces reflejan sobre todas las demas cosas; disciplina y ceremonias, leyes y cánones, formularios de comunion, todo emana de esta fuente, toda conserva con ella una implicita relacion de sujecion.

Ahora bien : una institucion , cuya causa se ha confundido con la del cristianismo , durante tantos siglos , y que arregla sus destinos , no puede ser una modificacion puramente accidental de él. No hay medio : ó es una parte integrante , ó ha existido por tanto tiempo contra la intencion de su fundador : ó es un órgano principal , el mas necesario á sus funciones vitales , que obra con irresistible poder sobre el conjunto del sistema religioso y le penetra en todas sus profundidades y en toda su estension; ó hay que mirarla como una superfetacion monstruosa que allí se ha asentado y arraigado y que ejerce en todo el cuerpo un pernicioso influjo y contra naturaleza. ¿Sois vosotros de este último modo de pensar? Pues ved entonces las dificultades que teneis que resolver.

En primer lugar, destruis lo mas admirable y sorprendente que el cristianismo ha producido. La sumision del corazon y de la voluntad á la enseñanza de la fé , esa áncora que la esperanza echa sobre las ri-

beras de otro mundo, esos vínculos de caridad y de religioso afecto entre personas de caracteres diferentes, ese apego invencible á las grandes máximas de la Religión en la adversidad, y la ciencia de los doctores, y la constancia de los mártires, y el celo de los pastores, y todo lo que del cristianismo hace como una cosa mas santa, mas noble, mas divina que todo lo que ha sido producido de la tierra ó del hombre: todo esto hace ya siglos que no existe en parte alguna, sino en la comunión con ese poder, usurpado segun vosotros; y todo esto le ha pagado su tributo de deferencia, le ha sostenido y ha dado testimonio de él. En ese mismo hecho proclamais que estos testimonios no han servido mas que para apoyar una obra mentirosa y monstruosa y por consiguiente que no son de peso alguno en la balanza de la demostracion; y héos ahí obligados á renunciar á estas pruebas tan patéticas y tan bellas del cristianismo para ir las á buscar á otra parte.

En segundo lugar, será preciso deis razon de esos continuos ausilios que la divina Providencia ha concedido con regularidad á este poder; porque, siendo el destino de las instituciones humanas nacer, desenvolverse y marchitarse, como que hijas del trabajo viven un momento y luego caen para siempre en el polvo, no hay dinastía ni reino que cuente ó haya contado la mitad de los siglos que han pasado por este poder; ningun otro designio de la Providencia ha atravesado por tantas vicisitudes ni logrado tantos triunfos. Aun

mas, su herencia ha sido la del justo: las tribulaciones han venido á probarle y castigarle, mas no á destruirle. Y bien: ¿habremos de suponer tambien que estos favores extraordinarios y tan multiplicados de la Providencia tuvieron por objeto mantener una usurpacion anticristiana que no podia menos de estraviar á los hombres y de arruinar la obra misma de Dios?

Finalmente, habrá que explicar por qué el Todopoderoso se ha servido uniformemente de esta detestable apostasia, como del instrumento único que tuviera á la mano para conservar y propagar su Religion. Para conservarla, he dicho, y asi es en verdad. En el transcurso de tantos siglos no se ha suscitado una sola heregia (y cuenta que no hablo ahora mas que de las sectas á las que hasta los mismos protestantes califican de heregias), no se ha suscitado, digo, heregia alguna que haya sido condenada, perseguida y desarraigada por otros medios que por los decretos de los Papas. Los Papas fueron los que anatémizaron á los arrianos y macedonianos, á los eutiquianos y nestorianos, á los pelagianos y milotros. La Iglesia, pues, fué deudora de la pureza de su doctrina y de la integridad de su fé únicamente á los errores del Papado. Los concilios fueron convocados y promulgados sus cánones en nombre y por la autoridad de los Pontífices que de ese modo hicieron florecer y conservaron las buenas costumbres entre los fieles.—He dicho tambien que ellos son el único instrumento de que la Providencia se ha servido para estender el imperio de la fé. Con efecto;

todos los países del mundo, convertidos al cristianismo desde el tiempo de los Apóstoles, deben este beneficio á la Santa Sede. La Escocia, la Irlanda, la Inglaterra, Alemania, Dinamarca, Hungría, la Polonia y la Livonia fueron evangelizadas por misioneros enviados de Roma desde el siglo V al X. Del mismo beneficio le son deudores la América y las Indias Orientales; en punto á cristianismo, ellas no conocen mas fé que la de la Iglesia Romana, á la que se someten con docilidad. Y mientras en toda la superficie del globo apenas hay país alguno donde el Soberano Pontífice no cuente *muchos* súbditos, no temo se me contradiga si afirmo que ninguna otra iglesia, segun ya he demostrado antes, trabaja con la misma eficacia en la conversion de los infieles, ni imprime á sus obras el mismo sello de duracion. Y mientras á vosotros os seria forzoso suponer que esta institucion anti-cristiana ha sido en manos de la Providencia el único medio de conservacion y de propagacion para el cristianismo, vedla á ella misma gloriarse de ello á la faz del cielo y remitiros á este hecho como á una prueba irrefragable de que ella es la roca sobre la cual se echaron los cimientos de la fé y la única autoridad por cuyo medio se pueda reconocer un origen divino en la Religion. Pero en vuestra hipótesis ¿no seria el mismo Dios el fautor de esta horrible superchería?

Y no me digais que Dios saca bien del mal, que puede servirse de los instrumentos mas detestables, y que importa muy poco el modo con que ha sido

predicado el Evangelio, con tal que haya sido predicado (1). Dios acude á semejantes medios en circunstancias extraordinarias; pero no puede ser esa la marcha y conducta habitual de la Providencia. Yo concibo que suscite un Sennaquerib ó un Nabucodonosor para convertir á su pueblo y purificarle castigándole; pero no puedo creer, sin blasfemar de su bondad, que le dé ordinariamente maestros de ese género, y por espacio de muchos siglos confie á semejantes hombres el gobierno de su herencia y de su templo. Yo concibo que un Balaam venga para maldecir al pueblo escogido y que Dios le obligue á pronunciar á pesar suyo palabras de bendicion y á profetizar la aparicion de la estrella de Jacob; pero ¿cómo admitir que los profetas, desde Samuel á Malaquías, hayan podido no ser otra cosa que una série de Balaams, instruyendo contra su propia voluntad á una nacion menos perversa que ellos mismos? Y luego, ¿cómo San Pablo se habria figurado que durante tanto tiempo ni los Apóstoles ni todos los demas doctores del Evangelio habrian predicado la doctrina sino por espíritu de contienda? Sin embargo, el caso es el mismo. Luego os esponéis á encontraros con dificultades insolubles, al suponer que la supremacia de la Santa Sede no existe en la Iglesia sino á despecho de la institucion divina.

Por el contrario, admitid y reconoced que al gefe de los Apóstoles fué concedido el primado, y entonces todo se explica, todo os llama la atencion por su grandeza y hermosura. A través de cada siglo

vais siguiendo el cumplimiento de la promesa divina, y veis la razon por qué este poder ha resistido al choque de tantas revoluciones, por qué ha permanecido firme y en pie despues de tantas oleadas que parecian sumergirle; por qué ha sacudido la polilla y orin que va anejo á las creaciones humanas; y veis en él esa inmoble roca á donde van á parar como á su comun base las partes todas del edificio religioso, unidas entre sí por la argamasa de la inmortalidad.

Sí, hermanos míos; esta es una institucion verdaderamente sublime, verdaderamente digna de Dios. Desde este punto de vista la Religion se nos presenta á cubierto de los trastornos de los imperios; ella puede mirar con desprecio las barreras que el genio del hombre ó la mano mas osada de la naturaleza han trazado para interrumpir toda comunicacion entre pueblo y pueblo; dar leyes que sean recibidas y obedecidas por naciones que no conocen de Roma ni su gloria ni sus conquistadores, ni tienen relacion con ella sino por la verdad que ella les ha trasmitido; establecer un interés comun, un vínculo de amor entre razas que se diferencian entre sí por su lengua, sus facciones y hasta por su color. Sí, esa es la idea, repito, esa es la idea que nos habriamos formado de una Religion procedente de aquel para quien todo existe sobre la tierra. ¡Qué espectáculo tan tierno y tan patético cuando en la solemnidad de la Pascua estiende el Pontífice sus dos brazos y bendice á toda su grey, y esa bendicion vuela mas allá de los mares y de los océanos, hácia playas donde aun no baña el sol con sus rayos y re-

cae cual celestial rocío sobre esas iglesias que no recibirán la noticia de este gran día hasta mucho tiempo después que los vientos del otoño hayan secado las hojas y flores que apenas empiezan ahora á brotar en las ramas de los árboles!

Penoso me es apartar vuestra atención de estos consoladores pensamientos para fijarla en las objeciones que la ignorancia y las preocupaciones hacen contra nosotros acerca del poder de los Papas. Pero sé que algunos de vosotros lo desean y no pierden enteramente de vista los voluminosos escritos que se han publicado acerca de los crímenes é iniquidades de Roma. Se nos dirá que durante siglos enteros los Papas fueron hombres de espíritu mundanal, que solo aspiraban á tener como fensos todos los imperios, que dedicaban sus esfuerzos á romper las coronas en la cabeza de los soberanos; como unos hombres, en fin, deseosos de juntar en sus manos los hilos de la dominación temporal y prefiriendo ser los dispensadores del gobierno civil mas bien que los maestros espirituales del mundo.—Pero, hermanos míos, hagamos ante todo una observación importante: cualesquiera que sean nuestras impresiones personales acerca del carácter de algunos ó aun de muchos Pontífices romanos, nosotros no tenemos el derecho de transformar estas impresiones en regla general para juzgar del valor de las palabras de Jesucristo y de la existencia de una institución religiosa. Muchos depositarios del soberano pontificado entre los judíos, le deshonraron en sus personas,

desde Heli hasta Caifás ; sin embargo, ¿fué acaso por eso menos santa , menos divinamente instituida esta suprema dignidad? Jesucristo ó San Pablo ¿nos han enseñado en parte alguna que no se les debía el mismo respeto, la misma deferencia? Entre los Apóstoles hubo uno capaz de vender á su maestro y que se hizo culpable de la accion mas infame que se ha cometido debajo del sol; pero por eso ¿se alteró en lo mas mínimo el carácter del apostolado? Pues cuenta que si reunimos los nombres de todos los pontifices indignos por su conducta de la elevada posicion que ocupaban, y los comparamos con los que por sus virtudes han sido el ornamento del cristianismo, ni siquiera estarán en la proporcion de uno á doce, del traidor Judas con el resto de los demas Apóstoles. Luego si la dignidad de los Apóstoles no sufrió detrimento alguno por el crimen de este, si no por eso se amenguó en lo mas mínimo su auctoridad, ¿por qué se habria de condenar el Papado por los crímenes de algunos de sus representantes?

Pero en este punto encuentro un monton de preocupaciones que mil veces se han repetido , de errores tan groseros , que un hombre de sangre fria se avergonzaria de dejarse dominar de ellos. Ante todo se ha tomado la costumbre de confundir el carácter personal y privado de los Papas con su conducta en calidad de gefes de la Iglesia ; y sin embargo , la distincion entre estas dos cosas es necesaria, segun ya advertí al principio de este discurso. El Salvador , al confiar semejante poder á un hombre,

puso en sus manos el remedio mas enérgico de influir así para el mal como para el bien ; empero al mismo tiempo le ha dejado su responsabilidad personal ; no le ha privado de su libre alvedrío en la posición mas peligrosa á que puede ser llamado el hombre.

Mas esto supone la posibilidad de que algunos representantes de este poder no sean personalmente dignos de él: y esto es lo que sucede, nadie lo niega, siquiera la historia jamás haya sido mas desfigurada que cuando se ha tratado de la vida de algunos de ellos. En cuanto á los Pontífices de los primeros siglos, nadie ha puesto en duda que han merecido el honor que han recibido, un lugar en el catálogo de los santos. Lo mismo sucede respecto de estos dos últimos siglos, porque en esta parte los escritores protestantes están de acuerdo con los escritores católicos: desde que la Reforma ha cambiado el estado religioso de algunos países de Europa, nada ha habido mas ejemplar, mas digno de su elevada posición que la vida de los Pontífices que sucesivamente han ocupado la cátedra de S. Pedro.

Las censuras, pues, que bajo este aspecto se hacen de ellos, deben por tanto reducirse á una sola parte de la historia, á los siglos comunmente llamados edad media. Empero las personas que lanzan su condenatoria censura contra este período histórico, desconocen ordinariamente su espíritu. En vez de apreciar aquellos tiempos por los principios que los dominaron y por la dirección que se les había impre-

no, se juzga de ellos desde el punto de vista especial y no menos limitado de nuestra sociedad actual. Por eso muchos condenan á los Papas á protesto de no ver en ellos mas que príncipes enteramente mundanos, animados únicamente del deseo de engrandecimiento temporal. Pero la luz comienza ya á brillar en medio de la confusión que la preocupación habia derramado sobre la historia de aquella época, y como la luz ha venido de aquella parte del horizonte de donde menos se esperaba, difícil ha sido sospechar de su verdad. De diez años á esta parte se han publicado multitud de obras las mas notables, en las que no solo se vindica el carácter de los Papas en la edad media, sino que aparece bajo el aspecto mas favorable y bello. Y gracias á Dios, estos escritos, segun acabo de indicar, han salido de una fuente que no puede ser sospechosa; todos ellos son de autores protestantes. Entre otros hemos tenido en poco tiempo muchas Vidas ó panegíricos del Pontífice á quien se ha mirado como el tipo mas perfecto de esa sed de engrandecimiento, atribuida á los Papas de la edad media. Hablo de Gregorio VII, conocido comunmente con el nombre de Heldebrando. Una obra bastante considerable, publicada por Voigt hace pocos años y aprobada por los mas eminentes historiadores de la Alemania actual, contiene una vida de este Pontífice compuesta con arreglo á documentos contemporáneos, á su propia correspondencia y á los testimonios de sus amigos y de sus enemigos. La conclusion es la siguiente, y siento no poderos rep-

tir las palabras mismas del autor: Si el historiador es despoja de todas las preocupaciones y prevenciones nacionales y se coloca en un terreno mas elevado para apreciar el carácter de este Pontífice, verá en él un espíritu el mas recto, un desinterés el mas perfecto y un celo el mas puro; nunca se apartó de la línea de conducta que su posicion le imponia el deber de seguir, y no empleó otros medios que los de que legítimamente podia usar. Los demas testimonios están acordes con el de Voigt, todos están llenos de un entusiasmo que un escritor católico no podria sobrepujar; y hasta se ha observado que uno de ellos siempre que hablaba de este gran Pontífice lo hacia con una especie de arrocamiento (1).

Hace dos años vióse aparecer otra publicacion muy importante acerca de uno de los Pontífices mas maltratados por la historia; esa publicacion es la vida de Inocencio III, escrita por Hurter, individuo del clero protestante de Alemania. El autor examina á sangre fria las acusaciones hechas contra él, y no juzga de los hechos sino á vista de documentos originales. La conclusion de su obra es que el carácter de este Papa no solamente es superior á las inculpaciones que se le han hecho, sino que merece bajo todos concep-

(1) Eichorn, Luden, Leo, Muller y muchos otros escritores protestantes. Yo espero tener algun día ocasion mas favorable para estenderme mas acerca de sus testimonios. Desde que se han dado estas conferencias, los doctores ingleses han podido estudiar el carácter del célebre Pontífice en la interesante obra publicada recientemente por el señor Borodin.

B. del C.—Tomo X.—CONFERENCIAS DE WISEMAN, Tom. II. 5

tos la admiracion de la posteridad. Y para daros una idea de los sentimientos manifestados en estas bellas páginas, citaré dos pasages que tienen relacion con el asunto general de mi discurso. El autor se expresa así: “Los cristianos de estos tiempos, los eclesiásticos y principalmente los mas inmediatos al centro de la Iglesia debieron considerar al que era su jefe como un instrumento inmediato de que Dios se servia para asegurar los mas altos intereses de la comunidad. Todas las dignidades humanas trabajan por el bienestar de la vida terrena, por un objeto pasagero; sola la Iglesia tiende á procurar la salvacion de todos los hombres ó un objeto de eterna duracion. Si las potestades de la tierra vienen de Dios, no pueden ser ni en el mismo sentido, ni en la misma medida, ni con la misma evidencia que el encumbrado poder espiritual de aquellos siglos, cuyo origen, desarrollo, influjo y estension presentan (prescindiendo de toda fórmula dogmática) el fenómeno mas admirable de la historia del mundo (1).”

El segundo pasage es como sigue: “En cualquier época en que nos coloquemos, volvamos nuestras miradas adelante y atrás abarcando los tiempos, y consideremos cómo la institucion del Papado ha sobrepujado la duracion de todas las demas instituciones de Europa; cómo ha visto nacer y caer todos

(1) Hurter: *Historia del Papa Inocencio III y de sus contemporáneos*, Hamb., 1834, tom. 1, p. 56.

• los demas Estados; cómo, en medio de las interminables revoluciones de las potestades humanas, solo ella es la que no ha variado, solo ella es la que se ha conservado y mantenido con el mismo espíritu. • Y ¿podrá ya causarnos sorpresa el que otros la miran como la roca que se eleva inmóvil sobre las borrascosas oleadas del tiempo (1)?”

Esperemos, hermanos míos, que los útiles trabajos que se continúan haciendo en otras partes irán poco á poco siendo conocidos entre nosotros. Cuando estudiemos los pasados siglos con el mismo espíritu de verdad que anima á nuestros vecinos del continente, veremos caer las calumniosas inculpaciones que se han hecho á hombres cuyo carácter, aun independientemente del sentimiento religioso, merecen nuestra admiración y nuestros respetos; y en la misma proporción irán disminuyendo las objeciones contra la supremacía de los Papas, sacadas de ejemplos personales. Os he presentado sumariamente las pruebas que demuestran el primado de los sucesores de San Pedro. Ahora ya sabeis en qué cimiento descansa; en textos claros y terminantes de la Escritura, sin que sea menester violentar su sentido, bastando explicarlos según su contestura y según su conexión con otras partes de la palabra de Dios. Ya habeis visto cómo esta magnífica institución se ha transmitido y conservado á través de los siglos por la sucesión de los

(1) *Ibid.*, p. 79.

Pontífices hasta el que actualmente ocupa la Catedral de San Pedro.

Sus predecesores mas cercanos han velado con tierna solicitud por esta porcion de su grey, y esta misma iglesia (1) en que estamos reunidos es un testimonio de los sentimientos y deseos de la Santa Sede respecto de vosotros. Aludo principalmente á ese venerable Pontífice que mas que otros ha mostrado con su ejemplo el indestructible carácter de su dignidad. Al paso que el poderoso emperador, que fué de autor injusto de su persona y de sus Estados, ha sufrido el comun destino de las cosas humanas, él se ha vuelto á levantar y reponer de sus padecimientos y permanecido pacífico poseedor del trono de sus antepasados. Como prueba de su afecto á nosotros, Pio VII regaló á esta iglesia inmediatamente despues de su ereccion un magnifico juego de vasos sagrados que ella conserva. Hallábame yo entonces en Roma, y me acuerdo muy bien de las preciosas palabras que salieron de sus labios, cuando algunas personas le hicieron notar que se deshacia de la mejor vajilla sagrada que tenia: “Los católicos de Inglaterra, contestó, merecen lo mejor que yo pueda darles.” El que ahora ocupa su cátedra (Gregorio XVI) ha heredado estos mismos sentimientos de paternal afecto. Puede decirse de él que nadie ha resistido mejor á las pruebas de la prosperidad. Elevado sucesiva y rápidamente

(1) Santa Maria de Moorfields.

de la vida humilde y mortificada del claustro á la dignidad de Príncipe de la Iglesia, y luego á la de Gefe de ella, no ha hecho variacion alguna en la sencillez de costumbres, en la piedad tranquila y franca, y en la nada afectada cordialidad que le distinguian en su soledad. Verdad es que á la triple diadema que ciñe su frente ha venido á agregarse una corona de espinas con las turbulencias políticas de sus propios Estados y con las desobediencias y despojos cometidos en algunas de sus provincias espirituales. Pero puede muy bien apartar de tan dolorosos pensamientos su espíritu para ocuparle en objetos mas consoladores; durante su reinado, nuestra Religion santa no ha cesado de hacer progresos en nuestra patria y en otros paises lejanos; el número de sus hijos ha ido constantemente en aumento en paises donde aun hace muy pocos años no se podia ser cristiano sin exponerse á mil peligros. Ademas, lleva un nombre que es para nosotros de buen agüero. Por dos veces ese nombre ha legado inefables recuerdos á la Inglaterra católica. El primer Gregorio fué quien envió á Agustin y sus compañeros para convertir á la fé á nuestros antepasados; y cuando el espíritu de error y de rebellion amenaza derribar y destruir el edificio, el décimo tercio Gregorio está en pie sobre la brecha para suministrar á nuestro clero medios de educacion, para reencender y avivar en su seno la pequeña chispa que ahora va reanimándose y parece pronta á estenderse cual magnífica llama. De la misma casa que Gregorio el Grande y sus discipulos Agustin y Jus-

to (1) ha salido el actual Pontífice para gobernar la Iglesia animado del mismo celo, adherido á la misma causa. ¡Ah! ¡ojalá que á sus deseos correspondan los mismos resultados! ¡ojalá viva lo bastante para hacer á todas las ovejas, que no forman parte de su rebaño, volver al redil, á fin de que no haya mas de un solo pastor y un solo rebaño; á fin de que al advenimiento del *Príncipe de los pastores*, Jesucristo, de quien él es vicario, todos seamos juzgados dignos de recibir la *inmarcesible corona de la gloria* (2).

(1) Los camaldulenses ocupan hoy en el monte Caelius la iglesia y monasterio de San Gregorio que fueron en su origen la casa de este Pontífice. Léese todavía sobre el pórtico de la Iglesia una inscripcion que recuerda partieron de aquel sitio los primeros Apóstoles de los Anglo-sajones. En este monasterio ha vivido tambien muchos años el Papa actual (Gregorio XVI) antes de su elevacion al cardenalato.

(2) I. Petr. V, 4.





CONFERENCIA IX.

CONCLUSION DE LAS CONFERENCIAS ACERCA DE LA IGLESIA.

Nuestros padres han adorado en esta montaña, y vosotros decís que en Jerusalem es donde se debe adorar. (*Joann. IV, 20.*)

VED ahí, hermanos míos, la cuestión que en tiempo del Salvador dividía á los hombres que creían en un solo Dios, y hé ahí también el punto en que aun hoy estamos divididos. Hay entre nosotros quienes dicen: "Solo nosotros estamos en el camino de salvación; únicamente donde nosotros adoramos es donde se ofrece un sacrificio agradable al verdadero Dios."—"No, contestan los otros; no, que aquí

«es donde adoraron nuestros padres; esta es la Religion que hemos recibido de nuestros mayores; ¿porqué la habíamos de abandonar para adoptar un culto mas esclusivo?» ¡Ah! ¡Que no tuviéramos, como la Samaritana en el Evangelio de este dia, un árbitro que decidiese soberanamente de todas nuestras disputas, y cuya decision pudiésemos seguir con entera sumision! ¡Que no estuviéramos tambien en la presencia visible del Divino Redentor, á fin de examinar delante de él nuestras pretensiones respectivas á constituir aquí bajo la Iglesia verdadera, y de recibir su decision suprema cual sancion del mismo Dios para el uno ó para el otro cuerpo de doctrinas!

Pero desgraciadamente para nosotros, aunque muy justamente sin duda en los eternos decretos de la Providencia, no nos es dado recurrir á esta decision última y absoluta acerca de las diferencias que nos dividen. Por eso es de nuestro deber examinar, con todas las reservas de la caridad, nuestros respectivos derechos; y es particularmente un deber para nosotros que vemos sancionadas nuestras pretensiones por los mas elevados, dignos y solemnes testimonios. ¡Ojalá que al llegar á una conclusion evidente para todos, pongamos término á las interminables disputas de Religion que tanto tiempo há nos dividen á nosotros y á los que nos han precedido en este pais. Hasta ahora me he esforzado, cuanto mis débiles fuerzas me lo han permitido, en presentaros una exposicion clara y terminante de la doctrina católica acerca de la regla de fé. He discutido los motivos que la

apoyan, y la hemos visto fundada en la infalible autoridad de la misma palabra de Dios. De aquí he deducido la obligacion en que estamos de someternos al juicio y direccion de un poder que se gloria, y con justa razon, de su divino origen. Pero como este asunto ha ocupado muchos discursos, tengo motivo para creer que mis argumentos hayan perdido por su misma extension alguna cosa de su fuerza. Esto me impele á resumir brevemente, antes de tratar el nuevo y mas importante asunto (1) que nos ocupará el domingo próximo, á resumir, digo, brevemente las pruebas que he ido desenvolviendo desde el principio de nuestras conferencias, á fin de que reunidas y como condensadas en un manojito, podais abarcarlas con una simple ojeada.

No necesito detenerme mas acerca del punto capital que separa nuestras creencias de los símbolos mas modernos. Oid cómo le resume uno de los teólogos mas eminentes de Inglaterra, quizá el que con mas energía ha sostenido el principio protestante: “La diferencia esencial que en los tiempos modernos divide á la Religion, consiste únicamente en esto: ¿cuál es el principio fundamental sobre que se establece la fé (2)?” Mis discursos preliminares han presentado como en contraste la creencia de las dos comuniones acerca de esto. He desenvuelto estensamen-

(1) La Eucaristía.

(2) Leslie.

el principio de la regla de fé católica ; consiste en admitir la existencia de un cuerpo docente , instituido por Dios , y á quien Dios ha prometido asistir , y por el cual él mismo enseñará hasta el fin de los tiempos. De lo cual resulta que la Iglesia ó sociedad organizada , depositaria de las verdades reveladas , no está sujeta á error.

Al contrario de la doctrina católica, el principio de fé protestante deja á cada cual ser juez de lo que debe creer, y le dice: “Es obligacion tuya descubrir, y creer despues de haberlo descubierto, lo que en ese libro ha podido ser enseñado.” Empero, á no considerar la regla de fé sino como una mera hipótesis, el mejor y mas seguro medio de apreciar su valor es investigar cómo responde á todas las dificultades que se la oponen ó que se la presentan para que las resuelva. Porque aqui sucede lo que en cualquier otro problema: si el resultado responde á todos los datos y á todas las primeras suposiciones que encierra, y si responde á ellos de modo que, probando cada parte por las otras, todo se armonice perfectamente, nuestro entendimiento queda satisfecho y decimos que la solucion es exacta. Sobre este principio, y únicamente sobre este principio, han basado los filósofos sus teorías mas sólidas y mas generalmente recibidas; de un razonamiento semejante se ha valido la escuela newtoniana para establecer su sistema de gravitacion universal. Es indudable que no tenemos medio alguno de llegar á un conocimiento intuitivo de la naturaleza y construccion

del universo; pero cuando un sistema asienta leyes que corresponden á todos los fenómenos, que no dejando vaguedad alguna dan una satisfactoria razon de todos los hechos, entonces decimos que semejante resultado es la mas fuerte prueba de que la imaginada hipótesis se aviene perfectamente con la verdad de las cosas.

Este es tambien el método que he seguido con preferencia. Ante todo he considerado á la Iglesia, á la cual confió Jesucristo su Religion, en su constitucion interior y en su forma exterior, antes, durante y despues de su establecimiento.—Antes de su establecimiento: ya habeis visto que la divina Providencia ha seguido siempre una marcha regular y determinada, proveyendo á la conservacion de la verdad entre los hombres; para salvar de la corrupcion, que se habia extendido en el antiguo mundo, la fé y las esperanzas del género humano, fundó Dios una sociedad para este especial objeto. Pero esta primera sociedad no era mas que el tipo de la sociedad futura; las figuras, las imágenes, los razonamientos, y hasta las espresiones que la concernian, aplicábanse igualmente á la que le ha sucedido, como si esta no fuera otra cosa que el cumplimiento y perfeccionamiento de aquella. Habreis observado al mismo tiempo cuán sencilla y natural es la marcha de la Providencia, cómo prosigue hasta el fin el orden de cosas comenzado. Tal vez el hombre aguardaria mas perfecto desenvolvimiento, mas brillantes manifestaciones, pero esto seria otra tanta violacion del plan divi

no; los cambios súbitos, las interrupciones completas anticiparian y desordenarian la accion providencial entre los hombres.

Por eso os he mostrado en las instituciones judáicas los indicios ciertos de una revelacion futura que debia proveer de una manera eficaz á la conservacion de la verdad y cuya tendencia necesaria fuese perfeccionar la primera, y por consiguiente no solo alejar, sino ademas escluir y prevenir el error. Tales son los primeros datos para la formacion de nuestro sistema religioso: sea cual fuere la sociedad que despues lleve el nombre de Iglesia del verdadero Dios, preciso será que reproduzca estos primeros lineamentos que suministra la ley antigua.

Llegados al Nuevo Testamento hemos encontrado en él todos los materiales apetecibles para la construccion del edificio tal como habia sido descrito y trazado por los profetas; por manera que ha sido imposible no ver en él el cumplimiento y realizacion de lo que durante tantos siglos se esperaba. En ambas partes se ven las mismas imágenes, el mismo lenguaje, las mismas formas de expresion; la ley cristiana contiene esactamente todo lo que habia sido prometido en la ley figurativa. Por consiguiente, el principio católico establece una perfecta armonía entre las dos partes, puesto que solo nuestro modo de interpretar el Nuevo Testamento concuerda con los pasajes del Antiguo que se refieren á las nuevas instituciones; y por tanto solo él conserva un vínculo necesario entre la profecia y su cumplimiento. Este acuerdo entre las

dos leyes es el segundo dato que conduce á la solución del problema en cuestion.

Entrando entonces en un exámen mas minucioso de esta nueva Religion ó de esta Iglesia, hemos dejado de considerarla en sus relaciones con lo que habia sido predicho , para investigar la constitucion intrínseca y esencial que ella ha recibido de su fundador , y la hemos encontrado por medio del análisis de algunos textos. A fin de no dejar vaguedad alguna, hemos descompuesto esos textos cuando así pareció necesario, y hemos determinado el sentido de cada frase y aun de cada palabra , cotejándolas con otros pasajes acerca de los cuales no puede haber duda alguna. Asi hemos reconocido que Jesucristo instituyó una sociedad completa y compacta en sus formas y en su gobierno, homogénea por su unidad, compuesta de todos los elementos constitutivos de un cuerpo social, poseyendo en sí misma cierto poder y cierta autoridad, cuyo ejercicio y desempeño se cometi6 á una clase de personas escogidas espresamente para ser sus depositarias. Ademas , hemos reconocido que esta sociedad recibió la mision y los medios necesarios de estender su dominacion sobre toda la raza humana ; y lo que aun es mas digno de notarse , que el mismo Salvador prometió conservar en ella una enseñanza infalible hasta el fin de los tiempos y prestarle una asistencia tan eficaz que hasta la disolucion última del mundo creado se conservase en ella sin alteracion el cuerpo de doctrinas confiado á los Apóstoles y á sus sucesores. Tenemos

pues aquí muchos "datos ó condiciones nuevas que habrán de encontrarse en la constitucion del reino de Jesucristo, ó en las formas con que su Iglesia nos aparezca revestida.

Hemos descubierto en seguida que habia sido formalmente prometido todo el poder necesario para la difusion del Evangelio y que se habia dado orden de predicar las verdades cristianas á todos los reinos y á todas las naciones que no conocen el nombre de Jesucristo, á todos los que están sentados en las tinieblas y sombra de la muerte. Luego la Iglesia poseerá el poder ó el medio de poner en ejecucion esa orden, puesto que debe ser instrumento escogido por Dios para estender sobre la tierra el reino del Evangelio.

Descendiendo por último á algunas particularidades de esta constitucion, hemos examinado en nuestro anterior discurso cómo Jesucristo con la plenitud de su poder proveyó al mantenimiento de la unidad, apelando al único medio que es la salvaguardia de ella en toda sociedad; estableciendo un centro de unidad, un punto único en derredor del cual girase todo el sistema; dando al edificio una base sólida, un fundamento duradero; instituyendo, en una palabra, un gobierno supremo que estendiese su vigilancia y autoridad sobre todas las partes á la vez.

Tal es la idea que ha resultado de nuestras investigaciones acerca de la constitucion de la Iglesia; tales son los datos que hay que verificar. Luego no será la verdadera Iglesia de Jesucristo ninguna sociedad

religiosa que no se adapte esactamente con el plan que acabamos de bosquejar, que no llene todas sus condiciones, y no presente un perfecto acuerdo con todos los elementos que hemos designado. Pero, hermanos míos, no creo sea necesario ahora el probar que estas diversas condiciones que se requieren en la Iglesia de Jesucristo, se encuentran completamente de nuestra parte. Lo repito, no creo sea necesario probarlo; porque tengo la certeza de que todo hombre naturalmente inclinado á estar en guardia contra la forma de argumentacion que yo he seguido, y particularmente los que no habiendo asistido á mis primeros discursos, hubieran podido despues precaver su espíritu contra las conclusiones que yo sacaba del exámen así del Antiguo Testamento como de los Santos Evangelios, sospechen sin duda que lo que yo he espuesto ha sido no los meros resultados de nuestras investigaciones, sino nuestras propias doctrinas acerca del gobierno y autoridad de la Iglesia. Es imposible que una persona familiarizada con la doctrina católica acerca de este punto no vea la esacta relacion y perfecta correspondencia que hay entre ella y el plan que he presentado á vuestra vista.

Si en otro tiempo se predijo que Jesucristo daria á la sociedad nueva la forma de un reino, que en esta estableceria un gobierno, que el sacerdocio seria depositario de cierta autoridad, que la Iglesia gozaria de ese poder, de una seguridad tan grande en sus decisiones que todos sus miembros serian neces-

riamente instruidos por el mismo Dios y puestos bajo su especial proteccion; ¿no posee la sociedad católica una constitucion, una forma de gobierno perfectamente idéntica? ¿no se ha incorporado ella, no ha realizado todas las imágenes y todos los tipos antiguos? De la misma manera, si en el Nuevo Testamento se dice que estas figuras de la ley serán cumplidas por la institucion de semejante autoridad, ¿no es cierto que, á escepcion de la Iglesia católica, ninguna Iglesia podría aspirar á este derecho ó presentar una constitucion análoga? ¿Hay necesidad de que yo entre en largos pormenores para probaros que al poder de esta Iglesia toca estender el imperio del cristianismo? Lisónjéome de haber demostrado suficientemente este punto. Toda tentativa de este género, hecha por las demas comuniones, ha fracasado comparativamente y aun, puedo decirlo, completamente: por mas esperanzas que al principio se hubiesen concebido, por do quiera y cada vez que no ha faltado el tiempo necesario para llevar á cima la empresa, el resultado ha sido totalmente nulo. Por el contrario, ved lo que ha pasado entre nosotros; no solo se han fundado en tiempos antiguos iglesias que sacan de ellas mismas sus propios recursos, sino que despues de la separacion de una parte de Europa del centro de unidad, ha sido predicada la fé con los mas felices resultados en Oriente y en Occidente; se han establecido comunidades religiosas que han resistido á la prueba de largas y sangrientas persecuciones, al abandono, á la negligencia, á la carencia de todo socorro.

112 Procediendo así paso á paso, por vía de simple induccion, hemos analizado las diferentes clases de pruebas y mostrado cómo se adaptan á esta forma de gobierno eclesiástico, cómo esta regla de fé que es la nuestra las combina entre sí y se las apropia de la manera mas feliz. Por do quiera la misma correspondencia, el mismo perfecto acuerdo entre las partes, desde el primer momento de la promesa hasta su completa realizacion, desde la profecía hasta su cumplimiento final, á no juzgar de la una y del otro sino segun la palabra infalible de Dios.

113 Tambien hemos examinado, hermanos míos, aunque no con la misma estension, el método profesado por nuestros adversarios y que descansa en un principio diametralmente opuesto. En mi segunda Conferencia os he presentado una imagen abreviada, pero completa, de las dificultades intrínsecas que á cada instante embarazan su marcha. En vez de dar como nosotros por punto de partida de sus pruebas un principio inconcuso, y guiados por solas las leyes de la lógica y de la naturaleza de las cosas, proceder por una serie de proposiciones sucesivamente demostradas hasta llegar al completo desenvolvimiento de su principio ó regla de fé, hay interrupciones, hay abismos sobre los que hay que saltar, si se quiere que la demostracion dé por resultado la conclusion general que se queria sacar. Las innumerables contradicciones, las dificultades, las condiciones inadmisibles, de que está herizado este sistema, prueban superabundantemente que él no es la regla de fé destinada por Jesu-

B. del C.—TOMO X.—CONFERENCIAS DE WISEMAN, TOM. II. 6.

cristo á guiar á los hombres al conocimiento de su Religion. Asi que nosotros no hemos entrado en un exámen minucioso acerca de esto ; porque ya os he hecho observar que no establecemos nuestras doctrinas sobre la esclusion de otros símbolos, sino sobre sus propias pruebas, sobre su valor intrínseco ; de ahí el modo de proceder, tal como yo le he concebido y practicado en estas discusiones y que consiste en demostrar simplemente la verdad de nuestra fé, en probar que es la misma que fué establecida por Jesucristo, y por consiguiente en concluir la imposibilidad de que otra creencia alguna, en concurrencia con ella, tenga derecho al mismo privilegio. Sin embargo, tal vez no falten quienes me acusen de haber temido someter al análisis la regla de fé propuesta por los que no piensan como nosotros ; por eso vamos hoy á examinar si ella resiste á la prueba de que la nuestra ha salido victoriosa. Recordemos, pues, ante todo, algunos de los puntos de que hemos tratado en otra parte.

Hemos hecho notar que Dios habia encargado expresamente que se pusiese por escrito la ley mosaica, y que, á pesar de eso, no habian sido consignadas en ese Código escrito las doctrinas mas importantes profesadas por los judíos hasta el tiempo del Mesías, sino que habian sido trasmitidas de generacion en generacion por la tradicion oral. Entre esas verdades se cuentan los dogmas de la Trinidad, de la Encarnacion del Verbo, de la Redencion del género humano por los padecimientos de ese Verbo Encarnado, de la vi-

da futura y de la regeneracion. Y ¿cuál es la consecuencia de esta observacion? Esa consecuencia es que nada debiera ser mas evidente, mas incontestable que toda disposicion del mismo género que confiase á sola la Escritura la enseñanza de las verdades religiosas, con exclusion de nuestras tradiciones divinas.

! Pero permitidme preguntaros si el protestantismo ofrece algunos de los caractéres que hemos descrito y que la Iglesia católica reproduce con tanta exactitud. ¿Está por ventura constituido bajo la forma de un reino perpetuado en una sociedad de hombres visible, tan visible cual lo era la antigua por notas exteriores? ¿Hallais en él la sombra siquiera de una institucion que corresponda á la profecía, que sea su perfeccionamiento, como medio de preservar del error al hombre? ¿Veis en la regla de fé protestante una garantía suficiente para la perpetuacion de este reino de Cristo, tan frecuentemente y tan claramente predicho en los escritos de los Profetas? Pero lejos de eso, ella supone, ó mas bien admite de hecho, la posibilidad de una ruina total en el edificio levantado por el Salvador. Así, pues, cotejada con las revelaciones anteriores, esta supuesta Iglesia de Jesucristo no llena ni realiza sus condiciones.

Considerémosla ahora bajo el punto de vista del Nuevo Testamento. Mas aqui debemos examinar los pasajes que se alegan para afirmar que la Escritura es en la ley nueva la regla de fé, tan exclusivamente la regla de fé, que todo principio que imponga la:

existencia de una autoridad infalible seria desde luego, no solamente inútil, sino radicalmente falso. Notad desde luego que los argumentos con que los católicos sostienen su doctrina acerca de la regla de fé son tales que excluyen necesariamente toda doctrina contraria; en otros términos, nuestra manera de interpretar los textos que establecen la autoridad de la Iglesia y, por la asistencia eficaz y continua que recibe, la continuidad de la enseñanza del Salvador en medio de nosotros, supone necesariamente en todos los hombres la obligacion de recibir implícitamente sus creencias de la Iglesia, porque la Iglesia es la única que posee en la tierra una completa seguridad de no poder errar. Luego tendreis que destruir estas promesas y estas declaraciones esplicitas, que resultan de esos pasages, antes de poder establecer la suficiencia de la Escritura como regla de fé.

Por otra parte, el principio católico no escluye las Santas Escrituras; él las admite con la plenitud de su autoridad, conviene en que la revelacion que allí está consignada es necesariamente verdadera en toda su estension, y en que los libros santos contienen virtualmente el fundamento ó gérmen de todas las doctrinas. No hay, pues, mas de un medio de atacar nuestra regla de fé; presentar testimonios que sean su espresa negacion. Nuestros argumentos en favor de la autoridad de la Iglesia permanecen inexpugnables hasta que les opongais alguna cosa que pruebe no deba seguirse mas regla de fé que la Escritura, puesto que nosotros recibimos como

regla de fé la Escritura en toda su estension. Pero vosotros que escluís la autoridad de la Iglesia, y que pretendéis que la Escritura es la única regla de fé, mostradnos en favor de esta regla única textos tan fuertes y concluyentes, que echen por tierra los que nosotros alegamos en favor de la enseñanza de la Iglesia, y que á pesar del exámen riguroso que de los nuestros hemos hecho, nos obliguen á desecharlos ó á atribuirles un sentido compatible con la esclusiva suficiencia de la Escritura.

Hermanos míos: he querido convencerme de que no omitía cosa alguna que fuese de alguna importancia en la cuestion de que trato aquí. Acerca de esta materia he leído los tratados de los teólogos protestantes mas distinguidos, para ver mejor en qué base se apoyan cuando asientan que la palabra de Dios escrita es la única regla de fé; y no ha dejado de sorprenderme bastante la manera con que una de estas obras concluye que la Escritura basta como regla de fé y de costumbres. Despues de un ligero resumen de las pruebas de la inspiracion, el autor procede así: Los libros santos contienen todo lo que es necesario al hombre: y ¿por qué? porque enseñan la unidad de Dios en tres personas, la venida de Jesucristo á la tierra y su muerte por el género humano: ademas, las doctrinas de la penitencia, de un estado futuro y de la resurreccion de los muertos; luego la Escritura es la única y suficiente regla de fé y de costumbres (1).—

(1) Horne, introduccion, tom. 1, p. 490, 6.^a edic.

Ahora bien: decidme ¿veis relacion alguna entre esas premisas y su conclusion? La Escritura enseña todas estas doctrinas; luego ¿no hay otras doctrinas en que tengamos que instruirnos? Pero este es el punto en cuestion: tomais por cierto lo que debeis probar. Ya en otra ocasion he demostrado el vicio radical de este razonamiento. Efectivamente, se parte del siguiente punto que se mira como incontestable: “las doctrinas explicitamente consignadas en la Escritura son todo lo que necesitamos saber:” y hé aqui cabalmente la diferencia fundamental que nos separa (1). Paréceme ademas que este argumento contiene una fuerte dósís de presuncion, porque ante todo pretende determinar la medida de fé que Dios puede exigir, decidiendo que lo que está claramente espresado en la Escritura de-

(1) Basta reducir á forma silogística este argumento para demostrar toda su debilidad. La proposicion de Horne es la siguiente: “La Escritura sola contiene todo lo que es necesario para la fé.” Hé aqui ahora el silogismo: “La Escritura contiene las doctrinas de la Trinidad, de la Penitencia, etc.; es así que estas son todas las doctrinas necesarias para la fé; luego la Escritura contiene todas las doctrinas necesarias.” ¿Quién no vé que la *menor* reserva íntegra la cuestion que nos divide? Sin embargo, no se da prueba alguna, cual si se tratara de un punto incontestable. Y si alguien hubiera preguntado al autor de semejante argumento qué razones habria aducido para demostrar que esas doctrinas eran suficientes para la salvacion, su respuesta indudablemente habria sido esta: “Porque son las únicas claramente contenidas en la Escritura.” Y digo que esta hubiera sido su respuesta, porque su principio no le permitia aceptar doctrinas en virtud de otro fundamento. Pero esta respuesta habria demostrado al mismo tiempo que todo el argumento giraba en un circulo vicioso. 1.º La Escritura basta, porque contiene todas las doctrinas necesarias á la fé; 2.º Estas doctrinas comprenden todo lo que es necesario á la fé, porque son las únicas que se encuentran en la Escritura.

be bastar necesariamente. Pero ¿no es Dios dueño de sus obras? ¿Por qué no habia de haber juzgado conveniente someter la humildad y la fé de su criatura á la prueba de la obediencia y hacer consistir esta prueba en puntos al parecer menos importantes? Y por nuestra parte, ¿cómo determinar por medios puramente racionales el número de las verdades que bastan para salvarse? Nosotros debemos contentarnos con recibir las instituciones religiosas tales como han salido de la mano de Dios, y no segun su mayor ó menor conformidad aparente con nuestras ideas de conveniencia.

Luego dependiendo esta cuestion únicamente de la libre eleccion de la Providencia, no puede ser resuelta sino por pruebas positivas. Yo preguntaria á todo protestante reflexivo, y que no esté preocupado, si es posible que se contente con un argumento como este: “Dios ha querido, en primer lugar, que fuese escrito el Nuevo Testamento; en segundo lugar, ha querido que todos los hombres le leyesen; y en tercero, ha prometido que, á pesar de la debilidad y de los extravíos del entendimiento humano, bastase esta via para conducir todos los hombres á la verdad.” A menos de que por una série de deducciones rigurosas y apoyadasen hechos positivos se llegue á comprobar cada una de estas proposiciones; á menos de que se llegue á una demostracion tan evidente de estos principios que destruya la proposicion contraria que se deriva natural y lógicamente de diferentes textos de la Escritura, en los que el divino Salvador confia á

su Iglesia hasta el fin de los siglos el cuidado de enseñar, y la promete una asistencia sobrenatural; á menos, digo, que esto suceda, semejante razonamiento no podrá menos de parecer, á todo hombre reflexivo, superficial y propio para estraviar en la fé. Al contrario, nada mas bello, nada mas firme y lógico que el fundamento en que el catolicismo asienta su principio, ó sea la regla que en su gremio guia á los hombres hácia la verdad.

Hay, sin embargo, algunos pasajes de la Escritura que se citan comunmente como prueba de que la palabra escrita es la regla de fé. Por ejemplo, el Salvador dice á los judíos: “Leed las Escrituras, que ellas dan testimonio de mí (1).”

1.º Pero si se cotejan estas palabras con el uso que de ellas se hizo en otra ocasion, es imposible no ver cómo esta regla dependia de circunstancias puramente accidentales, y cuán incierta era su aplicacion. “Leed las Escrituras, dijo el Salvador á los judíos, que ellas dan testimonio de mí.” “Lee las Escrituras, respondian en aire de triunfo los fariseos á Nicodemus; lee las Escrituras, y verás que no puede salir de Galilea profeta alguno (2).” El uno, para convencer á sus imparciales oyentes de la verdad de su mision, los remitia á los escritos de los Profetas; y los otros apelaban al

(1) Joann. V, 39.

(2) Joann. VII, 52.

mismo testimonio para demostrar el poco fundamento de sus pretensiones. Y ¿no es igual el caso que se nos está presentando todos los días? Los enemigos de la divinidad del Salvador, ¿no dicen que esta es incompatible con esas mismas Escrituras en que otros la ven claramente definida? Una regla tan vaga, cuyo uso depende de las preocupaciones de que esté dominado el que la aplica, paréceme ser poco apta para guiar y dirigir por sí sola á una inteligencia estraviada en sus tinieblas.

2.º Pero, hermanos míos, no pueden menos de llamarme la atención algunas palabras del mismo texto que menos á menudo se cita: “Leed las Escrituras, dice Jesucristo, porque *vosotros creéis* hallar allí la vida eterna.” Sea cual fuere el sentido que se atribuya á estas palabras, difícil es hallar en ellas la confirmación del principio que se quiere probar con este pasaje; y aun me atrevería á decir que el verbo *creer*, de que aquí se servía el Salvador, espresa invariablemente una opinión mal fundada, según el lenguaje de los Evangelios, cuantas veces no está en interrogante (1); implica una desaprobación, cuando con motivo de una doctrina ó de una proposición se remite á los pensamientos y opiniones de otros. Por ejemplo: “No afectéis hablar mucho en vuestras oraciones como los paganos, que *creen* que cuanto mas ha-

(1) Como esta: «¿Quién creéis será este niño?» Luc. I, 66.

«blen mejor escuchados serán (1)...»—“Al que nada tiene, se le quitará aun lo que él *cree* tener (2).”—“Jesus hablaba de su muerte, y ellos *creyeron* que hablaba del sueño (3).” Por el contrario, si el Salvador ó los Evangelistas quieren denotar la exactitud de una opinion, entonces se sirven del verbo *saber*. Asi por ejemplo: “Vosotros *sabeis* que los príncipes de las naciones dominan en ellas (4).”—“Cuando las ramas están ya tiernas y salen hojas, *sabeis* que el verano está próximo (5).”—“Ya *sabeis* que dentro de dos dias será la Pascua (6).” “Él los amenazaba (á los demonios), y les impedia hablar, porque *sabian* que él era el Cristo (7).”—Vosotros *sabeis* de dónde soy yo (8).”—Este modo invariable de espresarse, segun que la opinion es aprobada ó desaprobada, no deja la menor duda acerca de la desaprobacion que el Salvador hacia de la creencia casi supersticiosa de los judíos, renovada en nuestros dias; á saber, que la posesion de la palabra de Dios basta para la salvacion: “Vosotros *creéis* hallar en ellas la vida eterna.” Jesucristo con un argumento *ad hominem*, por servirme de los términos de la escuela, apela á las Escrituras simplemente como á un principio admi-

(1) Matth. VI, 7.

(2) Luc. VIII, 18.

(3) Joann. XII, 43; Luc. XII, 54; XIII, 2, 4, etc.

(4) Matth. XX, 25; Marc. X, 42.

(5) Matth. XXIV, 32.

(6) *Ibid.*, XXVI, 2.

(7) Luc. IV, 41.

(8) Joann. VII, 28.

tido. Los judíos tenían una confianza excesiva en la posesion del libro inspirado; y él se aprovecha de esto, y de ese mismo sentimiento hace el punto de partida de su demostracion.

3.º Ademas, yo podria preguntar cuáles son las Escrituras á que Jesucristo remitia los judíos. ¿Es al Antiguo ó es al Nuevo Testamento? De seguro no es al Nuevo, pues aun no estaba escrito. Y bien: de que los judíos tuvieran un Código escrito, segun ya hemos manifestado en otra ocasion, y de que el Salvador les remitiera á esas leyes confiadas á la Escritura desde su origen por disposicion expresa de la Providencia, ¿podeis inferir de ahí que por esta recomendacion instituia como regla única é infalible de la fé otra parte de la Escritura que todavia no existia? No, no podeis atribuir á Jesucristo un designio tan extraño como el que suponeis, cual es el de haber invocado el testimonio de libros que entonces aun no estaban escritos; sus palabras no podrian despertar en el ánimo de su auditorio otra idea que la de la ley antigua. Una de dos: ó estendeis á libros que aun no habian de componerse hasta mucho tiempo despues el consejo que el Salvador daba á los judíos de examinar sus propios libros para allí leer los testimonios que á él se referian, ó por una analogía enteramente gratuita deducís que asi como los judíos eran remitidos á la autoridad de algunos libros, así todo cristiano está en la obligacion de consultar otros libros para descubrir en ellos la verdad.

4.º Aún hay mas: el argumento en tanto tiene

algun peso en cuanto se fuerza todavía mas el sentido de las espresiones. En efecto : porque á los judíos se aconsejó buscasen en el Antiguo Testamento la confirmacion de *una* verdad particular, se quiere deducir que los cristianos deben buscar y hallar en el Nuevo la confirmacion de *todas* las verdades. Supongamos se tratase entre nosotros de un punto legal particular, por ejemplo de la *contribucion de pobres*, y que yo os dijera : Leed el *Statute-Book* (el libro de los Estatutos), y alli vereis la verdad de lo que yo digo ; ¿ puede ser mi intencion ni mi pensamiento, á los ojos de todo hombre razonable, el que en ese mismo libro y de una manera igualmente explicita se encontrarán todas nuestras leyes acerca de todos los objetos posibles, v. gr. acerca de la propiedad territorial ? Luego, por la misma razon, cuando Jesucristo dice á los judíos que el Antiguo Testamento da testimonio de la divinidad de su mision, ¿ no será tambien fuera de razon el concluir de ahí que otra parte de la Escritura que aún no existia contendrá todo el desenvolvimiento de la Religion y de la ley ? Porque tened presente que el Salvador no dice que la Escritura *basta* para la salvacion, no dice que contenga toda la verdad, sino que da testimonio de él, y que acerca de este punto su testimonio será enteramente satisfactorio.

El segundo pasage que se alega es de la misma naturaleza que el anterior, aunque mas fuerte en apariencia. Está sacado de la segunda carta de S. Pablo á Timoteo : “ En cuanto á tí, permanece firme en

» las cosas que has aprendido ; porque desde tu infancia has sido educado en las sagradas Letras que » pueden instruirte para la salvacion por la fé que está en Jesucristo. Toda Escritura inspirada por Dios » es útil para instruir , para reprender , para corregir y para conducir á la justicia, á fin de que el » hombre de Dios sea perfecto y esté dispuesto á » todo bien (1).” De este testo infieren, pues, de nuevo que la Escritura ó la palabra de Dios en el Nuevo Testamento contiene todo lo que es necesario para la salvacion por la fé, y que por consiguiente debben los hombres considerarla como la única regla.

1.^o Aqui tambien se presenta la misma cuestion: ¿Cuáles son las Escrituras de que habla San Pablo? —Las que Timoteo conocia desde su infancia ; por consiguiente, no son los libros del Nuevo Testamento, porque no hay palabra alguna que suponga la existencia de un Código escrito para la ley nueva, de libros destinados á instruir á los hombres en las doctrinas del cristianismo.

2.^o En segundo lugar : ¿qué debia aprenderse en el estudio de estos libros de la ley antigua? ¿por qué debia servirse de ellos Timoteo? Evidentemente el fin era el mismo que en el caso anterior, es decir, relativamente á los judíos. Estos libros son útiles para instruir á los hombres en la via de *salvacion*, por la fé que está en Jesucristo ; es decir, que Timo-

(1) II ad Timoth. III, 14, 15, 16, 17.

teo habia sido conducido á la fé de Jesucristo por los testimonios de las Escrituras de que aqui se ha hablado; de manera, que su exámen es á lo sumo un estudio preparatorio para la aceptacion del cristianismo.

3.º Y luego, ¿qué estension debe darse al sentido de las palabras de San Pablo? El Apóstol ¿afirma que la Escritura *baste* para hacer á los hombres perfectos en la fé? ¿Dice siquiera que *baste* para enseñar, para reprender, para instruir? ¿No dice antes bien que es útil y *provechosa*? Pues cabalmente dicen lo mismo todos los católicos. ¿No enseñamos nosotros que la Escritura es utilísima, muy provechosa, muy propia para conducirnos hácia todo bien, y que se la debe estudiar y ponerla en práctica como la guia y regla de nuestra vida? Pero ¿no hay una diferencia enorme entre decir que un libro es útil para estos diversos fines, y afirmar que basta exclusivamente? Y aun suponiendo que este testo envolviese este último sentido, todavia no se podria hacer extensivo á la fé de Jesucristo, puesto que solamente se trata del Antiguo Testamento.

4.º Por otra parte, ¿no es bien claro que San Pablo, al hablar aqui de la Escritura, no enseña que cada fiel deba leerla y servirse de ella, sino que solamente se propone hablar del uso que de ella pueden hacer los pastores de la Iglesia? Efectivamente: observad que los diversos objetos para que segun él es útil la Escritura, pertenecen exclusivamente á los ministros, y no á los oyentes, á los discipulos y súbditos en la

Iglesia de Jesucristo. “Ella es útil para enseñar, para reprender, para corregir, para instruir en la justicia.” San Pablo encarga á Timoteo permanezca firme en las doctrinas que él le habia enseñado, es decir, de la autoridad de los Apóstoles y del testimonio que el Antiguo Testamento da á la fé de Cristo. Despues se dice que ademas la Escritura es útil para corregir, para reprender y para instruir. Ahora bien: claro está que estos diversos puntos no tienen relacion alguna con la conviccion particular de cada uno, sino que pertenecen esencialmente al sagrado ministerio. Luego todo lo que puede inferirse de ahí, acerca del uso de las Santas Escrituras, es el deber impuesto á los Pastores de familiarizarse con ellas y de conocer el modo de servirse de ellas para la edificacion de su grey.

5.º Finalmente, ¿con qué objeto debe servirse de la Escritura el ministro de Dios? ¿Es acaso para formarse á sí mismo un sistema completo de fé? Seguramente que no: el provecho que el *hombre de Dios* sacará de la palabra escrita, es que hallando allí armas para instruir, para reprender, y para corregir, *se hará perfecto y dispuesto para todo bien*. Empero ora entendaís por *hombre de Dios* (1) todo cristiano,

(1) La denominacion de *hombre de Dios* solo se encuentra otra vez en el Nuevo Testamento y es tambien dirigida por San Pablo al mismo Timoteo: “Pero tú, hombre de Dios, huye de estas cosas.” (I. ad Timoth. VI, 11).—Este cotejo hace probable que el *hombre de Dios* de la segunda Epístola se dirija tambien á Timoteo *personalmente*, y en este caso el pasaje admite mucho

ora con mas probabilidad el ministro del Evangelio, lo único que aquí se le recomienda es hacer servir la Escritura para el cumplimiento de la ley moral, mas no para la formacion de un sistema de fé. Estas diversas consideraciones demuestran suficientemente cuán infundado es el concluir de este pasaje que la Biblia es la esclusiva regla de fé para cada fiel en particular; sobre todo, si se le coteja con las pruebas que de las Epístolas de San Pablo á Timoteo he sacado en favor de la enseñanza de la tradicion (1). Que se pesen nuestros argumentos de una parte y de otra, y se verá que las palabras de este testo, reducidas á su justo valor, son de muy poco peso, así como las consecuencias puramente gratuitas que de ellas se pretende sacar.

Vengamos por último al tercer pasaje que se alega. En los Hechos de los Apóstoles se leen estas palabras: “Estos judíos (de Berea) eran gente mas honrada que los de Tesalónica, porque ellos recibieron la palabra de Dios con mucho ardor y examinaban todos los dias las Escrituras para ver si era verdad lo que se les decia (1).” Tal es la version del testo autorizada por la iglesia anglicana, y se nos pregunta

menos la estension de sentido que los protestantes le suponan. Pero si fuera necesario estender el sentido de esta palabra, bastaríamos recurrir al Antiguo Testamento, donde *hombre de Dios* designa invariablemente un hombre enviado de Dios como ministro suyo, como profeta ó mensagero suyo especial. Véase Deut. XXXIII, 1; Jos. XIV, 6; Reg. IX, 7-8; IV Reg. I, 9-13; IV, 7-27; II. Paral. VIII, 14; XI, 2 etc.

(1) Véase la Conferencia IV.

como en triunfo: ¿No es esa una aprobacion del principio protestante, de verificar y comprobar cada cual por la Escritura las doctrinas enseñadas?

1.º Pero ante todo debo protestar contra la esactitud de la traduccion. El testo original, lo mismo que las versiones mas antiguas, dice simplemente: “Eran mas honrados (ó mejor dispuestos) estos judíos *que* (2) recibieron la palabra etc.” El escritor sagrado no prueba su mayor honradez, cual parece lo da á entender la version inglesa, porque examinasen las Escrituras.

2.º Las Escrituras de que en este testo se hablaba, no se componian todavia mas que del Antiguo Testamento.

3.º Y luego, ¿qué doctrina es la que se encomia á estos judíos de Berea que hayan comprobado examinando las Escrituras? ¿La doctrina misma de los Apóstoles? ¿La doctrina de los escritores del Nuevo Testamento? Y bien; el campeon del exámen privado de la Biblia, ¿llevaria su principio hasta el punto de decir que no se podia recibir ni aun la palabra misma de un Apóstol inspirado, y que hasta esta palabra estaba sujeta al exámen personal de todo cristiano? Ciertamente que no: luego ¿qué deberá entenderse por este pasage? Lo que significa claramente

(1) Act. XVII, 11.

(2) *Oitines* es la palabra que aqui se traduce *porque*. La Vulgata le traduce *qui*, los cuales; y la version siríaca, tan venerable por su antigüedad, dice: *y ellos escucharon la palabra*.

B. del C.—Tomo X.—CONFERENCIAS DE WISEMAN, Tom. II. 7

te es que unos hombres , como los judíos de Berea, que *aun no eran* cristianos ni estaban convencidos de la mision divina de los que les predicaban , tenian derecho , mas aún , tenian el deber de sondear las pruebas que se les presentaban. Los Apóstoles, cuando hablaban con judíos , apelaban naturalmente á las profecías del Antiguo Testamento como al testimonio mas sencillo y poderoso de la verdad que proclamaban; y natural era tambien que sus oyentes fueran á comprobar sus citas y convencerse de la esactitud de su aplicacion. Pero una vez asegurados de este modo de que aquellos á quienes oian eran efectivamente enviados de Dios , quedaba concluida su tarea ; ya no les quedaba que hacer otra cosa que escuchar con docilidad á sus nuevos doctores.

Ahí , pues , teneis los únicos pasages con que se ha pretendido demostrar con alguna apariencia de razon que en la Nueva Alianza la palabra de Dios es la esclusiva regla de fé. Ahora pregunto yo á toda persona imparcial: estos textos, despues del análisis que de ellos hemos hecho , y sobre todo cotejados con la mision de enseñar , confiada á la Iglesia, y con la sancion divina y permanente que la acompaña ; estos textos , digo, ¿tienen en sí una fuerza suficiente para contrabalancear la autoridad en que el catolicismo basa su regla de fé y los testimonios tan numerosos como unánimes que vienen en su apoyo? Asi , pues, nuestras investigaciones nos dan por resultado la certeza de un principio de fé, conforme al que la Iglesia católica profesa y exclusivo de todo lo que supusiera

en cada cristiano el derecho individual de formarse su código particular de religion por el exámen de la palabra de Dios escrita. En otros términos, hemos llegado á esta conclusion : «la Iglesia fundada por Jesucristo ha recibido de él una plena y completa autoridad en su enseñanza y una garantía formal contra todo peligro de error.»

Pero al punto se presenta aqui otra cuestion; ¿por qué motivo se arroga la Iglesia católica el privilegio de ser esa Iglesia única? ¿Por qué no lo habia de ser la iglesia de Inglaterra? ¿No tiene ella los mismos derechos á la esclusiva posesion de esta autoridad? ¿Por qué no la iglesia griega ó las diversas iglesias orientales? ¿Por qué no todas las iglesias de la tierra colectivamente tomadas? Ved ahí el punto que voy ahora á discutir, aunque con toda la brevedad posible. El miércoles pasado os hablé estensamente de lo que hemos llamado autoridad suprema en la Iglesia de Dios, y la naturaleza misma de esta cuestion me ha conducido á presentaros algunas observaciones acerca de la no interrumpida sucesion de los Pastores en nuestra Iglesia. Ya antes os habia demostrado tambien, apoyándome en la autoridad de un sábio teólogo de la iglesia de Inglaterra, que hasta hace poco tiempo la Iglesia católica ha sido necesariamente lo que nosotros creemos es todavia hoy, la verdadera Iglesia de Cristo; y que no es posible asignar otra época en que haya perdido este título que la de la Reforma ó del Concilio de Trento. Otros sin embargo datan de mucho mas atrás la época de esta supuesta

defeccion. Pero esta diferencia importa poco ahora, porque los dos partidos están acordes en este hecho importante, á saber; que nosotros tenemos la prioridad de existencia; y unos y otros nos consideran como esencialmente ligados al estado primitivo y legítimo de la Iglesia de Cristo. ¡La cuestion es únicamente esta: *¿Cuándo* hemos perdido este título? Ellos convienen, y seguramente nadie podria negarlo, que por lo que hace al vínculo exterior no se ha interrumpido en la Iglesia católica la série de obispos. Si se trata de la Silla de Roma, podemos dar, sin vacilar un instante, el número de los Pontífices, el órden esacto de su sucesion y la esacta duracion del reinado de cada uno de ellos. En muchas iglesias de Italia, España, Francia y Alemania, se puede seguir la sucesion de los obispos desde el primero que ocupó la silla hasta nuestros dias. Necesítanse pues argumentos muy fuertes para retirar á alguno la posesion de lo que ha llegado hasta él por una continua cadena de herencias sucesivas. Por otra parte, necesitanse pruebas muy convincentes para demostrar que hemos perdido todo derecho al título que en su origen era ciertamente el nuestro, de únicos poseedores legítimos de estas sillas ó de representantes de la Iglesia de Cristo, puesto que se admite que estas mismas sillas, en el momento de su fundacion, componian la verdadera Iglesia. Sus obispos respectivos no han cesado de ocuparlas; y por lo tanto tiene que probarse que han prevaricado, que han perdido su derecho á ser considerados co-

mo los herederos de esta Iglesia originariamente tan pura en sus doctrinas, segun vosotros mismos lo confesais. ¿Les buscariais acaso competidores entre los griegos? Pero la Iglesia griega ha permanecido en relaciones y en comunión con nosotros hasta cierta época en la que con acto formal de rebelión rompió el lazo de la obediencia y se erigió á sí misma en comunión independiente. Mientras de su parte se obraba este cambio, nosotros hemos permanecido inmóviles, hemos conservado la misma posición en que estábamos antes de que ella nos abandonase. Y bien; ¿por ventura este hecho la ha dado nuevos títulos, ó hemos sido nosotros los que hemos faltado á los nuestros? Mas tarde, es innegable que la Iglesia de Inglaterra se separó de la de Roma; para legitimar esta separación y para justificar las circunstancias que la habían producido se alegaron varias razones; pero en esto mismo se reconocia que había sobrevenido en su estado algún cambio, alguna mudanza, al paso que nosotros nos manteníamos siempre en posesión de nuestros antiguos derechos; y sería menester aducir pruebas muy positivas y fuertes para probar que nosotros no éramos ya lo que se reconoce y confiesa éramos antes, la Iglesia verdadera de Cristo; porque claro es que no nos incumbe á nosotros el probar que somos todavía los mismos. Nosotros estamos firmes en nuestros derechos, como el sucesor de una dinastía que ciñe la corona de sus abuelos, ó como cualquier individuo de la nobleza en este país que hereda legalmente tierras

que legítimamente pertenecían á sus antepasados. El que del tronco de la familia se hayan separado algunas ramas para aceptar otros títulos y otras propiedades, esto en nada altera la línea directa de sucesión que él representa.

Pero sin ahondar mas en este argumento que nos llevaría á muchas consideraciones secundarias, vuelvo á colocar la cuestion en el terreno de los principios comunes. La gran mayoría de los protestantes está de acuerdo con nosotros en la adopcion de un símbolo (1) comun de fé ó de creencia; todos hacen profesion de creer en una Iglesia, Santa, Católica y Apostólica. Con gusto me concreto á este principio admitido de una y otra parte. No vamos á presentar un paralelo entre las respectivas pretensiones de la Iglesia Católica y las demas iglesias á esas diferentes calificaciones que se mencionan en el símbolo: el tiempo no nos lo permite, y la caridad nos impone el deber de respetar los sentimientos personales. Hay un medio mas sencillo de resolver la cuestion, y es el de mostrar la única Iglesia que pretende ser los suyos propios esos títulos. Si efectivamente descubrimos que las demas abandonan sus derechos á estas denominaciones, seguiráse de aqui que ellas no pueden pretenderlos, no pueden aspirar á ellos; y si por el contrario, hay una que los reivindica cual *notas* suyas distin-

(1) El símbolo de Nicea.

tivas, esto será prueba suficiente de que solo ella los posee real y verdaderamente.

Por lo que hace á la *unidad*, todos hacen profesion de creer en *una* iglesia, y reconocen que la verdadera Iglesia debe ser *una*. Ahora bien: la Iglesia católica es la única que exige en sus miembros la unidad absoluta de fé. Aun mas: ella es la única en mantener un principio de fé que supone esencialmente que la unidad es el atributo mas indispensable de la Iglesia. La Iglesia católica enseña, como fundamento ó principio de la fé, que todos los hombres deben admitir cuanto ella decide, cuanto ella sanciona con la asistencia del Espíritu Santo; y este es un principio cuyo necesario objeto es conducir todos los ánimos á la uniformidad del pensamiento. Su esencia, su vida, lo que le da su individualidad, es por consiguiente el principio de la unidad. El principio profesado por las demas iglesias es que cada uno es el juez de su fé, el ordenador de su símbolo; empero la division, las disensiones, las variedades, serán siempre de esencia de toda Iglesia que adopte semejante principio. Esta consecuencia está prácticamente demostrada por los hechos; y Leslie confiesa que el carácter, la naturaleza y el principio del exámen privado, es producir la variedad, la diferencia de opinion y aun la guerra civil y general. Luego queda fuera de toda duda que el principio de la unidad es posesion exclusiva de la Iglesia católica.

¿Y qué diré de la nota de *santidad*? ¿Haré contrastar las doctrinas de las dos iglesias á fin de mos-

trar cuáles son las mas á propósito para producir este atributo? ¿Compararé yo la vida de los hombres eminentes adictos á nuestras respectivas comuniones? Semejante paralelo se ha hecho ya mas de una vez, y fácil me seria presentarle aquí; no titubeo en decir que, descartando toda aplicacion á los tiempos actuales y escojiendo los caracteres dominantes que en anteriores épocas han sido las personificaciones mas notables de los dos principios de fé, llegaríamos á un resultado que seria enteramente en favor nuestro y el triunfo mas completo de nuestras doctrinas. Pero no entraré en este exámen que requeriria muchos pormenores y nos conduciria quizá á un terreno que quema. Vuelvo pues de nuevo á los principios generales. Nuestro principio es este: la Iglesia, en cuanto Iglesia, no puede sumirse en el vicio, en la idolatría ó en la corrupcion; ella no puede dejar de ser, cual San Pablo la describe, la esposa del Cordero, una virgen toda pura, sin mancha ni arruga (1). Segun la creencia del católico, la enseñanza de Jesucristo y la proteccion permanente del Espíritu Santo, preservan esencial y necesariamente á la Iglesia del peligro de caer en la corrupcion, en el error ó en el vicio. El protestantismo no supone solamente lo contrario, sino que está obligado á admitirlo como un hecho en virtud de su principio; pues únicamente con ese hecho, de que la Iglesia no ha sido siempre

(1) II ad Cor. XI, 2; ad Ephes. V, 27.

santa , que ha estado y , por consiguiente , que ha podido estar sumerjida en un estado completo de idolatría y de irremediable corrupcion; solamente, digo, con ese hecho pueden los protestantes pretender justificar su separacion y la formacion de un nuevo sistema religioso. Asi pues, el principio católico supone que en la Iglesia se ha provisto á la conservacion de una santidad indefectible , como á una de sus notas esenciales, al paso que el protestante admite la total defeccion de esta santidad , como único fundamento de su justificacion.

La tercera nota es la *catolicidad* ; y aquí tenemos la ventaja hasta del nombre. Se nos dirá: “No es mas que un nombre y el nombre nada hace á la cosa; vosotros os arrogais ese título sin tener derecho alguno á él ; luego os fundais en la usurpacion, que habeis hecho, cuando os considerais como católicos porque llevais ese nombre.” Pero nada merece tanto nuestra atencion como el valor que á este nombre se daba en la primitiva Iglesia. Los PP. que han escrito en defensa de la Iglesia católica nos enseñan que sus adversarios intentaron muchas veces, aunque en vano, despojarla de este nombre. Contestábanle su derecho á llevarle, y sin embargo , se veian obligados á dársele ellos mismos. Hoy dia las cosas han llegado á tal punto, que el impedir que todo el mundo nos dé el título de católicos seria tan difícil como trastornar y cambiar todas las leyes establecidas del language. Es verdad que se ha añadido el dictado de *romanos*, pero ello tan cierto es que el de *católicos* es inseparable de nuestros

demas títulos. Ninguna otra iglesia ha llegado á apropiarsele, á pesar de sus esfuerzos. Muchos escritores han ensayado en obras recientes reemplazar las palabras *iglesia de Inglaterra* por las de *Iglesia Católica*; pero esta sustitucion solo ha servido para embarazar al público ó aun inducirle á error. Para mostraros cuán irrevocablemente tenemos este título, os citaré algunos extractos de los PP. de la Iglesia; su lenguaje en esta parte nada deja que desear.

En el primer siglo, San Policarpo tenia la costumbre de ofrecer oraciones por los miembros «de la Iglesia católica esparcida por todo el mundo (1).» Por este hecho veis que este título, que tomó una estension mayor en los tiempos posteriores, se remonta hasta los primeros dias del cristianismo. Tres siglos despues, San Cirilo, patriarca de Jerusalem, y uno de los mas sábios doctores de la Iglesia griega, recomendando á una persona, que él habia convertido al catolicismo, perseverase en su fé, y no frecuentase los conventiculos de las diferentes sectas, la decia: “Si entraís en una ciudad, no preguntéis simplemente por la casa de Dios, porque asi llaman los hereges á los sitios donde se reunen; no preguntéis solamente por la Iglesia; sino preguntad por la *Iglesia Católica*; porque este es su propio nombre (2).”

San Paciano, Padre de la Iglesia latina, hace pre-

(1) Euseb. *H. E.* lib. IV, c. XV.

(2) *Catech.* XVIII, n. 26, p. 729.

cisamente la misma observacion: “Me direis que en
» tiempo de los Apóstoles nadie se llamaba *católico*. Sea
» en buenhora; pero cuando las heregías comenza-
» ron y con varios nombres se esforzaron en desfigu-
» rar y dividir nuestra Religion santa, ¿no tuvo el pueblo
» apostólico necesidad de otro nombre que fuese el dis-
» tintivo de su unidad, de una apelacion propia que dis-
» tinguiese la cabeza de los miembros separados? Si
» yo entrara por casualidad en una ciudad populosa
» donde hubiera marcionitas, novacianos y otras sectas,
» todas las cuales se dan el título de cristianas, ¿cómo
» descubriría yo dónde es donde se reúnen los nuestros
» si no se les llamara *católicos*? No sé el origen de
» este nombre; pero lo que siempre y desde tan luen-
» gos años ha existido, no viene ciertamente de un
» hombre porticular; no se le debe ni á Marcion, ni á
» Apelles, ni á Montano; no, no es un herege su au-
» tor. La autoridad de los varones apostólicos, del
» bienaventurado Cipriano, de tantos venerables obis-
» pos, de tantos mártires y confesores ¿es acaso poca
» cosa? ¿no basta para justificar una denominacion de
» que ellos siempre se han valido? No lo lleves pues
» á mal, hermano mio: *cristiano es mi nombre, y cató-
» lico mi apellido* (1).”

En el mismo siglo, S. Epifanio, escritor de la Igle-
sia griega, refiere que los cismáticos partidarios de
• Melecio en Alejandria, llamaron á su Iglesia *Iglesia de*

(1) Epist. I ad Simpronian. Bib. PP. Max. t. IV, p. 306.

los mártires, mientras que el resto conservó el título de *Iglesia católica* (1). Pero oíd un pasaje aun mas notable de S. Agustin: “Es un deber nuestro permanecer adheridos á la Religion cristiana y á la *comunión dicha católica y que es llamada asi no solamente por nosotros sino por todos nuestros adversarios*. Porque de buena ó mala gana, cuando hablan con otros, tienen que emplear la palabra *católico*, si quieren se les entienda (2).” Y en otra parte: “entre los muchos motivos que me tienen adherido á la Iglesia, es uno el nombre de *católico* que esta Iglesia es la *única que le ha conservado*, y con justa razon, en medio de tantas heregías. Aunque los hereges desean robarle este título para sí mismos, si un extranjero pregunta dónde se reunen los católicos, jamás los hereges se atreverán á señalarle el sitio donde ellos mismos se reunen (3).”

Estos ejemplos demuestran suficientemente el poder de este nombre; prueban que nuestros antepasados en la fé no apreciaron menos que nosotros su posesion, que le conservaron á pesar de los esfuerzos que se hicieron para arrebatársele y que se complacian en hacerle contrastar con los diversos nombres de las sectas que se separaban de ellos. Entre los hereges unos se llamaron marcionitas, otros donatistas ó nestorianos, pero ni los unos ni los otros

(1) Hæres. t. I, p. 719.

(2) *De vera Religione*, c. VII.

(3) *Contra Ep. fundam.*, c. IV.



podieron apropiarse el título de católicos ; de tal modo, que si un extranjero fuera á preguntar por la Iglesia católica , no habia valor para indicarle otro sitio que el en que se reunian los verdaderos católicos. Así yo os he hecho observar que solo el nombre parecia indicar nuestros derechos á la posesion de lo que él espresa ; y realmente nosotros no solo tenemos el nombre , sino la cosa misma. Porque la idea que nos hemos formado de la Iglesia es la de una sociedad constituida por Jesucristo con imperio sobre toda la tierra ; de tal suerte que todos los hombres, en cualquier pais que habiten , puedan ser puestos en relacion con ella y adherirse á ella. Ahora bien; cuantas veces se ha intentado verificar ó justificar el nombre por la estension del catolicismo en el mundo, nuestros esfuerzos han sido coronados del éxito mas brillante. Al contrario , la naturaleza de las demas iglesias, confinadas en sus respectivos Estados, constituidas con arreglo á otras tantas profesiones de fé particulares, á voluntad de sus individuos ó de sus diferentes autores; la naturaleza, digo, de todas estas iglesias excluye necesariamente esa estension de dominacion, esa universalidad de comunion que se designa con el nombre de católico.

Veamos ahora á quién pertenece la denominacion de *apostólica*. ¿Quiere decir esta palabra que la doctrina enseñada en la Iglesia es la de los Apóstoles? Seguramente que no. Que la doctrina de los Apóstoles sea enseñada en la Iglesia de Jesucristo , es indudable ; pero que la enseñanza de la verdadera doctri-

da constituya la definicion de la apostolicidad, es un manifiesto error. Porque la apostolicidad de doctrina es absolutamente idéntica con la verdad en la doctrina; descubrir la una es descubrir la otra; luego la una no puede ser el medio de hallar la otra. Por consiguiente, la apostolicidad debe consistir en alguna nota exterior, capaz de hacernos distinguir la Iglesia depositaria de la doctrina de los Apóstoles. Su principio reside en la sucesion apostólica. Remontar por un encadenamiento descendente y no interrumpido, desde el poseedor actual de la Silla apostólica, pasando por todos sus predecesores, hasta el bienaventurado Pedro que la ocupó primero, ved ahí lo que siempre se ha entendido por apostolicidad de la Iglesia; y en este sentido es en el que los PP. la han definido. En mi discurso anterior os he presentado á Eusebio, San Optato, San Ireneo y otros, demostrando la esclusiva verdad de su fé, porque ellos estaban en comunión con la Iglesia de Roma, y porque por medio de esta Iglesia podrian trazar su genealogía hasta los Apóstoles. Asi en su sentir la apostolicidad era una marca ó señal exterior que resultaba de la sucesion inalterable é inalterada de los Pastores desde el tiempo de los Apóstoles. Aquí tambien dejo á un lado los hechos, por manifiestos que sean, para volver á los principios. Nuestra Iglesia es la única que reivindica esta sucesion; las demas renuncian á ella; no tendrian mas de un medio de aspirar á ella, y ese medio seria trazar la línea de sus obispos hasta el momento en que se separa-

ron de nosotros y reclamar entonces como pertenencia suya la sucesion que forma la no interrumpida cadena de nuestra gerarquía. Pero en ese mero hecho queda rota la línea y no parte directamente del tronco. Ellos no podrian tocar inmediatamente á la raiz que está metida en la tierra ; para llegar allí les es necesario enjertarse en nosotros. Ahora bien : es asi que la Iglesia católica los considera como ramas separadas ; luego no tienen derecho alguno á la sucesion que no ha podido continuarse sino por la línea de nuestros obispos.

Los datos suministrados por los símbolos comunes de fé nos conducen de ese modo á la siguiente importante conclusion : *a priori* sola la Iglesia católica se conserva en posesion de los diversos caracteres que habitualmente se consideran como las *señales* ó *notas* de la verdadera Iglesia ; no solamente la regla de fé de las demas iglesias no implica esa posesion , sino que antes bien las escluye formalmente y no permite á los miembros de estas comuniones el invocarlas como motivo de adhesion. Y en la práctica dudo yo mucho que , fuera del catolicismo , exhorte jamás un predicador á sus oyentes á que estimen su Iglesia, se adhieran á ella y la consideren esclusivamente como la verdadera por el motivo de que ella fuese manifiestamente *una, católica y apostólica* (1).

(1) El cristianismo de los primeros siglos, comparado con las sectas modernas, presenta un notable contraste hasta en los nombres. En otro tiempo se hacia alarde de llevar el nombre de ca-

Una palabra que acabo de pronunciar me lleva á tratar de otro punto que está intimamente ligado con la cuestion presente: hablo de lo que vulgarmente se designa con la espresion casi odiosa de *salvacion esclusiva*. «Hé ahí, se nos dice, la doctrina mas intolerable de vuestro símbolo y lo que hace inadmisible vuestra regla de fé. Os creéis tan esclusivamente en posesion de las verdades divinas que á todos los demas hombres los mirais como necesariamente envueltos en el error y privados de todo medio de salvacion por sus propias doctrinas.»

Ante todo, hermanos mios, diré que seria muy difícil analizar hasta en sus últimas consecuencias el

tólicos; pero las nuevas comuniones han escogido uno que es sinónimo de *no-catolicidad*; porque llamarse *protestantes*, hombres que *protestan* contra cualquier otra religion, es admitir, por lo menos, la existencia de un poder rival y aun de un poder mas fuerte. Esa palabra implica la separacion, el antagonismo, la disension; mientras subsista, supondrá el estado de guerra, una creencia basada únicamente en la negacion mas bien que un sistema de fé bien coordinado y consistente consigo mismo. Los antiguos todavia se quieren llamar *apostólicos*; pero los modernos prefieren el nombre de *evangélicos*. El primer vocablo recuerda desde luego la grande y visible demonstracion de la fé; despierta en el espíritu la idea de las pruebas fundamentales del cristianismo y guia el pensamiento por una sucesion no interrumpida de anillos, desde los últimos tiempos hasta el primer manantial ú origen de la incorruptible verdad; al paso que el segundo muestra que la letra muerta de la palabra, interpretada diversamente, y mas diversamente comprendida, es el testo del Código religioso; ó que la débil luz de cada capacidad individual, aplicada á esas páginas divinas, es la única guia del alma en el difícil y misterioso sendero de la salvacion. ¿Cuál de estos nombres está mas en armonía con las miras misericordiosas de la Providencia para con el hombre? ¿Cuál asienta sobre mas firme y sólida base la evidencia de la verdad?

principio de una sociedad religiosa cualquiera, que se halle en posesion de un código ó regla de fé, sin llegar á un resultado casi idéntico á la doctrina católica acerca de esta materia. Cuando una iglesia promulga su símbolo y manda á todos le suscriban y se sometan á él sopena de un castigo eterno á los que á ello se nieguen ¿no supone evidentemente que la adopcion de sus doctrinas es indispensable para la salvacion? De no ser asi, ¿por qué hay necesidad de que las creencias estén en relacion con la revelacion divina? El Salvador descendió del cielo á la tierra para enseñar á los hombres; y bien: ¿sancionó su enseñanza con leyes penales? ¿sí, ó no? ¿Dijo por ventura: podeis recibir ó desechar mis palabras, segun os plazca? Si no usó este language, ¿no deberá esperar incurrir en la indignacion divina quien desechase esa enseñanza? Luego al reusamiento de las obligaciones que Jesucristo ha considerado como esenciales á la fé va aneja necesariamente una pena. Pues ved ahí el principio en que la Iglesia funda su conducta: ella cree tan esenciales estas obligaciones, que desecharlas es violar los preceptos y las leyes de Dios, y que quien las desecha *culpablemente*, notad bien esta espresion, quien las desecha *culpablemente*, comete á sus ojos el crimen de rehusar lo que el Redentor con su muerte consumó y promulgó. “Quien no erree, será condenado (1).” No hay formulario de

(1) Marc. XVI, 16.

B. del C.—Tomo X.—CONFERENCIAS DE WISEMAN, Tom. II. 8

fé que no venga á parar necesariamente á esta consecuencia ; porque este punto es esencial á la existencia de todas las confesiones, á menos que no esté definido positivamente lo contrario.

Tomemos por ejemplo la iglesia de Inglaterra; su formulario está contenido en el símbolo de San Atanasio, que de órden suya se lee en las asambleas de los fieles. Ahora bien: yo pregunto á todo hombre que tenga sentido comun: ¿cómo han de interpretarse las primeras y últimas palabras? ¿No declaran expresamente que quien no cree en los dogmas contenidos en este formulario está fuera del camino de la salvacion? Y si esa iglesia impone á sus ministros la obligacion de leerle públicamente, ¿no es esto confesar implícitamente que es necesario enseñarle á los pueblos y que no se pueden desechar sus doctrinas sin comprometer su felicidad eterna? Y ¿qué es esto sino reconocer el medio esclusivo de salvacion? Que la distincion entre las doctrinas sea mas ámplia ó mas restringida, que el dogma impuesto sea la creencia en la Trinidad, en la unidad indivisible, ó en tal ó cual forma de justificacion, esto poco importa, el principio siempre es el mismo. Luego no es justo condenar á la Iglesia eatólica porque profesa un artículo de fé que sus rivales enseñan como ella. Sin embargo, esta es una fuente inagotable de recriminaciones contra nosotros de parte de esa misma iglesia (la anglicana), que en uno de sus XXXIX artículos condena á la reprobacion eterna «á los que no temen decir que todo hombre puede salvarse por la ley que

»profesa, con tal que tenga cuidado de conformar su vida con esa ley.» Ayer mismo tenia en mis manos una carta que se ha hecho pública, dirigida á un sacerdote católico por un celoso miembro de la iglesia de Inglaterra, y uno de los mas célebres por su aversion á nuestras doctrinas. El autor dice experimenta una tierna solicitud por la salvacion de aquel á quien escribe, porque él cree peligrosas para la salvacion las doctrinas del catolicismo; y le advierte que no puede seguir adherido á ellas sin esponerse á perder su alma (1). Lo repito, esto es proclamar altamente que se tiene de su parte el medio de salvacion esclusivo.

Y no penseis, hermanos mios, que quiera yo condenar las personas, ó que pretenda espiar los secretos de los corazones. Dios sabe que en vez de alimentarnos de los formidables decretos de su justicia con sombrías delicias, nos humillamos penetrados de dolor y de temor ante la terrible nube en que envuelve la misteriosa estancia de sus juicios. Dios sabe que en vez de querer angostar los caminos de su misericordia y de su bondad, y de arrogarnos el derecho de juzgar á los que se prosternan ante otro altar, es para nosotros una felicidad el fijarnos con preferencia en los medios ingeniosos y variados que él tiene para ganar los corazones. No ignoramos que

(1) Carta del R. Dolton al honorable y R. G. Spencer. Muchos otros ejemplos podria yo citar de protestantes modernos.

mientras le pedimos con Elias estienda su herencia, puede reprobarnos como reprobó al profeta, mostrándonos que aun en medio de las tribus separadas se ha reservado un ejército de amigos sinceros y de concienzudos adoradores que no han doblado á sabiendas la rodilla ante el error. Sabe, en fin, que si tenemos que echarnos en cara el habernos alejado de su palabra acerca de este punto, es por haber suavizado muchas veces su espresion, por habernos mecido en esperanzas ilusorias y haber ocultado muchas veces bajo palabras menos severas las claras é inevitables amenazas que él ha pronunciado contra los que alterasen un solo punto de sus doctrinas. No por cierto; no seremos nosotros condenados por falta de miramientos para con el prójimo, si el carácter tan compasivo y tan manso del mismo Jesus sirve de ley á sus ministros y de modelo á la caridad fraterna, porque el Evangelio de este dia nos dá una importante leccion acerca de esta materia.

Hermanos mios, jamás los hombres se han separado de la verdad reconocida por puntos tan ligeros como lo estaban los samaritanos en tiempo del Salvador. Eran tal vez despues de los judíos la única nacion de la tierra que adorase á la Divinidad como á un ser espiritual é infinitamente perfecto, y la única tambien, segun vemos por San Juan, que esperase, como los judíos, un Redentor ó un Mesías (1).

(1) Joann. IV, 25.

No se encontraria en punto á la moral y á la fe un error importante que pudiera echárseles en cara. Verdad es que no admitian como canónicos *todos* los libros sagrados de los judíos; pero esta diferencia el liberalismo moderno en materia religiosa la perdonaria fácilmente. En realidad de verdad, su crimen, su único crimen, era el cisma bajo la forma mas mitigada. Ellos no sacrificaban en Jerusalem; sin embargo, aun bajo este concepto, su sacerdocio se derivaba de el de Aaron y su culto en nada derogaba á las instituciones mosaicas. Agregad á esta muchas otras circunstancias atenuantes, las cualidades eminentes de su carácter, que abogaban en su favor. Ellos practicaban la hospitalidad de una manera tan notable que un emperador romano hizo erigir en su ciudad una estatua á Júpiter hospitalario conforme á la índole de la nacion, segun dice un antiguo historiador. Su caridad era tan nombrada, que el divino Salvador la propuso como modelo en la mas hermosa de sus parábolas. Y luego, ¿con qué docilidad no le escucharon al mismo Salvador, puesto que á pesar de su rivalidad y celo con los judíos, se formó entre ellos en solos dos dias un considerable número de discípulos? En fin, ellos estaban tan bien preparados para recibir las sublimes verdades del Evangelio, que instantáneamente se sometieron á la predicacion de Felipe, y esto con tal abandono que no tuvo igual entre sus vecinos y con tanta unanimidad que, al decir del escritor sagrado, *este hecho llenó de gozo á toda la ciudad* (1).

(1) Act. VIII, 9.

Con una muger de esta nacion tuvo Jesucristo una conversacion del mayor interés, cerca del pozo de Jacob; y aunque sabia que la conducta de esta muger era bastante desarreglada, se acercó á ella con aquella irresistible afabilidad que le distinguia en sus relaciones con los hombres. Al principio la ocultó su verdadero carácter, pero bien pronto reconoció ella en él un profeta; por eso inmediatamente apeló ella á su autoridad, como habeis visto en las palabras de mi testo, acerca de la gran cuestion religiosa que separaba á los dos pueblos. Amigos mios, y ¿cuál fué la respuesta? La samaritana estaba de buena fé, puesto que se referia en esta parte á la decision de un profeta judío. Y bien, ¿temió Jesucristo sembrar la turbacion y alarma en la conciencia de aquella muger? ¿Procura confirmar con palabras evasivas la falsa confianza en que ella estaba? Ella recurre al paliativo mas ordinario y especial del error: “nuestros padres, dice, han adorado en esta montaña (1).” Y bien: ¿teme el Salvador ofender sus sentimientos, contradecir sus preocupaciones de educacion? No por cierto, hermanos mios. Por leves que parecieran los errores de estos sectarios, por amable y caritativo que se mostrase su carácter, por maduros que estuviesen para el cristianismo, por afable y conciliadora que hubiese sido la conversacion hasta aquel momento, no bien le presentó la cuestion, cuando el Hijo de Dios, lejos de

(1) Joann. IV, 20.

mostrar una indulgencia inoportuna, lejos de ceder en lo mas mínimo, responde clara y solemnemente: “la salud viene de los judíos (1).” Su interlocutora quiere evadir esta decision por un subterfugio comun; da á entenderque es difícil cortar la dificultad, que aguardará una ocasion oportuna para aclarar sus dudas hasta que pueda recurrir al mismo Mesias. Pero á fin de que no hubiese excusa á sus errores, y sobreponiéndose á todo á fin de que el gran principio que acababa de ser enunciado recibiese inmediatamente su sancion, Jesus abandona al punto su disfraz y descubre lo que es: “Soy yo que te estoy hablando (2).” Asi este manso y caritativo Salvador que habia venido á buscar lo que habia perecido y cuyo principio era: “Quiero el perdon y no el sacrificio;” no vacila un solo instante en declarar en los términos mas formales que toda separacion de la verdadera Iglesia, por ligera que fuese, no tendria excusa á sus ojos.

Pero ya he dicho lo bastante acerca de esta materia; no me resta mas que sacar algunas conclusiones de las investigaciones que nos han ocupado hasta ahora, y voy á presentároslas bajo la forma de una simple exhortacion y de afectuosos consejos.

En primer lugar, yo conjuro á todos los que miran con esmero los verdaderos intereses de la Religion, estén en guardia contra los varios medios que á

(1) *Ib.* 22.

(2) *Ib.* 26.

cada momento se emplean para fomentar en su ánimo las preocupaciones contra nuestras doctrinas. Durante muchos años el catolicismo ha estado en Inglaterra bajo el peso de leyes opresivas que, aun cuando obraran de una manera lenta, no por eso tendian menos eficazmente á paralizar su energía mas bien que á desarraigarle enteramente. Gracias á Dios, han pasado ya los dias de las grandes pruebas, y lejos de dejar en nuestros corazones resentimiento alguno, se han borrado de nuestra memoria tan completamente cual lo fueron de la legislacion inglesa los estatutos odiosos que nos oprimian. Por desgracia, á la persecucion de la ley ha sucedido otro género de ataque, mas abierto, mas ardiente, causando á nuestros sentimientos crueles heridas y cuyo necesario efecto, si alguna vez pudiera llegarlo á conseguir, seria arruinar la causa de toda religion. Hablo de ese sistema de invectivas y de declamaciones violentas, dirigido contra nosotros con tanto celo y encarnizamiento por hombres que se dicen ministros de paz. Todos los dias se está viendo á sus emisarios recorrer las villas y ciudades de nuestra patria; y si no llevaran otro objeto que predicar sus doctrinas en sus propios templos, si se limitaran únicamente á prevenir sus oyentes contra unas creencias que les parecen erróneas, entonces no tendríamos derecho á quejarnos. Pero hacer de la Religion un tema de pública declamacion, reunir la muchedumbre en las plazas donde ordinariamente se ventilan asuntos profanos, imaginarse que el primer deber de un ministro del Evangelio es romper los vínculos de

comunidad social, de afecto y de caridad que existen entre los miembros de comuniones diferentes, esto es desarraigar de los corazones las virtudes mas santas y por consiguiente arruinar los intereses de todo el cristianismo. Porque no hay medio mas seguro de apartar del cristianismo el espíritu de todo un pueblo que el presentarle en oposicion con los sentimientos generales de la sociedad. Para todo el que se interese por la causa de la Religion y la considere como un objeto sagrado y divino que no debe ser espuesta á la violencia y agitaciones de los partidos, sino que debe meditarse con calma y en la soledad y tratarse con mas reserva y respeto que el que Platon ponia en la demostracion de sus teorías de filosofia moral; para todo el que piensa de este modo, esa manera indecente y anticristiana de apelar á las pasiones mas anárquicas y groseras, de pretender cubrir tales ó cuales doctrinas con la aprobacion ó desaprobacion de muchedumbres acaloradas, parecerá esencialmente propio para degradar el carácter de toda creencia religiosa, puesto que habitúa á las masas ignorantes mas bien á confundirla con sus mas indignas y bajas inclinaciones, que á asociarla á esos sentimientos de respetuoso temor, de puro afecto y de profunda veneracion que ella deberia inspirar siempre al corazon del hombre.

Trabajemos por cuantos medios estén á nuestro alcance en difundir estos últimos sentimientos á fin de paralizar los tristes efectos de un sistema tan injusto, tan odioso y tan detestable. Pero esta consi-

deracion no pasa de ser secundaria; lo que yo deseo inculcaros mas que todo, es que no os contenteis con esas declamaciones vacías de sentido, que insistais en que se os den pruebas. Desconfiad de aquellos á quienes viéseis esponer nuestras doctrinas sin alegar otros testimonios que sus propias aserciones. Preguntadles de dónde está tomado este artículo de fé, dónde está escrito esotro dogma, en qué libro, con qué autoridad se pretende que esa creencia ó esa práctica es enseñada por la Iglesia católica. Insistid, insistid una y otra vez en que demuestren cada uno de los puntos que se nos objetan. Esta conducta, si á ella somos fieles, hará necesariamente vayan desapareciendo poco á poco las diferencias que ahora existen entre nosotros, y conducirá á muchos, estraviados hoy en sus caminos, al verdadero aprisco del supremo Pastor. Esta prevision tal vez parezca un sueño, un objeto colocado mas arriba de donde nosotros podemos alcanzar; pero hemos estado divididos demasiado tiempo, harto tiempo hemos estado separados, y es imposible no suponer que la Divina Providencia haya provisto algun medio de que vuelvan al camino de la verdad los hombres de recto sentir y bien pensados.

Aun es mas importante el segundo consejo que deseo daros; consejo que se dirige especialmente á los que ya no pertenecen á la Iglesia, cuyas doctrinas he procurado vindicar. A estos, pues, les diré: analizad, analizad osadamente los artículos de nuestra fé; no hay en estos uno solo que te-

ma la gran luz de un sério exámen. No os imaginéis, como habeis hecho hasta aqui, que nosotros exijamos una tan ciega sumision á la autoridad de la Iglesia, que nos neguemos á dar satisfaccion acerca de todas las cosas á los que examinen sinceramente los motivos de nuestra fé, y que digamos á los fieles: “Enmudeced y creed; someted vuestra inteligencia y vuestra razon á nuestra enseñaanza, sin mas exámen ni averiguacion.” Al contrario, no hay un solo punto acerca del cual no deseemos con el mayor ahinco se estudie profundamente, y no tenemos mayor placer que cuando vemos á hombres que, movidos por lo que oyen, aplican su talento á concienzudas investigaciones y piden nuestra asisteneia para llegar con mas prontitud y seguridad al descubrimiento del conjunto de las verdades cristianas. Pero si vuestras investigaciones, una vez terminadas, han satisfecho vuestro entendimiento, si os dejan la conviccion de que los principios que hasta entonces habeis profesado son erróneos y que la verdad está en nuestras filas; ¡ah! entonces os conjuro no vacileis en dar el primer paso hácia ella. Ya por un beneficio de la Providencia no hay en nuestra patria cosa alguna que pueda echar descrédito ú odiosidad sobre las personas que se convierten á nuestra Religion santa. No se trata de abandonar la religion de su pais, sino de volver á la de sus antepasados, á aquella Religion á la que somos deudores de cuanto espléndido hay en nuestros monumentos, glorioso en nuestra historia, y bello y sagrado en nuestras instituciones. En

una época en que eran mucho mas raros que hoy día esos cambios en la clase ilustrada, un hombre de los mas distinguidos por su ciencia y su talento y cuyos escritos le habian hecho célebre en Alemania, convertido que fué al cristianismo despues de madura deliberacion, produjo naturalmente una sensacion profunda en torno de sí. La primera vez que se presentó en la corte, el príncipe le dirigió estas palabras: “Yo no puedo estimar á un hombre que abandona la religion de sus padres.”—“Ni yo, Señor, contestó él; porque si mis antepasados no hubieran abandonado la religion de sus padres, no me hubieran dejado el trabajo de tener que volver á ella.” Tales son los sentimientos que le animaban y que le hacian arrostrar los mas amargos vituperios. Por mas dificultades aparentes que parezcan acompañar á este cambio, y aun cuando la tierra toda se levantára contra nosotros, y nuestros parientes y nuestros amigos nos dijeran que naufragábamos, que comprometíamos nuestro porvenir, estad seguros de que todas esas dificultades desaparecerán muy pronto, y con ellas la ansiedad del alma, los cuidados y el malestar que duran todo el tiempo que el entendimiento permanece en un estado de duda; porque desde el momento en que tomeis vuestra resolucion, la Providencia estenderá inmediatamente la mano para haceros fácil lo que os parecia difícil; y cogiéndoos la vuestra, os conducirá por el sendero espinoso, allanando todos los obstáculos, hácia el término en el que hallareis la dicha y la seguridad.

La primera parte de estas Conferencias ha tenido por objeto mostraros el camino sencillo y corto que conduce aquí bajo á la mansion de Dios con los hombres. Sobre principios anchurosos y consistentes consigo mismos, he asentado la regla de fé legada por Jesucristo, y me he esforzado en apartar por un momento vuestra atencion de las investigaciones parciales y de pormenor, para concentrarla toda entera en el exámen del fundamento de nuestras creencias.

En efecto, hermanos mios, si Dios exige en todo punto la pureza de fé, ha debido suministrarnos un medio ámplio y fácil de conseguirlo; y la ventaja que los hombres podrán sacar de este medio, pesará indudablemente muy mucho en la balanza de sus juicios. El camino que conduce á su Religion debe estar abierto á todos, debe ser accesible lo mismo al pobre que al rico, tan practicable para el débil como para el fuerte. Debe ser un principio que por su demostracion rigurosa satisfaga los escrúpulos de los sábios, y que por la sencillez de sus pruebas se explique de suyo á los entendimientos rudos; un principio de fé, y no de duda, un estado de paz y no de malestar. Luego no puede consistir en la discusion de cada punto por separado, discusion que requiere mucho tiempo, trabajo y talentos, y de ordinario no engendra otra cosa que agitacion y perplejidad; sino que debe ofrecer un todo visible y palpable, donde se unan y combinen toda la revelacion y toda la ley divina. En otros tér-

minos, su objeto no puede ser andar recojiendo y como espigando entre los artículos de fé separados en comunidades discordantes entre sí; sino que entre las numerosas comuniones cristianas debe haber una que sea depositaria y guardadora de los archivos en que el Salvador Jesus quiso estuviese consignado el conjunto de su doctrina.

Hermanos míos, si un extranjero se hubiera presentado para adorar en Jerusalem y se le hubiese dicho: “A pesar de la multitud de sinagogas y de casas de oracion, no hay mas de un solo templo en que el sacrificio sea grato á Dios”, ¿cuánto no se afanaria por descubrir ese lugar tan favorecido? Atraído por un edificio de una apariencia superior, ¿habria recurrido á los Libros Santos para buscar allí la descripcion del edificio sagrado? ¿Se habria tomado el trabajo de asegurarse, por medio de un minucioso cotejo de las partes separadas, de que aquel era el templo que gozaba de tan gloriosos privilegios? ¿Habria discutido acerca de los pormenores arquitectónicos, contado detenidamente el número de habitaciones, de vestíbulos, de corredores y de envobedados? Y si le hubiera parecido ver desacordes algunas partes, ¿se habria alejado, convencido de que se habia engañado, y resuelto á explorar los barrios mas apartados de la ciudad para descubrir allí un tipo mas perfecto? En lugar de esto, sus miradas se habrian dirigido desde luego al rico y espléndido monumento que con su elevacion sobresalia sobre los pequeños edificios que le rodeaban, tan admirable por su mages-

tuoso conjunto , por la exactitud de sus proporciones y por la unidad de su plan, y descansando inmovible sobre el cimiento en que su inspirado arquitecto habia puesto la primera piedra ; despues, entrando en el vasto recinto , habria divisado al Gran Sacerdote llevando siempre en su frente la plancha de oro que mostraba en él al *Santo del Señor* , sucesor y descendiente directo del primer Pontífice de la Religion, y en derredor suyo los levitas sacrificando sobre el mismo altar, observando los mismos ritos y de la misma manera que en el dia de la solemne institucion del culto. Ante este espectáculo , el adorador extranjero , cediendo á la irresistible conviccion de sus sentimientos, habria tenido la certeza de hallarse en la casa de Dios, y en vez de tomar en la mano la regla y el compás para examinar el monumento, no habria vacilado en afirmar que el subsiguiente exámen de los pormenores no podria dar por resultado contradecir la evidencia general de su identidad.

Pues bien , hermanos mios , hagamos como este extranjero. No os figureis que vais á descubrir la verdadera Iglesia de Jesucristo, porque os hayais impuesto la penosa tarea de un minucioso exámen ; buscad antes bien una institucion religiosa que os llame la atencion por su grandeza y su conjunto; que complete la profecía y corresponda á los atributos de su fundador ; que sea como la montaña elevada sobre la cumbre de las colinas, como la señal que atraiga á sí la mirada de las naciones, como el punto de reunion

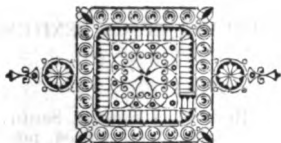
que invite á subir á él á las tribus de la tierra; que sea como un vasto reino digno del Hijo de David, desdénando todo otro nombre que el que designa su universal dominacion, estendiendo la unidad de su gobierno de mar á mar y teniendo en una sumision voluntaria todos los confines de la tierra; que sea la mansion de la unidad, de la armonia y de la paz, donde todo viva, donde todo se mueva segun la misma regla porque nuestro Dios no es el Dios de la disension, sino de la paz; que no tenga interrupcion en su historia, ni variacion ni mudanza en su principio; porque la verdad celestial no cambia, y la que tiene su depósito tampoco debe cambiar; en fin, que todas las demas profesen haberse separado de ella; al paso que ella no se ha separado de ninguna; de ella, de la que las demas se glorien de haber recibido el sacerdocio, la autoridad y la palabra de Dios, al paso que ella se avergonzaria de haberlas recibido de otro que del eterno fundador del cristianismo. Si hallais una corporacion religiosa que posea todas estas cualidades, mas aun, si no hallais mas de una sola que pretenda y sostenga estar en posesion de ellas, decídmeme, ¿qué motivo, qué razon de amor propio podria justificar vuestra oposicion á formar parte de ella? Toda dilacion que tengais en estudiarla y en examinar sus derechos no tendria excusa en la presencia de Dios.

Ved ahí el término á donde hemos llegado: hasta aquí hemos tomado una idea general del edificio: hemos visto cómo se armoniza, en su admirable conjun-

to, con toda la revelacion , con todo lo que es digno de Dios ; ahora nos resta examinar por separado sus partes. El exámen de los dogmas particulares , en el que entraremos en nuestra próxima reunion, ocupará la segunda parte de estas Conferencias.

“La gracia de nuestro Señor Jesucristo , el amor de Dios y la comunicacion del Espíritu Santo permanezcan con todos vosotros ; amen (1).”

(1) II. ad Corinth. XIII, 13.





CONFERENCIA X.

DEL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA.

Recibid el Espíritu Santo; á los que perdonareis los pecados, perdonados les serán; y retenidos á los que se los retuviereis.
(*Joann. XX, 23.*)

Hoy me propongo explicaros del modo mas sencillo la doctrina de la Iglesia católica acerca de la remision de los pecados y las razones que tiene para conservar la práctica de la confesion, como una institucion del mismo Salvador. Sin embargo, seria presentarla de un modo incompleto separarla de algunos otros puntos no menos importantes y que miramos como partes esenciales del remedio á que Jesucristo

quiso recurriese el hombre para alcanzar el perdon de sus faltas. Asi mi principal asunto me conducirá, pues, al exámen á algunas otras cuestiones intimamente ligadas con él, ó mas bien á la esposicion íntegra de este Sacramento, que á los ojos de los católicos es una de las mas preciosas instituciones que el Hijo de Dios ha confiado á la custodia de su Iglesia; es decir, á la esposicion del sacramento de la Penitencia de que la confesion no es mas que una parte.

Oid, hermanos míos, lo que ordinariamente pasa; se separan nuestras prácticas de nuestras creencias, despues se las espone ante un público prevenido contra ellas, cual si no tuvieran relacion alguna con estas últimas, cual si se fundaran en principios enteramente diferentes; y entonces se las representa como puras invenciones humanas, sin fundamento alguno en la palabra de Dios. A fin, pues, de apartar toda impresion de esta naturaleza, he juzgado seria conveniente mostrar la relacion íntima y necesaria de la práctica de la confesion, prescrita por la Iglesia de Jesucristo, con otros puntos de doctrina mas importantes. Asi, pues, recorreré todas las partes del Sacramento de la Penitencia, comparando la creencia de la Iglesia católica acerca de esto con lo que las demas iglesias practican para conseguir el mismo fin y sostienen como de institucion divina.

Os he dicho muchas veces que en las obras de Dios, en el conjunto de las instituciones que él dejó al hombre, reina cierta consistencia, cierta armonía de las partes entre sí, y una materia que si una parte nos

ha sido demostrada, es imposible no influya en nuestra creencia respecto de las demas; y esto es al menos una fuerte probabilidad en favor de una institucion semejante. Por ejemplo, tocante á la cuestion que nos ocupa no hay quien deje de admitir que entre los motivos mas poderosos de la Encarnacion del Verbo, y aun podria decir el motivo mas poderoso de esta, fué el de redimir de la esclavitud del pecado al hombre caido. Debemos, pues, suponer que el Salvador no ha dejado sin concluir su obra, y puesto que de comun acuerdo admitimos que la obra de la Redencion ha sido entera y perfecta de parte de lo equivalente pagado á la divina justicia; de la misma manera debemos creer que se ha provisto al medio de aplicar á cada hombre en particular esta redencion completa y general. Nadie puede suponer, ni por un solo instante, que haya venido á ser inútil toda cooperacion de nuestra parte, porque Jesucristo haya muerto por nuestros pecados; que sin un solo acto, no digo ya exterior, sino al menos de nuestro pensamiento, participemos plenamente del beneficio de esta redencion; que nada se exija de nosotros para que esta redencion general, que habria bastado para rescatar muchos millares de mundos, sea aceptada de Dios en nuestro caso particular. Luego, y nuestra creencia está de acuerdo en este punto, luego en primer lugar la redencion ha sido completa en la muerte de Jesucristo; y en segundo lugar, debe existir algun medio, sea un acto exterior, sea un mero movimien-

to interior, de aplicarnos á nosotros mismos el provecho de esta redencion.

Pero al examinar el conjunto de las instituciones cristianas, se ve que en todo plugo al Hijo de Dios servirse de instrumentos visibles. La sangre de Jesucristo ¿no se aplicó á la santificacion del hombre por lasaguas de la regeneracion? ¿No es el bautismo un Sacramento instituido por el Salvador con el fin de purificar el alma de la mancha original? ¿No es borrada esta mancha por la virtud de la sangre derramada en la Cruz? Indudablemente que sí; y sin embargo, ¿no se hace su aplicacion por un medio exterior, por un acto visible, por el ministerio del hombre?

La redencion obrada por Jesucristo, ¿no es bastante completa en sí misma para poder sernos el manantial de una santificacion todavia mayor? Sus padecimientos, ¿no son superabundantes en sí mismos, para unirnos á él por amor y por afecto en el sentimiento de lo que por nosotros ha padecido? Todos, asi los que difieren de los católicos acerca del carácter real y fundamental de la Eucaristía, como los católicos mismos, ¿no creen todos que este Sacramento ha sido instituido con el objeto de producir en nosotros esas disposiciones del alma que segun la intencion del Redentor debian ser el resultado de sus padecimientos y de su muerte? Pues esa tambien es una institucion visible. Su aplicacion se hace por ministerio del hombre, por actos y ritos exteriores, asi de parte del ministro como de parte de quien recibe el Sacramento.

El Divino Salvador ¿no bajó á la tierra para instruir á todos los hombres? ¿No estableció un código de doctrina y de moral, un conjunto de leyes para nuestra edificacion bajo el doble concepto de la creencia y de la conducta? ¿No ha dejado un instrumento material en su palabra escrita? Y ¿no ha escogido ministros y constituido una gerarquía á la cual confió el cuidado de su grey con el poder y la mision de instruirla? Y aquí tambien uno de los beneficios mas importantes y señalados que el Salvador ha querido comunicar al hombre, ¿no se ha comunicado por un medio exterior, por una institucion que él mismo fundó con este objeto?

Asentado esto, si el fin principal de la Encarnacion ha sido la abolicion del pecado; si el Hijo de Dios no tenia solamente por objeto pagar la deuda general, sino tambien proveer al medio de aplicar el beneficio de la Redencion á todo hombre que personalmente tuviera necesidad de él; si al mismo tiempo ha ligado á signos ó formas exteriores y determinadas, confiadas en su aplicacion á una clase especial de ministros, todos los demas beneficios conferidos por él al género humano, ¿podeis concebir siquiera que acerca del punto capital haya descuidado recurrir á un medio exterior y visible, dejando asi roto é incompleto el conjunto de sus instituciones? Al contrario, si respecto del pecado original que relativamente nos toca menos de cerca, pues en él no hemos tenido participacion personal, no ha querido que el niño ni el adulto se viesen libres de él solamente por

un acto interior de fé ó de alguna otra virtud, formado por él ó por otro, sino que se presentase como un culpable pidiendo el perdon y remision de su falta, que fuese interrogado é hiciese promesa de fidelidad ante la Iglesia, que confesase la fé á la faz del género humano y que de este modo se acercase al rito que es el simbolo é instrumento de su justificacion, ¿podremos creer que en el caso mas importante del pecado actual, cuando se trata de cumplir el fin principal para que bajó á la tierra, de borrar esas ofensas mas profundas, esos ultrajes mas crueles que todos los dias se están cometiendo contra su magestad y bondad infinitas; podremos, digo, creer no haya dejado algun medio visible de alcanzar su perdon, que no haya exigido como en el primer caso una manifestacion exterior de arrepentimiento, alguna compensacion á los ojos del hombre? Sí, estoy seguro de ello; aun no considerando esta cuestion sino bajo este punto de vista lejano, cuando se reflexiona en la uniformidad de miras de la Providencia, en la línea natural de conducta que Dios en el establecimiento del cristianismo ha tenido para con el hombre caido, no hay nadie que por estos motivos no llegue á suponer que el Salvador ha dejado en su Iglesia una institucion como medio sensible de borrar nuestros pecados por la aplicacion de la virtud redentora y soberanamente eficaz de su sangre.

Pero llegamos ya al exámen de la doctrina católica acerca de esta institucion. La Iglesia católica enseña que Jesucristo estableció en este mundo un medio por

el cual el mas miserable pecador, todos cuantos han ofendido á Dios, pueden, mediante ciertos actos, obtener un perdon sustancial y eficaz. Y los que predicán y escriben contra nuestras doctrinas os dirán que esa institucion conservada por la Iglesia católica como establecida con este objeto por Jesucristo, es la confesion. Desde luego esto es un error: los católicos creen que la institucion dejada por el Salvador es el Sacramento de la Penitencia, del cual la confesion no es mas que una parte y no la mas esencial. Luego es claro que aqui tambien, con intencion ó sin ella, se ha desfigurado nuestra creencia al exponerla; porque voy á mostraros que la Iglesia católica enseña y requiere todo lo que exigen las demas iglesias y que lo exige en un grado mas completo y mas perfecto que ninguna de ellas. Así es que nosotros creemos que el Sacramento de la Penitencia se compone de tres partes: la contricion ó el dolor, la confesion ó manifestacion exterior del pecado, y la satisfaccion que es tambien en mas de un concepto una garantía de perseverancia en quien la promete.

En primer lugar, la Iglesia católica enseña que el dolor ó contricion, que comprende todo lo que las demas comuniones entienden por arrepentimiento; pero del cual no es en realidad mas de una parte, ha sido siempre necesaria para conseguir de Dios el perdon. Ella sostiene que sin dolor no es posible el perdon, así en la ley nueva como en la ley antigua; que sin un pesar vivo y profundo de haber pecado, sin un firme propósito de no mas pecar, no tiene

valor ni efecto alguno en la presencia de Dios la absolucion del sacerdote ; que al contrario, los que sin la contricion necesaria piden y reciben la absolucion, lejos de obtener la remision de sus faltas, cometen un horrible sacrilegio, y añaden el peso de este nuevo crimen á la carga que ya llevaban antes de acercarse al sagrado tribunal. Ahí pues teneis la doctrina católica acerca de esta parte del Sacramento de la Penitencia.

Pero ¿cuál es, en sentir de los católicos, el dolor ó contricion necesaria? Paréceme que si alguno quisiera tomarse el trabajo de analizar la doctrina de las iglesias reformadas acerca del sentido esacto de la palabra arrepentimiento, distinguir sus diferentes grados, y examinar de cerca los medios por los que se llega al último acto que nos purifica de nuestras manchas, sería le estremadamente difícil formular cosa alguna sustancial, una série de sentimientos ó de actos, bien clara y á prueba de una rigurosa crítica. Nada mas vago que la manera con que la Iglesia anglicana, por ejemplo, explica este punto. Dice simplemente que “nosotros somos justificados delante de Dios por solo los méritos de Jesucristo, por la fé y no por nuestras obras; y que en consecuencia, la justificacion por sola la fé es una doctrina saludable y consoladora (1);” y en seguida nos remite para mayor explicacion á la homi-

(1) Art. XI.

lía acerca de la justificación. Por otra parte se dice que hay lugar al perdón para los que verdaderamente se arrepienten (1). En dicha homilía se repite hasta la saciedad que los hombres son justificados por sola la fé sin las obras. Allí se habla también del amor como de un ingrediente de esta fé; pero no se dice en parte alguna cómo ha de conseguirlo el pecador, cómo se efectúa su retorno ó conversión, cuando cual el hijo pródigo reconoce su falta, ni por qué grados sucesivos ha pasado hasta llegar á la fé que justifica. Y luego, ¿en qué consiste esta fé? No nos lo explica. ¿Debemos contentarnos acaso con la firme persuasión de que los méritos de Jesucristo bastan para purificarnos de toda mancha? ¿Es necesario creer que la redentora virtud de su sangre nos ha sido aplicada á todos y que somos perdonados? ¿O es necesario que de ella se nos haga una aplicación especial á cada uno cuantas veces sentimos haber pecado? Por último, ¿cuál es el criterio de esta fé, la piedra de toque que nos haga discernir entre la fé verdadera y una fé puramente imaginaria ó falsa? Y ¿cómo se anuncia? ¿es acaso por una mera convicción? Y ¿cuáles son los preliminares que de ella nos hacen dignos, que nos den el derecho de suponer que la hemos conseguido? Acerca de todo esto se nos deja en la mas completa ignorancia. Cada cual da su opinión,

(1) Art. XVI.

su propio parecer, y cuando se llega á dilucidar la cuestion, se encuentran tantas esplicaciones diferentes como autores han tratado de ella.

Si consultamos las obras de los Reformadores extranjeros, si examinamos los escritos de los que son mirados como padres y fundadores de la Reforma, aunque difieren y á cada momento se contradicen consigo mismos, se ve que se han esforzado en determinar los diversos grados por donde el pecador llega á la justificacion. En las obras de Lutero y en las confesiones de fé de muchas iglesias, se dice que el primer paso no es otro que los terrores de la conciencia; el alma al contemplar el espantoso abismo de miseria que la rodea, viéndose á sí misma al borde de la perdicion eterna, concibe un profundo dolor de sus pecados, los cuales, al punto que de ellos se aparta, son cubiertos y ocultados á la vista de Dios por los méritos de Jesucristo y por la fé en sus méritos. De modo que el primer paso es únicamente el terror ó el temor de los juicios de Dios. El segundo paso, que tambien es el último, es un acto de fé en el poder de Jesucristo para redimirnos y salvarnos por la eficacia de su sangre (1). Ahora bien: no solamente la Iglesia católica exige todas estas disposiciones, sino que las considera como actos puramente preparatorios, como meros embriones que es

(1) Véase acerca de esto el admirable capítulo de la Simbólica de Moehler.

necesario desenvolver y madurar antes de que pueda ser válida la confesion. Acerca de este acto preliminar el Concilio de Trento ha formulado la doctrina mas bella y mas filosófica. Traza los diversos grados por los cuales el alma es conducida á apartarse del pecado por el deber de reconciliarse con Dios. La representa como aterrorizada, como horrorizada á vista del estado espantoso á que la ha reducido el pecado. Pero no es esto lo que precede inmediatamente á la justificacion; esto no es mas que un gérmen que aparece primero antes de que se despliegue la virtud cristiana; porque el pecador, aterrorizado por este sentimiento de los juicios de Dios, permanece un momento abismado en el temor y en la aprension, hasta que naturalmente fija su vista en derredor de sí para buscar socorro; entonces divisa á la otra parte la misericordia y la bondad infinitas de Dios; las pone en la balanza con sus atributos mas terribles, y en medio de las oleadas se ase á la esperanza del perdón, no desesperando de volverse á levantar de nuevo, de volver, como el hijo pródigo, á la casa de su padre, y ser recibido en ella, siquiera como el mas infimo de sus criados. Empero, esto no es todavia mas de otro paso hácia los sentimientos de afeccion que naturalmente se escitan en nosotros por el pensamiento de la bondad de Dios, de esa bondad que nos muestra un padre recibiéndonos con los brazos abiertos, aun cuando somos tan miserables. Entonces viene el amor á mitigar el temor, que ya no es un temor servil, sino un temor filial;

hasta que al fin el alma, abrasada en los ardores de la caridad divina, resuelta á no ofender mas á Dios, llega á aquel estado que el Nuevo Testamento representa como el precursor inmediato y la causa del perdon: “Le son perdonados muchos pecados porque amó mucho (1).”

Asi, al paso que la fé es el fundamento de toda justificacion, el alma debe pasar todavia por otros sentimientos de virtud más conformes á los atributos divinos, mas en armonia con el órden general de las instituciones de la ley nueva, antes de llegar al último acto que pone el sello á su justificacion. San Pablo repite muy á menudo que nadie puede ser justificado de otro modo que por la fé, que toda justificacion se alcanza por Jesucristo y por la fé en Jesucristo: ahora bien, segun la marcha que hemos trazado, la justificacion comienza por esta fé y termina por la aplicacion de la sangre del Redentor, como medio único de salvacion.

De este modo los actos que segun nosotros conducen al perdon, contienen por su órden, por su marcha y por su objeto todo lo que las demas iglesias requieren para la justificacion del pecador. Mas antes de entrar en el exámen de las demas partes del sacramento, haré una sencilla pregunta; ¿es esta una doctrina fautora del crimen? ¿Podeis acusar á los ca-

(1) Luc. VII, 47.—Conc. Trident. Sess. VI, c. VI.—Catech. Rem. p. 11, c. 5.

tólicos de ligar tan completamente á un acto exterior el perdón ó la absolución de sus faltas que se curen poco de cometer otras nuevas, porque crean que su alma puede verse libre del pecado con la misma facilidad con que su cuerpo se limpia una mancha exterior? ¿Podeis acusarlos de que miren la penitencia como un baño al cual apelan pronta y fácilmente, cada vez que quieren dejar en él las manchas de su alma y restituirla á su original pureza?

Empero todavía no hemos analizado hasta el fin esta importante materia. Cuanto hasta aquí hemos visto, no forma mas que los primeros elementos, ó mas bien los grados preparatorios del acto de dolor ó de contrición que necesariamente debe acompañar al acto de la confesión, y que no solamente debe acompañarle, sino que de tal modo le supera en importancia que la Iglesia Católica cree y enseña, como lo acredita la práctica de todos los días, que en casos dados sola la contrición obra la justificación. Si por alguna circunstancia no es posible á alguno la confesión; si la enfermedad sorprende al pecador sin darle tiempo para llamar un confesor; si por algun incidente se halla en la imposibilidad de tener este socorro y no tiene cerca de sí quien pueda darle sus consuelos; en todos estos casos, un acto de contrición que incluya la voluntad ó el deseo de recurrir á la confesión si fuera posible, porque ella es una institución fundada por Jesucristo para la remisión de los pecados, le proporcionará por sí misma su perdón y le recon-

oiliará tan completamente con su Dios cual si hubiera confesado todos sus crímenes y recibido la absolucion. Tal es, repito, la creencia y la práctica de todo católico, no solamente entre las clases instruidas, sino aun entre los ignorantes y sin educación; todos admiten que en el caso de una enfermedad repentina, cuando hay peligro de que nos sorprenda la muerte, un acto fervoroso de dolor equivale á todo lo que Jesucristo ha instituido para la remision de los pecados.

Y este dolor, ¿cuál es? Para definirle me valdré de las mismas palabras del Concilio de Trento que con tanta claridad ha explicado la doctrina católica acerca de esta materia. “La contricion” es decir el dolor, porque esa es la palabra técnica que usa la Iglesia; “la contricion que tiene el primer lugar entre los actos de penitencia (de arrepentimiento) es el dolor y la detestacion del pecado cometido, con la resolución de no volver mas á pecar. El Santo Concilio declara que esta contricion no solamente incluye el abandono del pecado y el propósito de comenzar una vida nueva, sino tambien el ódio de la vida pasada (1).” Asi, pues, ya veis lo que la Iglesia espera de todo penitente antes de que pueda serle provechosa la absolucion ó servirle la confesion para la salvacion de su alma.

(1) Sess. XIV, cap. IV.

Pero llegamos ya á la segunda parte del Sacramento. La Iglesia católica enseña que el pecador, estando pesaroso de haber ofendido á Dios, no ya, como he dicho, por el mal que le resulta á sí mismo, sino á causa de la bondad y de la condescendencia infinitas de Dios á quien él ha ultrajado, debe pasar á un acto exterior que parece no ser en sí mas que la consecuencia natural y espontánea de ese sentimiento de dolor. Los teólogos católicos acostumbran definir todavía este dolor del pecado, diciendo que debe ser *sobrenatural*, es decir, que sus motivos deben estar sacados de los atributos divinos, de la consideracion no de lo que el pecado ha producido para nosotros, sino de las pruebas de amor que hemos recibido de Dios, y principalmente de su bondad infinita; *soberano* ó sumo, es decir, que el pecador debe odiar, detestar y aborrecer el pecado mas que ningun otro mal sobre la tierra; y *universal*, es decir, que abraza, sin exceptuar una sola, todas las faltas, todas las trasgresiones con las cuales se ha ofendido á un Dios tan bueno. Ahora bien: estos sentimientos predisponen naturalmente el alma á someterse á toda compensacion que pueda exigírsela por las faltas de que se ha hecho culpable. Además, el amor, que es el último paso en la obra de la conversion, lleva por su naturaleza á esta manifestacion compensadora. Así se ve en el ejemplo de la Magdalena, la cual no se contenta con estar sinceramente pesarosa de haber ofendido á

Dios, con llorar el mal que ha hecho, y alejarse de él y probar con la mudanza de vida la verdad de su dolor, sino que ademas arrostra los insultos y desprecios y todo género de humillaciones, y manifiesta sus sentimientos á la faz del mundo. Ella atraviesa por entre la multitud de convidados, penetra en la morada del rico fariseo, de un hombre que pertenecia á la clase mas orgullosa y soberbia; se adelanta, se precipita en medio de aquel banquete suntuoso, se arroja á los pies de su médico espiritual, vierte amargas lágrimas, derrama á la vez á sus divinos pies cuanto ella tiene de precioso, y con estos actos exteriores muestra que su amor á Dios es sincero, que está abrumada del pesar de haberle ofendido, y que está pronta á ofrecer toda clase de reparacion á su Magestad ultrajada. Asi la tendencia natural del amor arrepentido es manifestarse en el exterior, darse testimonio á sí mismo, por decirlo asi, con los actos de dolor y aun de humillacion pública, y obtener asi el perdón que busca con tanto ardor. Por consiguiente, esta manifestacion del dolor y de la falta está en armonía perfecta, se enlaza íntimamente con los sentimientos que la preceden. Sin embargo, este origen, aunque natural y espontáneo en cierto modo, no es el fundamento sobre que la Iglesia católica la conserva é impone á los fieles.

Ella cree al pecador obligado estrictamente á revelar sus faltas á los pastores de la Iglesia, ó mas bien á los que tienen la mision de oirlos, poner de manifiesto las llagas de su alma, á manifestar sus ofen-

B. del C.—Tomo X.—CONFERENCIAS DE WISEMAN, Tom. II. 10

sas mas secretas á fin de recibir en la tierra la sentencia del perdon que será ratificado en el cielo, en virtud de la autoridad con que Dios ha revestido al ministro de la penitencia. Sin embargo, hay casos en que el perdon obtenido con demasiada facilidad no causaria en el pecador una impresion bastante fuerte para producir en él una enmienda de vida; porque puede suceder que las disposiciones con que se acerca al tribunal sagrado sean dudosas, y no baste su dolor para el pecado; puede suceder que las frecuentes recaidas, despues que ya se acerca al Sacramento, dejen entrever que no hay en él una resolucion bastante firme de enmendarse, ni por consiguiente un pesar sincero y eficaz de las transgresiones de que se habia hecho culpable; y como por otra parte la salvacion del alma es el primer objeto de esta institucion, la Iglesia enseña tambien que puede ser prudente negar la absolucion en ciertos casos. Y nosotros creemos que el mismo Jesucristo proveyó á ello cuando dió á su Iglesia la potestad de retener los pecados ó de diferir el perdon todo el tiempo que lo estime conveniente.

Antes de venir á las pruebas de esta doctrina, permitidme examinar hasta qué punto está en armonia con lo que podiamos prometernos del Salvador. Ya os he mostrado que conforme al plan que siguió en el establecimiento de su Religion y al método de accion que uniformemente ha seguido, debiamos prometernos dejase en su Iglesia una institucion visible, cuyo objeto fuese perdonar los pecados y aplicar al alma el

precio de su sangre divina, á fin de purificarla de sus manchas. Empero, hasta ahora nada he dicho de la naturaleza de esta institucion.

Permitidme ahora hacer algunas observaciones acerca de la propiedad de una institucion como es la confesion, relativamente á los fines para que ha sido establecida.

1.º He dicho, en primer lugar, que esta institucion es la mas conforme á la naturaleza humana, considerada en su nativa constitucion ó en su estado de degradacion. Primeramente en su constitucion nativa: es natural al espíritu buscar alivio á su falta confesándola; no nos sorprendemos cuando oimos decir que grandes culpables, que despues de haber cometido su crimen se habian ocultado á la persecucion de la justicia, cansados luego de una vida agitada y miserable, han venido por sí mismos á confesar su atentado y pedir se les imponga el castigo que la ley señalaba contra ellos. No es para nosotros motivo de estrañeza y admiracion, cuando se nos dice que algunas personas condenadas á muerte han buscado con ansiedad otra persona á quien pudiesen abrir su conciencia, y declarado muchas veces que no habrian muerto en paz si no hubieran manifestado sus crímenes. Todo esto prueba que la naturaleza humana halla el mas sencillo y pronto alivio en esa confesion, y que esta confesion derrama un bálsamo saludable sobre las llagas interiores del alma; y la razon de esto es, porque ese es el único medio que nos queda de ofrecer alguna compensacion á la so-

ciudad que hemos ultrajado. Pero este sentimiento produce además otro efecto. El culpable que reconoce humildemente su falta, escita nuestra compasion; ya no vemos en él un criminal endurecido, como nos parecia al principio; al momento nos complacemos en creer que realmente está pesaroso de lo que ha hecho; y su culpabilidad, aunque el crimen siempre sea el mismo, no parece ya tan grande como si la negara obstinadamente. Si el Divino Salvador no hubiera declarado espresamente lo mismo en su respúesta al ladron penitente, ó si esta respuesta no nos hubiera sido conservada, todavía nuestro espíritu haria distincion entre los dos compañeros de su suplicio, entre el que confiesa humildemente que muere porque lo ha merecido, y el otro que hasta el fin persiste en su endurecimiento. Luego si Dios ha debido dejar algun medio exterior de consolar la conciencia y aliviarla del aguijon del pecado, no podemos concebir cosa mas adaptada á este fin que la manifestacion de ese mismo pecado.

Pero este medio no solamente es conforme á la constitucion general de nuestra naturaleza, lo es tambien á su actual estado de degradacion. En efecto: ¿qué es el pecado, hermanos míos? El pecado es la rebelion del orgullo humano contra la Magestad divina. El pecador, conociendo perfectamente las consecuencias de su iniquidad y el término á que le conducirá el pecado, parece ponerse con frente erguida ante el tribunal de Dios, y mirando cara á cara á su futuro juez, le ultraja cometiendo lo que sabe bien de-

be ser castigado mas adelante. Y bien ; ¿cuál será el correctivo natural de tales sentimientos? La humillacion pública de ese espíritu orgulloso que se ha rebelado contra su juez; el pecador se echará á los pies de otro hombre, pedirá perdon, se confesará culpable de haber ultrajado á Dios en su eterna Magestad. El orgullo es el principio y la raiz de todo mal ; y como la tercera parte del mismo Sacramento, la satisfaccion, de la cual hablaré en otra ocasion, tiende á reprimir la concupiscencia y las pasiones , ordinarios estimulantes del pecado, ¿qué cosa habria mas directamente opuesta á ese orgullo que es su principio?

Entre la confesion de la falta y la reparacion debida á la Magestad divina hay una relacion tan íntima, que las Santas Escrituras las representan como idénticas. Por ejemplo , Josué decia á Achan : “Hijo mio, da gloria al Señor Dios de Israel ; confiesa y dime lo que has hecho ; no me ocultes nada (1).”

Pascal nos ha dejado unas reflexiones las mas bellas acerca de esta materia. Se admira de que en la confesion del pecado, ante una persona y con las circunstancias prescritas por la Iglesia, pueda verse otra cosa que una mitigacion de lo que deberia esperar el pecador. Vosotros habeis pecado ante el género humano y ultrajado á Dios con vuestras ofensas, y naturalmente debeis esperar se exija de vosotros una entera compensacion y suponer con justa razon que

(1) Jos. VII, 19.

Dios pedirá una reparacion tan pública y tan franca como lo ha sido el crimen ; una humillacion tan grande como el orgullo que os ha arrastrado al mal. Considerar como una pena un acto de humildad ante un hombre que ha sido escogido y diputado para recibirle , que está obligado en virtud de todas las leyes posibles á no revelar , á no descubrir de modo alguno nada de lo que haya pasado entre vosotros ; que conoce es un deber suyo recibiros compasivamente , con simpatía , con afecto , y dirigiros y aconsejaros y asistiros ; considerar, digo, esto de otro modo que como la mitigacion mas misericordiosa de lo que vosotros debeis, es un pensamiento que llena de dolor y de amargura el corazon (1).

2.º En segundo lugar, hermanos míos, esta institucion, conforme con las necesidades del hombre, es precisamente la que está mas en armonía con el medio de que constantemente se ha valido Dios para perdonar los pecados. La antigua ley ofrece una institucion análoga, establecida con el mismo objeto, y en la cual se exigía la manifestacion de la falta antes de la aplicacion del sagrado rito. Dios dividió los sacrificios en diferentes clases: unos eran para los pecados cometidos por ignorancia, y los otros para las deliberadas violaciones de la ley. Ahora bien: en el capítulo V del Levítico, que contiene la parte reglamentaria

(1) Apud Moehler, *ubi supra*.

de estos sacrificios, se manda al que sea transgresor confesar su pecado; en seguida el sacerdote ora por él y ofrece un sacrificio particular á fin de que así consiga su perdon. De lo cual resulta, que la confesion de los pecados á los sacerdotes del templo era una condicion preliminar de su perdon, en tanto que podia mirarse el sacrificio legal como un medio de perdon; es decir, como un medio de escitar la fé en el gran sacrificio por el cual y solo por el cual podia conseguirse la remision de los pecados. Todavia podria ir mas lejos, segun ya lo he hecho en otras ocasiones, y mostrar muchas analogías entre los medios establecidos por Dios en la antigua ley y por el Salvador en la nueva; pero no es necesario detenernos mas en este punto.

3.º Por último, esta institucion cuadra esactamente con el conjunto del sistema religioso de la ley nueva. Segun ya os he manifestado, el Salvador fundó su Iglesia bajo la forma de un reino cuyo gobierno se confió á una corporacion organizada. Esta, que recibió la mision de atender á las necesidades de los fieles y tiene su autoridad directamente de Jesucristo, tiene tambien el derecho de mandar de una parte y de otra, y ella misma está en la obligacion de instruirse y de obedecer. Pues bien: semejante sistema de gobierno, basado sobre la autoridad y que, segun ya he dicho, penetra por su gerarquía hasta las partes mas ínfimas de la sociedad religiosa, parece exigir para su plenitud y perfeccion la existencia de tribunales en ella á fin de que los mi-

nistros encargados del mantenimiento de las leyes divinas puedan tener conocimiento de las transgresiones cometidas contra ellas. Naturalmente debíamos esperar que la autoridad establecida estuviera encargada de castigar las infracciones de las leyes fundamentales y de los preceptos morales; que tuviera, no solamente la mision de enseñar, sino tambien la de velar para que se practicase lo que enseñaba á los fieles y el modo de practicarlo. Luego la manifestacion del pecado está en armonía con todos los elementos de semejante constitucion religiosa.

Ahora que, como espero, estas observaciones han allanado los caminos, voy á esponer las razones de nuestra doctrina, y probar que la potestad de perdonar los pecados, que existe en la Iglesia, es tal que necesita la manifestacion de las faltas aun de las mas ocultas, y que esa potestad ha sido instituida por Jesucristo.

Las palabras de mi testo son el primero y principal fundamento en que nos apoyamos. ¿Será necesario haceros observar que exigiéndose en la ley antigua la confesion ó manifestacion de los pecados entre los medios de conseguir el perdon de estos, se hace bastante alusion en la ley nueva á semejante práctica para continuar su recuerdo entre los primeros cristianos y para hacerles inferir de ahí que la Providencia no habia roto completamente la marcha hasta entonces seguida? Se les decia confesasen sus pecados los unos á los otros (1). Verdad es que este

(1) Jacob. V, 16.

testo es vago, porque no dice terminantemente: «*Confesad vuestros pecados al sacerdote ó á alguna persona privada,*» si bien la mencion que de los sacerdotes de la Iglesia se hace en los versículos anteriores, sugiere naturalmente la idea de que semejante acto era de la competencia de su ministerio. Además, estas palabras: *Confesad vuestros pecados unos á otros*, parecen mandar mas que una declaracion general de culpabilidad, ó que esa simple confesion que el pecador mas endurecido, cuando todo lo que le rodea une su voz á la suya, no se negará á repetir: “he pecado ante Dios”; sino que parecen indicar una comunicacion mas particular entre un miembro y otro miembro de la Iglesia. En todo caso sirven para probar que la manifestacion del pecado no es de fecha reciente y rebaten la objecion de los que pretenden que en el Nuevo Testamento no hay palabra ni cosa alguna que muestre que esta manera natural y óbvia de proporcionar alivio al alma tiene su fundamento en la ley de Cristo.

Pero va mas directamente á nuestro objeto el testo que he puesto por tema de mi discurso. El Salvador no se dirigia á su grey en general, sino que confiaba una mision especial á los Apóstoles, ó mas bien á todos los Pastores de la Iglesia; porque ya os he mostrado en otra parte que toda órden dada á los Apóstoles, no en la forma de un privilegio especial como el de hacer milagros, sino de una prerogativa enlazada con el bienestar y la salvacion de la grey, era una institucion que debia perpetuar-

se en la Iglesia. Y bien: ¿qué les dice? «Los pecados serán perdonados á aquellos á quienes se los perdonáreis; y serán retenidos á aquellos á quienes se los retuviéreis.» Ved pues ahí en primer lugar la potestad de perdonar los pecados; porque en el Nuevo Testamento esta espresion *perdonar los pecados*, significa siempre descargar real y verdaderamente al pecador de su culpabilidad delante de Dios. «Muchos pecados le son perdonados,» dijo el Salvador hablando de la Magdalena. Y ¿qué queria esto decir, sino que quedaba absuelta y purificada de sus pecados? En este sentido entendieron esas palabras cuantos las oyeron, y por eso dijeron: ¿quién es este que hasta los pecados perdona (1)?” El privilegio que en esta ocasion se atribuía el Salvador le miraban como todavía superior al poder que realmente poseia, aun cuando este poder abrazase el de hacer milagros. Semejante idea no podia referirse sino al derecho de remitir efectivamente ó de perdonar una ofensa hecha á Dios. Que ese fuera su pensamiento, que entendiesen esas palabras en un sentido esacto, no puede dudarse, máxime si se atiende á la parábola del deudor aplicada por Jesucristo al caso de la Magdalena, y á las palabras que á esta dirige el mismo Salvador: primero la dijo: «Tus pecados te son perdonados;» y despues: «vete en paz», palabras de seguridad y de consuelo, que necesariamente

(1) Luc. VII, 49

la inducian á creer que estaba completamente perdonada. Además, nuestro Salvador, hablando con el paralítico, le dice: «Ten confianza, hijo mío, tus pecados te son perdonados (1).» En esta ocasión sus oyentes fueron todavía más lejos que la vez primera; pues dijeron: *Ese blasfema*. Luego veían en esto la usurpación de un privilegio que solo pertenece á Dios: luego entendían esas palabras en su sentido obvio, en el de perdonar los pecados cometidos contra el Todopoderoso. El divino Salvador los confirma en esta idea con las siguientes palabras: “¿Qué es más fácil decir? ¿te son perdonados tus pecados, ó levántate y anda? Para que sepáis que el Hijo de Dios tiene en la tierra potestad para perdonar los pecados etc.” Por consiguiente, en el Evangelio, remitir los pecados significa perdonar, absolver ó purificar del pecado al alma. Pero á bien que este razonamiento es supérfluo cuando discutimos con los adictos á la iglesia anglicana, puesto que cuando su ministro visita los enfermos, su ritual pone en su boca las mismas palabras de que nosotros nos servimos: «Por la autoridad de *Cristo*, yo te absuelvo de todos tus pecados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.»

Luego los Apóstoles y sus sucesores recibieron esta misma autoridad, y por consiguiente la potestad de absolver y de purificar el alma de sus pecados.

(1) Matth. IX, 2.

Pero fuéles concedida igualmente otra potestad, la de retenerlos ó de negarles el perdón. Ahora bien: pues que Jesucristo añade á este poder la promesa de que todos los pecados que sus legítimos ministros retuvieran en la tierra, serían retenidos en el cielo, síguese inevitablemente de aquí que ya en adelante no habría otro medio de alcanzar el perdón sino por medio de los Apóstoles y de sus sucesores, porque la sentencia de perdón en el cielo depende de la sentencia que se dé en la tierra. No hay perdón ante Dios para aquellos cuyos pecados fuesen retenidos aquí. Suponed que un juez, delegado por el Estado, recibe la seguridad de que todas las personas que él absuelva serán puestas en libertad, al paso que las que rehuse absolver seguirán bajo el peso de su culpabilidad: ¿no deduciríais de aquí que para los criminales no había otro medio de perdón que por medio de ese juez? De lo contrario su misión sería enteramente ilusoria, porque sería burlarse de él dejar subsistente y fuera de su autoridad otro tribunal independiente del suyo é investido de igual potestad de absolver ó de castigar á los delincuentes; sería burlarse de él dejar á los culpables medios de perdón fuera de su autoridad. Así, pues, los Apóstoles no solamente han recibido la potestad de perdonar los pecados, sino que ese poder ó potestad es tal que excluye todo otro instrumento ó medio de perdón en la ley nueva. Efectivamente, cuando Jesucristo funda una institución para un objeto que depende únicamente de su voluntad, excluye en ese mero hecho todo otro me-

dio ordinario. Cuando instituyó el bautismo para purificar de la culpa original el alma, en esto mismo manifestó no quería fuese posible conseguir por otro medio el mismo objeto. Con mucha mas razon, si se tiene en cuenta la marcha ordinaria de la accion divina, la mision confiada aquí á los Pastores de la Iglesia es exclusiva de todo otro medio de perdon; y esta consecuencia no es una simple deduccion, puesto que Jesucristo sanciona el poder que confiere haciendo depender de la sentencia que en la tierra pronuncian los encargados al efecto por él la sentencia que se da en el cielo.

Pero ¿cuál es el carácter de este poder, de esta potestad? Volvamos á nuestra comparacion. Supongamos que se encarga á un juez recorrer el pais; de tal modo, que aquellos á quienes él condene, serán castigados, y perdonados de la pena los que él absuelva. ¿Os parece que para que este juez ejerza legítimamente el poder discrecional de que está investigado, le basta entrar en las cárceles y decir á uno: “A tí te absuelvo;” y al otro: “á tí te se castigará;” á este: “te condeno;” al otro: “te declaro inocente,” sin entrar en el exámen de sus respectivos derechos, sin tener mas razon para absolver á unos que para condenar á los otros? Esta doble autoridad, ¿no envuelve é incluye la necesidad de conocer las razones en pro y en contra en cada caso particular? ¿No supone que toda la causa debe ser espuesta ante el juez á fin de que este la examine y falle con arreglo á las pruebas alegadas? Y entonces, ¿podremos creer que

el Salvador invitiese de esa doble mision, como medio único de perdonar los pecados, á los Pastores de la Iglesia sin imponerles la obligacion de decidir con arreglo á los méritos de cada uno? ¿No era su intencion que si la Iglesia retenia ó perdonaba las ofensas debiera tener motivos para ello? ¿Y cómo podia tener esos motivos y razones, si no se esponia la causa delante del juez? Y ¿quién la ha de esponer sino el mismo culpable, y solo el mismo culpable? La manifestacion del crimen por quien le ha cometido y que pide su perdon es hasta esencial al poder conferido por Jesucristo. ¿Cómo el juez podria pronunciar una sentencia conveniente si no ha oido toda la causa, y por consiguiente si el culpable no se la ha espuesto en toda su estension?

Ved ahí el fundamento de la doctrina católica en la Escritura. El pecado es perdonado por los Pastores de la Iglesia en virtud de la institucion de Jesucristo que los ha constituido sus jueces, sus ministros y sus lugartenientes; mas para conseguir este perdon es necesario descubrir todas estas faltas ante aquel que es responsable de la sentencia que pronuncia.

Empero, por claro y sencillo que sea este razonamiento, tal vez no le diéramos con tanta seguridad, si no estuviera sancionado por la práctica y testimonio de toda la antigüedad. Muchos de vosotros habreis oido repetir muy á menudo que en los dos primeros siglos no se trataba de la confesion auricular, segun ahora se la llama. Demos que asi fuese, admitámoslo por un momento, la asercion por eso

no es menos inesacta ; porque ¿acaso los que os dicen eso , os dicen tambien por qué entonces no se hace mencion de ella ? Pues ved aqui ese por qué ; es porque en lugar de la confesion *auricular* , la mayor parte de los monumentos de aquella época hablan de la confesion *pública* ; porque entonces el pecador estaba obligado á confesar sus crímenes ante toda la Iglesia y á someterse á la severa penitencia que para su expiacion se le imponia. Esos celosos partidarios de la antigüedad acerca de este punto, que no quieren la confesion auricular, deberian siquiera copiar fielmente á la antigüedad; y si nuestra práctica les desagrada ¿por qué no adoptan otra que esté mas en armonía con los usos de la primitiva Iglesia? De hecho, importa muy poco para la cuestion el que la manifestacion de los pecados sea mas ó menos estensa , esa es una cuestion secundaria ; el que la Iglesia prescriba la confesion pública ó privada, eso á la disciplina corresponde arreglarlo. Basta asentar que no hay que esperar perdon sin la confesion de la falta : que en la Iglesia los sacerdotes son las únicas personas que tienen facultad para conceder ese perdon; y qué la práctica de la confesion ha sido constantemente la misma, con la diferencia de que en los tiempos de fervor, cuando el crimen era mas raro, la Iglesia creyó conveniente obligar á los transgresores no solo á confesar en secreto sus pecados, sino á presentarse ante la asamblea de los fieles , para alli acusarse públicamente. Asi que lejos de que el silencio de los antiguos PP.

sea una dificultad contra esta institucion del cristianismo; todo lo que de ahí puede concluirse es que ha sido mitigada en su modo, que ha perdido su primitivo rigor, pero sin por eso haber cambiado de principio ni de naturaleza.

Voy ahora á citar las palabras de esos mismos PP.: no descenderé mas allá del IV siglo, porque entonces el número de testimonios crece sin medida. Los divido en dos clases. Citaré primero dos pasajes que se refieren á la confesion en general, es decir; á la confesion pública, y os mostrarán que la Iglesia no ha cambiado de parecer acerca de la necesidad de la confesion como medio el alcanzar el perdon.

San Ireneo, que floreció un siglo despues de Jesucristo, habla de algunas mugeres que fueron á la iglesia y se acusaron de crímenes secretos, desconocidos al resto de los fieles. En otra parte se espresa asi: “Algunos movidos por su conciencia, confesaron públicamente sus pecados, al paso que otros renunciaron á su fé desesperados (1).” Notad bien esta alternativa: Unos confesaron sus pecados, y otros renunciaron á su fé. Si pues hubieran tenido otro medio de reconciliacion ¿por qué habrian abandonado su fé? Tertuliano, generalmente reputado como el escritor mas antiguo de la Iglesia latina, dice lo siguiente: “La prueba de esta disposicion para la penitencia es mas trabajosa y penosa, por-

(1) *Adv. Hær.*, c. XIII, p. 63, 65.

que no basta que la voz de la conciencia clame interiormente, es menester mostreis con un acto público su realidad. Y este acto que los griegos llaman *exomologesis*, consiste en la confesion de nuestros pecados al Señor; no como si él no los conociera, sino porque la confesion nos conduce á la satisfaccion, porque de esta brota la penitencia, y con la penitencia Dios se aplaca (1).” Estas palabras se refieren mas ó menos directamente á la práctica de la confesion pública. Pero aun habla mas claramente de su necesidad: “Si todavia retrocedeis, trasladaos con el espíritu á aquel eterno brasero que la confesion debe extinguir; y para que no vacileis en aplicaros el remedio, considerad lo grande del castigo futuro. No ignorando, como no ignorais, que despues de la institucion del bautismo no queda otro socorro contra ese fuego, ¿por qué os haceis enemigos de vuestra propia salvacion (2)?”

Vengamos ya á la segunda clase de mis testos. Como me he estendido ya mas de lo que pensaba, omito con sentimiento muchos pasajes no menos fuertes, ni menos esplicitos acerca de la necesidad de la confesion; pero los que voy á citar tratan de la manifestacion de las faltas secretas ú ocultas ante el sacerdote por medio de la confesion, como medio de alcanzar el perdon. San Cipriano se espresa en estos tér-

(1) *De Pœnit*, c. IX, p. 169.

(2) *Ibid.* c. XII, p. 170.

B del C.—Tomo X.—CONFERENCIAS DE WISEMAN, Tom. II. 11

minos: "Dios sondea los corazones y lo mas intimo
 > de todos los hombres, y no solamente juzgará sus
 > acciones, sino tambien sus palabras y sus pensamien-
 > tos, porque ve los mas ocultos movimientos de su
 > espíritu. Por tanto, aun cuando algunas personas,
 > notables por su fé y por su temor de Dios, no se ha-
 > yán hecho culpables del crimen de sacrificar á los
 > ídolos y de entregar las Santas Escrituras; si á pe-
 > sar de eso han dado entrada en su espíritu *al pensa-*
 > *miento de cometerle*, le confiesan á los sacerdotes de
 > Dios con dolor y sin disfraz, descargándose así su
 > conciencia y buscando un remedio saludable, por té-
 > nue y perdonable que haya podido ser su falta; por-
 > que saben muy bien que no hay que burlarse con
 > Dios (1)." En otro lugar dice, hablando de las fal-
 > tas mas leves: "La falta es menor, pero la conciencia
 > no está pura; el perdón puede conseguirse fácilmen-
 > te, pero eso no obstante sois culpable. No cese de
 > hacer penitencia el pecador, no sea que la negligén-
 > cia agrave lo que al principio era pequeño en sí
 > mismo. Yo os conjuro, hermanos míos, á que todos
 > confeseis vuestras faltas, mientras tenga vida el que
 > ha ofendido, mientras pueda ser recibida su confe-
 > sion y ser áceptos á Dios la satisfaccion y el perdón
 > del sacerdote (2)." En estas palabras hallamos la so-
 > lucion de dos puntos importantes: 1.º Los que se han

(1) *De Lapsis*, p. 190.

(2) *Ib.*

hecho culpables de faltas leves, sin haber cometido pecados mortales, iban en busca del sacerdote y le abrían y descubrían su conciencia; 2.º El perdón que estos penitentes recibían de manos del sacerdote era considerado como válido delante de Dios.

El mismo Padre nos ofrece un gran número de otros pasajes, probando la misma verdad. Veamos empero los testimonios de la iglesia griega. Orígenes, después de haber hablado del Bautismo, observa lo siguiente: "Aun hay otro género de perdón, mas severo y difícil de obtener, por medio de la penitencia, cuando el pecador riega su lecho con sus lágrimas, y no se avergüenza de descubrir sus pecados al sacerdote del Señor y buscar allí su remedio. Así se cumplieron las palabras del Apóstol: *si alguno de vosotros está enfermo, llame á los sacerdotes de la Iglesia* (Jacob. V, 14) (1)." Y en otra parte: "Todos nosotros tenemos el poder y facultad de perdonar las faltas que se han cometido contra nosotros mismos; pero aquel sobre quien Jesús sopló, cual sopló sobre los Apóstoles, perdona los pecados para que Dios los perdone, y retiene aquellos de que el pecador no se arrepiente, porque él es el ministro de aquel que es el único que posee el poder de perdonar. Así es que los profetas no hablaban de sí mismos, sino que decían lo que pluguiera á Dios comunicárselos (2)." Y en otro lugar: "Si los que han

(1) *Homil. II in Levit.*, tom. II, p. 191.

(2) *Lib. de Orat.* tom. I, p. 255.

» pecado ocultan y retienen sus pecados dentro de sí
» mismos, experimentan grandes tormentos. Pero si
» el pecador se hace su propio acusador, se libra así
» de la causa de toda su enfermedad. Solo si que con-
» sidere con cuidado á quien confiesa su pecado, cuál
» es el carácter del médico; si es un hombre que sea
» débil con los débiles, que derrame lágrimas con los
» que están afligidos, si sabe compadecerse oportu-
» namente de los males ajenos. Si su habilidad os es
» conocida, si os muestra compasion, podeis seguir
» los avisos que os dé. Si vuestra enfermedad es tal
» que juzgue conveniente revelarla ante la asamblea
» de los fieles á fin de edificar á los demas y de re-
» formaros más fácilmente á vosotros mismos, con-
» formaos con los consejos que os dé vuestro hábil
» médico despues de madura deliberacion (1).” Este
» pasage es muy importante; porque vemos á este Pa-
» dre, ornamento de la primitiva Iglesia, inculcar la
» necesidad de manifestar sus faltas, en unos términos
» de que podriamos servirnos nosotros mismos, exhor-
» tar á los fieles á buscar y elegir bien un director pru-
» dente y caritativo, á descubrirle sus pecados se-
» cretos y á dejarse guiar y dirigir por él acerca de la
» conveniencia ó inconveniencia de una confesion pú-
» blica. Luego lá práctica de la confesion pública en la
» Iglesia no excluye la de la confesion privada, sino que
» antes bien la supone, puesto que no puede hacerse

(1) Hom. II in Psal. XXXVII, tom. II, p. 688.

sino segun el parecer del director espiritual consultado al efecto. Orígenes dice ademas espresamente que los sacerdotes son los únicos que tienen la potestad de perdonar los pecados y que á ellos es á quienes se debe manifestarlos; pero citemos sus palabras: “Los que no son santos, mueren en sus pecados: los santos hacen penitencia, sienten sus llagas, conocen sus defectos, van á buscar al sacerdote, imploran de él la salud y piden ser purificados por él (1).” — “Si descubrimos *nuestras faltas, no solamente á Dios, sino tambien á los que pueden aplicar el remedio á nuestras llagas y á nuestras iniquidades, nuestros pecados serán borrados por Aquel que dijo: Yo he borrado vuestras iniquidades como una nube, y vuestros pecados como una niebla* (Isai. XLIV, 22) (2).”

Un poco mas tarde hallamos acerca de esta materia pasages muy enérgicos, especialmente en las obras de San Basilio, que veló con mucho celo en el mantenimiento de los cánones de disciplina y cuyo sistema de penitencia pública prevaleció en la mayor parte de Oriente. “En la confesion de los pecados, dice, debe observarse el mismo método que cuando se descubre las enfermedades del cuerpo. Porque á la manera que estas no se manifiestan imprudentemente á todo hombre, sino solo á los que conocen

(1) Hom. X in Num. tom. II, p. 302.
 (2) Hom. XVII in Iuq.

los medios de curarlas, así tampoco deben confesarse los pecados sino á las personas que tienen poder para aplicarles el remedio (1).” Despues nos enseña cuáles son esas personas: “Debemos necesariamente confesar nuestros pecados á los que han sido encargados de la dispensacion de los misterios de Dios (2).” En sus reglas declara que los que han cometido crímenes secretos y ya los han confesado, no están obligados á confesarlos públicamente: “No obligar á la confesion pública á las mujeres culpables de adulterio, que de él se han acusado, es una práctica conforme á lo que los PP. han enseñado (3).” Es la misma disciplina que aun hoy dia se observa; los que han recibido la confesion, deben guardarse de revelarla. Aqui se trata claramente de la confesion auricular hecha ante una sola persona.

San Gregorio Niseno, otro eminente escritor de la iglesia griega, se expresa así: “Vosotros, cuya alma está enferma, ¿por qué no correis al médico? ¿Por qué no le descubris vuestra enfermedad por medio de la confesion? ¿Por qué sufris que vuestro mal se aumente hasta que se inflame y arraigue profundamente en vosotros? Entrad dentro de vosotros mismos, reflexionad sobre vuestra propia conducta. ¿Habeis ofendido á Dios, habeis provocado á vuestro

(1) In regnt. brev. quæst. 229; tom. II, p. 492.

(2) *Ibid.*, quæst. 288, p. 316; II. mod. mod. et 7. mod. (1)

(3) Epist. 199 ad Amphilocho. Can. XXXIV, Tom. III, p. 206.

«Creador que es el Señor y el juez, no solamente de esta vida, sino de la vida futura. Sondead el mal de que habeis sido atacados; doleos de él; afligíos, comunicad vuestra aflicción á vuestros hermanos, á fin de que puedan aflijirse con vosotros, y alcanceis el perdón de vuestros pecados. Mostradme lágrimas amargas, á fin de que yo mezele las mías con las vuestras. Dad parte de vuestras penas al sacerdote como á vuestro padre, que el sentimiento de vuestra miseria le conmoverá. Mostradle sin vergüenza lo que está oculto en vosotros; abridle los secretos de vuestra alma, cual si descubrierais á un médico una enfermedad oculta; y él cuidará de vuestro honor y os curará (1).” Y en otra parte: “El que roba secretamente lo ageno puede en seguida curar su herida, asi su corazón llega á cambiar, descubriendo su pecado al sacerdote por medio de la confesion; pero entonces debe dar á los pobres lo ageno, á fin de mostrar asi que está libre del pecado de avaricia (2).” Omiso otros muchos testos, y paso á citar uno de San Ambrosio, esa gran lumbrera de la Iglesia en Milan: “Hay, dice, quienes acuden á la penitencia para ser admitidos á la comunión. Estos no tanto buscan el ser desatados, cuanto atar al sacerdote, porque no descargan su propia conciencia, y cargan la conciencia de quien ha recibido la prohibi-

(1) Serm. de Pœnit. p. 175, 176, in Append. ad Oper. S. Basilii, Paris, 1618.

(2) Epist. Canon. ad Letoium, can. VI, tom. I, p. 954.

»cion de dar las cosas santas á los perros; es de-
 »cir, de admitir con facilidad almas impuras á la san-
 »ta comunión (1).” De donde se infiere que los que
 pretenden alcanzar el perdón de sus pecados, de otro
 modo que por la manifestación clara y completa de su
 conciencia, se engañan y engañan á su director. A
 esta autoridad, añadiré la de San Paulino: “A vosotros
 »me dirijo, dice, los que habeis cometido crímenes y
 »no quereis hacer penitencia de ellos; á vosotros
 »que sois tan tímidos, después de haber sido tan
 »impudentes; á vosotros, que os avergonzais de
 »confesar vuestras faltas, después de haber peca-
 »do sin vergüenza. El Apóstol dice al sacerdote:
 »No impongas ligeramente las manos á nadie; y no
 »te hagas cómplice de los pecados ajenos (1 ad
 »Timoth. V, 22). ¿Qué pretendes tú, pecador, que
 »engañas al ministro, que le dejas en la ignoran-
 »cia ó confundes su juicio con una narración á
 »medias? Yo os conjuro, hermanos míos, por el
 »Señor á quien vuestro silencio no puede inducir á
 »error, dejéis de disfrazar las llagas de vuestra con-
 »ciencia. Un enfermo, si está en su cabal juicio, no
 »teme manifestar las llagas de su cuerpo, por secre-
 »tas que sean, aun cuando fuera menester aplicarlas
 »el hierro ó el fuego; y el pecador ¿temería comprar
 »la vida eterna á costa de un poco de vergüenza?
 »¿Temería descubrir al Señor pecados que le son ya

(1) Paræn. ad Pœnit. p. 316.

conocidos y en el momento que implora su asistencia?" Por estas palabras se ve que la confesion debia ser completa; es decir, estenderse á todos los pecados; y el pecador estaba obligado á manifestar sin restriccion alguna el estado de su conciencia al ministro de Dios.

Estos ejemplos podrian bastar; sin embargo, voy á escojer todavia uno ó dos del mismo siglo. San Gerónimo, despues de aludir á las disposiciones de la ley antigua respecto de los leprosos, se expresa asi: "Lo mismo sucede con nosotros: el obispo ó el sacerdote ata ó desata, no segun que cada uno es inocente ó culpable, sino que, cual su deber lo exige, se informa de los diferentes caractéres del pecado, y entonces discierne los que hay que atar de los que hay que desatar (1)." Este es cabalmente el mismo razonamiento que yo hice acerca del testo que me ha servido de tema, cuando dije que el sacerdote no debe dar la absolucion por una impresion vaga que hubiera recibido de la inocencia ó culpabilidad del penitente, sino que ha menester juzgar de la naturaleza del pecado para apropiarle su sentencia. Voy ahora á salir por un momento de los límites que me he trazado y citaros un decisivo pasage del Papa San Leon. Oid lo que escribia á los obispos de la Campania: "He sabido últimamente que algunos de vosotros, por una usurpacion ilegítima, han

(1) *Comment. in c. XVI Matth.*, tom. IV, pars. II, p. 75.

• adoptado una práctica que no tiene su fundamento
 • en la tradición; por tanto, estoy resuelto á supri-
 • mirla por todos los medios posibles. Hablo de la
 • penitencia á que han acudido los fieles. No debe
 • haber declaración de todo género de pecados dada
 • por escrito y públicamente leída; basta descubrir á
 • solo el sacerdote el estado de la conciencia por me-
 • dio de la confesion privada. Esa confianza que nos
 • mueve á buscar la vergüenza y confusion ante los
 • hombres por temor de Dios, puede ser digna de
 • elbio; pero hay pecados cuya confesion pública se-
 • ria peligrosa. En su consecuencia, dejad esa prác-
 • tica inconveniente, no sea que muchos se aparten
 • de los remedios de la penitencia, sea por vergüen-
 • za, sea por el temor de dar á conocer á sus enemi-
 • gos acciones que los espondrian á penas legales.
 • Basta la confesion que primeramente se hace á Dios
 • y despues al sacerdote, que ofrecerá oraciones por
 • los pecados de los penitentes. Habrá mas pecadores
 • que acudan á este remedio, cuando los secretos de
 • la confesion no se divulguen ante el pueblo (1).

Estos pasages que no son siquiera la mitad de los
 que tenia preparados, me parece prueban suficiente-
 mente á los ojos de todo el que no esté cegado por las
 preocupaciones, que la confesion no es de invencion
 moderna y que no ha sido introducida por el Concilio
 de Letran, como se está repitiendo comunmente. To-

(1) Epist. 136, N. 30, ad Episc. Campanias, p. 716.

do el que recorra los decretos de este Concilio verá que en vez de establecer esta práctica, la supone estendida en toda la Iglesia; porque dice sencillamente que «todos los fieles, hombres y mugeres, deben confesar sus pecados por lo menos una vez al año á un sacerdote aprobado por la Iglesia.» El Concilio sanciona una doctrina ya admitida por los fieles, mandándoles confesar sus pecados, al menos una vez al año, á sus pastores legítimos. El Concilio toma por un hecho indudable que todos conocen este deber. Por lo demás, difícil seria concebir cómo una asamblea del clero ó cualquier otro cuerpo legislativo introdujera una institucion nueva de esta naturaleza en este ó aquel país, decretando simplemente que todos los miembros de la Iglesia establecida deben confesar los pecados una vez al año á sus ministros. Yo pregunto si bastaría un decreto semejante para establecer é introducir semejante doctrina. Si de aquí á tres ó cuatro siglos se le ocurriera á alguno decir que una práctica de esta clase habia sido introducida de ese modo entre nosotros, se le tendria por un loco. Luego debe concluirse de aqui que la práctica de la confesion existia mucho tiempo antes de los PP. de Letrán, y que estos no tuvieron otro objeto que regular su observancia. Si especialmente se reflexiona acerca de la naturaleza de esta institucion, que los primeros reformadores acostumbraban llamar *matadero del alma*, cual si fuera una cosa sobrado dura, sobrado severa y cruel de practicarse, pregunto yo ¿cómo se ha podido hecho para introducir en la Iglesia tan fácilmente

te y con tanto silencio una institucion de semejante carácter y que hubiera podido merecer semejante nombre; é introducirla, no como quiera, sino de modo que al momento se estendiese á todas las clases de la sociedad, comenzando por el mismo Soberano Pontífice? ¿cómo persuadir á los hombres de todas clases y de todas condiciones, á los sábios y á los ignorantes, á los nobles y á los plebeyos, á los eclesiásticos y á los legos, se presentasen ante unos hombres como ellos, se echasen á sus pies y les revelasen todos los secretos de su alma? Y si desde el principio no se hubiera tenido el convencimiento de que esa era una práctica necesaria para conseguir el perdon de los pecados, ¿quién hubiera podido conservar su general y constante práctica en toda la Iglesia? Quanto mas violencia haga, segun vosotros decís, á los sentimientos de la naturaleza, y tiranice el espíritu humano, mas difícil es. haya sido introducida entre los fieles en una época reciente, como vosotros suponeis. Pero ¿qué otra época podriais asignar con alguna verosimilitud á su introduccion?

Ademas, hermanos mios, es muy comun oír decir que esta institucion tiende á turbar la paz de las familias, que es un manantial fecundo de desmoralizacion, y que conduce al hombre á entregarse al crimen por la facilidad que le presta de alcanzar el perdon. Ya he contestado suficientemente á este último capítulo de acusacion. Ya os he mostrado que nosotros exigimos, no solamente todo lo que exigen

los demas, sino que exigimos tambien disposicio-
nes mas perfectas para el perdon del pecado. No
basta al pecador confesar su falta ; se le impone
una satisfaccion, y no puede dispensarse de las obras
de penitencia , de las cuales hablaré en mi próximo
discurso. Por lo demas, notad cuánta inconsecuencia
es formular contra un sacramento dos acusaciones
contradictorias: de una parte se le representa como
una carga demasiado pesada para la humanidad, y de
otra se dice que escita al pecado, facilitando dema-
siado el perdon. Estos dos caracteres son inconcilia-
bles: el uno escluye al otro; si reconocéis realmente
el primero, no podeis imputarle el segundo. Pero ¿qué
fundamento tiene la acusacion de inmoralidad? Cabal-
mente hallamos manifestada la opinion contraria en los
escritos de los que abolieron está práctica en muchos
países de Europa. Aunque la confesion, tal como se
usa entre los católicos, no pueda ser justificada clara-
mente por la Escritura en sentir de Lutero ; sin em-
bargo, este mismo reformador la considera como una
institucion escelente, y lejos de desear verla abolida,
se alegra de verla existente y exhorta á sus adeptos
á practicarla. Asi, aun considerándola como una ins-
titucion puramente humana , todavia creia deber
aprobarla. La misma doctrina encontramos en los ar-
tículos de Smalkalda, en los cuales los gefes de la Re-
forma se esfuerzan por conservar la práctica de la con-
fesion, sobre todo para que sirviera de guia y de sal-
vaguardia á la juventud y la dirijiese por los senderos

de la virtud (1). Está igualmente fuera de duda que la práctica de la confesion está mandada por la Iglesia establecida y en los mismos términos que entre nosotros: oíd cómo se la prescribe en las instrucciones relativas á la visita de los enfermos: “Aquí la persona enferma deberá hacer una confesion especial de sus pecados, si siente su conciencia cargada con algun pecado. Despues de esta confesion, si ella lo desea sincera y humildemente, el sacerdote la absolverá de la manera siguiente etc.” Sigue ahora palabra por palabra la fórmula de absolucion usada entre los católicos. No cito este testimonio para acusar de inconsecuencia á la iglesia de Inglaterra, ni para mostrar cuánta diferencia hay entre sus prácticas y sus creencias, ni en fin, para acusar de injusticia á los que nos imputan haber alterado groseramente las doctrinas que son enseñadas en su propia iglesia, y haber usurpado un poder que se manda á sus ministros ejerzan en los mismos términos que nosotros. No, no ha sido con ese objeto por lo que yo he mencionado este rito anglicano; únicamente he querido probar que los que provocaron su abolicion estaban convencidos de su utilidad; que lejos de considerarla como un instrumento de corrupcion, veian en ella el medio mejor de aliviar y consolar la conciencia, y al mismo tiempo de llevar los hombres á la virtud. Creyeron ó afectaron creer que Dios dejó á sus ministros la potestad de absolver

(1) Véase Moehler, *ubi supra*.

y que para esto es necesaria una confesion detallada de los pecados. La diferencia, pues, entre nosotros es simplemente esta: Nosotros practicamos lo que los otros miran como excelente; la Iglesia católica exige el cumplimiento de un deber que ellos dejan confinado en sus libros.

Pero yo apelo á vosotros, hermanos míos, que sabéis cuán grande es el número de católicos; á vosotros que no ignorais que en estas mismas islas los que profesan el catolicismo son mas en número que los miembros de ninguna otra secta: yo os pregunto: si la doctrina que vosotros practicais fuera mala y condujera al mal, los hechos que de ahí resultarían ¿no os hubieran descubierto hace ya mucho tiempo ante el público? Y bien ¿quién ha presentado queja alguna contra vosotros en esta parte? Seguramente que cualquiera puede consultar acerca de esta cuestión á los individuos mas concienzudos y rectos de nuestra Iglesia; y bien: ¿hay católico alguno que haya hallado que la confesion le facilitase el crimen? ¿que ella le hizo su Religion mas fácil de practicar que ninguna otra bajo este concepto? ¿ó que de ella se hayan sacado ventajas que estuviesen fuera del objeto de su institucion? ¿Se ha visto á algun padre católico que conociendo por su propia esperiencia las tendencias y la utilidad de la confesion, haya prohibido la frecuenten la porcion mas delicada y tímida de su familia, ó alejado de ella á sus hijos y á sus criados? Esta es una prueba que está al alcance de todos, pues solamente

te en esta metrópoli miles de personas frecuentan el sacramento de la penitencia en el curso del año. Pero sabemos tambien costaria mucho trabajo citarnos un solo caso de abuso ó el ejemplo de un solo católico que deje de practicar la confesion porque hubiera notado que le apartaba del bien. Al contrario, por todas partes se os dirá que la frecuencia del Sacramento de la Penitencia es el mejor preservativo del pecado; que los católicos ven en su confesor el consejero mas fiel, mas sincero y mas útil que con la asistencia de la divina gracia los mantiene en el sendero de la virtud una vez que hayan entrado en él. ¿Sabeis, por otra parte, cuál es el síntoma infalible de una virtud vacilante, de una piedad que se va resfriando? Pues es el alejamiento de la confesion: las personas dadas al vicio se guardan muy bien de presentarse en el sagrado Tribunal.

Dejo para otro dia tratar de la tercera parte del sacramento, ó sea de la satisfaccion, no solamente porque ya os he detenido mucho tiempo, sino tambien porque este punto está especialmente ligado con la doctrina del Purgatorio y de los sufragios por los difuntos. De estos tres puntos hablaremos en nuestra próxima reunion. Concluiré hoy exhortando á los que tienen la dicha de creer en la eficacia del Sacramento de que acabo de hablaros y que tienen la certeza de hallar en él alivio á las penas de su alma con la remision de sus pecados, reflexionen que ahora se acer-

ca el tiempo en que la Iglesia llama mas particularmente á todos sus hijos á participar de esos beneficios. En la solemnidad de la Pascua es cuando esta **Santa Madre** nos invita especialmente á recurrir á este medio de salvacion. Aprovechad por consiguiente el corto intervalo que aun os queda hasta esos dias benditos; pasadle en el fervor y recogimiento; retiraos dentro de vosotros mismos; preparaos poco á poco al solemne deber que teneis que cumplir, no os contenteis con examinar vuestras faltas, escudriñad las causas de vuestras caidas; fomentad en vuestros corazones un dolor sincero y vivo; y preparaos asi de modo que vuestra próxima confesion sea todavia mas eficaz y provechosa á vuestro adelantamiento espiritual que las que hasta ahora habeis hecho.





CONFERENCIA XI.

DE LA SATISFACCION Y DEL PURGATORIO.

Recibid el Espíritu Santo: á los que perdonáreis los pecados, perdonados les son; y á los que se los retuviereis, les son retenidos. (Joann. XX, 23.)

EN mi primer discurso os hice ya observar que nada hay mas difícil que hacer aceptables nuestras doctrinas á los que siguen otra fé diferente de la nuestra, porque acerca de cada punto nos oponen á cada paso las dificultades mas contradictorias entre sí. Esta observacion se aplica particularmente al dogma de que os hablé el viernes pasado (la Conferencia anterior), y del cual continuare hablando hoy. Por una parte ha-

beis ya visto se nos dice que la práctica, conservada por la Iglesia católica como necesaria [para conseguir la remision de los pecados, es tan cruel, tan superior á las fuerzas de la humanidad, que no es posible creer que el Criador haya apelado á semejante medio como indispensable para reconciliarse su criatura. Asi que no temen llamar á la confesion el tormento, el *mata-dero del alma* (1); y su aparente oposicion al carácter de dulzura del cristianismo ha parecido suficiente razon para escluirla del catálogo de las instituciones cristianas.

Pero al mismo tiempo se nos dice por otra parte: “vuestra teoría católica acerca de la remision de los pecados conduce á la perpetracion del crimen, pues le fomenta por las facilidades que ofrece de perdon. En efecto: segun vosotros, al que ha ofendido á Dios le basta echarse á los pies del ministro de Jesucristo y acusarse de sus faltas; al punto el sacerdote levanta la mano, y la sentencia que pronuncia restablece al pecador en un estado perfecto de gracia; y por consiguiente se vuelve consolado y dispuesto á comenzar de nuevo su carrera de crímenes.” Pero ¿cómo conciliar estas dos objeciones opuestas? ¿Cómo la confesion, siendo segun vosotros tan difícil de practicar, ha de ser al mismo tiempo un estímulo para el mal del cual la creemos remedio? Esta tan palmaria contradiccion, aun con solo considerar la parte del Sacra-

(1) *Carnificina anima.*

mento de la Penitencia de que ya os he hablado, será todavia mas evidente cuando hayamos examinado la tercera parte y sus accesorias; hablo de nuestra doctrina acerca de la satisfaccion, la cual será el asunto del presente discurso.

Pero en este mismo punto nos vemos asaltados por las dificultades ú objeciones mas contradictorias. “Este mismo principio, nos dicen algunos sábios teólogos protestantes, este principio de que un hombre puede satisfacer á Dios, basta para que los católicos se adhieran por un sentimiento de orgullo de los mas censurables, á vuestra doctrina acerca de la penitencia. Vosotros llamais en vuestro auxilio este orgullo, que siempre está sobrado cerca del hombre, por la idea que teneis de que el hombre puede expiar sus pecados y satisfacer de alguna manera á la justicia divina. Este sentimiento se infiltra en su corazon y cautiva naturalmente su espíritu mejor que la doctrina profesada por las demas iglesias acerca de la justificacion.”—Por cierto, que los que así discurren, conocen muy poco el corazon humano. ¡Qué! la Iglesia católica no solamente exige del pecador el dolor y arrepentimiento con que las otras se contentan; no solamente le pide el firme propósito de no caer mas y de reformar su vida, sino que ademas le impone toda una série de humillaciones penosas, le obliga á revelar sus faltas, aun las mas ocultas, le hace mirar como una obligacion el castigarse á sí mismo, crucificar su carne, ayunar, derramar lágrimas, orar y dar limosna segun sus facultades; y bien, ¿po-

deis imaginaros siquiera, ni por un solo instante, que todas estas dificultades, todas estas privaciones, sean del gusto del orgullo humano? Y ¿por qué? porque el pecador está persuadido de que por medio de sus padecimientos y de sus mortificaciones puede satisfacer á Dios por una parte infinitamente pequeña, pues, como luego vereis, ese es todo el mérito, segun se le llama, de la satisfaccion en el sentido católico!! Lo repito, es menester conocer muy poco la naturaleza, las pasiones y los sentimientos del hombre para imaginarse que oponga al vicio una barrera mas poderosa y haga volver con mas facilidad al pecador al sendero del deber el sistema que no le impone acto alguno exterior de humillacion, que no le pide nada penoso, nada difícil, sino que hace consistir esclusivamente su justificacion en la aplicacion de los méritos de otro por medio de un acto puramente interno. Comparad ahora los dos sistemas, poned uno en frente de otro; examinad la naturaleza intrínseca del uno tal como yo mismo la he analizado en vuestra presencia, en nuestra reunion anterior; pesad todas las circunstancias, calculad cuántos penosos sacrificios exige, y despues cotejadle con el otro, y decidme cuál de los dos preferiria el pecador, como medio mas fácil de conseguir su perdon, suponiendo que tuviesen la misma eficacia.

Lástima es, por cierto, que esta doctrina de los protestantes no haya aparecido antes en la Iglesia; lástima es que en los antiguos tiempos no haya habido algunos sacerdotes celosos que profesasen un prin-

cipio análogo. Ellos habrían recorrido las grandes ciudades, y penetrando en los vestibulos y átrios de las iglesias habrían gritado á aquella multitud de gente que allí hacia penitencia en cilicio y ceniza, unos hacia ya veinte años, otros treinta etc.: “O vosotros, espíritus débiles, á quienes os engañan ¿qué haceis aqui? ¿Tan insensatos sois que creais que con esos actos de penitencia vais á satisfacer á la justicia divina? ¿Pues no veis que así reducís á nada los méritos del Hijo de Dios? De nada os servirán todas esas mortificaciones; con ellas no alcanzareis de Dios ni aun el mas leve favor; al contrario, con eso no haceis otra cosa que ultrajar su poder y su misericordia, negando la eficacia reparadora de la sangre de Jesucristo. ¿Por qué no levantaiis vuestro corazon á Dios y os aplicais los méritos de vuestro Redentor á fin de alcanzar vuestra justificacion en un abrir y cerrar de ojos y sin todas esas obras? El tiempo que ahí estais perdiendo, podriais emplearlo en objetos mas útiles.”—Estas habrían sido las palabras de un predicador protestante si le hubiera habido en aquellos primitivos tiempos de la Iglesia. Y ¿os parece que aquellos santos penitentes habrían dado oidos á semejantes discursos? Y cuando tenían á su favor el ejemplo de David y de tantos piadosos personajes, gloria y ornamento del cristianismo, que no habian temido expiar sus pecados, aflijirse y humillarse ante Dios y ante su pueblo, ¿pensais que al oir estas nuevas doctrinas habrían abierto los ojos, convencidos de que hasta entonces habian

seguido en su conducta un principio erróneo? Pero ¿cómo pudiera admitirse que ya se hubiese olvidado el principio vital de la Religion en una época tan cercana á su establecimiento?

Examinemos mas de cerca, hermanos míos, los dos principios de justificacion. Se nos acusa de anular el valor de la sangre de Jesucristo, porque admitimos en el hombre facultad de satisfacer de cierto modo á la divina justicia por el pecado. En otros términos, se nos acusa de profesar una doctrina radicalmente opuesta al principio de la justificacion por los méritos del Redentor, porque hacemos intervenir la accion del hombre é introducimos asi méritos humanos en la obra de la justificacion. Pero decidme, en cualquier otro sistema, ¿no tiene que hacer otro tanto el hombre? ¿Cómo éste, en el sistema protestante, se aplica los méritos del Salvador, y con esta aplicacion consigue él mismo su propia justificacion? El hombre ¿no es pecador? Y sumergido como está en el pecado, ¿no debe emplear una accion mucho mas grande y difícil para conseguir el mismo resultado? Y este sentir ¿no atribuye al criminal un poder mas enérgico que el que se le supone; admitiendo que si bien es verdad que solo Dios perdona los pecados, exige sin embargo del culpable el que se humille y haga penosos sacrificios á fin de aplacar en cuanto esté de su parte á su magestad ofendida? El católico no atribuye ciertamente mucha parte al hombre fortalecido por la gracia; porque la gracia, en nuestro sentir, es, como ya vereis, el instrumento principal de

la obra de la justificacion. Pero ¿cómo no habeis de atribuir vosotros]mas al hombre, vosotros que suponeis que en un instante, aun cuando todavia se está revolcando en sus iniquidades, puede apropiarse los méritos infinitos de Jesucristo y revestirse de ellos tan completamente por un esfuerzo de su voluntad que aparezca justo y santo á los ojos de Dios? La parte del hombre en vuestro sistema es por consiguiente un acto de justificacion completo y válido; segun nosotros, al contrario, el pecador está sujeto á condiciones penosas, pero enteramente dependientes de la accion sacramental; y tiene el pensamiento consolador de que sus obras serán gratas á Dios.

Sigamos adelante en nuestro análisis: ¿cuál es la doctrina católica acerca de la satisfaccion?—Ya he probado que la remision de los pecados es el resultado ó producto de un sacramento instituido por Jesucristo, y que con este objeto se ha confiado á los pastores de la Iglesia la potestad de pronunciar sentencias de perdon. Ahora bien: de todos los requisitos que, como ya hemos visto, exige la Iglesia católica para la remision de los pecados, resulta que hasta la misma potestad [de perdonar permanece entera y exclusivamente en manos de Dios; porque aqui el ministro no obra en su propio nombre, como no obra en su propio nombre en el sacramento del Bautismo donde tambien se perdonan los pecados; es única y meramente el representante de Dios, y como tal entiende en la causa y pronuncia su fallo con la certeza de que necesaria é infaliblemente será rati-

ficada en el cielo la sentencia. Así, pues, nosotros creemos que solo Dios perdona y puede perdonar los pecados; y creemos ademas que la justificacion interior del pecador es toda entera obra de Dios puesto que esa justificacion no puede obrarse sino por el instrumento de la gracia y por la redentora virtud de la sangre de Jesucristo, origen y manantial supremo de la gracia y de todo perdon. En efecto: la doctrina católica no atribuye al ayuno, ni á la oracion, ni á la limosna, ni á las demas obras humanas, por muchas y rigurosas que sean, el mas mínimo valor para la remision del pecado y del eterno castigo que debia atraer sobre nosotros. Pues bien: eso es lo que constituye la esencia de la justificacion, y nosotros sostenemos que el hombre no puede conseguirla de modo alguno por sí mismo.

Llegamos ya á la última parte del Sacramento. Aqui la Iglesia católica enseña que despues de la remision de los pecados, es decir, de la deuda eterna que nosotros contraemos por nuestras transgresiones contra la ley divina, plugo á Dios reservar todavia cierto grado de pena temporal, proporcionada á la culpabilidad en que hemos incurrido; y únicamente por esta pena temporal puede el hombre satisfacer Dios. Muy luego desénnoveré los motivos de esta creencia. Por ahora quiero esponer el dogma católico acerca de este punto, y esponerlo de la manera mas clara é inteligible; quiero haceros comprender que, segun nosotros, solo para el grado de pena temporal, reservado despues del perdon de la falta, pue-

de el cristiano satisfacer á Dios. Pero esta misma satisfaccion ¿de dónde saca su valor? ¿acaso del hombre? Ciertamente que no; ella no tiene valor, sino en tanto que va unida á los méritos de Jesucristo; ella recibe toda su eficacia del completo y mas que suficiente rescate pagado por ese divino Redentor. Tal es nuestra doctrina acerca de la satisfaccion; ved ahí cómo el hombre puede cooperar á su justificacion; pero esta cooperacion, por pequeña que sea, basta para escitar al católico á sujetarse á las obras penosas de la penitencia que la Religion le hace mirar como un deber.

Pero al fin y al cabo, toda la cuestion está en este punto: ¿Se ha reservado el mismo Dios castigar con una pena temporal por los pecados que ya ha perdonado y cuando ya el pecador ha vuelto por él al estado de gracia? Sí por cierto; Dios es quien así lo ha querido, no hay en ello la menor duda. Ante todo yo apelo á los sentimientos de cada cual; seguro estoy de que no habrá quien deje de responder á mi apelacion, aun entre los que se creen en estado de gracia ó que pueden haber obtenido la remision de sus pecados. Cuando vienen á afligirnos algunas calamidades, ¿por qué las recibimos como castigo de nuestras pasadas faltas? ¿Por qué los sentimientos mas naturales de nuestra alma nos mueven á considerar nuestras aflicciones personales y domésticas como enviadas por Dios para castigar nuestras transgresiones, aun en los momentos en que nuestra conciencia no nos acusa de estar actualmente en pecado? Es-

te sentimiento ha penetrado en la sociedad bajo todas las formas de Religion, y principalmente bajo la Religion de Jesucristo, porque es imposible familiarizarse con la palabra de Dios sin advertir la manera con que el Señor visita los pecados de los hombres sobre su propia cabeza, aunque estos se esfuercen por alcanzar el perdon, con legítima esperanza de conseguirlo. Nadie ignora que las pruebas del justo se le envian para hacerle adelantar en el camino de la salvacion, para hacerle entrar mas y mas dentro de sí mismo y para mas y mas desprenderle del mundo. Con estas pruebas quiere Dios purificarle de esas faltas mas ligeras que sin ellas fácilmente se le hubieran pasado desapercibidas; pero en todo caso es imposible no unir mas ó menos la idea de los padecimientos impuestos con la de los pecados anteriormente cometidos.

Este principio se encuentra por todas partes en el cristianismo; porque los primeros principios de moral y de conducta, asi en la antigua como en la nueva ley, están íntimamente ligados con la necesidad de la justificacion, de las obras penales y desagradables á la humanidad, y de los padecimientos enviados por la Providencia divina y justamente impuestos. Asi es, que casi á cada página del Antiguo Testamento nos encontramos con demostraciones públicas de dolor y de arrepentimiento, despues de haber sido alcanzado el perdon de las ofensas y de tener indicios ciertos de que este modo de obrar era aprobado por el mismo Dios. Por ejemplo, cuando David

recibe el perdón de su culpa por ministerio del profeta Nathan, el hombre de Dios no le dice: “El Señor te ha perdonado, levántate, ya no tienes por qué afligirte; estás plenamente justificado delante de Dios;” sino que le anuncia ser necesario que satisfaga por su crimen, y que en su consecuencia va á ser privado del hijo, fruto de su delito (1). Del mismo modo la falta que cometió despues, haciendo la estadística del pueblo de Israel, fué castigada con una severidad que se estendió á toda la nacion. En todos los hechos del mismo género cuya memoria nos ha conservado el Antiguo Testamento, Dios, despues del perdón que concede á sus siervos, nunca deja de imponer una pena temporal y expiatoria, aun cuando fuesen sus fieles y predilectos amigos. Moisés y Aaron se habian hecho culpables de una lijera infidelidad á sus órdenes; les dá la seguridad de que les es perdonada esta falta poco importante, pero los castiga con gran severidad; porque si bien les continuaba sus favores, los priva de ver la tierra prometida por la que tanto y tan ardientemente suspiraban (2). Por otra parte vemos á Job humillarse por haber pronunciado algunas palabras inconsideradas y declarar que ya por ellas ha hecho penitencia en el polvo y ceniza (3). El profeta amenaza á los hombres de Nínive con una

(1) II. Reg. XII, 14.

(2) Núm. XX, 12, 24; Deut. XXXIV, 4.

(3) Job. XLII, 6.

próxima destrucción; y estos no hallan medio mas natural y óbvio de expiar sus pecados que someterse á un ayuno general. En su consecuencia, se da en la ciudad la órden, desde el rey que está en su trono hasta las bestias que yacen en el establo, de ayunar por espacio de tres dias; porque ¡quién sabe, dicen, si Dios se volverá hácia nosotros para perdonarnos, si aplacará su furor y su cólera, y si mudará la sentencia que ha dado para perdernos (1)!

Pero tal vez me objeteis, hermanos míos, que todo esto pasaba en la dispensacion antigua, antes que al hombre fuese dada la ley de gracia y de completa libertad. Permitidme desde luego haceros observar que esta práctica, tan en honor entre los siervos de Dios, pertenece esencialmente á la manifestacion natural de los atributos divinos. En la antigua ley no se habla de su institucion; ella comienza con nuestros primeros padres en el paraíso terrenal, cuando Dios, al perdonarles su pecado, reserva para ellos y para su posteridad las funestas consecuencias de su caída. En ninguna parte del Antiguo Testamento establece Dios, en forma de alianza, que concederá el perdón á todos los que se aflijan y se arrepientan; pero ella está en uso en todas partes, lo mismo en tiempo de los Patriarcas como en el de la ley mosaica. Todos la adoptan por un sentimiento innato de que es una condicion indispensable para alcanzar de Dios el per-

(1) Jonas, III, 9.]

don de los pecados. Siendo esto así, derecho tenemos para concluir que esta institucion, lo mismo que todas las que descansan en una base semejante, ha sido continuada en la ley de gracia. Y aun en el caso en que Dios no hubiera dicho en el Nuevo Testamento que el pecador debe arrepentirse y abandonar el pecado para alcanzar su perdon, no podríamos nosotros suponer que estas condiciones han dejado de existir en la nueva ley, porque eran exigidas en la antigua. Y voy á daros al momento la razon de ello; vedlo aquí: esa práctica no es de institucion legal, ella ha nacido esencialmente del conocimiento de los divinos atributos y de un sentimiento instintivo de parte del hombre. Por consiguiente, si vemos que desde el principio se ha reservado siempre Dios, despues del perdon de la ofensa, imponer al pecador una pena menor; y si al mismo tiempo vemos que los antiguos justos se conducian con arreglo á la conviccion de que con obras de penitencia podian evitar ó mitigar el castigo, razón tenemos para sostener, hasta que se nos pruebe positivamente lo contrario, que la pena y su modo de expiacion han continuado de la misma manera en la ley nueva.

Pero, en segundo lugar, esta doctrina ¿ha pasado real y positivamente á la ley cristiana? Considerad la economia de los dos Testamentos, y comparadlos uno con otro. ¿Hallais en el Nuevo una sola palabra de la que se pueda deducir ser una práctica ya abolida la satisfaccion por el pecado mediante obras de penitencia?

Se nos dirá que la satisfaccion humana deroga esencialmente á los méritos infinitos del Redentor; porque San Pablo dice que “somos justificados gratuitamente por la gracia de Dios, por la redencion que está en Jesucristo (1),” y se mira como destructora de esta gratuita redencion toda cooperacion de parte del hombre. Pero yo os preguntaré si los que vivieron bajo la antigua ley no fueron purificados tambien gratuitamente por la misma redencion. La Pasion del Hombre-Dios ¿no era para ellos, lo mismo que para nosotros, la fuente de toda gracia, la raiz de toda justicia? Luego, si entonces el arrepentimiento del peçador y las obras de penitencia que eran su consecuencia, como necesarias para apartar y y aplacar la ira vengadora de Dios, no hacian injuria alguna á los méritos infinitos del Redentor, ¿por qué estas prácticas expiatorias habian de ser hoy radicalmente opuestas á los mismos méritos? Este cotejo hasta para escluir todá oposicion inherente entre los méritos de Jesucristo y la cooperacion del hombre, entre el rescate gratuito y completo pagado en favor nuestro y su aplicacion por obras humanas. Luego semejante oposicion deberia ser demostrada con testimonios positivos que no solamente reprueben las obras muertas de la antigua ley abolidas por la nueva, sino que enuncien espresamente que *toda obra*

(1) Ad Rom. III, 24.

humana es destructiva de la redencion obrada por el Salvador.

Acostúmbrase decir que las obras de penitencia, practicadas por los justos del Antiguo Testamento, y los castigos que les eran impuestos por la mano de la Providencia, despues que les habian sido perdodas sus faltas, no tenian otro objeto que afirmar en la virtud aquellos santos personajes y prevenir nuevas caidas; pero que no se las puede considerar como penas expiatorias por las trasgresiones pasadas. Pero es imposible hallar en la Escritura vestigio alguna de semejante distincion. Nathan no dijo á David: “Para que en lo sucesivo no hagas sea blasfemado mi nombre entre las naciones, el hijo que te ha nacido va ciertamente á perder la vida;” sino que le dice: “Porque con tu pecado has sido causa de que los enemigos del Señor hayan blasfemado, el hijo que te ha nacido va ciertamente á morir.” Y cuando el mismo Real profeta dice que come su pan con la ceniza, que mezcla su bebida con sus lágrimas y riega su lecho con su llanto, y que su pecado está ante sus ojos y que él está dispuesto al castigo, no da á entender por cierto con esto que eso es á fin de preservarse de semejantes caidas en adelante, sino á fin de expiar su doble crimen. Examinando del mismo modo todos los ejemplos de actos penitenciales referidos en la Escritura, se ve que han tenido por motivo una falta realmente cometida y no las faltas posibles y futuras.

Pero en tercer lugar, el Nuevo Testamento, lejos

de pronunciar la abolicion de las obras de penitencia, confirma todo lo que se practicaba respecto de esto en los antiguos tiempos. ¿Dice por ventura el Salvador que el ayuno, que es uno de los medios mas eficaces de afligir al alma por los pecados de que se ha hecho culpable, dejará de estar en uso en la ley que establece? ¿No encargó á sus hijos ayunasen, despues que él, que es el celestial esposo, les fuese arrebatado (1)? ¿Reprueba á los que han tenido fé en la penitencia con ceniza y cilicio para obtener la remision de sus pecados? ¿No les dá antes bien ejemplo de ello? ¿No dice que los habitantes de Ninive se levantarán en el dia del juicio contra la generacion actual, porque escucharon la palabra de Jonás é hicieron penitencia para apartar de sobre sus cabezas los azotes del Señor (2)? ¿Hay una sola ocasion en que despoje á estas obras de la eficacia que se les atribuia, en que diga á sus discípulos: «Lo que hasta ahora habeis considerado de algun valor para la remision de los pecados, pierde desde este momento todo su valor; y de hoy en adelante seguireis en vuestra conducta otros principios y motivos diferentes?» Y cuando clama contra los abusos introducidos por los fariseos en la práctica de estas obras, cuando recomienda se hagan con mas secreto y humildad, no toca ni siquiera una vez á su valor intrínseco; y pues que en esta par-

Biblioteca Municipal

AD E 53

SARRIA

(1) Matth. IX, 15.

(2) *Ib.* XII, 41.

B. del C.—Tomo X.—CONFERENCIAS DE WISEMAN, Tom. II.] 13

te (1) todo lo deja subsistir en el estado en que lo habia encontrado, ¿no debian sus oyentes deducir de aqui, y no debemos tambien deducir nosotros con ellos, que hasta su silencio era una aprobacion de estas doctrinas?

¿Y qué diremos del language de San Pablo? Oid lo que escribia á los Colosenses: “Ahora me alegro de los males que padezco por vosotros, y consumo en mi carne lo que falta á los padecimientos de Jesucristo por su cuerpo que es la Iglesia (2).” Y ¿qué falta á los padecimientos de Jesucristo que pueda ser suplido por un hombre y consumarse en su carne? ¿Qué doctrina es esta? ¿Se trata de completar los padecimientos del Hijo de Dios en cuanto á su aplicacion? ¿ó no es mas bien que aun queda mucho que hacer al hombre para ponerse en posesion de los tesoros reunidos por el Redentor, y que sus propios padecimientos son el medio de lograrlo?

El conjunto, pues, de la doctrina que en la palabra de Dios se encuentra acerca de esta materia, puede resumirse en estos puntos principales: 1.º Dios, despues de la remision del pecado, se reserva el derecho de imponer al pecador un castigo temporal; 2.º Las obras de penitencia, el ayuno, la limosna, las lágrimas de arrepentimiento y la oracion fervorosa tienen el poder de preservarnos de este castigo; 3.º Es-

(1) Matth. VI, 16.

(2) Ad Colos. I, 24.

ta forma de la justicia divina no era una parte de la ley imperfecta, sino una disposicion invariable, anterior á los ritos mosáicos, y ámpliamente confirmada por Jesucristo en el Evangelio; 4.º Por consiguiente, es un deber indispensable para todo pecador, cuyo arrepentimiento es sincero, tratar de satisfacer á Dios haciendo voluntariamente obras de penitencia, cuya eficacia descansa en la verdad misma de la revelacion.

Estas proposiciones contienen la doctrina católica acerca de la satisfaccion. Ahora bien; yo no vacilo en preguntaros si esta doctrina, independientemente de su clara manifestacion en la Escritura, no es racional en sí misma y consecuente con la mas elevada idea que podemos formarnos de la justicia. Una ofensa puede algunas veces exigir grande reparacion; pero si se median algunos amigos, logran se efectúe una reconciliacion con tal que el ofensor reconozca sus yerros. La ley impondria el castigo mas severo; pero la misericordia condesciende y perdona; sin embargo, se impone una pena mas corta y ligera para satisfacer á la justicia pública. Lo mismo sucede en el órden divino; cuando Dios perdona un castigo eterno parece conveniente se repare el ultrage hecho á su magestad soberana, y se repare con actos exteriores, que sean una espresion del dolor y sentimiento y que tengan por objeto aplacar su cólera y desviar los azotes que su mano tiene siempre en reserva.

De ahí esta tercera parte del Sacramento de la

Penitencia, que llamamos satisfaccion; de ahí tambien el uso de imponer en la confesion algunas obras de penitencia como parte de esta misma satisfaccion, como prendas de parte del pecador de su deseo de satisfacer plenamente á Dios. Fuera de este género de satisfaccion, hay otro que no debo omitir y cuyo resultado práctico en el Sacramento es de la mayor importancia. La satisfaccion de que hasta aqui os he hablado, tiende principalmente á lo porvenir en cuanto se encamina á alejar del pecador la pena temporal que Dios le reserva. Pero el segundo género de satisfaccion, cuyo efecto es enteramente retrospectivo, es todavia mas indispensable, porque faltando él nos es imposible conseguir el perdón de nuestras ofensas, y es de ningun valor la absolucion del sacerdote en el tribunal sagrado: hablo de la reparacion que el hombre debe á sus semejantes por las injusticias que con ellos ha cometido violando las leyes humanas ó divinas. El robo no se perdona hasta que no se restituya el objeto robado, y no siendo posible la restitucion, hasta que se prometa una reparacion equivalente, de manera que nos dé la seguridad de que se hará escrupulosamente. Se debe reparacion á todas las personas á quienes se ha ofendido, cuyo carácter se ha difamado ó descubierto los defectos secretos; y tambien cuando se han proferido palabras que tienden á deshonrarlas y desacreditarlas en los sitios donde antes vivian honradas y miradas con respeto y confianza. Del mismo modo, todas las ofensas injustamente he-

chas á los sentimientos personales, exigen reparacion; todas cuantas veces la caridad ha tenido que sufrir y padecer por nuestra conducta, está uno obligado á trabajar en hacer desaparecer el mal que uno haya hecho, á restablecer la buena inteligencia y armonía entre aquellos á quienes hayamos dividido.

Ahora, hermanos míos, si es verdad que la doctrina que acabo de esponer es conforme á la enseñanza del Evangelio, debemos esperar que una parte tan esencial de las dispensaciones divinas la hallaremos fielmente practicada en la Iglesia desde los primeros siglos y formulada en sus instituciones. Con efecto: desde el principio no hay cosa que nos haya dejado vestigios mas incontestables y numerosos, asi en los escritos de los antiguos PP. como en la disciplina de la Iglesia universal, que la necesidad de hacer penitencia y de satisfacer á Dios con obras expiatorias. Ese es el origen del cuerpo de leyes conocido con el nombre de cánones penitenciales. Los que habian pecado eran condenados por estas leyes á diferentes penas segun la naturaleza de sus ofensas. Unos eran obligados á permanecer meses y años enteros postrados á las puertas de las iglesias, despues de lo cual eran admitidos á ciertas partes del oficio divino; otros eran escluidos de las asambleas de los fieles durante toda su vida y no podian recibir la absolucion sino en el artículo de la muerte. Para esplicar este sistema de disciplina, era preciso necesariamente que la Iglesia estuviese convencida de que estas prácticas eran meritorias delante de

Dios, de que solicitaban eficazmente su misericordia para el pecador y aplacaban su ira. Pero y todo esto, ¿qué otra cosa es sino la doctrina de la satisfaccion, la creencia de que el hombre podia ofrecer á Dios alguna reparacion con sus padecimientos voluntarios? La existencia de este sistema de disciplina está tan fuera de duda que nadie ha osado ponerla en cuestion. Puede haber diferencia de opinion acerca del modo exacto de aplicacion, acerca de los principios que en ciertos tiempos han modificado sus rigores; pero todos confiesan que la primitiva Iglesia estaba íntimamente persuadida de que estas prácticas de la penitencia eran gratas á Dios y meritorias delante de él. Por eso algunos escritores modernos, al examinar este punto de doctrina de la Iglesia católica, no han podido menos de convenir en que ella la habia recibido de los PP.; y como la veian practicada en el primer siglo, en el segundo y en el tercero, han concluido redondamente de aqui que el cristianismo estaba ya profundamente alterado. Esta concesion, no obstante la consecuencia que de ella se saca, deja incontestado el testimonio de la primitiva Iglesia en nuestro favor. Asi que me contentaré con leerlos uno ó dos de entre los innumerables pasages que muestran que los sentimientos de los cristianos de entonces estaban conformes con los nuestros acerca de este punto.

San Cipriano, en una de sus últimas obras, escribe lo siguiente á los que sucumbieron en las pruebas de la fe: «Haced entera penitencia, mostrad la

contrición de un corazón sinceramente afligido. Esta penitencia que puede satisfacer es el único medio que os resta; pero cierran el camino á toda satisfacción los que niegan la necesidad de la penitencia." Aquí combate el error de los que querían que los cristianos que habían renegado de la fé durante la persecucion, fuesen admitidos de nuevo á la absolucion y á la comunión en la Iglesia antes de que hubiesen acabado las largas y rudas pruebas á que se les sometía. San Cipriano tenía por tan cierta la doctrina de la satisfacción que en las ya citadas palabras condena á los que desechaban la penitencia pública. El mismo Santo continúa así: "Todo el que ha satisfecho á Dios haciendo penitencia de su pecado, se ha adquirido mas confianza y valor por su misma caída, porque aquel á quien el Señor escucha y socorre, llenará de gozo á la Iglesia; y no solamente merecerá su perdón sino tambien una corona (1)." Por consiguiente, por las obras de penitencia se puede merecer, no solamente el perdón de su falta, sino una corona de eterna recompensa.

Los testimonios de los PP. que en los siglos siguientes escribieron acerca de las reglas de la penitencia, son innumerables: todos tenían cuidado de asentar estas leyes sobre el principio de que la satisfacción es necesaria para expiar las ofensas de que uno se ha hecho culpable. Oid las palabras de San

(1) *De Lapsis*, págs. 192 y 193.

Agustin, pues no podemos invocar testimonio mas ilustre de las doctrinas de la Iglesia: “No basta que
»el pecador cambie de conducta y renuncie á sus
»malos hábitos; es menester que por el dolor de la
»penitencia, por las lágrimas de la humildad, por
»el sacrificio de un corazon contrito y por sus
»limosnas, satisfaga á Dios por las faltas que ha
cometido (1).” En el pasage siguiente espresa
con la mayor claridad la doctrina católica, y mues-
tra que Dios, perdonando el pecado, se reserva
ademas castigar en su justicia: “Purificadme de mi
»pecado, decia David (Salmo 50). Implorad la mise-
»ricordia, pero no perdais de vista la justicia. Dios
»en su misericordia perdona el pecado, pero en su
»justicia castiga al pecador. ¡Qué! Si buskais la mise-
»ricordia, ¿ha de quedar impune el pecado? Respon-
»da David, respondan los demas pecadores; respondan
»con David, que como él han hallado misericordia;
»digan: «Señor, mi pecado no quedará impune; yo
»conozco la justicia de Aquel cuya misericordia im-
»ploro; no quedará impune; yo mismo me castigaré
»para que Vos no tengais que castigarme (2).” Y
¿no es esta, palabra por palabra, la doctrina que
hoy profesa la Iglesia? El pecado está perdonado,
pero no por eso deja de imponerse una pena.
Dios en su justicia castiga; pero el pecador, castigán-

(1) Homil. I, tom. X, p. 208.

(2) Enarrat. in Ps. L., t. VIII, p. 497.

dose á sí mismo, haciendo ciertas obras propiciatorias ante Dios, puede evitar su ira y obtener hasta la remision de esta pena mas leve.

Me limito á estas dos ó tres citas, y voy á terminar esta parte de mi discurso, leyéndoos el decreto de los PP. de Trento acerca de la satisfaccion, para mostraros cuán lejos está este Concilio de escluir los méritos de Jesucristo y de inspirar al pecador una demasiada confianza en sí mismo. “La satisfaccion que hacemos por el pecado no es de tal modo nuestra que no sea por Jesucristo; porque nosotros que nada podemos por nosotros mismos, como de nosotros mismos (II ad Corinth. III, 5), lo podemos todo en aquel que nos conforta. El hombre nada tiene en sí de que pueda gloriarse; sino que toda nuestra gloria está en Cristo en quien vivimos, en quien merecemos y en quien satisfacemos haciendo frutos dignos de penitencia (Luc. III, 8). De él es de quien sacan su eficacia estos frutos, por él son ofrecidos al Padre, y por causa de él son aceptados por el Padre. Deben pues los ministros de la Iglesia, segun les dicte la prudencia, pesar bien los caracteres de los pecados y las disposiciones del pecador á fin de imponer penitencias saludables y convenientes, no sea que usando de una indulgencia criminal ó imponiendo penas demasiado ligeras por grandes crímenes, se hagan cómplices de los pecados ajenos. Cuiden de imponer penitencias que no solamente tiendan á la mejora de la conducta y á la curacion de las enfermedades pasadas, sino

que hagan al pecador expiar las faltas que ha cometido (4).”

De la satisfaccion paso naturalmente á otro punto, intimamente ligado con el primero, á la doctrina católica acerca del Purgatorio. Muchas veces he tenido ocasion de notar el acuerdo que en el catolicismo une y enlaza un punto de doctrina con los demas y la perfecta armonía que reina entre unos y otros dogmas; y aquí hallamos uno de los ejemplos mas notables. Por otra parte; no hay punto acerca del cual se haya tratado mas, aunque no se sepa por qué, de escitar la pública aversion que acerca de este que al fin y al cabo no es mas que la consecuencia y el corolario de la doctrina católica acerca de la satisfaccion; y tanto, que el dogma de la satisfaccion quedaria incompleto sin el del Purgatorio. Porque, en efecto, ¿cómo admitir que Dios exija una reparacion y que castigará el pecado, y al mismo tiempo desechar la última y necesaria consecuencia de esta idea, es decir, sin esperar que el pecador que no haya satisfecho plenamente será castigado en el otro mundo á fin de no ser eternamente desechado y reprobado por Dios?

Os he dicho que ignoraba por qué se ha escitado tanto la animadversion pública contra esta doctrina, porque es difícil ver en ella qué es lo que pueda servir de objeto á declamaciones populares contra el ca-

(4) *Salmos* XIV, c. *Mill*...
 y...
 (4) *Salmos* XIV, c. *Mill*...

tolericismo. Por mi parte no puedo concebir se halle en ella cosa alguna que repugne á la justicia divina ó á los medios ordinarios de la Providencia, ni que pueda ser opuesta á la ley moral ni aun en el grado mas remoto. En admitir que plugo á Dios establecer, entre los suplicios eternos en que arrojará á unos y la gloria suprema en que recibirá á los otros, un lugar de penas temporales, en el que los que no sean bastante culpables para incurrir una sentencia mas severa, ni suficientemente puros para ir al instante á gozar de la vision intuitiva, vayan á sufrir por algun tiempo y purificarse hasta que sean dignos de entrar en el reino de los escogidos; en admitir esto, digo, seguramente no veo haya nada que no esté en perfecto acuerdo con la idea que nos formamos de su justicia. ¿Quién osaria afirmar que todos los pecados son iguales delante de Dios, que no hay diferencia entre esos crímenes atroces que el hombre empedernido en el mal comete á sangre fria y con toda deliberacion, y esas transgresiones ligeras en que todos los dias caemos casi sin advertirlo? Nadie ciertamente. Pero sabemos tambien que Dios no puede soportar la vista de la iniquidad, por leve que sea; sabemos exige que todo lo que vaya á su presencia sea perfectamente puro y digno de él. Por consiguiente, la razon por sí sola nos conduce á concluir que Dios tiene reservados los medios de satisfacer á las exigencias de la justicia respecto de aquellos que mueren en ese estado intermedio, entre el estado de pecado mortal por una parte, y el de pureza y perfecta santi-

dad por otra. ¿Qué veis, vuelvo á preguntar, qué veis en esta doctrina, así considerada en sí misma, que pueda servir de pretexto tan comun de declamaciones contra el catolicismo? ¡Cosa estraña! Entre nuestros dogmas mas importantes no hay uno que haya venido á ser un tema mas habitual de ataque y de calumnia que esta creencia *anti-escritural*, segun se llama al Purgatorio. Se pretende representarla, ya de una manera, ya de otra, como un instrumento de que se vale el clero para enriquecerse y para influir por medio del terror en la imaginacion de los pueblos, y ademas como una poderosa palanca en manos de la Iglesia para sostener su imperio sobre sus súbditos. Pero ¿y cómo se hace esto? A ningun católico instruido en su fé, es posible concebirlo.

Mas de una vez os he hecho ya observar cuán injustos son nuestros adversarios en exigir de nosotros que probemos separadamente por la Escritura cada una de nuestras doctrinas. La primera parte de estas Conferencias os ha demostrado la verdad del principio de fé católica; habeis visto que Jesucristo hizo á su Iglesia depositaria de sus doctrinas; que entre estas doctrinas unas han sido consignadas en su palabra escrita al paso que las otras han sido confiadas á la guarda y custodia de la tradicion; pero que el divino Salvador ha dado como garantia de su inalterable transmision la promesa de enseñar él mismo en su Iglesia y de preservarla de todo error. Tal es el fundamento sobre el que nosotros basamos nuestra creencia en el Purgatorio: no, émpero, de

manera que no hallemos al menos su principio en la palabra de Dios. Mas para comprender mejor las pruebas de esta doctrina , es necesario enlazarla con otra práctica del catolicismo ; hablo de los sufragios por los difuntos. Este último punto , según luego veremos , está esencialmente basado en la creencia del Purgatorio ; de lo cual se sigue que los principios de estos dos dogmas son inseparables el uno del otro. ¿Por qué el católico oraria por el amigo cuya muerte llora , si no temiera que su alma , al salir de esta vida , no se haya encontrado bastante-mente pura para ser admitida inmediatamente en la presencia de Dios , y que esté sufriendo las penas decretadas por la soberana justicia contra ella á causa de sus pecados? ¿Por qué oraria , si no creyera que la intercesion de sus hermanos puede aliviar los padecimientos y amargura de esta pobre alma? No titubeo en decir que estas dos doctrinas están tan completamente unidas , que demostrar la una es demostrar al mismo tiempo la otra. Porque si probamos que la Iglesia de Jesucristo ha creído siempre que nuestras oraciones proporcionan alivio y socorro á las almas en la otra vida , y aceleran su admision en la presencia de Dios , y que estas mismas oraciones son impotentes para aliviar los suplicios de los condenados , en ese caso habremos tambien demostrado el otro punto de nuestra creencia ; á saber , que el alma está en un estado intermedio , donde no goza de la vista de Dios , pero tampoco sufre los tormentos de la eternidad. De hecho , veremos que los mas antiguos

escritores eclesiásticos hablan constantemente de estas dos creencias en comun, cuando tratan de la oracion por los muertos; porque nos aseguran que por nuestras oraciones podemos abreviar los padecimientos de nuestros hermanos y amigos.

Comencemos por la Escritura. En el segundo libro de los Macabeos hallamos un pasaje muy conocido de todos los que han examinado este punto. “Judas, el valiente capitán., habiendo hecho una cuestacion, envió doce mil dracmas de plata á Jerusalem para que se ofreciese un sacrificio por los pecados de los que habian muerto, teniendo buenos y religiosos sentimientos acerca de la resurreccion. Porque si no hubiera esperado que los que habian sido muertos, resucitarian algun dia, habria tenido por vano y supérfluo orar por los muertos; consideraba antes bien, estaba reservada una gran misericordia á los que habian muerto piadosamente. Es, pues, un santo y saludable pensamiento orar por los muertos á fin de que sean librados de sus pecados (1).” Indudablemente se me objetará que el segundo libro de los Macabeos no forma parte de la Escritura, que no ha sido comprendido en el cánón de los libros inspirados. Dejo á un lado por el momento esta cuestion, aunque seria bastante difícil probar que este libro no tiene el mismo derecho al título de canónico que muchos otros

(1) II. Machab. XII, 43, 46.

en el Antiguo y sobre todo en el Nuevo Testamento; porque los PP. , al citarle , le citan como autoridad de la Escritura, y algunos Concilios le han dado cabida en los catálogos que formaron de los libros santos. Pero paso de largo sobre este punto que nos llevaria á una discusion sobrado larga. Por lo demas, todos convienen en decir que la doctrina del segundo libro de los Macabeos es sana y á propósito para edificar. La Iglesia de Inglaterra permite y aun manda servirse de él para la instruccion del pueblo ; luego supone que no contiene cosa alguna que sea contraria á la doctrina de Jesucristo. Al menos, hermanos míos, no puede negarse que esta obra es de un gran valor histórico; no puede negarse que representa la creencia y la práctica de los judíos en aquella época. De aqui, pues, resulta que en tiempo de los Macabeos, aquel pueblo creia que las oraciones hechas por los muertos les eran provechosas, y que *el orar por ellos era un pensamiento santo y saludable*. Están pues de acuerdo con las nuestras la doctrina y la práctica de la Iglesia judáica. Y el Salvador ¿reprobó una vez siquiera este uso? ¿le contó acaso en el número de las falsas tradiciones de los fariseos? ¿dió siquiera á entender fuese una de esas alteraciones que con el tiempo se habian deslizado entre las instituciones divinas? Pero ¿hay entre los judios, me preguntareis, hay entre los judios mas testimonios en favor de esta práctica? Es indudable que sí, puesto que la han conservado hasta nuestros dias; y de cierto que no se puede sospechar hayan ido á tomarla del

cristianismo. Sus libros de oraciones ó devocionarios contienen una fórmula especial que todos los dias deben rezar por los muertos; y en sus sinagogas hay unas tablillas donde se anotan los nombres de los difuntos, á fin de que se ore por ellos durante mas ó menos sábados. Esta costumbre no es moderna entre ellos; Lightfoot confiesa que algunos de sus mas antiguos autores están tan de acuerdo con nosotros en este punto de doctrina, que los acusa de haberlo tomado de nosotros. Mas razonable y justo hubiera sido decirnos cómo y en qué época hizo este plagio al catolicismo la sinagoga. Al contrario, puesto que vemos observada esta práctica por Judas Macabeo mucho tiempo antes del Salvador, derecho tenemos para mirarla como existente entre los judíos antes del nacimiento de Jesucristo; y pues Jesucristo jamás la reprobó ni vituperó y que es un punto que no depende únicamente de las instituciones legales, debemos considerarla como no abolida. En virtud de este mismo principio se observa con tanto rigor entre nosotros el sábado ó el domingo; porque podríamos preguntar á los que se muestran mas severos y celosos por su santificacion, de dónde hacen derivar esta práctica, sino es de las disposiciones divinas acerca del sábado en la ley antigua. ¿Por qué le hemos conservado? Le hemos conservado porque no era una institucion puramente legal, y porque no habiéndose pronunciado su derogacion, hemos creido era un deber conservarle, y conservarle con su antiguo modo de observancia.

Lo mismo sucede con los sufragios por los muertos: si esta doctrina ha sido admitida por los judíos, por los mas ilustres y santos personajes de su nacion; por el autor de dicho libro, asi como por Judas Macabeo que envió al templo 12,000 dracmas para un sacrificio con esta intencion; esos hombres creyeron que les era posible asistir con sus súplicas á los muertos, acelerar su final libertad del pecado, y que por consiguiente estos no estaban en un estado de condenacion eterna ó irrevocable; y si en la nueva ley no hay nada que repruebe esta creencia, basada en la consideracion de la justicia comun y en las vias ordinarias de la divina Providencia, debemos considerarla todavia hoy como un verdadero punto de doctrina, y esperar será conservada en la Iglesia con sus prácticas consecuencias; porque si las oraciones y sacrificios eran provechosos en otro tiempo á los muertos, tambien deben serlo ahora. Y ¿por qué no? ¿No es infinitamente mas estrecha desde Jesucristo la comunion entre los miembros de la Iglesia? ¿No podemos recurrir mas eficazmente á los méritos del Redentor? ¿No podemos disponer de ellos mas fácilmente que antes por nuestras oraciones y nuestra intercesion? ¡Qué! Esta comunion tan consoladora y tan bella, con la que los que viven todavia están en disposicion de socorrer á los que han salido de este mundo, ¿habria sido debilitada y rota? ¿No tendremos, antes bien, mayor razon para creer que ha sido robustecida y apretada con vínculos mas estrechos?

Pero hasta el Nuevo Testamento tendia á confir-
B. del C.—Tomo X.—CONFERENCIAS DE WISEMAN, Tomo II. 1



mar á los judíos en su creencia acerca de los muertos, lejos de ofrecer un solo pasage que pudiese desengañarlos, suponiendo que hubiesen estado en el error. En una ocasion distinguia el Salvador dos clases de pecados, una de las cuales es el pecado contra el Espíritu Santo: “Al que hablare contra el Hijo del Hombre, serále perdonado su pecado; pero si alguien habló contra el Espíritu Santo, no le será perdonado ni en este siglo ni en el venidero (1).” Aquí, pues, teneis una especie de pecado cuya gravedad pinta el Salvador diciendo que no le será perdonado en el siglo venidero. Y ¿no deberemos concluir de aquí que hay tambien pecados cuya remision se alcanzará entonces? ¿Cómo la irremisibilidad podria ser una nota distintiva de un género de pecados, si no hubiera otros que nos fueran perdonados en el siglo futuro? Luego hay pecados que nos serán perdonados despues de la muerte. Ahora bien: esto no puede ser ni en el cielo ni en el lugar de los suplicios eternos; luego es menester admitir un estado intermedio donde esta remision sea posible.

Asi las palabras espresas de Jesucristo apoyaban fuertemente las antiguas creencias judáicas, lejos de condenarlas ó desaprobarlas. Ademas, en la nueva ley se nos asegura que “nada manchado entrará en la celestial Jerusalem (2).” Por manera, que si en el mo-

(1) Matth. XII, 32.

(2) Apoc. XXI, 27.



mento de la muerte el cristiano fuese culpable de transgresiones ligeras, no puede ir al cielo en ese estado; sin embargo, no podemos creer se pronuncie contra él una sentencia irrevocable. ¿Cómo, pues, salir de esta alternativa? No hay mas de un medio, y es admitir un lugar de expectativa donde el alma es purificada de estas manchas y preparada para la posesion de la gloria divina. ¿Direis que Dios perdona todos los pecados en el momento de la muerte? Pero ¿en qué fundais esta asercion? Seria este un punto muy importante de doctrina, y si afirmais que Dios perdona á la vez todos los pecados en toda ocasion, debeis probarlo con poderosos argumentos. Empero, si en toda la revelacion no hallais cosa alguna en favor de semejante doctrina; si, al contrario, se os dice que nada impuro entrará en el Reino de los cielos y que ciertos pecados serán perdonados en el siglo venidero, forzoso os será admitir la existencia de algun medio de purificacion que al pecador, que no ha merecido los castigos eternos, le haga apto para gozar de la gloria de Dios.

Omito otros dos ó tres pasages que podria aducir en apoyo de nuestra doctrina del Purgatorio, entre los cuales hay uno que mas adelante tendré ocasion de discutir. Acaso direis que todos estos textos son oscuros y que no conducen á cosa alguna cierta. Es verdad, lo confieso; pero lo que he dicho acerca de ellos puede al menos guiarnos á grandes probabilidades; bien sé que necesitan confirmacion; pero ¿á dónde mejor iremos por ella que á la Iglesia? Y ¿cuál

fué su creencia acerca de este punto, especialmente en los primeros siglos? Tomemos un caso análogo, el Sacramento del Bautismo, tal como se practica hoy en la Iglesia. Los Apóstoles recibieron simplemente la orden de bautizar á todas las naciones; ¿cómo pues, deducireis de estas palabras que es necesario administrar el Bautismo á los niños? Sin embargo, en los artículos de la iglesia anglicana se prescribe el bautismo de los niños. Es probable que en las familias hubiese niños y que se les confirió el bautismo; pero esto no pasa de ser conjeturas, no son pruebas. Esto no basta para establecer una práctica de esta importancia que, sin mejor autoridad, parecia contradecir las palabras mismas del Salvador, pues que quiso que la fé precediese ó acompañase al bautismo: «el que creyere y fuese bautizado, se salvará.» Cuando se trata de instituciones positivas que dependen únicamente de la voluntad del legislador, no se puede introducir, sin una positiva autoridad, la mas pequeña modificacion en el acto prescrito. ¿Quién nos tranquilizará acerca de estas modificaciones? ¿Dónde hallaremos la razon de ello sino en la Iglesia cuyas antiguas prácticas han sido conservadas hasta nuestros dias? Pues de la misma manera, aunque en la Escritura no haya espresa mencion del Purgatorio, si en ella se habla de la remision de los pecados en el siglo futuro; si en ella vemos que las oraciones aprovechan á los fieles despues de su muerte; si en ella vemos que nada manchado entrará en el reino de los cielos, y que sin embargo no es compatible con la

justicia de Dios que todo pecado arrastre al culpable á una eternidad de suplicios, tenemos ya con esto el gérmen de una doctrina que no necesita ya mas que su ulterior desarrollo; tenemos los miembros y partes constitutivas de un sistema completo que la Iglesia no tendrá mas que reunir y combinar juntamente, como en el caso arriba citado del bautismo. Ahora bien: nada es mas sencillo que mostrar la creencia de la Iglesia universal en este punto. Toda la dificultad consiste en escojer de entre el número de testimonios los que pueden parecer mas esplicitos.

Comenzaré por el Padre mas antiguo de la Iglesia latina, por Tertuliano, el cual recomendaba á una viuda “orase por el alma de su difunto esposo, pidiéndose para él el reposo y el favor de la primera resurreccion, é hiciese por él ofrendas en el dia aniversario de su muerte; porque si descuidaba este deber, se podria creer realmente que se habia divorciado de con su esposo (1).” Hacer ofrendas en el dia aniversario de su muerte, orar para que consiga el eterno descanso: ¿qué tiene esto de comun con la creencia de las sectas protestantes? Al contrario, ¿no veis en eso nuestra práctica y hasta nuestro language? ¿No supone Tertuliano que nuestras oraciones proporcionan alivio y socorro á los fieles difuntos? ¿Acaso las recomienda únicamente como una laudable práctica y no mas bien como un deber solemne?

(1) De *Monogamia*, c. X.

San Cipriano se espresa así: “Prudentemente
»han obrado nuestros predecesores, estableciendo
»que ningun fiel, estando á punto de morir, nombre
»por testamentario suyo á un eclesiástico; y que si
»no se conformase con esta disposicion, no se haga
»ofrenda por él, no se ofrezca sacrificio por su eter-
»no descanso. De esto tenemos nosotros un ejemplo
»reciente en uno de nuestros hermanos por quien no
»se ha hecho oblacion y en cuyo nombre no se ha
»orado en la Iglesia (1).” Luego se miraba como un
severo castigo el no ofrecer oraciones y sacrificios
por los que habian infringido una ley eclesiástica.
Otros muchos pasages contiene este Padre, pero
vengo á Orígenes que escribió en el mismo siglo y
que es el que ha hablado de esta doctrina en los
términos mas explícitos: “Si al salir de esta vida
»llevamos virtudes y vicios ¿recibiremos la recom-
»pensa de nuestras virtudes y nos serán perdonadas
»las faltas que á sabiendas hemos cometido? ¿O
»bien seremos castigados por nuestras faltas, sin re-
»cibir la recompensa de nuestras virtudes?” Es decir,
si hay en nosotros bueno y malo, ¿seremos re-
compensados por lo bueno sin que entre en cuenta
lo malo? ¿ó seremos castigados por lo malo sin que
se tenga en cuenta lo bueno? Oid cómo contesta á
esta pregunta: “La verdad no se halla en una parte
»ni en otra, pues nosotros sufiremos la pena de

(1) Epist. XLVI, p. 114.

»nuestros pecados y recibiremos la recompensa de
»nuestras buenas acciones. Porque si, al edificar so-
»bre el cimiento de Cristo, habeis empleado no sola-
»mente oro, plata y piedras preciosas, sino tambien
»maderaje, paja y bálago, ¿qué debereis esperar su-
»ceda cuando el alma se separe del cuerpo? ¡Qué!
»¿entrareis por ventura en el cielo con ese mader-
»aje, esa paja y ese bálago para ensuciar el reino de
»Dios? ¿O embarazados con esto, habreis de queda-
»ros fuera sin recibir recompensa por vuestro oro,
»vuestra plata y vuestras piedras preciosas? Ni lo
»uno ni lo otro seria justo. Luego el único medio
»que queda es el que paseis por el fuego que consu-
»mirá esas materias ligeras, porque para los que
»comprenden las cosas celestiales es llamado nues-
»tro Dios *un fuego que consume*. Y este fuego no
»consume la criatura, sino lo que la criatura
»ha edificado, el maderaje, la paja y el bálago.
»Es manifiesto que el fuego destruye desde lue-
»go el maderamen de nuestras transgresiones
»para despues darnos la recompensa de nuestras
»buenas obras (1).” Segun este sábio doctor de la
Iglesia, que florecia 200 años despues de Jesucristo,
el alma culpable de leves transgresiones, luego que
se separa de su cuerpo, es entregada al fuego que la
purifica, y la hace apta para entrar en los cielos.
San Basilio, ó un autor contemporáneo, comentan-

(1) Homil. XVI, al. XII, in Jerem., tom. III, pp. 234, 232.)

do las siguientes palabras de Isaías: *La tierra será consumida por la ira del Señor*, dice que “las cosas que son de la tierra servirán para alimentar las llamas vengadoras, á fin de que el alma pueda recibir favores y beneficios.” Despues continúa: “*Y el pueblo será como pasto del fuego*. No es esta una amenaza de esterminio; de lo que se trata es de *purificación*, segun la palabra del Apóstol: *Si se quema la obra de alguno, él sufrirá su pérdida; sin embargo, no dejará de salvarse, pero como pasando por el fuego* (I ad Corinth. III, 15) (1).” Ahora bien: notad la espresion de que aqui se sirve el autor: *catharsin*, purgacion, purificacion. Esto prueba que la palabra *Purgatorio* no es de invencion moderna.—Oid ahora lo que San Efrén de Edesa escribia en su testamento: “Hermanos mios, venid á mí y preparadme para mi partida, porque mis fuerzas me han abandonado. Acompañadme con el cántico de Salmos y con vuestras oraciones, no ceseis de hacer oblaciones por mí. Luego que cumpla el tercer dia, acordáos entonces de mí; porque los muertos reciben ayuda y socorro de los vivos.” Este es el mismo número de dias en que la Iglesia católica renueva la memoria de los muertos con una solemnidad particular, ofreciendo por ellos oraciones y el santo sacrificio de la Misa.—“Si hasta los hijos de Mathathias (alude al pasage de los Macabeos que ya he citado, II. Mach. XII), que

(1) Comment. in c. IX Isaia; t. I, p. 554. IVX. 111011 (1)

» solo ofrecían sacrificios figurativos, podían purificar de las faltas á los que habian sucumbido en el campo de batalla, ¿qué socorros y ausilios no proporcionarán á los muertos los sacerdotes de Jesucristo con sus oblacones y sus ruegos? (1).”

En el mismo siglo, San Cirilo de Jerusalem se explica de este modo: “Entonces (en la liturgia de la Iglesia) oramos por los santos padres y por los obispos que han muerto, y en fin, por todos los que han salido de esta vida en comunión con nosotros. Nosotros creemos que las almas de aquellos por quienes se ofrecen las oraciones, reciben un grande alivio mientras está sobre el altar la santa y adorable víctima (2).” San Gregorio de Nisa pone en parangon y presenta un contraste entre las vías de la Providencia en este mundo y en el otro. En la vida presente, “Dios permite que el hombre esté sujeto á lo que él mismo ha escogido, á fin de que gustando el mal que ha deseado y aprendiendo por su propia esperiencia cuán malo es el cambio que él ha hecho, conciba un ardiente deseo de tirar la carga de los vicios y de las inclinaciones que son contrarias á la razon, y que siendo asi renovado en esta vida por la oracion y por la busca y seguimiento de la sabiduría, ó purificado en la vida futura por el fuego expiador,

(1) In Testam., t. II, págs. 234, 371, edit. Oxon.

(2) Catech. Mystag. V, n. IX, X, p. 328.

»pueda recobrar el estado de felicidad que habia
 »perdido.... Cuando abandona este cuerpo y es co-
 »nocida la diferencia entre la virtud y el vicio, no
 »puede acercarse á la divinidad hasta que el fuego
 »purificador haya borrado las manchas que empañan
 »el brillo de su alma. En otros este mismo fuego des-
 »truirá la corrupcion de la materia y la propension
 »al mal (1).” San Ambrosio tiene en todo el curso de
 sus obras una multitud de pasajes acerca de esta ma-
 teria, y cita la segunda carta de San Pablo á los co-
 rintios, cuyo testimonio hemos visto ya invocado por
 otro Padre : “Si la obra de alguno es quemada, su-
 »frirá su pérdida; él, sin embargo, no dejará de sal-
 »varse, pero como pasando por el fuego. Entre los
 numerosos testimonios de San Ambrosio, citaré
 sus palabras acerca de este testo : “*El se salva-*
 »*rá, pero como pasando por el fuego.* Se salvará,
 »dice el Apóstol, porque su substancia permane-
 »cerá, al paso que sus malas doctrinas perece-
 »rán. Por eso dice : *como pasando por el fuego,*
 »á fin de que no espere alcanzar su salvacion sin pa-
 »decimientos. Se salvará efectivamente; pero pade-
 »cerá la pena de fuego, y de esa suerte será purifi-
 »cado, no á la manera del infiel y del malo que su-
 »frirán un fuego eterno (2).” Y en su oracion fúne-
 bre del emperador Teodosio, se espresa así: “Ultima-

(1) Orat. de *Defunctis*, t. II, pag. 1066, 1067, 1068.

(2) Comment. in I Epist. ad Cor.; Tom. II, in app. p. 122.

»mente hemos deplorado su muerte, y ahora, mien-
»tras el príncipe Honorio está presente ante nues-
»tros altares, estamos celebrando el cuadragésimo día
»de su fallecimiento. Unos observan los días tercero y
»décimotercio, y otros el sétimo y cuadragésimo.—
»¡Oh Señor! conceded el eterno descanso á vuestro
»siervo Teodosio, ese descanso que habeis preparado
»para vuestros santos. Que su alma vaya allí de donde
»ha venido, donde ya no sentirá el aguijón de la muer-
»te, donde aprenderá que la muerte es el término,
»no de la naturaleza sino del pecado. Yo le ama-
»ba, y por eso le seguiré hasta la tierra de los vi-
»vientes. No le abandonaré hasta que con mis oracio-
»nes y gemidos sea admitido en la montaña Santa
»del Señor á donde le convidan sus méritos (1).”

San Epifanio en el mismo siglo: “Nada es mas
»conveniente, nada mas digno de admiracion que la
»costumbre de recordar en nuestros sagrados ri-
»tos el nombre de los difuntos. Las oraciones que por
»ellos ofrecemos les prestan socorro, siquiera no pue-
»dan borrar todas sus faltas. Recordamos igualmen-
»te los nombres de los justos y de los pecadores, á
»fin de obtener misericordia para estos últimos (2).”

San Gerónimo dice: “Asi como creemos en la
»eternidad de las penas del demonio y de los mal-
»vados que han dicho en su corazon: *No hay Dios*;

(1) De obitu Theodos. *Ibid.* pp. 1197-8, 1207, 8.

(2) *Her.* LV, sive LXXV, t. 1, p. 911.

así tambien respecto de los pecadores que no han renegado de su fé, y cuyas obras serán probadas y purificadas por el fuego, sabemos que la sentencia del Juez será templada por la misericordia (1).” Para no molestaros, no citaré ya mas de otro Padre, el gran San Agustin. Dice así: “Las oraciones de la Iglesia ó de las personas piadosas son aceptadas en favor de los cristianos que al salir de esta vida no eran tan malos que fuesen juzgados indignos de misericordia, ni tan buenos que inmediatamente pudieran entrar en posesion de la felicidad. Asi en la resurreccion de los muertos habrá unos á quienes será concedido el perdon despues que hayan pasado por esas penas á que están sujetas las almas de los muertos. De lo contrario, no se habria dicho de algunos con verdad que su pecado *no les será perdonado ni en el siglo presente, ni en el siglo futuro*, si algunos pecados no hubieran de perdonarse en el otro mundo (2).” Este razonamiento de San Agustin es el mismo que poco há hice yo, y del cual se sirve como él todo católico. En otro pasaje cita del siguiente modo las palabras de San Pablo: “Si ellos han edificado *con oro, con plata y con piedras preciosas*, serán preservados del doble fuego, no solamente de aquel en el que los malos serán eternamente castigados, sino tambien de aquel fue-

(1) Comm. in c. LXV, Isaías, t. II, p. 492.

(2) De Civit. Dei, lib. XXI, c. XXIV, p. 642.

»go que purificará á los que deben ser salvados por
»el fuego. Pero como se dice que *se salvará*, se
»piensa muy poco en este último fuego; y sin em-
»bargo, los tormentos que en él se padecerán son
»mas intensos que todo cuanto el hombre puede pa-
»decir en esta vida.”

Estos pasajes trazan fielmente la doctrina de la Iglesia católica acerca de este punto, y si yo los hubiera introducido é intercalado en mi discurso sin indicar los autores de donde los tomaba, nadie ciertamente me habria acusado de que me separase de la enseñanza de nuestra Iglesia; al contrario, seria imposible hallar aqui un punto de contacto entre los sentimientos de estos escritores y los de cualquiera otra confesion.

He omitido sin embargo en el desenvolvimiento de mi tema un testo acerca del cual prometí hacer algunas observaciones. Vuelvo ahora á él, no ya precisamente con el fin de examinar si se refiere ó no á la doctrina del Purgatorio, sino para mostraros en cuántos errores puede incurrirse al esponer las razones de una doctrina. Aludo al pasaje en que dice San Pablo, que sobre el verdadero cimiento puede levantarse un edificio de oro, de plata, de piedras preciosas, de madera, de paja, de bálago; que el fuego probará las obras de todos, y que lo que es frágil, necesariamente quedará destruido, al paso que el cimiento subsistirá. Muchos PP., segun ya habeis visto, aplican este testo á la doctrina del Purgatorio. Sin embargo, un escritor muy moderno, hablando

de nuestra creencia en el Purgatorio cita este testo para mostrar hasta qué punto la Iglesia de Roma, como él nos llama, puede alterar el sentido de las Escrituras para establecer sus doctrinas; porque según él, nuestra creencia en las llamas del Purgatorio está fundada únicamente en este testo, el cual nada tiene de comun con las penas del otro mundo, y únicamente se refiere á las tribulaciones que acá bajo nos sobrevienen (1). Esta argumentacion, de una evidente mala fé, coloca al autor en la siguiente alternativa: O la Iglesia de Roma no fué la primera en servirse de estas palabras del Apóstol para probar la existencia del Purgatorio, y entonces su asercion es de una garrafal inesactitud, ó los PP. que yo he citado forman parte de la *Iglesia de Roma* y deben ser considerados como profesores de la doctrina católica. No es de esencia en nuestra creencia el que este testo se refiera á la doctrina del Purgatorio; pero ese testo es muy importante en cuanto que muestra la doctrina de San Pablo tocante á la conducta que Dios observa en el castigo del pecado y distingue las faltas y los errores graves de las transgresiones leves; y tambien en cuanto que establece directamente la existencia de un lugar de prueba temporal, que tiene la virtud de hacer desaparecer en nosotros las imperfecciones que no ofenden tan por completo la ley divina.

¿Habré menester decir que ni en los antiguos

(1) Hom. tom. II, p. 473, 7.^a edit.

tiempos de la Iglesia, ni en los países mas remotos del mundo, existe una sola liturgia en que no esté consignada esta doctrina? En todas las liturgias orientales se halla cierta parte en la que se prescribe al sacerdote ó al obispo orar por las almas de los fieles difuntos; y antiguamente se conservaban en las iglesias unas tablas, conocidas con el nombre de *Dypticos*, donde se escribían los nombres de los que fallecian, á fin de tenerlos presentes en el santo sacrificio de la misa y en las oraciones de los fieles.

¿Habré tambien menester de justificar la palabra *Purgatorio*? Se nos la ha censurado á pretexto de que no se encuentra en la Escritura. Pero ¿se encuentra acaso en la Escritura la palabra *Trinidad*? ¿Se lee en ella la palabra *Encarnacion*? Muéstrensenos en la Escritura tantos otros términos, religiosamente conservados por todo el cristianismo como de la mayor importancia. Las doctrinas, sí, están verdaderamente contenidas en los Libros santos; pero no se les han dado los nombres hasta que las circunstancias lo han hecho preciso. Los PP. de la Iglesia llamaban al Purgatorio un fuego purificador, un lugar de expiacion, de purificación; la idea es exactamente la misma, y consecuencia suya era el nombre.

Algunos teólogos protestantes han pretendido que los dos puntos de doctrina de que he tratado á la vez, los sufragios por los muertos y el Purgatorio, no tienen entre sí relaciones necesarias y que de hecho no estaban unidos en la primitiva Iglesia. Dejo

á vuestra memoria el cuidado de responder á esta asercion, si recordais los pasages que ya he citado de los antiguos PP. que, á no dudarlo, hablan de una expiacion por medio del fuego despues de la muerte; expiacion por la cual se borran las manchas de nuestra alma y se completa la satisfaccion debida á Dios por el pecado; al mismo tiempo, ellos hablan del socorro que nuestras oraciones proporcionan á los que han salido de este mundo en estado de pecado; pues bien : estas proposiciones contienen en toda su integridad nuestra doctrina acerca del Purgatorio.—Se nos dice, ademas, que la Iglesia establecida, ó mas bien el protestantismo, no prohíbe los sufragios por los difuntos; ella no niega su eficacia en tanto que no se la hace depender de la creencia en el Purgatorio; y que por consiguiente su enseñanza está conforme bajo este concepto con la de los primeros tiempos del cristianismo. Cuidado, hermanos míos, estad sobre aviso, porque esta distincion es muy á propósito para induciros á error. La Religion es una profesion viva y práctica; se la debe apreciar y juzgar por sus demostraciones exteriores, por las obligaciones que sanciona, y no por las meras opiniones de algunos de sus miembros. Pues bien: yo no temo apelar aquí al testimonio de todo protestante : ¿se le ha enseñado jamás, ha comprendido él mismo que esa fuese una doctrina profesada por su iglesia? Los oficios religiosos á que asiste, el catecismo que aprende, los discursos que oye, ¿le han conducido á suponer que esta práctica no era peculiar del catoli-

cismo, sino permitida igualmente entre los protestantes? Y entre sus correligionarios ¿ha encontrado algunos que hiciesen esos actos de devocion? Si, por el contrario, ha creido siempre que la doctrina de los sufragios por los difuntos es una doctrina característica ó distintiva de la Religion católica, ¿qué importa que el obispo Bull y uno ú otros dos teólogos hayan afirmado su no reprobacion por la iglesia de Inglaterra? Por otra parte, ¿cómo establecer acerca de este punto conformidad alguna entre la iglesia de Inglaterra y la primitiva Iglesia por este permiso tácito, cuando la primitiva Iglesia no se contentaba con permitir, sino que mandaba esta práctica como un deber (recordad las palabras de Tertuliano), cuando no solamente no se oponia á su práctica privada, sino que hacia de ella una de las partes mas importantes de la liturgia pública? Y aun este permiso tácito, ¿en qué se funda? Es verdad que los sufragios por los difuntos fueron respetados por los primeros reformadores de la liturgia inglesa; pero ¿no se quitaron formalmente de ella en la revision que de esta se hizo (1)?

(1) Hé aquí lo que el doctor Pusey escribia últimamente: "Desde que Roma con su cruel invencion del Purgatorio ha alterado la antiquísima costumbre de orar por los muertos, no puede hallarse en su comunión consuelo alguno en esta práctica." (*Viva representacion al autor de la Carta pastoral del Papa, 1836, p. 25*). La opinion del doctor Pusey es: 1.º Que en la primitiva Iglesia se ofrecian uniformemente preces por todos los difuntos, sin exceptuar de ello á los Apóstoles ni á los mártires; 2.º Que estas oraciones tenian por objeto, no aliviar una pena, sino aumentar la

Considerada en la práctica la doctrina de la Iglesia católica, es un abundante manantial de consuelo,

felicidad y acelerar la entrada de los escogidos en el gozo perfecto que no debe tener lugar sino hasta el fin de los tiempos; 3.º Que la *cruel* invencion del Purgatorio pertenece á una época reciente; 4.º Que la iglesia anglicana permite la oracion por los muertos, bajo un punto de vista mas general y mas estenso.

En cuanto á la primera proposicion, es indudable que en las antiguas liturgias las mismas preces hacian mencion de los Santos al mismo tiempo que de los demas fieles difuntos, por la sencillísima razon de que no se podia menos de unirlos de ese modo antes de que el sufragio público de la Iglesia hubiese pronunciado que pertenecian á un orden mas feliz. Es igualmente cierto que entonces como hoy la Iglesia oraba por la consumacion de su dicha por medio de la resurreccion; pero no es menos cierto que los antiguos, lo mismo que nosotros, no ponian en la misma línea á todos los fieles difuntos. San Epifanio, en el pasaje citado en el testo de la Conferencia, establece claramente esta distincion cuando dice: "Nosotros hacemos mencion de los justos y de los pecadores, á fin de obtener misericordia para estos últimos." Y en San Agustin se leen las palabras siguientes: "Cuando se ofrece el sacrificio del altar y limosnas por los difuntos, son acciones de gracias si su vida ha sido intachable, y actos propiciatorios si han pasado con imperfecciones al Señor. Aunque estas obras no sirvan de socorro alguno á los malos, pueden siempre atraer gracias sobre los que todavia viven (*Enchirid. cap. CX.*)" Ved ahí claramente distinguidos los tres estados en que pueden hallarse las almas despues de la muerte, asi como los efectos del sacrificio de la misa relativamente á cada una. Y luego, es de presumir que el doctor Pusey no ignore otras palabras del mismo Padre: "Seria hacer una injuria al mártir orar por él: *Injuriam facit martyri qui orat pro martyre.*"

En cuanto á la segunda y tercera proposicion, me remito á los textos citados en esta misma Conferencia. San Agustin, hablando de las expiaciones de la vida futura, usa de estas palabras *purgatorias penas* (*De Civit. Dei, lib. XXI, c. 16*). Todos estos pasages bastan para probar un estado de reales y positivos padecimientos en las almas menos perfectas. Ademas, los PP. dicen que nuestras oraciones proporcionan un socorro inmediato á aquellos por quienes se las ofrece, y que este socorro puede hacerlas pasar de un estado á otro. San Ambrosio espresa este efecto de la oracion cuando dice de Teodosio: "Yo no le abandonaré hasta que con mis oraciones y gemidos sea admitido en la montaña santa de

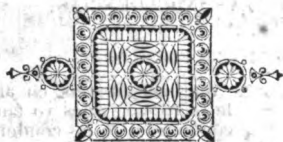
ejerce el mas feliz influjo y es eminentemente digna de una Religion que ha sido traída del cielo con el objeto de secundar los mas puros sentimientos del corazon humano. Hasta la misma naturaleza repugna el pensar que los vínculos y lazos tan estrechos y gratos que nos unen en vida queden violentamente rotos bajo la planta de la muerte, vencida y privada de su aguijon despues de la victoria de la Cruz. No, no se apegas el alma con todo el poder de sus afecciones á este despojo mortal, frio y desfigurado; y es un dolor todo terrenal y casi indigno del cristiano el que se exala cuando la tumba cubre los restos de un ser amado; el alma empero se lanza en su seguimiento,

Dios." Ciertos que no es este un efecto lejano ni un mero aumento de felicidad.

Para apreciar en lo que se debe la cuarta proposicion pueden tenerse en cuenta las observaciones que á ella se refieren en el testo de mi discurso. Unicamente añado seria de desear fuese mas conocido que á los ojos de la iglesia de Inglaterra son legítimos y provechosos los sufragios por los difuntos; porque una decision jurídica ha anulado últimamente un legado hecho á unas capillas católicas porque en él se habia añadido la condicion de decir misas por la testadora (16 de abril de 1835). Es el caso de Wert y Suttleworth, en que la segunda dignidad judicial de Inglaterra (*master of the Rolls*) decidió que no pudiendo ser de provecho alguno á la testadora estas prácticas, debian ser consideradas como supersticiosas y contrarias á la caridad, y declaró nulo y de ningun valor el legado. Ahora bien: si su señoría hubiera sabido que la iglesia de Inglaterra admite que los sufragios son provechosos á los muertos y que ella los aprueba; si hubiera reflexionado que nuestro sacrificio eucarístico (oblación de que se habla en los escritos de los PP.) debe parecer á esta iglesia contener al menos todo lo que se contiene en el suyo, ciertamente no hubiera basado sobre tan débil fundamento teológico una sentencia legal que se resiente mucho, por no decir otra cosa, de la antigua preocupacion religiosa (*Mysen e Keen*, tom. II, p. 697).

llevada en alas de un amor y de un interés mas puros, hácia las regiones espirituales donde tomó su vuelo. ¿No es triste y glacial como el mármol del sepulcro la creencia que marca como término de la simpatía el momento en que el cuerpo se cubre para siempre de su mortaja? ¿Qué? ¿No habrá ya lugar á ese dulce comercio de amistad y de recíprocos deberes entre aquellos cuyo despojo descansa en paz y nosotros que durante algunos dias cubrimos de flores tan prontamente marchitas su sepulcro? Al contrario, ¡cuán consoladora es para el cristiano que muere con la conciencia de sus imperfecciones el pensar que si se acaba el tiempo en que podia reunir méritos, deja en pos de sí amigos que intercederán en su favor! ¡Cuán dulce es tambien para los corazones afligidos, que le sobreviven, la creencia de que en lugar de lágrimas estériles, tienen en sus manos un medio eficaz de socorrer al que lloran y de manifestarle su afecto y su dolor con oraciones y súplicas! En el parasismo del dolor llega este sentimiento á sobreponerse aun á la preocupacion religiosa, y hace al incrédulo ponerse de rodillas ante una persona querida y arranca de sus lábios una oracion involuntaria por su eterno descanso; es el impulso de la naturaleza que con el auxilio y por las analogías de la verdad revelada presenta por un momento al alma este pensamiento consolador. Pero esto no es mas de una luz pálida y melancólica, semejante á esos metéoros que se divisan algunas veces sobre los cadáveres, al paso que el sentimiento católico en que la confianza mode-

ra la tristeza y los pesares, es como aquella lámpara que la piedad de los antiguos mantenía delante de los sepulcros de sus parientes. Aquí las mas tiernas afec- ciones se prolongan aun despues de que el sepulcro ha devorado su presa; y el alma se conforta y regoci- ja, al pensar que aquellos de nuestros hermanos cu- yos padecimientos hayamos aliviado con nuestras obras, vendrán á ser para nosotros otros tantos pro- tectores invisibles que desde lo alto de los cielos nos tenderán los brazos cuando nos llegue la vez de pagar á la naturaleza nuestro último tributo.



CONFERENCIA XII.

DE LAS INDULGENCIAS.

Al que perdonáreis en algo, yo tambien le perdono; pues yo tambien si algo he condonado, lo he condonado por vosotros en persona de Cristo.

(II. ad Corinth. II, 10.)

ENTRE las innumerables calumnias de que se hace blanco á nuestra Iglesia, hay algunas que el sacerdote católico no aborda sin repugnancia, porque su refutación toca de demasiado cerca en él al sentimiento personal. Cuando se combaten nuestras doctrinas acerca de la divina Eucaristía, de la Iglesia ó de los Santos, nos levantamos para defenderlos y de la causa misma sacamos valor y noble orgullo: nuestro asun-

to nos llena de un santo ardor, y tomando en la mano el estandarte del mismo Dios, peleamos sus batallas; nuestra fuerza nos viene de ese altar contra el que se blasfema, y todo, hasta la vestimenta que llevamos, nos recuerda nuestro poder y nuestra dignidad; ó bien somos igualmente sostenidos por el pensamiento de que aquellos cuya causa defendemos son nuestros hermanos y que desde lo alto de los cielos miran con amor y bendicen nuestros esfuerzos.

Pero cuando tenemos que responder á insidiosos y mezquinos ataques que se dirigen al hombre y no á la causa que él representa; cuando se abandonan los principios de la fé, los grandes puntos prácticos, para acriminar al ministro, para esparcir contra su carácter odiosas insinuaciones; cuando el sacerdote católico se ve obligado en cierto modo á comparecer ante la asamblea de los fieles para justificarse de la acusación de hacer de su religion un vergonzoso tráfico, de haber alterado su doctrina para adquirir influjo sobre las conciencias y sobre los bolsillos, le repugna combatir, siquiera como una calumnia, una acusación contra la cual se subleva su corazón; y como miembro de la sociedad, en cuyo seno vive y á la cual respeta, siente nacer en su alma una indignación casi hasta sobrado violenta, si cabe, atendido el ministerio de mansedumbre y de caridad que su deber le impone, á fin de desengañar los ánimos de aquellos á quienes se estravía y sostener los fueros de la verdad.

Escítanse espontáneamente en mí estos sentimientos

por el recuerdo de los encarnizados ataques y amargos sarcasmos á que de algunos siglos á esta parte ha servido de pretexto el asunto del presente discurso. ¡Las indulgencias! remision de los pecados pasados y futuros, mercado de perdones á precio fijo para los mayores crímenes; y todo esto sazonado con invectivas contra la rapacidad de la Iglesia, contra la venalidad de sus ministros y de sus agentes; tal ha sido desde los tiempos de Lutero el campo fecundo de acusaciones y de ridiculizamientos, de sarcasmo y de declamacion, abierto contra nosotros á la irreconciliable hostilidad de nuestros modernos adversarios.

Nadie negará que la práctica de las indulgencias haya dado lugar á abusos, y yo mismo hablaré bastante de ellos en esta conferencia. Que de ellos se haya hecho el motivo de la deplorable separacion que se efectuó en el siglo XVI, hé ahí lo que hondamente debe sentirse; porque esos abusos, cualesquiera que fuesen, no podian justificar el cisma que de ellos resultó. Sin embargo, hermanos míos, aquí como en otros muchos casos, las acusaciones hechas contra nuestra doctrina han procedido de que no se ha comprendido ni entendido bien nuestra verdadera creencia. Seguiré, pues, en esta materia el método que hasta aquí he seguido invariablemente; presentaré en los términos mas sencillos la doctrina católica, y explicaré sus relaciones con otros puntos; despues analizaré sus pruebas y responderé á algunas objeciones que podrian tener necesidad de ulterior refutacion. Efectivamente, mi discurso apenas será

hoy otra cosa que un rápido bosquejo de la historia de las indulgencias.

Al tratar de la satisfaccion os he demostrado ya con superabundantes pruebas que Dios se reserva sacar del pecado un castigo temporal, despues de haber perdonado al pecador y condonado la pena eterna, y que con la práctica de obras expiatorias podemos desarmar la ira de Dios y mitigar los castigos que su justicia nos prepara. Ruégos no perdais de vista estas conclusiones que os son necesarias para comprender bien lo que entendemos por indulgencia.

Probablemente muchos de vosotros habreis oido decir que esta palabra es sinónimo de licencia, que la indulgencia es como una carta en blanco dada para todos los pecados que quieran cometerse, y que en todos los casos implica el perdón gratuito de los pecados ya cometidos. Esta es la definicion mas moderada que de nuestra doctrina dan ordinariamente nuestros adversarios. Pero, por moderada que sea, está muy lejos de ser esacta; y muchos no querrán creermelo si les digo que la indulgencia no envuelve en sí la remision de ningun pecado, ni pasado, ni presente, ni futuro. Pues ¿qué es indulgencia? indulgencia no es otra cosa que la remision que la Iglesia, en virtud de las llaves ó de la autoridad judicial que le ha sido confiada, hace de una parte ó de la totalidad de la pena temporal debida al pecado. Los méritos infinitos del Salvador son el fondo comun de donde sale esta remision. Ademas, la Iglesia enseña que por la comunión de los Santos, las obras de penitencia, hechas

por los justos mas allá de lo que podrian haber menester sus propias faltas, son revertibles sobre los demas miembros del cuerpo místico de Jesucristo: por ejemplo, que los padecimientos de la inmaculada Madre de Dios, que fué abrevada de angustias desconocidas á toda otra criatura; las austeridades y persecuciones que, durante el curso de su vida, sufrió el Bautista, el amigo del esposo, santificado desde el vientre materno, y ángel escogido para preparar al Verbo los caminos; los tormentos sufridos por innumerables mártires cuya vida no habia sido manchada con el vicio; los prolongados rigores de los piadosos anacoretas que huyendo de las tentaciones y de los peligros del mundo consumieron sus años en la penitencia y en la contemplacion; la Iglesia, digo, sostiene que todo esto, consagrado y validado por su union con los méritos del Redentor en su Pasion, no ha quedado perdido, sino que forma un tesoro de gracias y de méritos, aplicables á la satisfaccion de los demas pecadores.

Si antiguamente se admitió que la pena temporal, reservada al pecado, podia ser perdonada al pecador por el voluntario cumplimiento de actos penitenciales; es evidente que toda otra sustitucion, hecha á estos actos y aceptada como equivalente suyo por la autoridad que los recomendaba y los imponia, debe ser considerada como de un valor igual y como válida delante de Dios. Tal es tambien nuestra creencia. Por que las prerogativas de la Iglesia son hoy lo que siempre han sido; luego si el deber de purgar del pe-

cador una satisfaccion le ha sido devuelto, necesariamente posee ella todavía el mismo poder de sustituirle otros méritos con la misma eficacia, y por consiguiente con los mismos efectos. Pues cabalmente esta sustitucion es lo que los católicos entienden por *indulgencia*.

Esto mismo nos lleva á dar una forma histórica á nuestras investigaciones acerca del fundamento de esta creencia y de esta práctica; porque no se pueden determinar los límites y la estension de un poder sin examinar sus antecedentes, el uso que de él se hizo por los primeros que de él fueron revestidos y por aquellos á quienes le transmitieron. Este poder estaba contenido en la mision que los Apóstoles recibieron de Jesucristo, de perdonar y de retener los pecados. En efecto : si el poder que en esta ocasion les fué concedido, los constituye jueces soberanos, y si el pecado lleva consigo la obligacion de satisfacer á Dios, resulta de aquí que la estension de esta obligacion es necesariamente de la competencia del tribunal instituido. Paréceme que nadie negará que este poder ha tenido su aplicacion en los primeros siglos; nadie pretenderá probar que entonces no se exigiera ninguna satisfaccion, que los Pastores no se creian, no digo ya libres, sino obligados á imponer una larga série de obras penitenciales, como castigo debido al pecado. Ya he dicho alguna cosa acerca de esta materia, y hoy tendré ocasion de volver á hablar de ella; pero en este momento, mi objeto es precisar el estado de la cuestion. Asi, pues, toda vez que la Iglesia

creyó en los antiguos tiempos ser de su competencia velar por el cumplimiento de la satisfacción debida por el pecado; que ella en virtud de la misión que habia recibido se atribuyó y ejerció el derecho de exigir en su presencia una entera y severa expiacion, y que su derecho llegaba hasta imponer ella misma obras expiatorias; réstanos ver si no dió un paso mas, si no se atribuyó tambien el derecho y la potestad de relajar ó mitigar alguna cosa del rigor de sus penitencias sin disminuir su valor, y ademas examinar el fundamento en que se apoyaba para obrar asi. Porque si llegamos á demostrar que esta substitucion de una pena menos fuerte, ó la remision total de la penitencia impuesta, se hacia en consideracion de los méritos y de los padecimientos de los siervos de Dios y que esta conmutacion ó remision era mirada por todos como válida, habremos probado suficientemente que ya desde entonces estaban en uso las indulgencias y que estaban basadas en los mismos motivos que en nuestros dias. La precision escolástica de la edad media pudo muy bien emplear términos mejor definidos y clasificarlo todo, el orijen y los efectos, bajo formas mas distintas y claras. Pero en cuanto á la substancia, la doctrina es la misma, solo que ha participado del destino ó mas bien de la ventaja de toda otra doctrina, pasando por el refinamiento del espíritu humano que ha desembarazado al dogma de lo que en él podia haber de vago y de mal definido en su terminología. Por este motivo sin duda la divina Providencia ha puesto esta escuela de teo-

logía, tan profunda en sus investigaciones y tan rigurosa en su espresion, entre la simplicidad de la fé de los tiempos antiguos, y el escepticismo y desfachatez de opiniones de los tiempos modernos.

Entremos ahora en el exámen de las pruebas de esta doctrina que forma el complemento de lo que ya conoceis acerca del poder de la Iglesia de perdonar los pecados; porque el tribunal que puede descargar al pecador de su culpabilidad y sustituir á su deuda una satisfaccion infinitamente mas pequeña, debe gozar de la facultad, comparativamente menor, de modificar de nuevo y aun de conmutar las penas que él ha impuesto.

El Nuevo Testamento parece suministrarnos un ejemplo notable de este poder puesto en práctica. En su primera Epístola á los Corintios no se contenta S. Pablo con hacer severas reprensiones, sino que impone graves penas á un individuo de aquella Iglesia que habia caído en una falta escandalosa. Oid sus propias palabras: “Por mi parte, aunque ausente con el cuerpo pero presente con el espíritu, he juzgado ya como presente al que ha cometido semejante acción. Congregados en el nombre de Jesucristo vosotros y mi espíritu, por la potestad de Nuestro Señor Jesucristo, sea entregado ese hombre á Satanás para muerte de su carne á fin de que su alma sea salva en el dia de Nuestro Señor Jesucristo (1).”

(1) I. ad Cor. V, 3, 5.

La lectura de este texto da margen naturalmente á muchas observaciones. Desde luego vemos en él que se impone una pena muy severa: *el pecador es entregado á Satanás*. Es verdad que no sabemos á punto fijo qué debe entenderse por estas palabras. Según unos el sentido literal de ellas es que el pecador era condenado á la posesion del demonio, como sucedió con los puercos de que se habla en el Evangelio (1); otros le esplican en el sentido de una enfermedad grave; y por último, hay quienes no ven en esto otra cosa que una sentencia de excomunion. En segundo lugar, esta pena, cualquiera que fuese, era un remedio empleado para convertir al pecador y para por medio de la mortificacion de la carne preservar su alma de una ruina eterna. En tercer lugar, el acto descrito en este pasaje, no lo está con las condiciones que espresasen estrictamente la remision ó retencion actual de una falta; puesto que se efectúa y la pena se impone por toda la congregacion de los fieles, teniendo San Pablo á su cabeza, aunque solo en espíritu, y sancionando todos sus actos con su consentimiento y autoridad. Ahora bien: la remision ó la retencion sacramental del pecado no puede ser obra de toda una congregacion ó de la corporacion de los fieles reunidos, ni de ningun Pastor ó prelado ausente, cual-

(1) Matth. VIII.

quiera que sea el rango que ocupe en la gerarquía. Luego debe concluirse de aquí que al incestuoso de Corinto se le imponía cierta especie de penitencia con el objeto de enmendarle y de reparar el escándalo que habia producido en la Iglesia. Por lo demas, esto es lo que San Pablo dá claramente á entender en las palabras que preceden y en las que siguen á las ya citadas.

El castigo impuesto tuvo el resultado que sin duda habia previsto el Apóstol y tal ciertamente cual debia desear. El infeliz pecador concibió un dolor tan grande que hizo temer por su vida. Fué, pues, revocada la sentencia en medio de circunstancias algun tanto diferentes, pero del mayor interés para la cuestion que nos ocupa. De la segunda carta que escribió San Pablo á la misma Iglesia aparece que los de Corinto no esperaron acerca de esto su respuesta ó que, si la esperaron, él habia dejado á su discrecion y caridad el cuidado de conducir y decidir este negocio; porque acerca de esto les escribió: “Basta á ese hombre haber sufrido la correccion que le ha sido impuesta por vuestra asamblea; y ahora mas bien debeis tratarle con indulgencia y consolarle, no sea que quede abrumado por un exceso de tristeza. Por tanto, os ruego le deis pruebas de caridad. Y por esto tambien os escribo, á fin de probaros y ver si sois obedientes en todo. Al que perdoneis algo, yo tambien le perdono; porque yo tambien si algo he condonado lo he condonado por vosotros en persona

de Jesucristo (1).” En este pasage alude tambien San Pablo á la severidad de la pena impuesta, en cuanto lo habia sido públicamente por toda la asamblea de los fieles. Ruega, pues, á estos perdonen á este hombre y le consuelen; y añade que ya ha confirmado la sentencia que ellos han pronunciado ó que van á pronunciar. Luego es claro que no se trata aqui de un acto de ministerio relativo á la remision de un crimen, porque semejante acto no está en las facultades de la grey.

Pero de ese mismo testo aparece tambien no menos claramente que se acortó la duracion del castigo y se revocó la primera sentencia antes de que se ejecutase enteramente, y esto á consecuencia del dolor estrordinario manifestado por el penitente y que se reputaba ya como equivalente á lo que le quedaba por cumplir. Y hé ahí precisamente lo que nosotros llamariamos indulgencias, ó remision de la penitencia impuesta por la Iglesia, como compensacion ofrecida á la justicia divina. Forzoso es tambien se mirase como perfectamente válida á los ojos de Dios esta rebaja ó remision de la pena; porque el castigo habia sido impuesto para asegurar la salvacion de aquella alma; y ¿no se habria puesto en peligro esa salvacion, si á pesar de la rebaja y remision de la penitencia no hubiese sido asegurado el mismo resultado?

(1) II ad Cor. II, 6, 10.

Después de este tan memorable ejemplo, consignado en la palabra de Dios, no nos sorprenderá ver á la Iglesia atribuirse en los primeros siglos y ejercer semejante poder bajo todos conceptos. Ella debió naturalmente imitar á los Apóstoles, imponiendo como ellos castigos temporales, y luego perdonándolos ó modificándolos. Para mejor haceros comprender su práctica en este punto, es necesario diga yo algunas palabras acerca de la penitencia canónica. Desde el tiempo de los Apóstoles, estaba en uso que aquellos que habian caído en faltas graves las confesasen públicamente; de esto os he citado ya uno ó dos ejemplos al hablar de la confesion. Después debían sujetarse á una penitencia también pública y que se llamaba canónica por razon de los cánones ó leyes que arreglaban su naturaleza y su manera. Estos penitentes, segun vemos por Tertuliano y otros autores antiguos, se cubrian con vestidos negros y vastos, y si eran hombres se les cortaba el pelo (1). El primer día de Cuaresma se presentaban en medio de la asamblea de los fieles ante el obispo ó sacerdote presidente, el cual les ponía ceniza en la cabeza; costumbre que se ha conservado en la Iglesia católica, y desde entonces recibió ese día el nombre de miércoles de Ceniza. La duracion de la penitencia variaba segun la gravedad de la ofensa; unas veces era de

(1) Tertul. lib. de Pœnit.—S. Pacian. Parœnes. ad Pœnit. lib. II, etc.

B. del C.—Tomo X.—CONFERENCIAS DE WISEMAN, Tom. II. 16

cuarenta dias ; otras de tres , siete y aun de diez años ; y para ciertos crímenes enormes no tenia otros límites que la vida del pecador. Mientras estaba sujeto á ella, le estaba prohibido todo placer ; ocupaba su tiempo en la oracion y en obras buenas, haciendo un riguroso ayuno, no presentándose en la iglesia sino en los dias de fiesta , y alli se colocaba en el sitio destinado á los penitentes de su clase , primeramente quedándose postrado ante la puerta , y siendo luego admitido despues de cierto tiempo á lo interior del templo , pero quedando escluido de asistir á una parte de los misterios hasta que hubiese concluido todo el tiempo que se le habia prefijado en la penitencia.

Hay poderosas razones para creer que en la mayor parte de los casos la absolucion precedia á la imposicion de esta penitencia , ó al menos que era concedida durante su cumplimiento ; por manera, que la satisfaccion seguia en todo ó en parte á la absolucion sacramental. La Iglesia de Roma y muchas otras acostumbraban admitir todos los años á los penitentes á la comunión el Jueves Santo, cosa imposible si el perdon les hubiera sido negado hasta el fin de la penitencia canónica. Inocencio I, San Gerónimo y el Concilio de Agde celebrado en 506 hacen mencion de esta costumbre (1).

Sin embargo, aunque la Iglesia daba el mayor va-

(1) Véase Belarmino, tom. III, p. 960. Paris, 1613.

lor y la mas alta importancia á estas observancias canónicas, ella se reservaba el derecho de mitigarlas en ciertas circunstancias que ahora voy á explicar.

1.º Un vivo pesar y un fervor extraordinario manifestados por el penitente en el cumplimiento de la pena impuesta, eran mirados siempre como suficiente motivo para perdonarle una parte proporcionada de la pena. El Concilio de Nicea disponia acerca de esto lo siguiente: “En todos los casos se debe atender á las disposiciones y carácter del arrepentimiento. El obispo puede usar de indulgencia con aquellos que con un santo temor, con sus lágrimas, con su paciencia y sus buenas obras muestren la sinceridad de su conversion, despues que haya pasado algun tiempo, y comenzarán á comunicar con los fieles en las oraciones; pero no con aquellos cuya indiferencia es manifesta y que creen que les basta poder entrar en la iglesia. Estos deberán observar y cumplir todo el período de la penitencia (1).” San Basilio dice tambien: “El que tiene el poder de atar y desatar puede abreviar el tiempo de la penitencia á los que están verdaderamente contritos (2).” Y el Concilio de Lérida: “Esté en las facultades del obispo abreviar la separacion de los penitentes realmente contritos, ó tener á los negligentes separados durante mas tiempo del cuerpo de la Iglesia.” El de Ancyra, celebrado el año 314, espedia el de-

(1) Can. XII. *Conc. gen. t. II*, p. 35.

(2) *Epist. can. ad Amphilocho*.

creto siguiente: “Decretamos que los obispos, después de haber examinado la vida y conducta (de los penitentes) tengan facultad para su indulgencia con ellos ó para prolongar la duracion de su penitencia. Pero sobre todo examinen su vida anterior y siguiente y así los traten con dulzura (1).”

2.º El estar encima una persecucion era otro motivo que inducia á la Iglesia á abreviar la duracion de las pruebas canónicas, porque los penitentes tendrían entonces ocasion de dar testimonio de su arrepentimiento en otra clase de pruebas, y porque se juzgaba prudente fortalecerles antes del peligro dándoles la Santa Eucaristía y haciéndoles participantes de las oraciones de la Iglesia. Esta era la práctica que observaba la Iglesia, segun refiere San Cipriano: “El que ha dado la ley, dice este Padre, ha prometido que lo que nosotros atemos en la tierra, será atado en el cielo, y que lo que en la tierra desatáremos, también sería desatado en el cielo. Ahora bien: no es á los enfermos sino á los que están llenos de salud, á los que es necesaria la paz de la reconciliacion; no es á los moribundos sino á los que están llenos de vida, á quienes se debe estender, á fin de que aquellos á quienes escitamos al combate, no queden desprovistos de armas, sino que sean fortalecidos por el cuerpo y la sangre de Cristo. Porque siendo el efecto de la

(1) *Conc. gen.*, t. I, Can. V., p. 1438.

» Santa Eucaristía comunicar fuerzas á los que la reciben, no debemos privar de este socorro á los que queremos poner en guardia contra el enemigo (1).”

3.º Concedíase la misma indulgencia á los penitentes cuando se hallaban en peligro de muerte, segun vemos por los decretos del Concilio de Cartago: “Cuando un pecador pida ser admitido á la penitencia, el sacerdote, sin distincion de personas, imponga lo que los cánones prescriben. A los que muestren negligencia se les admitirá con mas dificultad. Si alguno, segun testimonio de los demás, despues de haber implorado el perdon, se hallare en inminente peligro de muerte, sea reconciliado por la imposicion de las manos y reciba la Eucaristía. Si sobrevive, adviértasele que se accedió á su demanda, y entonces sujétese á las reglas ordinarias de la penitencia por todo el tiempo que estime conveniente el sacerdote que le impuso la penitencia (2).” Estas palabras del Concilio nos muestran en primer lugar que la penitencia canónica debia continuarse despues de la absolucion y de la admision á la Eucaristía, que por consiguiente su objeto era satisfacer por el pecado perdonado; y en segundo lugar nos muestran que la Iglesia se creia competente para mitigarla por indulgencia; porque esta penitencia despues de restablecido el enfermo no debia cumplirse en todo su rigor,

(1) Epist. LVII, p. 116, 117.

(2) Conc. gen. t. II; can. 74, 76; p. 1295.

sino que el sacerdote hacia en ella la modificacion que creia conveniente. Y el Papa Inocencio I, que ya le nombrado antes, confirma en su epistola esta ley de disciplina. “Es un deber del sacerdote, dice, conocer bien la gravedad de los pecados antes de juzgar; asi, pues, examinará la confesion del penitente y las señales de su arrepentimiento, y le absolverá despues que haya exigido de él una conveniente satisfaccion; pero si hay peligro de muerte deberá absolverle antes de la Pascua, no sea que muera sin recibir la comunión (1).”

4.º San Agustin nos da á conocer otro motivo por el cual se mitigaba algunas veces el rigor de las penitencias públicas. Ese motivo era cuando personas que gozaban de legitimo influjo con los Pastores de la Iglesia, intercedian por el pecador arrepentido. A la manera, dice, que los sacerdotes no imploran en vano la compasion de los magistrados civiles en favor de los criminales condenados; así ellos por su parte admiten los buenos oficios de los magistrados que interceden por los pecadores sujetos á la penitencia (2).

5. Pero el motivo principal de esta indulgencia ó de estas mitigaciones, el que quizá estaba admitido de mas antiguo, y el que incluye en sí mas exactamente todos los principios en que hoy está basada la

(1) Epist. ad Decent. *Conc. gen.*, t. II, p. 1247.

(2) Epist. ad. Maced. 54.

indulgencia, era el siguiente: cuando los mártires, ó los que ya estaban á punto de recibir la corona y que con sus padecimientos habian dado ya testimonio de su amor á Jesucristo, eran metidos en las cárceles, los infelices cristianos que despues de una deplorable caida habian sido sometidos á la penitencia, recurrían á su mediacion, y logrando por escrito una recomendacion de alguno de estos generosos confesores de la fé, se presentaban á los Pastores de la Iglesia los cuales los recibian á la reconciliacion y al mismo tiempo les perdonaban la penitencia que aun les faltaba cumplir.

Tertuliano, el Padre mas antiguo de la Iglesia latina, es el primero que hace mencion de esta práctica en dos ocasiones diferentes que dan á su testimonio un interés bien penoso por cierto. En la primera, antes de su caida, Tertuliano aprueba este uso; puesto que despues de haber exhortado á los confesores de Jesucristo á conservarse en su estado de paz y en la comunión de la Iglesia, prosigue así: “Algunos en la Iglesia, no teniendo esta paz, acostumbran implorar la intercesion de los mártires que se hallan presos: por tanto debeis poseerla vosotros mismos, fomentarla y conservarla en vosotros, á fin de que en caso necesario podais concederla á los demas (1).” Aquí se ve que Tertuliano habla de la costumbre sin reprobársela; aun mas, parte de su conveniencia para

(1) Ad Martyr. cap. I.

en ella fundar su exhortación á los mártires. Pero después que Tertuliano se separó de la verdadera fé por abrazar la fanática austeridad de los discípulos de Montano, reprendia severamente esta práctica á la Iglesia como un abuso, y al mismo tiempo esponia su principio con términos mas claros: “Bástele al mártir, dice entonces, haber expiado su propio pecado; propio es de un espíritu orgulloso prodigar á los demás lo que para sí le ha costado tanto conseguir.” Y luego dirijiéndose al mártir se espresa asi: “Si tú mismo eres pecador como el aceite de tu lámpara ha de bastar para tí y para mí (1)?” En estas palabras se nos descubre claramente la creencia de la Iglesia que Tertuliano reprueba. Los mártires sustituan la eficacia de sus padecimientos á la penitencia que por su intercesion se mitigaba, y podia entrar con ellos en una comunión de méritos.

En el siglo siguiente, San Cipriano confirma esta práctica y los motivos que la apoyaban, pues se expresa en los términos siguientes: “Creemos que los méritos de los mártires y las obras de los justos pueden mucho ante el justo juez (2).” Y en una carta á los mártires les escribía del siguiente modo: “Mas para esto, tener cuidado de designar por sus nombres aquellos á quienes deseais se les conceda la paz (3).” Y escribiendo á sus sacerdotes, les prescribe el uso

~~44) De Pudicit. cap. XXII.~~

(2) *De Lapsis.*

(3) Epist. XV.

que deberán hacer de semejantes recomendaciones: "Como aun no me es posible volver á vosotros, pienso que no debe privarse á nuestros hermanos del socorro que se les ofrece. Aquellos, pues, que han recibido de los mártires cartas de recomendacion, de las cuales deben sacar provecho delante de Dios, podrán en ausencia nuestra, si les pone en peligro alguna enfermedad, confesar su crimen ante el ministro de la Iglesia y recibir la absolucion, á fin de que en la presencia de Dios aparezcan con esa paz que por ellos solicitan los mártires en sus cartas (1)."

Queda, pues, probado que antiguamente la Iglesia relajaba ó mitigaba el rigor de las penitencias en consideracion á los mártires que intercedian y parecian tomar sobre sí mismos la pena incurrida por los penitentes con arreglo á las instituciones canónicas. La práctica produjo sin duda abusos, pues de ellos se lamenta San Cipriano, y los escritos que de él he citado tenían por objeto corregirlos y aun restringir el uso de las cartas de los mártires; pero jamás puso en duda el principio mismo; antes por el contrario, reconoce y admite que en todos los casos debe obrarse con arreglo á ese principio.

Demos ya un paso mas, y la semejanza será completa entre las antiguas indulgencias y las indulgencias actuales. Los ejemplos que he citado tienen prin-

principalmente por objeto una disminucion de pena y no una conmutacion; lo cual parece formar el carácter especial de las indulgencias tal como hoy dia se usan. Y aun cuando la disminucion de la pena y la sustitucion de otra pena mas ligera sean en el fondo una misma cosa, puesto que ambas no son otra cosa que una mitigacion aunque bajo diferente forma; sin embargo, podemos apoyar en el testimonio de la antigüedad nuestra doctrina acerca de este último punto. El Concilio de Ancyra, que ya he citado mas arriba, sanciona espresamente la conmutacion de la penitencia pública á los diáconos que solo una vez hubieren caido y que despues perseveraban. Mas tarde, otro Concilio permite que se sustituyan otras buenas obras al ayuno, parte esencial de las antiguas penitencias, cuando se trata de personas cuya salud no lo permite. El venerable Beda hace tambien mencion de la misma forma de indulgencia por conmutacion.

En cuanto á las indulgencias, tal como se usan en los tiempos modernos, no son otras que las que se concedian en los primeros siglos, con sola una diferencia. La penitencia pública ha desaparecido de la Iglesia, no porque haya sido formalmente abolida, sino á consecuencia de la mitigacion de la disciplina y de la transformacion de costumbres obrada por la invasion de las tribus septentrionales. Teodosio de Cantorbery fué el primero que introdujo la práctica de la penitencia secreta y en el siglo VIII se hizo general la práctica de sustituir la oracion, las

limosnas y otras obras de caridad á las rigurosas expiaciones prescritas en los antiguos tiempos. Sin embargo, hasta el siglo XIII no cayó completamente en desuso la práctica de la penitencia pública. La Iglesia, empero, por mas débiles que sean las probabilidades de éxito, ha conservado siempre el deseo de hacer revivir la disciplina y el fervor de los primeros siglos. Por eso no ha abolido las antiguas disposiciones, no las ha sustituido formalmente otras prácticas; sino que prefiere considerar estas como una mitigacion de lo que ella todavia se cree autorizada para prescribir. La única diferencia entre la antigua y la nueva disciplina consiste, pues, en que la mitigacion ó la conmutacion ha venido á ser la forma ordinaria de satisfaccion que, aunque con harto pesar suyo, juzga prudente exigir. De tal modo es este el espíritu y pensamiento de la Iglesia que, segun vemos por una carta del Papa Alejandro III al arzobispo de Cantorbery, acostumbraba en otros tiempos á añadir estas palabras cuando concedia una indulgencia: "*por la penitencia impuesta*:" con lo cual queria recordar que la indulgencia se referia en su origen á la penitencia canónica. Muchos Concilios y Papas hasta Leon X han confirmado esta fórmula.

De todo lo que lleve dicho debe concluirse que la indulgencia, tal como se concedia en lo antiguo y tal como hoy dia se concede, descansa ó se apoya en estos principios comunes: 1.º Por el pecado perdonado es debida á Dios una satisfaccion, anteriorada y regu-

larizada por la Iglesia; 2.º La Iglesia tiene facultad para mitigar, abreviar ó conmutar la penitencia que ella impone, y siempre ha mirado estas mitigaciones como válidas delante de Dios que las sanciona y acepta; 3.º Los padecimientos de los Santos, unidos á los méritos de Jesucristo y en virtud de los méritos de Jesucristo son un motivo suficiente para conceder estas mitigaciones; 4.º Las indulgencias, concedidas oportunamente y segun las reglas de la prudencia, conducen al bien espiritual de los fieles.

Estas diversas consideraciones nos dan la clave de muchos puntos relativos á la práctica de las indulgencias; por ejemplo, nos sirven para explicar los términos usuales.

1.º El periodo de tiempo por que se concede una indulgencia, puede parecer arbitrario; así se dice una indulgencia de cuarenta dias, de siete, de treinta, de cuarenta años, ó una indulgencia plenaria. Pues bien; estos diversos periodos son precisamente los que antes se señalaban para la duracion de las penitencias públicas; por manera que estas palabras significan hoy que la indulgencia es recibida por la Iglesia como el equivalente de una penitencia de la misma duracion. Por consiguiente, la indulgencia plenaria es una sustitucion por todo el tiempo de todas las antiguas inflicciones penitenciales.

2.º Estas palabras *remision de los pecados*, que ordinariamente se ven en las fórmulas de indulgencias, se aplican del mismo modo. Habia en otro tiempo dos clases de remisiones: la remision sacramental, que por

cedia generalmente ó interrumpia el curso de la penitencia pública, segun ya os he mostrado respecto de la Iglesia de Roma, no era otra que la absolucion de la falta interior en el secreto tribunal de la Penitencia; pero la absolucion ó remision, dada á la faz de la Iglesia, no se concedia antes de que se cumpliese enteramente la satisfaccion pública, puesto que era el acto con que se la ponía fin. Ahora bien: por las indulgencias, segun ya he demostrado estensamente, la Iglesia no se propone por objeto la culpabilidad interior ó el castigo eterno en que se ha incurrido por el pecado, sino únicamente la pena temporal y su necesaria expiacion. Luego cuando de la indulgencia se dice que es la remision ó el perdon del pecado, esta espresion debe únicamente entenderse de la falta exterior, de esa parte del pecado que era de la competencia de los antiguos cánones penitenciales. Por lo demas, está fuera de toda duda este punto por la práctica de la Iglesia que, cual siempre lo ha hecho, prescribe la confesion y la comunión, es decir, el estado de gracia, como preparacion indispensable para la recepcion de la indulgencia. Luego la remision del pecado debe preceder á la participacion de todo favor de esta clase.

3.º La palabra misma indulgencia aparece ya bien clara y propia. Los errores que se cometen, al juzgar de nuestras doctrinas proceden mas ordinariamente de una falsa interpretacion de nuestros términos que de otra causa alguna. Supónese que la indulgencia se refiere á alguna cosa actualmente existente;

y como no se sabe qué es lo de que ella puede ser mitigacion, se presume que se concede á la perpetracion misma del mal. Empero, considerada bajo el punto de vista de su origen, como la espresion del mitigamiento introducido en aquel rigor con que la Iglesia de Jesucristo en los dias de su primitivo fervor castigaba al pecado, esta palabra presenta al espíritu un sentido profundo; llena de temor al alma, y al mismo tiempo la alienta; nos recuerda cuán distantes estamos de la severidad de los juicios que los Santos formaban acerca de las transgresiones de la ley divina; es como una protesta de la Iglesia contra nuestras degeneradas virtudes; nos escita á aprovecharnos de la sustitucion que se nos concede, segun el espíritu de su institucion original, y á suplir su imperfeccion con la oracion y con obras particulares de mortificacion y de caridad.

Se objeta que algunas veces las obras que se nos prescriben para ganar las indulgencias son enteramente profanas y aun impías; que en los tiempos pasados no tenian otro objeto que llenar de dinero las arcas del clero; y en fin, que hoy son prescripciones frívolas y sin importancia.

I.

Hermanos míos, estas acusaciones tienen por principio la ignorancia; provienen, segun he dicho antes, de que no se comprende el verdadero sentido que nos-

otros damos á las palabras. En la edad media, la Europa vió á sus príncipes y emperadores, á sus caballeros y á sus nobles, abandonar sus hogares y su pátria y consagrarse á una guerra cruel en un clima lejano, para reconquistar de los infieles el sepulcro de Jesucristo. Y ¿qué recompensa les proponia la Iglesia? ¡Una indulgencia! Y la forma en que se concedia prueba lo que ya he dicho, á saber: que esa conmutacion se la miraba como destinada á reemplazar la penitencia canónica. Y lejos de que tendiese á fomentar el vicio y el pecado, suponía antes bien una grande abnegacion en el designio, y una gran pureza de intencion; lo cual muestra ademas que la Iglesia, al concederla, no se llevaba otra mira que la santificacion de sus hijos, puesto que hacía de ella el premio de una empresa que entonces era reputada la mas honorifica y gloriosa. “A todo el que (son palabras »del célebre Concilio de Clermont) á todo el que mo- »vido solamente de devocion y no con el objeto de »adquirir honores y riquezas, marche para librar la »Iglesia de Jerusalem, reputésele este viage por peni- »tencia total (1).” Puede decirse que muchos marcharon, impelidos por un sórdido interés ó por motivos todavia peores; pero ¿y qué? entonces ellos no participaron del beneficio espiritual de esta indulgencia.

(1) *Quicumque pro sola devotione, non pro honoris vel pecunie adeptione ad liberandum Ecclesiam Dei Jerusalem profectus fuerit, iter illud pro omni pœnitentia reputetur. A. D. 1095.*

Hombres como Godofredo y San Luis eran los que la Iglesia deseaba escitar á los combates de Cristo; y pluguiera al cielo que solo hubieran ido hombres de este carácter, hombres que hubiesen hecho mas caso de los dones espirituales que se les ofrecian que de sus diademas terrenales y del reposo de la patria! Ellos habrian sido cortos en número como el ejército de Gedeon; pero tambien como este habrian vencido por la virtud del Altísimo. Y ¿quién osaria decir que este género de sustitucion ó de conmutacion fuese una relajacion de las antiguas leyes disciplinares? El genio y los cuerpos de hierro de aquellos guerreros del Norte no se avenian fácilmente con las postraciones, con las lágrimas y los ayunos de la penitencia canónica; era difícil sujetar sus impetuosas pasiones á la práctica uniforme de las virtudes severas. Pero la Iglesia, que no lo ignoraba, obró con prudencia y sabiduria, les hizo un llamamiento para reprimir las agresiones de un enemigo que le habia robado un tesoro que ella amaba tiernamente; de un enemigo que habia estinguido la antorcha de la fé en una de sus predilectas provincias. Y luego ¿no podia ella temer que ese enemigo llevase sus conquistas, como él mismo amenazaba, hasta su propio seno, hasta la capital de su imperio? Tuvo pues razon para despertar el valor de sus hijos, para armarlos con el estandarte de la salud y lanzarlos á la conquista, haciendo asi de esa misma rudeza de carácter que se negaba á la humillacion, el instrumento de una penitencia que exigia en el mas alto

grado energia, fuerza y valor. Y cuando se considera la constancia y admirable paciencia con que sobrellevaron todos sus males, los peligros de mar y tierra, los de falsos hermanos, la guerra, el hambre, la cautividad, la peste, y todo esto por una entusiasta abnegacion á la causa religiosa, por un amor caballeroso á los recuerdos de la Redencion, ¿osará nadie decir que la indulgencia que les fué concedida merecia realmente este nombre, ó que no imponia mas de una obra frívola y ridicula? El objeto ¿no justificaba la concesion? Tal vez no falten quienes duden de ello, porque nunca faltan corazones de hielo que por su temperamento glacial miden la abnegacion de los demas, y que por sus códigos de convencion y sus teorías modernas juzgan de los sentimientos que animaban á una época lejana y de unos hombres vaciados en moldes mas nobles. Para esos tales, el entusiasmo de las Cruzadas es frenesí, y el suelo regado con la sangre del Redentor no vale la pena de ser conquistado. Mas por lo que á nosotros toca, bástanos saber que los que distribuyeron favores espirituales á aquellos guerreros que colocaban sobre sus hombros la cruz, juzgaron muy de otro modo, creyeron que la empresa era digna del valor del cristiano y que podia ser para él un manantial de gloria.

II.

Ahi teneis, hermanos mios, las indulgencias que nuestros adversarios dicen concedidas con un objeto
B. del C.—Tomo X.—CONFERENCIAS DE WISEMAN, Tom. II. 17

profano y aun impío! Pero ¿y qué diremos de la otra acusacion? ¿qué diremos de la avaricia que diz las ha multiplicado desmedidamente? ¿No ha sido ella el móvil que hubo para la institucion del Jubileo? ¿No aspiraba el Soberano Pontífice á llenar sus arcas con las contribuciones de millares de peregrinos, ávidos de ganar sus indulgencias particulares?... Pero cuenta que yo mismo he sido testigo de una de esas solemnidades lucrativas, porque me hallaba en Roma cuando el venerable Pontífice Leon XII abrió y cerró el Año Santo. Yo he visto aquellos millares de peregrinos acudiendo de todas partes y recorriendo la ciudad; he notado sus vestidos desgarrados, y sus cuerpos estenuados de fatiga; los he visto por la noche llenar los conventos y los hospitales, y dormir en los lechos que la caridad de los ciudadanos les proporcionaba; los he visto servidos á la mesa por los príncipes y los prelados, y hasta por el mismo Soberano Pontífice; pero..... los tesoros amontonados en los cofres romanos no los he visto. Oía sí hablar de las abundantes bendiciones reportadas por los peregrinos y de las lágrimas de gratitud que al despedirse de nosotros les arrancaba la memoria de nuestra caridad; pero de joyas ofrecidas á las urnas, de oro dado á los clérigos..... ni siquiera una palabra he oido decir. He sabido que los fondos de los institutos de caridad habian sido agotados y que para atender á los gastos de la hospitalidad habian contraido grandes deudas. Si pues, á pesar de esto, la ganancia y la utilidad han sido para la ciudad católica, es al pare-

cer porque cuenta haberse amontonado en el cielo un rico tesoro de bendiciones; porque allí y solo allí ha querido ella que en esta ocasion fuese conservada la memoria de sus hechos. ¿Direis era loca y vana la empresa de aquellos hombres que se imaginaban obtener la remision de sus pecados por una excursion á la ciudad Santa y desatendiendo sus deberes domésticos? Yo quisiera hubiéseis visto reunido aquel gentío para oír la palabra de Dios, no solamente en las iglesias, harto pequeñas para contener á todos los oyentes, sino en las plazas y encrucijadas; yo quisiera hubiéseis visto á la inmensa multitud apiñarse á la puerta de todos los confesonarios y en derredor de los altares para participar de los divinos misterios; yo quisiera pudiéseis saber cuántas posesiones mal adquiridas han sido restituidas, cuántos libros inmorales é irreligiosos destruidos, cuántas conversiones de pecadores endurecidos datan de esa época. ¡Ah! entonces quizá comprenderíais por qué hombres y mugeres emprendieron tan penoso viage; tal vez entonces os convenceríais de que no era indulgencia para el crimen ni facilidad para la perpetracion del mal lo que ellos buscaban y lo que se les ofrecia en aquella piadosa solemnidad.

Este bosquejo, aunque pálido y débil, del último jubileo, puede aplicarse á todos los demas. El primero, celebrado en 1500 estuvo muy lejos de atraer, como falsamente suponen algunos, multitud de peregrinos con las manos llenas de oro para emplearlo en la compra del perdon. De lo contrario tengo

antes bien una prueba que nos ofrece un interés todo personal. Entonces acudieron á Roma muchísimos ingleses; pero era tal la desnudéz y miseria en que llegaban que les era imposible hasta el proporcionarse algun abrigo. Su miserable estado escitó la compasion de un matrimonio (1) que no tenia hijos. Estos consortes determinaron establecerse en Roma y consagrar sus bienes al mantenimiento de los peregrinos ingleses. Con este objeto compraron una casa y pasaron el resto de sus dias en la práctica de esa virtud que tanto recomendaba San Pablo, «dando asilo á los extranjeros y lavando los pies de los santos (2).» Esta humilde fundacion fué recibiendo rápido incremento, y llegó á ser un objeto de caridad nacional. Contigua al establecimiento se edificó una iglesia dedicada á la Santísima Trinidad, llegando á ser ya tan considerable este establecimiento que mereció la régia proteccion. En los desgraciados dias en que Inglaterra se separó de la Iglesia, cesó de afluir á Roma el concurso de nuestros peregrinos; pero no fué enagenado el legado caritativo. Una ley cruel prohibió la educacion del clero católico en su patria; y entonces el sábio Pontífice Gregorio XIII decidió que, si los habitantes de nuestra isla no iban ya á renovar su piedad y su fidelidad ante el sepulcro de los Apóstoles, aquella piadosa institucion,

(1) Estos consortes se llamaban Juan y Adelaida Shepherd.

(2) 1. ad Timoth. V, 10.

consagrada en un principio á su mantenimiento , se emplearia en enviarles lo que ellos no iban á buscar en persona , por medio de sacerdotes celosos é instruidos que se hubieran imbuido bien en la fé ó que hubieran renovado su fervor cabe aquellas sagradas cenizas. El hospital de peregrinos ingleses quedó convertido en un colegio para la educacion de los eclesiásticos, de los cuales muchos de los que en él fueron educados sellaron la fé con su sangre en los cadalsos de nuestras ciudades. Y despues que han vuelto los dias de paz , permanece aún como un monumento de la caridad , si bien muy grato á muchos corazones , á nadie mas que á mí, y es al mismo tiempo un recuerdo de la pobreza y miseria de aquellos á cuyo alivio y recepcion fué destinado en su origen.

Empero no quiero yo inferir de aqui haya estado exenta de todo abuso la práctica de las indulgencias en la edad media y en épocas mas cercanas. Grandes y frecuentes abusos han nacido de la avaricia , de la rapacidad é impiedad del hombre , especialmente cuando la indulgencia se publicaba en favor de fundaciones religiosas ó caritativas en que á menudo venian á mezclarse motivos personales. Pero si digo esto, tambien puedo decir que siempre lo ha deploorado la Iglesia y procurado remediarlo. Esos abusos fueron severamente condenados por Inocencio III en el Concilio de Letran en 1139, por Inocencio IV en el de Lyon en 1245, y mas enérgicamente todavía,

y todavía mas espresamente por Clemente V en el Concilio de Viena de 1311. El Concilio de Trento en un estenso decreto reformó completamente los abusos que poco á poco se habian ido introduciendo en esta materia y que por desgracia habian servido de pretesto á Lutero para efectuar su separacion de la Iglesia.

Pero aun en esas lejanas épocas se comprendian muy bien así la fuerza real como las condiciones y requisitos de las indulgencias; y nadie las comprendía mejor que el mas calumniado de los Pontífices, Gregorio VII, quien en una carta dirigida al obispo de Lincoln esplica estensamente las disposiciones que se requieren en quien quiere aprovecharse de las indulgencias concedidas por la Iglesia.

Mas acaso se nos pregunte por qué conservamos un nombre que ha dado márgen á tantos errores y á tantas calumnias; por qué no le sustituimos otro que no tenga relacion alguna con prácticas ya desusadas. A estas preguntas, hermanos míos, contestaré que nosotros somos una raza de hombres que amamos la antigüedad hasta en las palabras; nos asemejamos á los antiguos romanos que reparaban y preservaban de la destruccion la choza de Rómulo, siquiera á los extranjeros que la visitaban les pareciese un monumento sin valor y de escaso interés. A los oficios de Semana Santa damos el nombre de tinieblas, porque esta palabra nos recuerda aquellos tiempos en que la noche se empleaba en cánticos de tristeza ante el al-

tar del Señor. Hemos conservado la palabra *bautismo*, que significa immersion, aun cuando ya no se celebre de esta manera ese rito. Nosotros nos apegamos á los nombres que tienen su origen en el fervor y en la gloria de nuestro pasado; difícilmente renunciamos á los recuerdos que van ligados siquiera sea á unas sílabas; y jamás los repudiaremos ante los votos y esfuerzos de hombres que de ellos se sirven para atacar y destruir la creencia que ellos espresan. Pues bien: no hay otro vocablo que espresé tan perfectamente nuestra creencia como ese *nombre célebre*, por servirme de las palabras del Concilio de Trento.

III.

Y despues de lo que llevo dicho ¿será necesario me detenga en hablar del método que se adopta para ridiculizar las indulgencias y que consiste en despre-
ciar las obras de piedad y de devocion á que van anejas? Aun cuando esta acusacion tuviera algun fundamento, deberia hacerse esta pregunta: los católicos, á consecuencia de estas indulgencias ¿hacen menos por Dios que sus acusadores, ó que ellos mismos no harian si no les fueran concedidas? No, responderia yo sin vacilar. ¿De qué buenas obras estamos dispensados por la indulgencia aneja á un dia de fiesta? ¿Rezamos alguna oracion menos que los protestantes ó

que las que rezan en otras ocasiones los católicos? Al contrario; pues que la Iglesia tiene pocas esperanzas de volver á poner en vigor una disciplina mas severa, ¿no obra prudentemente haciendo de esas obras, por pequeñas que sean, unas condiciones rigurosas cuyo cumplimiento, á falta de lo que antes se hacia, se hace mas provechoso á la salud espiritual de los fieles? Por lo que á vosotros toca, católicos hermanos míos, bien sabeis que de nada os servirán las indulgencias sin una íntegra y sincera confesion de vuestros pecados y sin una digna recepcion de la divina Eucaristía; sabeis que el retorno de cada época en que la Iglesia os ofrece sus espirituales favores, es para vosotros un aviso para que descargueis vuestra conciencia del peso de sus pecados y para que os volvais á Dios por un sincero arrepentimiento; sabeis que sin este saludable aviso os dormiriais de mes en mes en la negligencia y en el olvido sin hallar en vosotros mismos valor para cumplir con tan difíciles deberes. Las limosnas que entonces distribuís y las oraciones que rezais, son santificadas por una conciencia mas pura y por la esperanza de que son doblemente gratas en Dios en cuanto que os conformais á las disposiciones de su Iglesia. Permitidme añadir que no está ya lejos una de esas épocas de perdon; os conjuro, pues, á que no la dejeis pasar desapercibida. Preparaos pues á ella con el fervor de vuestras almas; entrad en ella con un corazon humilde y contrito; sabed aprovecharos de la liberalidad con que la Esposa de Jesucristo abrirá el tesoro de las

misericordias á sus fieles hijos. Así es como las indulgencias producirán en vosotros su doble efecto: la práctica de virtudes mas perfectas y el adelantamiento y provecho espiritual de vuestras almas.





CONFERENCIA XIII.

INVOCACION DE LOS SANTOS: DE LAS RELIQUIAS Y DE LAS IMAGENES.

Y habiendo entrado el Angel, la dijo: «Dios te salve, llena de gracia: el Señor es contigo; bendita eres entre todas las mugeres.»
(*Luc. I, 28.*)

ESTAS palabras, hermanos míos, están sacadas del Evangelio que se ha leído en la festividad de hoy (1); festividad que, como su mismo nombre lo indica, nos recuerda la alta dignidad conferida á la Madre del Redentor por ministerio del ángel que Dios le envió al

(1) 25 de marzo de 1836, fiesta de la Anunciacion de Nuestra Señora y viernes de Dolores. (*N. del T.*)

efecto; festividad que los cristianos de todas las comuniones habian en otro tiempo inscrito en sus calendarios, como monumento y recuerdo de esa creencia que unánimemente profesaban, pero que hoy ha venido á ser propiedad esclusiva de una parte de sus herederos en la fé y un manantial de fecunda y vulgar acusacion contra ellos. Porque hoy voy á hablaros de los honores que la Iglesia católica tributa á los grandes siervos de Dios, y sobre todos ellos, á la que nosotros llamamos Reina de los Santos, á la que veneramos como Madre de Dios y de los Santos. Lo que me propongo en este día, es esponeros los motivos de nuestra creencia y de nuestra práctica en esta parte, así como tambien algunos otros puntos que son su consecuencia natural.

Hermanos míos, nada parece mas conforme á la naturaleza humana que el volver con amor y respeto nuestros ojos á los que nos han precedido en nuestra carrera y en quienes brillaron en un grado eminente cualidades dignas de nuestro aprecio y de nuestra veneracion. No hay nacion alguna que no tenga sus héroes y sus sabios, cuyas máximas y cuya vida han sido propuestas á las generaciones que les siguieron como modelos y reglas que debian imitar y seguir. La antigua raza humana tuvo tambien, segun refiere la Escritura, sus gigantes, sus hombres famosos: fuéronlo los que marcharon á pasos mas agigantados que sus descendientes en los medios de distinguirse, ora en el orden natural, ora en un orden de cosas mas elevado; hombres cuya fa-

ma se hizo propiedad del mundo todo y cuya memoria se ha mirado como un deber amar y conservar, cual público y comun tesoro, cual gloria y ornamento de nuestra naturaleza.

Pero ¡ah! ¡y cuán de otro modo discurren algunos cuando de Religión se trata! Muchos se imaginan que el medio mejor de ensalzar la sociedad religiosa, fundada por Jesucristo, es despreciar la gloria de los que fueron sus mas bellos ornamentos, desacreditar los modelos de virtud mas acabados que habian ofrecido al mundo, rebajar hasta mas abajo del nivel comun á unos hombres que habiéndonos precedido en una misma creencia no se contentaron con dejarnos de ella con su ejemplo la demostracion mas perfecta, sino que ademas con sus trabajos, sus padecimientos y escritos nos aseguraron su herencia. Esto lastima cruelmente todas nuestras naturales afecciones; sí, las lastima, y cruelmente, el ver á los héroes verdaderos de la Iglesia de Dios, no solo despojados de los honores extraordinarios que les tributamos, sino escarnecidos y tratados con desdén y con desprecio; las lastima, y cruelmente, el ver haya cristianos que piensen servir la causa de la Religión representándolos como mas frágiles y mas inclinados al mal que el comun de los hombres, y que pretendan apoyarse con cierto placer y aire de triunfo en algunos lunares é imperfecciones de su vida.

Pero ¿qué digo? hasta se ha pretendido adelantar la causa del Hijo de Dios y hacer resaltar mejor la gloria de su mediacion, despedazando y desacreditan-

do la de aquella que él se escogió por Madre, y esforzándose por probar que hasta él mismo la mostró á las veces frialdad é indiferencia. Ni se ha temido afirmar que nosotros estamos dispensados para con ella de todo respeto, de todo afecto, alegando para ello el falso y sacrilego pretesto de que el mismo Salvador la habia faltado á los deberes de la piedad filial (1). Mas no es este el punto capital; nuestra creencia ha servido de pretesto para hacernos una acusacion de muy otra gravedad; se nos ha denunciado como idólatras, porque veneramos á los Santos, porque (si asi os place) tributamos culto á los Santos, y porque honramos sus imágenes y emblemas exteriores.—¡Idólatras! ¿Conoceis bien, hermanos mios, la fuerza y significacion de esta palabra? ¿Sabeis que es el oprobio mayor que puede hacerse á un cristiano? Las Santas Escrituras, ¿no hablan del crimen de idolatría, aun en el individuo, como del crimen mas horrible y abominable en la presencia de Dios? ¿Qué será, pues, si millares y millones de hombres se han hecho culpables de él?

¿Qué será, Dios mio, si de él se acusa, si de él se culpa á los que han sido bautizados en nombre de

(1) Este es el motivo que en mas de un discurso se alega contra nuestra devocion á la Santísima Virgen: Jesucristo, se dice, la trató con dureza, especialmente en dos ocasiones: Joann. I, 4; Matth., XII, 48.—No es aqui el lugar de entrar en el exámen de estos pasajes, y en especial del primero, del cual no tardaré en tener ocasion de hablar y de explicarle.

Jesucristo, á los que han participado del precioso y sagrado don de su Cuerpo y recibido el Espíritu Santo? ¿No es de ellos de quien San Pablo habia dicho ser imposible que se renueven por la penitencia (1)? ¿No es eso lo que San Juan llama pecado que va á la muerte, y por el cual no se debe orar (2)? De cierto, no saben lo que se dicen los que deliberadamente nos acusan de ese enorme crimen; y cuidado que no es de un simple error acerca de nuestras doctrinas de lo que tendrán que responder; tendrán ademas que responder de la calumnia mas atroz los que sin cesar y con una indigna y vil perseverancia van repitiendo la mas odiosa de las acusaciones, sin estar plenamente asegurados (y jamás podrán estarlo), ante Dios y en su conciencia, de la verdad de lo que dicen.

Porque, hermanos míos, ¿en qué consiste la idolatría? La idolatría consiste en tributar al hombre ó á cualquier otra criatura el homenaje, el culto y la adoracion que Dios se ha reservado para sí solo. Luego antes de formular contra nosotros semejante acusacion, seria menester probar que nosotros robamos á Dios ese culto y esos honores para darlos á la criatura.

Y ahora bien; ¿qué entienden los católicos por el culto que tributan á los santos y el respeto que tienen á sus imágenes? La definicion que de ello dan es

(1) Ad Hebr. VI, 6.

(2) I Joann. V, 16.

diametralmente opuesta á la noción de idolatría. Abrid todas sus obras, desde la voluminosa coleccion de los Concilios, hasta el catecismo mas elemental que anda en manos de los niños; todas enseñan unánimes que seria criminal, altamente criminal, tributar á los Santos, aun á los mayores Santos, y aun á los ángeles mas encumbrados, el culto y los honores que á Dios tributamos; todas enseñan que este culto y estos honores supremos solo pertenecen á Dios porque solo de él procede la gracia, solo él es la fuente y única fuente de la salvacion, de los dones todos espirituales y temporales, y porque ningun ser criado puede hallar en sí mismo poder, energía é influencia bastantes para otorgar nuestros votos y deseos. Indudablemente nadie dirá que no puede haber diferentes clases de homenajes y de respetos; nadie osará afirmar que nosotros derogamos ni menoscabamos el honor supremo que se refunde en Dios, cuando honramos al rey ó á sus representantes, á nuestros padres, ó á cualquier otra persona constituida en dignidad. ¿No causaria risa y lástima quien nos tachara de quitar á Dios lo que le es debido, porque pagásemos á otros nuestro tributo de estima y veneracion é implorásemos su asistencia ó su intercesion? Pero seria perder lastimosamente el tiempo el detenerse en probar que pueden tributarse á alguna persona homenajes y honores, de tal modo subordinados á Dios, que en nada deroguen á lo que á él es debido.

Lo que acabo de decir, aunque tan rápidamente,

forma toda la doctrina católica acerca de los Santos. Nosotros creemos que los Santos no poseen por sí mismos ningun poder y que en este sentido ni se les debe honrar ni respetar; pero al mismo tiempo sabemos tambien que ellos interceden, que ellos ruegan por nosotros ante Dios; y que por consiguiente es justo dirigirnos á ellos á fin de obtener su cooperacion á nuestras oraciones y su poderosa intercesion en nuestro favor. Esta distincion escluye la acusacion odiosa que se nos hace y que hasta repugnancia me ha causado el mencionarla. Porque dirigirnos á alguno para que interceda por nosotros á Dios, es poner desde el principio entre él y Dios un abismo insondable; es hacer de él un suplicante, un ser dependiente de la voluntad del Altísimo; pues bien: estos términos y estas ideas de súplica y de dependencia están en directa oposicion con todo lo que nosotros podemos concebir de los divinos atributos.

Y voy todavia mas lejos. En vez de robar nada á Dios, acrecentamos inmensamente su gloria. Cuando hacemos intervenir para con él á los santos en favor nuestro, lejos de privarle de los honores que le corresponden, creemos que es la manera mas noble y mas digna de servirle. Porque trasladándonos con la imaginacion hasta las mansiones celestiales, vemos á los escogidos suplicando por nosotros prosternados delante de él, ofreciendo al pié de su trono sus coronas y sus palmas, derramando en su presencia los perfumes de sus copas de oro que son

las oraciones de sus hermanos que están en este mundo (1) é intercediendo por la muerte y Pasión de su Hijo. Ciertó que siendo así pagamos á Dios el mas grandioso homenaje que en el cielo recibe; porque cada una de nuestras oraciones es para los Santos una ocasion para prostrarse ante él y difundir el buen olor de sus suplicaciones. Ahora bien: siendo esta, como lo es, la doctrina católica, saquemos de aquí la consecuencia de que Dios debe tener por gratos y aceptables los honores que tributamos á las reliquias de los Santos, á sus imágenes, y á todos los emblemas que los traen á nuestra memoria. Nosotros creemos que el respeto y veneracion que profesamos á estos sagrados restos hallan gracia delante de Dios, pues que á Dios mismo es á quien se dirigen por medio de sus siervos. Nosotros finalmente creemos que plugo á la divina Providencia prepararse así instrumentos visibles y propios para avivar la fé en el corazón de los pueblos, sostener su fervor y producir saludables efectos.

Aquí teneis en globo la doctrina católica acerca del asunto que me propongo hoy explicar. Mas antes de ir mas adelante, permitidme hacer aquí algunas observaciones acerca de la ambigüedad de los términos empleados ordinariamente por nosotros para expresar nuestra doctrina, y por los demás para condenarla. La palabra *culto* es uno de esos términos. Se

(1). Apoc. IV, 10; V, 8.

nos acusa de hablar del *culto* que tributamos á los santos, del mismo modo que hablamos del *culto* que es debido á Dios, y que por consiguiente le damos el mismo valor en uno y otro caso. Pero en esto no hay que echar la culpa á otra cosa que á la pobreza de nuestro lenguaje, á la dificultad de sustituir otra palabra. Todos sabemos perfectamente que la palabra *culto* se usa en muchas circunstancias como sinónimo de homenaje y de respeto; por lo menos este es el sentido y significacion que se la dá en nuestra antigua lengua. Por ejemplo, en la misa para la celebracion del matrimonio se dice: “Yo os honro con mi persona.” ¿y se os ha ocurrido jamás que aquí se tratase de tributar honores divinos á la persona á quien se dirige? Tambien está palabra es un término honorífico en el trato social; y cuando decimos de alguno que es *honorable*, ¿se nos acusará de colocarle en el mismo rango que á Dios? Pues bien; cuando los católicos usan de la misma palabra hablando de los Santos, cuando os aseguran que ~~nos dan el mismo~~ sentido que cuando se trata de Dios, ¿por qué les acusais de tributar en ambos casos los mismos honores sin otra razon que el usar de la misma palabra? No me costaria trabajo citar una multitud de frases y de términos análogos aplicados á objetos muy diferentes y en circunstancias las ~~mas~~ *desemejantes*, sin que nadie se equivoque acerca de su verdadero significado; y la razon de esto es siempre la misma, á saber, que han pasado á ser de uso comun en esas diversas significaciones, y nadie se admira de ver á su

vecino servirse de ellas, ya en una, ya en otra significacion. El verbo *adorar* espresaba en su origen en la lengua latina la accion de llevar la mano á la boca; forma particular de salutacion por la cual se manifestaba su respeto á una persona. Mas tarde se le dió mas particularmente el sentido de la adoracion suprema, si bien la Iglesia le estendió á otros actos de su culto; pero de él no se sirve en el lenguaje ordinario sino hablando de Dios. ¿Por qué, pues, mirarnos como responsables de términos introducidos en nuestras fórmulas de devocion mucho tiempo antes de que se suscitaren estas controversias, y en una época en que eran bastante uniformemente comprendidos para evitar toda ambigüedad? ¿No es la mayor inconsecuencia citar contra nosotros los oficios en que se habla de la *adoracion de la Cruz* cuando tan sabido es que los hemos tomado de las liturgias usadas en los primeros siglos de la Iglesia?

Ved ahora un punto acerca del cual debo ser muy breve, siquiera tal vez me vuelva despues á ocupar en él si el tiempo lo permite: hablo de los abusos á que habria dado márgen, ó mas bien pretesto, la doctrina católica. Se dice somos responsables de estos abusos; pero ¿por qué hemos de serlo? ¿Qué! ¿no nos basta demostrar la verdad de nuestras doctrinas? Supongamos, admitamos si se quiere, que se hayan introducido abusos en ciertas épocas y lugares; ¿será esto una razon para que abjuremos lo que en sí es legítimo? ¿Debe privarse al hombre de lo que le es saludable, porque otros usen mal de ello? ¿Hay cosa

de que se haya abusado mas que de la Biblia, que es la palabra de Dios? ¿Hay cosa que mas mal se haya aplicado en mil ocasiones? ¿No se han servido algunos de ella por motivos y en circunstancias tales que ni siquiera puedo nombrar aqui? ¿Hay cosa alguna que el fanatismo haya aducido mas á menudo en su apoyo que esta sagrada palabra? ¿No ha sido mil veces espuesta al ridículo por los ignorantes y por los insensatos? Y bien; ¿acusareis de estos abusos á todos los cristianos? ¿Direis que por eso debemos desechar la palabra de Dios? Pues el caso es el mismo. Así pues, cuando yo haya espuesto las pruebas de la doctrina católica acerca del asunto que nos ocupa, vosotros, hermanos míos, juzgareis si debemos renegar de ella, despues de haberla recibido de Jesucristo, porque haya dado márgen á algunos abusos. Pero, como ya he manifestado, hablaré algo de estos abusos, si el tiempo me lo permite, y examinaremos hasta qué punto los ha habido.

Nuestra creencia, pues, acerca de los Santos puede reducirse á estas dos proposiciones: 1.^a Los Santos interceden para con Dios por sus hermanos que están en este mundo; 2.^a Es legítimo recurrir á su intercesion sabiendo que ruegan por nosotros; y decimos que debe ser legítimo recurrir á ellos, á fin de empeñarlos con nuestras oraciones y súplicas á servirse en favor nuestro del influjo de que gozan con el Altísimo.

Esta doctrina se halla consignada en todos los símbolos en aquellas palabras «la comunión de los San-

tos.» Tal vez hay muchos que han rezado el símbolo de los Apóstoles todos los días de su vida, sin tratar de penetrar el sentido de estas palabras ó de la doctrina que espresan. Es hacer profesion de creer en una comunión de los santos. Y ¿cómo se efectúa esta comunión entre ellos y nosotros? ¿Cómo pueden desempeñar para con nosotros los deberes de la amistad? O si tal comercio no es permitido, ¿en qué consiste esta comunión? La comunión entre fieles, entre miembros de una misma familia, entre súbditos de un mismo Estado, supone entre ellos un mútuo cambio de buenos oficios y la disposición de los unos á asistir á los otros en toda ocasión. Luego si tenemos fé en la comunión con los Santos, debe haber en esta actos, actos recíprocos que formen el vínculo de unión entre ellos y nosotros. Y ¿cómo se ha mantenido este vínculo? La Iglesia católica jamás ha variado en sus creencias. Ella no teme un exámen profundo de cada una de las proposiciones que emite, de cada uno de los dogmas para los cuales exige una sumisión entera; ella no se asusta de ver analizar y escudriñar las últimas consecuencias de sus doctrinas. Luego si preguntais á un católico qué es lo que entiende por la comunión de los Santos, no vacila un solo instante: sus ideas son claras y bien definidas: os responde que por comunión de los Santos entiende un cambio de buenos oficios entre los Santos que están en el cielo y los que acá bajo combaten por su corona; que, por consiguiente, los Santos interceden en nuestro favor, bajan sus miradas hácia nosotros y las

bajan con simpatía, y se interesan en nuestros padecimientos, y de su influencia para con Dios se valen para sostener la fragilidad de sus hermanos acá en la tierra y asistirlos en sus tentaciones. En cambio, nosotros tenemos que cumplir deberes para con ellos pagándoles el triple tributo de nuestro amor, de nuestro respeto y de nuestra admiración, ciertos como estamos de que podemos recurrir con la confianza de hermanos á los que en otro tiempo fueron hermanos nuestros y que han entrado en posesión de la recompensa despues de haber acabado su carrera, y suplicarles que de su influjo para con su Señor y nuestro Señor se valgan segun les dicte la caridad.

Ahi teneis una parte de nuestra doctrina, ella cuadra tan naturalmente con todas las ideas que tenemos del cristianismo que por sí misma se recomienda á todo espíritu exento de preocupaciones. Porque ¿cuál es la idea que el Evangelio nos da del cristianismo? Ya en otra ocasion hemos visto cómo las expresiones y los términos usados en la antigua ley habian sido conservados en la nueva; y que de aqui fluia la consecuencia de que la Religion de Jesucristo es la perfeccion, el complemento y al mismo tiempo la continuacion de la que le habia precedido. Pues bien: de la misma manera hallamos que los términos y expresiones aplicadas á la Iglesia de Jesucristo acá en la tierra, son trasladados constantemente á la Iglesia del cielo, á la morada de los Santos con Dios. Tambien esta última es llamada el reino de Dios, el

reino del Padre y del Cristo, precisamente como la Iglesia de aquí bajo, cual si los Santos no formaran mas de una sola Iglesia con nosotros, una sola comunidad de hermanos, ellos en la gloria y en la bienaventuranza, y nosotros en un estado de padecimientos y de tentacion, pero todos unidos con un vínculo necesario é igualmente colocados bajo el gobierno de Dios. En estos términos es en los que nos habla San Pablo. En lugar de representar á los bienaventurados en el cielo como separados de nosotros por una distancia incommensurable, cual del mal rico en el fondo del abismo lo estaba Lázaro en el seno de Abraham, el Apóstol se expresa cual si gozásemos ya de su compañía, cual si ya estuviéramos admitidos en la celestial Jerusalem en compañía de aquellos millares de millares de ángeles y de espíritus de los justos hechos ya perfectos (1); porque la muerte de Jesucristo ha roto ya verdaderamente la barrera ó muro de separacion, y unido todos los extremos y acercado el Sancta Sanctorum á los límites exteriores del Tabernáculo.

San Pablo nos dice tambien que las virtudes que ahora hay se acabarán en el cielo, escepto una, escepto la caridad ó el amor. La esperanza y la fé quedarán estinguidas; pero la caridad, el afecto, permanecerá inalterable y será el alimento, la esencia de aquel estado bienaventurado. ¿Quién podrá imagi-

(1) Ad Hebr. XII, 22.

narse, quién abrigar ni por un solo instante el pensamiento de que el niño robado al seno materno por Dios que quiso sacarle de un mundo de padecimientos, no continúe queriendo á la madre que dejó en la tierra y simpatizando con el dolor que á esta la hace encorbarse mirando á su sepulcro? Cuando la muerte separa dos corazones, cuando un amigo espira con las palabras que la esperanza le pone en sus labios ¿se ha roto jamás el poderoso afecto que los unia? ¿No se hace mas vivo á medida que crece el alejamiento? Y si este es el privilegio del amor sobre la tierra, si uno de sus mas sagrados deberes es orar al Señor de la vida por aquel á quien tan tiernamente se ama; si por otra parte no se nos puede acusar de hacer en esto una injuria á Dios, ni de amenguar los méritos de Jesucristo, ¿habrá cesado en el cielo este deber de caridad, tan sagrado, tan admirable y tan perfecto? Al contrario ¿no es natural suponer que la caridad, purificada y vivificada con nuevos fuegos en un mundo mejor, se hace infinitamente mas poderosa en su ejercicio, y que el impulso que á un espíritu cargado, encadenado con el cuerpo le movia á elevar por un amigo súplicas hasta las nubes que cubren el trono del Omnipotente, cumplirá despues de su libertad este mismo deber con una perseverancia tanto mas enérgica cuanto que verá los abismos sin número, los peligros, los escollos y tentaciones de todos los dias á que está espuesto el hombre y los goces infinitos que le están destinados; tanto mas enérgica cuanto que por su propia

experiencia conocerá cuán superiores son estos go-
ces á los que la tierra puede prometer ó negar. Ahora
que él goza cara á cara de la vision de Dios, de la ple-
nitud de su gloria y de su esplendor; ahora que está
dispuesto á prestar su asistencia y auxilio y que puede
prestarle, ¿deberemos creer que no eleve con mas efi-
cacia una oracion mas pura y mas agradable á Dios
con el acento de la confianza y de la súplica, en fa-
vor de aquel á quien en la tierra estaba unido con los
mas estrechos y gratos lazos de la amistad? ¿Debere-
mos creer que Dios despoje de su mas encumbrada
prerogativa á la caridad, al coronarla con su mas
hermosa diadema? En esto, hermanos míos, nada
hay que repugne á la idea de Dios, ni á sus atributo-
tos, ni á su ley. Al contrario, parece que no habria
alcanzado la medida de su misericordia y que el cua-
dro que de su Iglesia ha trazado en su palabra no se-
ria completo, sin esta union con la Iglesia triun-
fante.

Pero en los libros santos, ¿hallamos algo mas
positivo que simples suposiciones? Sí, hermanos míos,
porque Dios nos asegura en ellos, y de la manera
mas explícita y terminante, que recibe las oraciones
de los ángeles y de los Santos, que estos no cesan de
suplicarle en nuestro favor; y hé ahí cabalmente dón-
de está el principio fundamental de nuestra creencia,
y de ello estamos en disposicion de presentar todas
las pruebas apetecibles. Esta doctrina, universal en-
tre los antiguos judíos, ha sido confirmada por la ley
nueva. La creencia de la antigua ley está fuera de

toda duda, pues en ella constantemente se habla de los ángeles, principalmente en los últimos libros, como de ministros empleados en subvenir á las necesidades del género humano. En el libro de Daniel, por ejemplo, leemos que unos ángeles fueron enviados al profeta para instruirle, y allí se hace mención de príncipes, es decir, de los ángeles de diferentes reinos (1). El libro de Tobías, que aun independientemente de su canonicidad, como digimos del segundo libro de los Macabeos, debe aparecer como un testimonio irrecusable de la creencia de los judíos; ese libro de Tobías, digo, pone espresamente estas palabras en boca de un ángel: «Cuando orabas con lágrimas, y dabas sepultura á los muertos, y te privabas de tu reposo para recoger los muertos en tu casa durante la noche, yo ofrecia al Señor tus oraciones (2).» La misma doctrina reproduce el libro de los Macabeos, pues en él se dice que «Onías, que habia sido Gran Sacerdote, se apareció á Judas Macabeo, estendiendo las manos y orando por todo el pueblo judío; que en seguida se apareció otro hombre venerable por su edad, radiante de gloria y rodeado de gran magestad, y que Onías al mostrarle dijo: «Este es el verdadero amigo de sus hermanos y del pueblo de Israel; es Jeremías, el profeta de Dios, que ruega mucho por este pueblo y

(1) Dan. VIII, 16; IX, 21; X, 13; XII, 1.

(2) Tob. XII, 12.

«por toda la ciudad santa (1).» Tal era entonces la creencia de los judíos, y tal es todavía hoy.

Y en el Nuevo Testamento ¿hay algo que esté en contradicción con ella? ¿Tenemos motivo alguno para sospechar, ni por un solo instante, que el Salvador la reprobese y condenase? ¿No habla antes bien de ella como de un punto de fé legítima? Todos sus discursos ¿no tienden á confirmar en su convicción á los judíos en vez de reprendérsela? “Del mismo modo, dice, habrá mas gozo en el cielo por un pecador que haga penitencia que por noventa y nueve justos que no necesitan de ella (2).” Y ¿qué queria designar con esto sino la comunión de que yo hablaba y en virtud de la cual el arrepentimiento de un pecador viene á ser un motivo de gozo y de felicidad para los ángeles? Y notad que en otra parte nos dice que los santos serán como los ángeles de Dios en el cielo (3). Habló ademas de los ángeles encargados de la guarda de las personas. Jesucristo nos encargó no despreciásemos á los pequeñuelos, ni los escandalizásemos, porque sus ángeles siempre están viendo el rostro de su Padre que está en el cielo (4). Ahora bien: estas espresiones afectan, al parecer, tanto y mas que la doctrina católica, al dominio soberano de Dios sobre las crea-

(1) II Macch. XV, 12, 13, 14.

(2) Luc. XV, 7, 10.

(3) Matth. XXII, 30.

(4) Matth. XVIII, 10.

turas y á su Providencia general. ¡Debemos evitar el pecado porque ofende á los ángeles! ¡Debemos guardarnos de escandalizar á los pequeñuelos porque sus ángeles ven la cara de Dios! ¿Y qué quiere decir esto sino que los ángeles tienen cierta influencia con Dios y que de ella usan para la condenacion de los que le ofenden? Porque, efectivamente, ¿á qué venia esta alusion á las relaciones que existen entre los ángeles y los hombres, si la intencion del Salvador no hubiera sido mostrar que los primeros gozando de la divina presencia tienen una inmensa ventaja sobre nosotros y que de ella se servirán para vengarse rigurosamente de las transgresiones cometidas contra los [que han sido confiados á su custodia? Luego interceden por estos: y bien; esta intercesion, ¿no establece una verdadera comunion entre los ángeles y los hombres sobre los cuales han recibido orden de velar?

En el Apocalipsis hallamos testimonios aún mas explicitos; allí leemos que nuestras oraciones son como perfumes en las manos de los ángeles y de los Santos. San Juan vió en el cielo á uno de esos bienaventurados espíritus de pié ante el altar misterioso, «teniendo su incensario de oro, y se le dió gran cantidad de perfumes que eran las oraciones de los Santos, á fin de que las ofreciese sobre el altar de oro que está delante del trono de Dios. Y el humo de los perfumes, que son las oraciones de los Santos, elevándose desde la mano

«del ángel, subió ante Dios (1).» Y no solamente los ángeles, sino tambien los ochenta y cuatro ancianos se prosternan delante del trono de Dios y, segun ya he dicho, derraman de sus copas de oro odoríficos perfumes que son las oraciones de los Santos. Y bien, ¿cuál es el sentido riguroso de estos pasajes, sino el de que los Santos presentan á Dios nuestras oraciones y se hacen nuestros intercesores para con él? Luego queda probado que los Santos y los ángeles saben lo que pasa en la tierra, que están informados de lo que hacemos y de lo que padecemos; pues de no ser así ¿cómo podrian alegrarse del bien que logramos ó compadecerse de nuestra miseria? Queda ademas suficientemente probado que los Santos hacen todavia mas que conocer lo que nos atañe, é interesarse por nosotros, puesto que presentan realmente nuestras oraciones á Dios é interceden con él en favor nuestro. Pues bien; basta este dato para servir de base á la creencia católica; porque ese dato necesariamente debe tener por consecuencia alguna doctrina en la verdadera Religion. Y ¿dónde hallar esta doctrina en los sistemas religiosos que desechan y escluyen formalmente toda intercesion de parte de los Santos, todo comercio entre los que viven sobre la tierra y sus hermanos que se hallan ya en posesion de la bienaventuranza? Ello es innegable que esos textos algo prueban; porque si to-

(1) Apoc. VIII, 3, 4.

do lo que se contiene en la palabra de Dios es verdad y debe formar una regla de fé, unos testimonios tan explicitos y claros como los ya citados, acerca de las relaciones que existen entre los hombres y los espíritus bienaventurados, deben de todos modos formar el objeto de una doctrina. Pero ¿y dónde hallais esta doctrina? En ninguna parte como no sea en la creencia de la Iglesia catolica de que los Santos ofrecen oraciones por nosotros, y de que por consiguiente nosotros podemos recurrir á su intercesion.

Para demostrar aun mas completamente este punto, es necesario examinar la doctrina de la Iglesia en los primeros siglos. Mas al esponeros los monumentos de la tradicion acerca de esta materia, tengo un temor, nada mas que un temor; y no es el de cansaros con la multitud de mis citas, porque el mismo hubiera podido tener respecto de todas las demas doctrinas que he apoyado en el testimonio de los PP. y de la tradicion eclesiástica, si bien en cada punto no he citado mas de un reducidísimo número de pasajes comparativamente con los que he dejado por citar; el motivo que aqui me hace temer y vacilar es que los PP., cuando tratan de la cuestion que nos ocupa, emplean espresiones mucho mas fuertes que las de que hoy se sirven los católicos; por manera que, si me es permitido espresarme asi, hay peligro de probar demasiado, invocando su autoridad. Ellos van mas lejos que nosotros, y por consiguiente, si á nosotros se nos trata de idólatras, Dios sabe dónde podrian ha-

llarse términos bastantes para calificar sus espresiones. Remontémonos desde luego á las primeras edades de la Iglesia, descartando cuidadosamente toda palabra ambigua, y escojiendo las que espresan del modo mas sencillo y natural los sentimientos de los primeros cristianos.

Toda Roma está edificada sobre las catacumbas: en aquellos inmensos subterráneos es donde se depositaban despues de su muerte los cuerpos de los santos y de los mártires. Entre los sepulcros hay todavía algunos intactos y cuya lápida continúa todavía sellada. Algunos tienen inscripciones, ó una palma, groseramente esculpida, para indicar que allí hay restos de mártires. A las lápidas ó tapas de los sepulcros y en las paredes de las catacumbas se ven pegados ó colgados vasos pequeños en los que hay esponjas ó un sedimento que tiene todavía un color de sangre; en los sepulcros se encuentran constantemente los instrumentos mismos del martirio. Por cierto, que aquellos eran hombres que conocian bien el cristianismo, que sabian apreciar la medida de lo que es debido al Hijo de Dios por el cual daban su vida, que estaban profundamente convencidos de que no se podia preferir á él nada de cuanto hay sobre la tierra, y de que ninguna criatura puede aspirar á ninguno de los honores que á él mismo están reservados. Por cierto que no podemos apetecer testigos mas integros y mejor instruidos de las instituciones cristianas que aquellos

que derramaron su sangre para con ella sellar su verdad; no podemos apeteecer maestros mas imbuidos del espíritu de esta divina Religion que aquellos que por defenderla no temieron esponer su vida. Veamos pues cuál era su creencia respecto de sus hermanos cuando depositaban sus restos mortales en aquellos sepuleros que ellos cerraban con cuidado y sobre los cuales grababan sus pesares con sus esperanzas. Nada es mas comun que hallar allí una súplica, una corta invocacion, por la cual se pedia á aquellos santos ó á aquellos mártires intercediesen con Dios por los que les sobrevivian. En el cementerio de Gordiano y de Epimaco, se descubrió en 1694 un sepulcro notable que contenia el cuerpo del mártir Sabacio. A un lado, estaba la palma, emblema del martirio, y al otro la guirnalda ó corona dada á los vencedores, con esta inscripcion de mal latin:

SABBATI. DVLCIS. ANIMA. PETE. ET. ROGA
PRO. FRATRES. ET. SODALES. TVOS

“Sabacio, dulce alma, ora é intercede por tus hermanos y tus compañeros.”

Luego los primeros cristianos suplicaban al mártir intercediese por sus hermanos que quedaban en este mundo.

En el cementerio de Calisto hay otra inscripcion que cuenta la misma antigüedad; es como sigue:

ATTICE. SPIRITVS. TVVS.
IN. BONV. ORA. PRO. PAREN
TIBVS. TVIS

“Atico, tu espíritu está en la bienaventuranza;
ruega por tus parientes.”

Otra casi semejante hay en el cementerio de Ciriaco:

IOVIANE . VIVAS . IN . DEO . ET
ROG

“Joviano, vive en Dios y ruega por nosotros.

En el cementerio de Priscila hay otra tambien de
las mas bellas y tiernas en el testo original:

ANATOLINVS . FILIO . BENEMERENTI . FECIT
QUI . VIXIT . ANNIS . VII

SPIRITVS . TVVS . BENE . REQVIES

CAT . IN . DEO . PETAS . PRO . SORORE . TUA

Anatolino erigió este monumento á su benemérito hijo,
Que vivió siete años.

Que tu espíritu descanse feliz en Dios
y ruega por tu hermana.”

Marini nos da tambien á conocer la siguiente ins-
cripcion cristiana:

ROGES . PRO . NOBIS . QVIA . SCIMVS TE . IN . CHRISTO

“Ruega por nosotros, porque sabemos que estás
con Cristo.”

Casi todas estas inscripciones pertenecen á sepul-
cros de mártires cuyos cuerpos fueron depositados
alli en los primeros siglos de la Iglesia, cuando los
fieles estaban prontos á morir por la fé de Jesucris-
to (1). Ellas fueron grabadas sobre aquellas tumbas

(1) Véase la hierúrgia de mi sabio amigo el doctor Rock,
donde se hallan reunidas todas estas inscripciones. (Últimamente
se ha descubierto en el cementerio de Santa Inés, y se publicará
muy pronto, una inscripcion mas notable aun que las que he ci-
tado arriba en el testo).

por los que fueron testigos de los padecimientos de aquellos generosos confesores y que tal vez los siguieron por el mismo camino. Sin embargo, cuando solicitaban sus oraciones ¿pensaban acaso derogar la gloria de Dios y la mediacion de Cristo?

Si de estos monumentos que son del mayor interés, porque existen hoy tales como estaban en el momento de su ereccion y porque no han podido sufrir el mas ligero cambio, pasamos á los escritos de los PP., vemos en ellos espresados los mismos sentimientos, la misma creencia. Ruégoos fijeis especialmente la atencion en las circunstancias siguientes al leer sus testimonios: 1.^a Ellos piden directamente á los Santos rueguen por ellos; 2.^a Al hablar de los Santos, mencionan la manera con que pueden ser asistidos, por ellos, es decir, por su intercesion; 3.^a Ellos se sirven de espresiones que parecen indicar que piden á los mismos Santos gracias que solo pueden esperar de Dios. No dicen simplemente: «¡Rogad por nosotros, interceded por nosotros!» sino «libradnos, concedednos,» no porque creyesen que los Santos podian por sí mismos otorgar sus votos y deseos, sino porque en el modo habitual de espresarse se acostumbra pedir á un intercesor el favor que por su influjo se espera conseguir. Insisto en esto, porque de elló se ha hecho un capítulo de acusacion contra los católicos: se les acusa de pedir *su salvacion* á la Santísima Virgen, cuando al rezar las letanías dicen: «libradnos de todo peligro»: se les acusa de pedir á los Santos los socorran aun cuando no empleen

otro language que el que en otro tiempo usaron los PP.—4.^a y última, observad atentamente el cuidado con que aquellos antiguos doctores de la Iglesia distinguen, como siempre hacen los católicos, entre el culto que es debido á Dios y los homenajes que tributamos á los Santos, y lo hacen en los mismos términos que hoy usamos.

En el siglo II San Ireneo escribía estas palabras: “Del mismo modo que Eva seducida se alejó de Dios, »asi la Virgen María se movió á obedecerle, á fin de »que se hiciera la abogada de la que había caído (1).” En el siglo III los testimonios se presentan en gran número: escojeré dos de ellos, uno perteneciente á la Iglesia griega y otro á la Iglesia latina. Orígenes se espresa así: “De estos santos personas »ges que han perdido la vida, aunque conservando »su caridad por los que han dejado en este mundo, »permitasenos decir que tienen la mayor solícitud »por su salvación y que los asisten con sus oraciones-y »con su mediación para con Dios. Porque escrito está »en los libros de los Macabeos: *Este es Jeremías, el »profeta de Dios que siempre ora por el pueblo* (2).” Y en otra parte, escribiendo acerca de las lamentaciones, dice: “Me pondré de rodillas, y no presumiendo, á causa de mis crímenes, presentar yo mismo mi oración á Dios, llamaré en mi auxilio á to-

(1) Adv. Hær. lib. V, c. XIX, p. 361.

(2) Lib. III in *Cant. Cant.* tom. III, p. 75.

»dos los Santos. O vosotros, Santos del cielo, yo os
»conjuro con dolor, con mis lágrimas y suspiros, os
»echeis á los pies del Señor de las misericordias por
»mí, miserable pecador (1)» San Cipriano, en el
mismo siglo, se espresaba así: “Acordémonos unos
»de otros en nuestras oraciones; no tengamos mas
»de un corazon y un alma en este mundo y en el
»otro; oremos siempre á fin de socorrernos con una
»mútua caridad en nuestros padecimientos y en nues-
»tras aflicciones. Quien mediante el favor divino salga
»primero de este mundo, conserve su caridad delante
»del Señor, no cese de ofrecer sus oraciones por
»sus hermanos y hermanas (2).” Por donde se ve que
los Santos, despues de salir de este mundo, continúan
el oficio de caridad, ofreciendo oraciones por los que
han dejado en este mundo.

Eusebio de Cesarea escribia en el siglo IV: “¡Ojá-
»la que por los ruegos é intercesion de todos los San-
»tos, podamos ser reputados dignos (3)!” En el mis-
mo siglo, San Cirilo de Jerusalem, hablando del san-
to sacrificio de la Misa, se espresa así: “En se-
»guida hacemos conmemoracion de los que han
»salido de este mundo antes que nosotros, de los
»patriarcas, de los profetas, de los Apóstoles y de
»los mártires; pedimos que por sus oraciones se dig-
»ne Dios recibir nuestras propias súplicas. Despues

(1) Lib. II de Job.

(2) Epist. 57, p. 96.

(3) Com. in Isai. t. II, p. 593. Edic. de París 1706.

oramos por los Santos Padres, por los obispos que han muerto y por todos los fieles difuntos, porque creemos que sus almas consiguen grande alivio con las oraciones que por ellos se ofrecen mientras es inmolada en el altar la santa y formidable víctima (1).” San Basilio, uno de los escritores mas elocuentes é instruidos del mismo siglo, nos ofrece el siguiente pasage, lleno de fuego y de entusiasmo, en un panegírico de los cuarenta mártires: “Hé ahí los que han tomado posesion de este pais y que se levantan como torres contra las incursiones del enemigo. Aqui hay un socorro preparado para los cristianos. ¡Qué de esfuerzos habeis hecho, cuánto os habeis fatigado para ganar un intercesor! Pues ahí teneis cuarenta cuya voz se confunde en una oracion comun. Acudan á ellos cuantos se hallen afligidos; ellos tienen la doble perspectiva, primeramente de obtener su libertad, y luego de continuar la buena fortuna. La piadosa madre ore por sus hijos y la esposa por el retorno y salud de su marido: O vosotros, comunes protectores de la raza humana, cooperadores nuestros en nuestras oraciones, mensajeros poderosísimos, es-

(1) Catech. Mystag. V, n. VIII, IX; p. 327, 328. Este testo nos suministra una nueva prueba de lo que yo asenté en la nota de la Conferencia XI, pág. 218; á saber, que los PP. distinguen claramente en la liturgia la conmemoracion de los mártires y de los Santos de la de los demas fieles difuntos, y que por consiguiente distinguen dos estados, uno para las almas plenamente santificadas, y el otro para aquellos cuya purificacion aun no está cabada y perfecta.

»trellas del mundo y flores de la Iglesia, permitid-
»nos unir nuestras oraciones á las vuestras (1).”

Otro santo personaje del mismo siglo, San Efren, es notable como el mas antiguo Padre y escritor de la Iglesia oriental. Sus espresiones son tan fuertes, van tanto mas allá de los términos acostumbrados, que no dudaria que un católico de nuestros dias tuviese dificultad en servirse de sus oraciones por no chocar con las personas de otra comunión. “Os suplico, dice, »mártires santos, vosotros que tanto habeis padecido »por el Señor, intercedais por nosotros cerca de Él »para que nos conceda su gracia (2).” Hasta aqui pide á los Santos como todos los demas católicos, para alcanzar su intercesión. Pero escuchad lo que sigue: “Nosotros nos refugiamos bajo vuestro patrocinio, Santa Madre de Dios; proteged- »nos, guardadnos bajo las alas de vuestra miseri- »cordia y de vuestra bondad. Dios misericordioso, »por la intercesión de la Santísima Virgen Maria y de »todos los Angeles y Santos, tened compasión de »vuestra criatura (3).” Esta es cabalmente la oración que se halla al principio de nuestras letanias, y que tan sin razón alegan contra nosotros los predicadores anglicanos para probar que nosotros adoramos á la Virgen. Sin embargo, en los escritos de este P. hay otros pasajes todavía mucho mas fuertes; ci-

(1) Hom. XIX in 40 Mart. tom. II, pp. 155, 156.

(2) Encom. in SS. Mart. tom. III, p. 251.

(3) Sermon de Laud. B. Mar. V. tom. III, p. 156.

taré una ó dos oraciones, de entre las que se hallan en sus obras, dirigidas á la Madre del Salvador: “En vos es, patrona y mediadora cerca del Dios que
»ha nacido de vuestro seno (1), en quien la raza humana, ó Madre de Dios, coloca su alegría y su gozo:
»este siempre depende de vuestra proteccion y solo en
»vos tiene su refugio y su defensa, en vos que teneis
»plena confianza en él. Vedme pues, que me acerco
»tambien á vos con un alma fervorosa no teniendo valor para acercarme á vuestro Hijo; pero yo os invoco, á fin de que por vuestra intercesion pueda yo
»alcanzar mi salvacion. No desprecíeis, pues, á
»vuestro siervo que pone en vos toda su esperanza:
»despues de Dios; no le desecheis cuando está rodeado de graves peligros y abrumado de dolores;
»antes bien, vos que estais llena de compasion y
»sois la Madre del Dios de las misericordias, tened
»piedad de vuestro siervo; libradme de la fatal concupiscencia etc.” En la misma oracion se llama á la Virgen “la vision preciosa del Profeta, el claro cumplimiento de toda profecía, la boca elocuente de los
»Apóstoles, la fuerza de los reyes, el honor del sacerdocio, el perdon de los pecados, la propiciacion del justo juez, la resurreccion de los que habian muerto, la redencion de los pecados etc.” En otra oracion leemos las siguientes palabras dirigidas á

(1) Se halla esta oracion en la version griega de sus obras, tom. III, p. 532.

la gloriosa Virgen Maria : {“Despues de la Trinidad
»vos sois la señora de todo ; Potro Paracleto , despues
»del Paracleto ; despues del Mediador , la Mediadora
»del mundo (1).” Ahí teneis seguramente mas de lo que
se necesita para probar que si aquella lumbrera de la
Iglesia siriaca , aquel amigo del gran Basilio viviera
en nuestros dias , la iglesia de Inglaterra le rechaza-
ria de su seno ; deberia retirarse á alguna pobre ca-
pilla , si queria desempeñar su sagrado ministerio.

Preciso es confesarlo , sus espresiones son mucho
mas fuertes que todas las que ahora usan los católi-
cos ; y sin embargo , no somos solo nosotros los
que le miramos como el mas bello ornamento de la
Iglesia siriaca y oriental , sino que le miran tambien
asi los nestorianos , los monofisitas y todos los demas
sectarios que desde aquella época están separados
de nosotros. De él tenemos un elocuente panegirico
en las obras de San Gregorio Niseno ; él fué amigo
íntimo de San Basilio , que nunca hablaba de él sino
con la mayor ternura y con una especie de venera-
cion , como del hombre mas distinguido por sus vir-
tudes y de una humildad tan profunda que no quiso
salir jamás del orden de diácono en la Iglesia de Éde-
sa. Oid , pues , en qué términos se dirige á él despues
de su muerte , San Gregorio de Nisa : “Ahora que estás
»ante el altar de Dios con los ángeles que ofrecen el sa-
»crificio al Príncipe de la vida y á la Santísima Trinidad

(1) *Ib.* p. 528.

»acuérdate de nosotros; alcánzanos el perdón de nuestros pecados (1).”—Luego la misma doctrina estaba universalmente propagada y estendida por toda la Iglesia, lo mismo entre los griegos que entre los latinos y los orientales.

San Gregorio Nacianceno, llorando la muerte de su amigo San Basilio, dice hablando de él: “Yo sé que »ahora está en el cielo, donde si yo no me engaño, ofrece sacrificios por nosotros, donde dirige á Dios fervientes oraciones por el pueblo; porque si él nos ha dejado, no nos ha abandonado. Y tú, espíritu glorificado, baja, baja, te ruego, baja tus miradas hácia nosotros; detén con tus oraciones el estímulo de la carne que nos ha sido dado para castigarnos, ó enséñanos »á soportarle con fortaleza; guíanos en todos nuestros caminos hácia el soberano bien, y cuando salgamos de esta vida, admítenos en tu compañía á »fin de que contemplando contigo en un día más claro la Santísima y adorable Trinidad que ahora entrevemos á través de nuestras tinieblas, podamos poner fin á nuestros deseos y recibir el galardón de los trabajos que hayamos soportado (2).” San Gregorio de Nisa, hermano de San Basilio, y que hace un instante acabo de citar, se sirve de términos no menos espresivos en su discurso sobre el mártir Teodoro. Hé aquí sus palabras: “Aun-

(1) Tom. II, p. 1048.

(2) Orat. XX, de *Laud. S. Basilii*, tom. I, p. 372, 373.

»que estés invisible, ven como un amigo hácia los
»que te honran; ven y mira esta piadosa solemnidad.
»Nosotros necesitamos de tus favores; sed nuestro
»enviado por tu patria cerca de nuestro comun rey y
»Señor. La patria del martir es el lugar de su supli-
»cio; sus conciudadanos, hermanos y parientes, son
»los que le poseen, los que le guardan, y le honran.
»Nosotros nos vemos amenazados de grandes afliccio-
»nes; estamos rodeados de peligros; los scitas se acer-
»can con todos los horrores de la guerra. Tú ya has
»vencido al mundo; pero bien conoces los sentimientos
»y necesidades de nuestra naturaleza. Pide por nos-
»otros la continuacion de la paz, á fin de que
»no sean dispersadas nuestras públicas asambleas;
»pide que el bárbaro en su furor no derribe nues-
»tros altares y nuestros templos y que sus pies no
»manchen el lugar santo. Si hasta ahora hemos
»vivido seguros, debémoslo á tu favor; ahora im-
»ploramos tu proteccion para los dias que se aproxi-
»man, y si menester es un ejército de oraciones, reúne
»y junta los coros de tus hermanos los mártires,
»y suplicad todos juntos por nosotros. La intervencion
»de tantos justos cubrirá los pecados del pueblo.
»Avisa á Pedro, insta á Pablo, llama á Juan, á fin
»de que intercedan por las Iglesias que ellos mismos
»fundaron (1).”

Ved ahora un pasage de S. Ambrosio: “*Pedro y*

(1) Orat. in Theod. Mart. tom. II, p. 4017.

» *Andres le ruegan por la viuda* (Luc. IV, 58). Muy bueno no seria pudiésemos nosotros lograr un intercesor que se tomase tanto interés; pero los que pidieron al Señor por sus parientes pueden ciertamente hacer lo mismo por nosotros. Ya veis que aquella muger que habia sido pecadora era poco capaz de pedir por sí misma, ó al menos de alcanzar lo que pedia; eran pues necesarios otros intercesores para con el médico. Tambien nosotros debemos invocar á los ángeles que se nos han dado por custodios; lo mismo diré de los mártires cuyos cuerpos parecen ser la prenda y garantía de su proteccion. Los que han lavado con la sangre todas las manchas del pecado, pueden implorar para nosotros el perdon; ellos son nuestros guias, los testigos de nuestra vida; por eso debemos recurrir á ellos, sin avergonzarnos de ello (1).”

Ahora, con un ejemplo, voy á mostraros el sumo cuidado con que estos antiguos autores, distinguian, como los católicos actuales, el culto de los Santos, del culto de Dios. San Epifanio, combatiendo los errores de los coliridianos, decia de la Santísima Virgen á la cual estos hereges adoraban y ofrecian sacrificios: “Aun que ella haya sido un vaso de eleccion y dotada de una santidad eminente, no por eso deja de ser una muger; ella tiene derecho á los mayores honores que pueden tributar-

(1) Lib. de Viduis; Tom. II, p. 200.

se á los Santos, pero participa de la naturaleza comun. Ella está mas elevada que todos ellos, á causa de los divinos misterios que en ella se han obrado. Pero nosotros no adoramos á los Santos; y asi como no tributamos ese culto supremo á los ángeles, mucho menos podemos concederle á la hija de Ana. Hónrese á María; pero adórese solo al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; nadie adore á Maria (1)." Con no menos esactitud hace San Agustin la misma distincion: "El pueblo cristiano honra, dice, la memoria de los mártires en sus solemnidades religiosas, á fin de aprender á imitarlos, de asociarse á sus méritos y ser ayudados por sus oraciones. Sin embargo, no es á los mártires sino solo al Dios de los mártires, á quien ó en cuyo honor erige altares. En efecto, ¿á qué obispo se le ha oido jamás decir en medio de sus sagradas reliquias: á tí, ó Pedro; á tí, ó Pablo; á tí, ó Cipriano, hacemos esta ofrenda? El sacrificio que se ofrece en los lugares donde reposan sus cenizas, solo se ofrece á Dios que coronó á los mártires. La vista de estos preciosos objetos escita en nosotros sentimientos todavia mas vivos hácia aquellos que queremos imitar y hácia aquel sin cuya ayuda y ausilio nada puede llevarse á cabo. Asi nosotros veneramos á los mártires con la misma veneracion que en la tierra concedemos á

(1) Adv. Collyridianos, Hæc. 59, sive 79, t. 1, p. 1061, 1062, 1064.

» las personas santas que sabemos están dispuestas á
» sufrir por la verdad del Evangelio. Despues que ellas
» han conquistado su corona en medio de suplicios,
» nuestra veneracion se hace mas profunda y mas in-
» alterable, porque han sido trasladados de un esta-
» do de prueba á un estado de felicidad permanen-
» te. Pero el culto que los griegos llaman *latría*, y
» que los latinos no pueden espresar con una sola
» palabra, como el que conviene especial y únicamen-
» te á la divinidad, *solo á Dios honramos con este cul-*
» *to*. A él está reservada la ofrenda del Sacrificio, y de
» ahí es que son idólatras todos los que sacrifican á los
» ídolos. Nosotros no ofrecemos sacrificio á mártir al-
» guno, ni los Santos, ni á los ángeles; y si un indi-
» viduo de la Iglesia llegara á caer en semejante error,
» la sana doctrina levantaria la voz hasta que se hu-
» biese retractado, ó fuera condenado y separado del
» tronco (1).” Antes de hacer algunas observaciones
acerca de estos pasages, citaré otro del mismo P.,
porque confirma al mismo tiempo la doctrina del Pur-
gatorio: “Es una prueba de estimacion á los muer-
tos el depositar sus cadáveres cerca de monumen-
tos de los Santos. Pero ¿qué utilidad reportarian de
esto si acordándonos del lugar donde yacen no nos
moviéramos á recomendarlos á esos mismos San-
tos, á su intercesion para con Dios? Luego cuan-
do nuestro espíritu se dirige hácia la tumba de un

(1) L. XX, c. XXI, contra Faust. t. VIII, p. 317.

»amigo á quien lloramos , y hácia el cercano monumento del venerable mártir , naturalmente recomendamos á las oraciones de este aquella alma querida; pues nadie duda que con esto reciben alivio las almas de los que han vivido de modo que lo hayan merecido (1).”

La distincion que se hace en los dos pasages que acabamos de citar y en muchos otros, es precisamente la misma que hoy hacemos ; el sacrificio y el homenaje supremo están reservados á solo Dios ; pero los Santos interceden por nosotros, y con este objeto podemos recurrir á ellos. Y ¿qué añadir á estos testimonios? ¿No es manifiesto que la doctrina de los PP. es esactamente la que en un principio habia yo supuesto , la que el Concilio de Trento ha definido tambien y la que en todos nuestros catecismos se enseña á los niños? ¿Diremos que esos doctores ilustres han sido tambien culpables de idolatría, cual de nosotros se dice? Porque en este dogma no sucede lo que con algunos otros : aqui las consecuencias son mas graves. En otras circunstancias se nos habrá podido echar en cara que se hubieran introducido errores en la Iglesia; pero sostener que la Iglesia entera ha estado ó está cubierta de idolatría es dirigir contra ella una acusacion capital. ¡Qué! ¿osareis afirmar que la Iglesia de Jesucristo en el primero, en el segundo, en el tercero y

(1) De cura pro mortuis gerenda, c. IV, t. VI, p. 519.

cuarto siglo, en Italia, en Grecia, en Siria, en Mesopotamia y en las demas partes del mundo estaba universalmente sumergida en la idolatria? ¿No es una aseccion de las mas aventuradas el decir que algunos hombres en su pais, que una pequeña iglesia, ó mas bien que un agregado ó conjunto de comunidades religiosas, en lucha continuamente unas con otras, en una isla del globo, y tal vez cierto número de cristianos comparativamente muy pequeño en otros paises, han sido, al cabo de diez y ocho siglos transcurridos, los únicos poseedores de la verdadera fé de Cristo? Lo es tanto que habria que suponer que de ese abismo de irremediable corrupcion no habria salido una chispa hasta que la iluminacion superior de esta pequeña porcion del género humano la pusiese en estado de ver la verdad; lo es tanto, que habria que mirar como idólatras á aquellos mismos que estaban prontos á dar su vida por Dios y se hallaban animados del celo mas puro por su gloria, á unos hombres que son santos; porque ¿quién negará este título á los Basilio, Agustinos, Gerónimos, Ambrosios é Ireneos? Leed, leed sus escritos; y luego decid, si teneis valor para ello, que tales vasos de eleccion, que ingenios tan favorecidos estaban sumidos en esa repugnante y horrorosa idolatria que cubria toda la tierra despues de mas de ocho siglos, á creer la declaracion espresa del libro de Homilias. ¿No es en su testimonio en el que ahora deseansan la mayor parte de nuestros dogmas los mas esenciales al cristianismo? ¿No recibimos fundados en su autoridad el dogma de la Trinidad y de la divi-

nidad de Jesucristo? Y ¿habrían ellos conservado puras, sin alteracion, estas creencias, tal como habian venido de Dios, y al mismo tiempo habrian admitido los errores mas groseros en la fé hasta el punto de degradarse con la mas culpable idolatría? Este problema tendrian que resolver no solo los que nos acusan del mismo crimen, sino todos los que niegan á nuestra doctrina el privilegio de ser la verdadera doctrina de de la verdadera Iglesia de Jesucristo.

Y á cada paso les irán creciendo y agrandando las dificultades; porque tambien puedo preguntar ¿qué se piensa, qué idea se forma de la esclencia y del poder del Hijo de Dios que vino á establecer su Religion sobre las ruinas de la idolatría, si en menos de uno ó de dos siglos esta hubiese triunfado nuevamente de su obra; si mientras la sangre de los mártires enrojecia los anfiteatros, podia decirse ya que corria en favor de la idolatría y que aquellos generosos atletas que morian por haberse negado á tributar este homenaje á las falsas divinidades del paganismo, tributaban sin embargo los mismos honores á sus compañeros difuntos y asi se hacian culpables de ese crimen enorme entonces mismo cuando preferian dejarse degollar por no cometerle? ¡Tales son las dificultades que habria que resolver! Y ¿no es hacer burla é irrisión de Cristo el creer por una parte que bajó para echar fuego en la tierra, diciendo: “Quiero que se encienda (1);” y creer por otra, que este sagrado fuego

(1) Luc. XII, 49.

de la caridad, de la fé y de la divina luz se ha apagado casi al mismo tiempo que el Salvador hacia aquella espresa declaracion de su voluntad, que la verdad ha sido conculcada por ese mismo monstruo al cual debia aplastar la cabeza; en una palabra, que la idolatría que él habia venido á desarraigar estaba tan agarrada al suelo y era al mismo tiempo tan débil la semilla de su palabra, que esta habia sido sofocada por aquella aun antes de haber llegado á su maduréz? ¿No es insultar al Hijo de Dios y á su virtud redentora el suponer que su Religion se ha abismado tan pronto en una degradacion universal? Sin embargo, todo eso deberíais afirmar, si los PP. de la Iglesia que no profesaban otra doctrina que nosotros, están envueltos en la acusacion que ahora haceis al catolicismo.

Y no digais que ellos no comprendieron la objecion comun y popular de que semejante doctrina atiquila los méritos y mediation de Jesucristo. Ellos no pudieron ignorar que no se puede derogar á esta mediacion recurriendo á alguno para conseguir sus oraciones. Al contrario, ellos debieron pensar como nosotros que es tributar á Dios el mayor homenaje posible el creer necesario que sus Santos, despues de su entrada en la eterna felicidad, aparezcan todavia ante él como intercesores y suplicantes. Bien distantes de este sentimiento de delicadeza, hoy tan comun, y que nos mueve á no aplicar á los Santos las mismas palabras que á Dios, ellos las unian sin escrúpulo en la misma espresion. No citaré de esto mas

B. del C.—Tomo X.—CONFERENCIAS DE WISEMAN, Tom. II, 20

de un ejemplo, y es una inscripcion descubierta hace dos años y que tuvo por autor á un gran personaje gobernador de las inmediaciones de Roma. Está concebida en estos términos: “Anicio Auchenio Basso, que ha estado revestido de la dignidad consular, y su muger Honorata, con sus hijos, *consagrados á Dios y á sus Santos* (1).” Ahí teneis á Dios y á los Santos juntamente, sin que por esto se temiera derogar al honor que es debido á la Divinidad.

Ved ahí, hermanpos mios, lo que nosotros creemos acerca de los Santos mismos; esa es la doctrina católica, y ya veis su consistencia y sus pruebas. Otro punto estrechamente ligado con ella es el respeto que tenemos á las reliquias de los Santos. La Iglesia católica cree que todo lo que ha pertenecido á los hombres que se han distinguido por su amor de Dios ó por lo que han hecho y padecido por su causa, merece el mismo respeto y los mismos honores que constantemente se conceden, en el curso ordinario de la vida, á lo que ha pertenecido á los personajes que se han distinguido por sus eminentes cualidades. Nada es mas comun que el ver las muestras de veneracion que se manifiestan para con semejantes objetos. Y este sentimiento no es ageno á la iglesia misma de Inglaterra; pues sabemos que en la iglesia de Lutterworth se conserva la cátedra, el pupitre y una par-

(1) ANICIUS. AVCHENIUS. BASSVS. V. C. ET. TYRRE-
 NIA. HONORATA. C. F. EIVS. CYM. FILIIS. DEO.
 SANCTISQVE. DEVOTI.—Véase la carta á J. Poynder, Esq. p. 38.

te de la capa de Wycleff. Y ¿por qué esta atencion, este cuidado en conservarlas? Esas son reliquias, precisamente lo que los católicos entienden por reliquias, puesto que los que las conservan miran á Wycleff como un hombre grande á quien de ese modo intentan honrar, y están convencidos de que la posesion de estos recuerdos mantiene una especie de relacion ó vínculo entre él y la posteridad. Sin embargo, los católicos van todavía mas lejos, porque creen que el respeto que se muestra á estos objetos es una cosa agradable á Dios, y que los honores que se tributan á las reliquias nos escitan á nosotros mismos á imitar el ejemplo de los Santos.

Pero eso, se grita, eso es una supersticion grosera. Hermanos míos, no hay palabra de uso mas frecuente que esta; sin embargo, no hay una mas difícil de definir. ¿Qué es supersticion? La supersticion consiste en atribuir á un objeto una virtud, una energía, ó un poder sobrenatural, independiente de Dios, sin que Dios haya voluntaria y libremente dotado de ese poder ó de esa virtud á dicho objeto; pero desde el momento en que introducís la intervencion divina, y creéis ó esperáis porque estais en la íntima persuasion de que plugo á Dios servirse de este objeto como de un instrumento, ya no hay supersticion. La regla es la misma para el orden natural y para el orden sobrenatural de los seres. Si alguno creyera que llevando puesto un talisman, reportaria de ello bienes, que le curaria ó preservaria de peligros, por una virtud innata ó por un poder propio, ó porque

sin razon se imaginase que Dios ha puesto en él semejante poder, entonces se haria culpable de supersticion; pero si tomo una medicina persuadido de su virtud natural que resulta de las leyes con arreglo á las cuales la Providencia gobierna la creacion, entonces ya no soy supersticioso. De la misma manera no hay supersticion en practicar todo lo que con una conviccion sincera y bien fundada se cree venir de Dios ó ser aprobado por Dios. Supersticion habria sido en los judíos esperar la curacion de las mordeduras de una serpiente venenosa con solo mirar una serpiente de metal; pero desde el momento que Dios mandó erigir este símbolo con la promesa de semejante efecto, desde entonces cesó la supersticion, desde ese momento toda mirada hácia ese objeto se dirige al mismo Dios, autor de su poder y de su eficacia, y se convierte en legítimo y saludable lo que de suyo ó por su naturaleza habria sido supersticioso. Si el pueblo hebreo hubiese colocado por sí mismo en el Arca de la Alianza las imágenes de los dos querubines y se hubiese prosternado delante de ellas, adorándolas, á fin de que Dios oyese por su medio sus oraciones, se habria hecho culpable de una grosera supersticion y habria estado en peligro de incurrir en la idolatría, como sucedió en el caso del becerro de oro. Pero como aquellas imágenes se colocaron allí de orden espresa de Dios que prometió escuchar desde allí las oraciones de sus siervos y que quiso que fuera allí el Gran Sacerdote á depositar las ofrendas de Israel, desde entonces

aquellas imágenes fueron un medio instituido por Dios y no hubo supersticion en poner en ellas su confianza como en instrumentos de la divina misericordia. Si el sucesor de Aaron hubiese llevado sobre su pecho piedras preciosas, grabando en ellas ciertos caracteres al modo de los arúspices, sin ninguna garantía de parte del Señor, habria sido un hechizo ó lo que se os antoje llamarlo; pero desde que el mismo Dios mandó grabar el Urim y Thummin, ó cuando David recurrió al Ephod (1) para conocer lo que tenia que hacer, sabiendo que Dios le habia instituido con este objeto, ya no hubo supersticion. Esta distincion no debe perderse de vista, porque nos servirá para rechazar la acusacion de supersticion que se hace á los católicos.

Si una persona ignorante ora con preferencia ante un objeto ó en determinado lugar porque con razon ó sin ella está convencido de que sus oraciones son mas eficaces allí que en ninguna otra parte, seguramente no se dirá que comete un acto de supersticion cuantas veces obra con arreglo á ese dictámen, puesto que esta eficacia la atribuye en su conviccion á la voluntad divina. Por otra parte, este sentir no es solo de los católicos. ¿Qué persona hay que no crea orar con mas fervor en esta ó aquella parte de su casa, en un oratorio, en una capilla etc. que en cualquier otra parte? Se dirá que es supersticiosa semejante con-

(1) 1. Reg. XXIII, 9.

ducta? No es esto decir que se espera que aquel edificio ó aquellas paredes añadan alguna fuerza á nuestras oraciones, sino que se está convencido de que en aquel lugar se ora con mas fervor, y que por consiguiente nuestras oraciones serán mas seguramente escuchadas; esto, repito, no es supersticion. Del mismo modo, muchas veces se va á oír predicar á un orador mas bien que á otro aunque en realidad aquel no sea mas elocuente; y si preguntais á muchos la razon de esta preferencia, tal vez no podrian dárosela; solo sí que sienten que, cuando oyen á aquel sacerdote, sus palabras van mas directamente al corazon y ellos quedan mas satisfechos. ¿Se dirá que esto es atribuir á un hombre una virtud especial, que es suponer en él una eficacia personal? Considerad la cosa bajo su punto de vista mas sencillo, y no vereis en el predicador mas que un hombre á quien plugo á Dios escoger para hacer de él un instrumento de su obra y de la cual todo el mérito redunda en Dios.

Pues aplicad estas consideraciones al culto de las reliquias. Estos sagrados restos que los católicos llevamos con nosotros mismos y conservamos cuidadosamente, no son á nuestros ojos otra cosa que una prenda de la proteccion é intercesion de los Santos, un símbolo que fomenta nuestra devocion, que nos recuerda las virtudes de aquellos grandes siervos de Dios; y esto no puede llamarse supersticion, *interin* no supongamos inherente á estos objetos otro poder ú otra energía que el que la bondad y omnipotencia divinas han tenido á bien concederles. El católico cree

únicamente que habiéndose Dios servido de aquellos objetos como de instrumentos para obrar maravillas de gracia y para conceder á su pueblo grandes beneficios, debemos tratarlos con respeto y veneracion, esperando humildemente que la Providencia no se desdeñará servirse de ellos nuevamente en nuestro favor. En este sentido les atribuimos esa virtud simbólica de que hablaba hace un instante. —Ahora bien; es incontestable que Dios se ha servido de semejantes instrumentos en los tiempos pasados. En tiempo de la ley antigua fué resucitado un muerto por haber sido puesto en contacto con los huesos de un Profeta: tan luego como se le bajó al sepulcro y tocó los sagrados miembros del Profeta, el cadáver se reanimó y se levantó lleno de vida (1). ¿Y cuál era el sentido de este prodigio extraordinario, obrado en una ocasion en que nada le hacia esperar? ¿No queria Dios mostrar con esto que á las veces dota él de un poder sobrenatural á las cenizas de sus Santos? En los Hechos de los Apóstoles leemos que, aplicándose á los enfermos los lienzos que habian tocado el cuerpo de San Pablo, quedaban aquellos sanos instantáneamente (2); hé ahí reliquias en el sentido católico de la palabra. Leemos que una muger fué curada por haber tocado la orla de la capa de Jesucristo (3); que hasta las mismas franjas del

(1) IV. Reg. XIII, 21.

(2) Act. XIX, 12.

(3) Matth. XIX, 20.

vestido del Salvador estaban impregnadas de ese poder que radiaba en toda su persona y que volvía la salud á los enfermos sin que hubiera menester de hacer acto alguno de su voluntad. Estos ejemplos prueban, que las reliquias de los Santos son en las manos de Dios los instrumentos de los mas sorprendentes prodigios. Tal es el fundamento de nuestra práctica que escluye toda idea de supersticion. Nosotros nos apoyamos en la espresa autoridad de Dios que ha empleado semejantes medios. Luego no puede haber supersticion en creer que de ellos puede todavía servirse.

Y no digais que en los casos citados habia mas razon ó fundamento para contar con la asistencia divina que ahora. ¿Pues qué? ¿se habia acaso advertido á los fieles que los lienzos tocados al cuerpo de San Pablo recibirían de este contacto la virtud de librar de sus enfermedades á los enfermos? ¿Quién escitó á aquella pobre muger á tocar el vestido del Salvador? ¿Se movió á ello por el ejemplo de otros? No, pues cabalmente era la primera que hacia la esperiencia, y Jesucristo atribuye su curacion á la fé con que acompañó aquel acto: “Ten confianza, hija mia; tu fé te ha salvado.” Pues bien: si las personas que fueron las primeras en confiar en tales medios, no fueron acusadas de supersticion; si tan lejos de ser reprendidas por su conducta recibieron los mayores elogios por la fé que las habia impelido á obrar de ese modo, ¿qué valor puede tener la acusacion que ahora se nos hace, cuando los mismos senti-

mientos y la misma fe se ven estimulados por el éxito obtenido y sancionados por una formal aprobación?

A vista de estos ejemplos de la Escritura, resta-me mostraros nuestra creencia y nuestra práctica, que desde entonces tienen su fundamento en la palabra de Dios, esparcidas universalmente en la Iglesia desde su origen. La prueba de ello la tenemos en el cuidado que los cristianos tenían de preservar de la destrucción los cuerpos de los mártires. La historia eclesiástica testifica en todas partes su solicitud por apoderarse de sus reliquias y las crecidísimas sumas que gastaban para ganar los guardias, á fin de que estos les permitiesen dar á los restos mortales de sus hermanos una sepultura honrosa. El mismo espíritu tambien los movia á recoger cuanto podian de su sangre, y á conservarla en vasos colocados en los sepulcros. San Prudencio describe una pintura que habia visto en una de las catacumbas; representando el martirio de San Hipólito que fué arrastrado á los pies de los caballos, hasta que espiró. Como llevaba el mismo nombre que el hijo de Teseo, su verdugo juzgó á propósito condenarle al mismo castigo. En la pintura se representaba el cuerpo del Santo horriblemente mutilado; y detrás una multitud de cristianos siguiéndole y recojiendo, no solo los pedazos de carne, sino tambien las gotas de sangre con lienzos y esponjas con objeto de conservarlas. Y efectivamente, sobre los sepulcros de los mártires se ven esponjas ó pequeños vasos tintos en sangre. Tambien en ellos suelen

encontrarse otra especie de reliquias; á saber los instrumentos que sirvieron para atormentar y dar muerte al mártir. En la biblioteca del Vaticano en Roma, hay una galería llamada Museo de antigüedades cristianas donde se conservan todos los instrumentos de este género, despues de haber comprobado cuidadosamente su autenticidad. Por donde se vé que los cristianos reunian estos instrumentos y los metian con el cuerpo del mártir en su sepulcro.—Aun tenían otro modo de testificar su respeto á estos preciosos restos, y era construir iglesias en el lugar del suplicio, sirviendo de altares los sepulcros de los mártires. Este hecho está probado, no solo por la ley litúrgica que exige haya en todos los altares reliquias de mártires y porque todas las antiguas iglesias de Roma están edificadas sobre sepulturas de mártires, sino tambien por el decreto siguiente del Concilio de Cartago, celebrado el año 398, decreto que es un monumento irrecusable: “El obispo hará demoler los altares »erigidos en memoria de los mártires en los campos y »las calles, donde no hay cuerpos ni reliquias de ninguna clase. Debe tambien asegurarse con cuidado de »la verdad de los hechos; porque no se deben dejar »en pie los altares levantados en virtud de sueños ó »vanas imaginaciones de los hombres (1).” Tenemos una preciosa carta de San Ambrosio á su hermana Marcelina, en la cual el santo arzobispo de Milan re-

(1) Canl. XIV. Conc. gen. t. II. p. 1217.

fuere que un día anunciando á su grey su intención de dedicar una nueva iglesia, oyó esclamar á muchos que debia consagrarla como lo habia hecho con la Basílica romana: “Sí, replicó el Santo, así lo haré, si puedo descubrir los cuerpos de los mártires.” En su consecuencia, lleno de santo ardor, mandó hacer escavaciones que dieron por resultado el hallazgo de los cuerpos de San Gervasio y San Protasio con su sangre y otras señales de autenticidad. Estas reliquias fueron trasladadas solemnemente á la Basílica ambrosiana, y un ciego que se hallaba al pasar la procesion recobró la vista. Despues de referir esto San Ambrosio hace á su hermana un análisis del discurso que entonces pronunció (1).

Ahora, y segun mi costumbre, voy á escojer de entre un sin número de pasajes unos cuantos para demostraros que los primeros cristianos creian en punto á reliquias todo lo que nosotros creemos. Comencemos por la Iglesia de Esmirna, fundada por San Juan, y una de las siete de que se hace mencion en el Apocalipsis. Su obispo San Policarpo, sucesor de aquel santo evangelista, fué uno de los que últimamente habian vivido con él, y por lo tanto permitido nos es suponer que durante su obispado aún no estaba completamente obscurecida la doctrina enseñada por Jesucristo y por sus Apóstoles. Despues de su muerte, los fieles de Esmirna escribieron una carta

(1) Epistolar. lib. VII. Ep. 56.

conservada por Eusebio, y en la que referian lo que entonces habia pasado. De ella extracto el pasage siguiente: “Nuestro astuto enemigo, el demonio, hizo todo lo posible para impedir tuviésemos el cuerpo que muchos de nosotros tan ardientemente deseaban poseer. Se sugirió la idea de que nosotros íbamos á abandonar al Maestro crucificado por comenzar á adorar á Policarpo. ¡Insensatos! ¿No saben que nosotros no podemos abandonar á Cristo que murió por la redencion de todos los hombres, ni adorar á otro que á él? Nosotros le adoramos como á Hijo de Dios; pero veneramos á los mártires con el respeto que les es debido como discípulos é imitadores que fueron suyos. Por eso el Centurion mandó quemar su cuerpo. Entonces nosotros recogimos sus huesos, mas preciosos que las perlas y mas probados que el oro, y les hicimos los honores de la sepultura. En este lugar nos reuniremos, Dios mediante, y alli celebraremos con sumo gozo el aniversario del nacimiento de su mártir, así como la memoria de los que antes de él fueron coronados, á fin de que con su ejemplo se preparen otros y se fortalezcan para el combate (1).”

Este pasage contiene algunos puntos importantes en los cuales debo detenerme un momento. Esa relacion, tan notable por mas de un concepto, prueba la solicitud y diligencia de los mártires

(1) Hist. eccl., lib. IV, c. XV, p. 170. -A.

en adquirir y poseer el cuerpo del Santo; nos enseña que sus huesos les parecían *mas preciosos que las perlas y mas probados que el oro*, y que querían honrarle reuniéndose en el lugar de su sepultura para celebrar allí el aniversario de su nacimiento. Pero el rasgo mas notable de este relato, es cuando nos representa á los judíos, sus enemigos, sugiriendo y propagando que iban á adorar á Policarpo. ¿Cómo los adversarios de los cristianos habian sospechado siquiera por un solo instante ó parecido sospechar que abandonarían á Cristo por adorar á Policarpo? Si no hubiera habido la costumbre de dar muestras exteriores de respeto y de honor á los restos mortales de los mártires, de seguro que no se habria ocurrido á aquellos hombres la idea de que era de temer que los cristianos tributasen culto al cuerpo de Policarpo. La acusacion misma supone que existia semejante práctica y que no era ignorada de los enemigos del cristianismo.

San Ignacio, obispo de Antioquía, sufrió el martirio en Roma cien años despues de Jesucristo; vosotros sabeis cómo fué trasladado su cuerpo á su ciudad episcopal y llevado de ciudad en ciudad como un tesoro inestimable (1). Oid acerca de esta traslacion las elocuentes palabras de S. Juan Crisóstomo: “Despues que allí (en Roma) dejó su vida, vuelve á nosotros coronado; porque plugo á la divina bondad devolver-

(1) Véanse en Ruinart las Actas de su martirio.

»nos el mártir y repartirle entre las ciudades. Roma
»se regó con su sangre; pero vosotros veneráis sus
»reliquias. Vosotros habeis gozado de su episcopado;
»Roma fué testigo de su combate, de su victoria y de
»su triunfo; y vosotros le poseeis eternamente. Dios
»le separó de vosotros por un momento, y os le de-
»vuelve mas glorioso. Y como los que toman dinero
»á préstamo devuelven con interés lo que han re-
»cibido, asi tambien Dios, habiendo tomado presta-
»do este precioso tesoro por un poco tiempo, á fin
»de mostrarle á aquella lejana ciudad, os le devuelve
»con nuevo esplendor. Porque vosotros enviásteis un
»obispo, y recibís un mártir; le enviásteis con oracio-
»nes, y le recibís con coronas. Y no solo vosotros,
»sino todas las ciudades del tránsito. ¿Qué sentimien-
»tos os parece experimentaron ellas cuando vieron pa-
»sar estos sagrados restos? ¿Qué frutos de ventura no
»recojieron? ¿Cuánto no se regocijaron? ¿Con qué acla-
»maciones no saludaron al vencedor coronado? A la
»manera que los espectadores se echan de todas par-
»tes á la arena y rodean al noble combatiente que
»echó á tierra á todos sus antagonistas y vuelve este
»con brillante gloria, y no permiten que sus pies pi-
»sen el suelo, sino que le llevan á su casa entre vi-
»tores y aplausos; asi todas las ciudades, segun iba
»llegando á ella desde Roma nuestro Santo, le llevaban
»sobre sus hombros; y acompañaban hasta nuestra ciu-
»dad al mártir coronado, celebrando con himnos al
»conquistador, y riéndose del demonio, porque sus
»ardides se habian vuelto contra sí mismo y porque

»habia servido contra su propia causa lo que él habia
»maquinado contra el mártir (1).” Aquí vemos las reliquias tratadas con los mayores honores por los inmediatos discípulos de los Apóstoles, por hombres que habian conversado con ellos y recibido de ellos mismos su doctrina. Pero los testimonios se multiplican hasta lo infinito.

S. Ambrosio, arzobispo de Milan, escribió desde esta ciudad á S. Basilio, obispo en Capadocia, pidiéndole una porcion de las reliquias de San Dionisio, y San Basilio contestó á esta peticion. Esta correspondencia es al mismo tiempo una prueba de la comunión entre las iglesias de todos los paises del globo, y de la práctica que aqui es objeto de ella. Oid las palabras de S. Basilio: “Nuestro afecto á nuestros hermanos difuntos se refiere al Señor á quien sirvieron; honrando á los que han muerto por la fé, se da muestras de estar animado del mismo ardor; de modo que un mismo y solo acto es prueba de muchas virtudes.” Refiérele en seguida lo difícil que habia sido persuadir á los que poseian las reliquias del Santo se desprendiesen de ellas para enviárselas, y añade que entre ellos no habia duda alguna acerca de su autenticidad (2).

Ved ahora un pasaje muy fuerte de San Efren, cuya autoridad ya he invocado con particular estima-

(1) Homil. in San Ignat. mart.

(2) Ad Ambros. Mediol. Ep. 197, tom. III, p. 287.

cion: “¡Ved cómo todavía respiran los restos de los
» mártires! ¿Quién dudaría de que todavía estén vi-
» vos estos mártires? ¿Quién creería que han pereci-
» do?” En seguida ensalza la virtud de las reliquias
y exhorta á los fieles á que en sus desgracias acudan
confiadamente á ellas: “Porque la divinidad habita
» en los huesos de los mártires y con su poder y su
» presencia obra en ellos milagros (1).” San Astero
escribe: “Por eso depositamos en lugares decorosos los
» cuerpos de los mártires y los conservamos como pre-
» sentes de gran valor. Por ellos somos fortalecidos, y
» ellos protegen la Iglesia, como la fuerza armada guarda
» una ciudad.” San Juan Crisóstomo: “Lo que no pue-
» den hacer ni el oro ni las riquezas, lo hacen las reli-
» quias de los mártires. El oro jamás ha lanzado las en-
» fermedades ni apartado la muerte; y los huesos de los
» mártires han hecho ambas cosas; la primera de estas
» maravillas en los días de nuestros padres, y la segun-
» da en nuestro tiempo (2).”

Pero no acabaría si hubiera de citaros todos los tes-
timonios. Sin embargo, la historia eclesiástica nos pre-
senta dos hechos relativos á la misma época que nos
muestran plenamente cuál era la creencia de los
cristianos. El primero son los escritos de Eunapio
el Sofista, por los años 380, el cual se esforzaba en
probar que los cristianos adoraban á los mártires.

(1) Tom. V, p. 340, Edic. rom.

(2) Homil. 71. S. Drosidis mart.

Acúsalos en primer lugar de tener gran cuidado con sus cuerpos y de colocarlos en sus altares; y en segundo, de tributarles la adoracion suprema, y tratarlos como dioses; de todo lo cual concluye que era una manifiesta idolatría. Por aqui podeis ver que esta acusacion no es muy moderna, sino un tema ya algo viejo, puesto que 380 años despues de Jesucristo los mismos paganos acusaban de idolatría á la Iglesia, precisamente á consecuencia de la misma creencia y de la misma práctica que todavia conservamos hoy. Esto, al menos, prueba los honores y veneracion que se tributaba á los Santos y á sus cenizas.

El segundo hecho es el de Vigilancia que fué condenado como herege, pocos años despues, por haber pretendido que no debian honrarse las reliquias. En el mero hecho de atacar esta práctica, resulta que ya existia antes de él. San Gerónimo escribió un tratado para refutarle; y en una de sus cartas estableció una distincion muy exacta: “Nosotros no adoramos las reliquias de los mártires; lo que hacemos es honrarlos, á fin de elevar nuestro espíritu hasta aquel de quien son los mártires. Los honramos, á fin de que este honor se refiera á aquel que dijo: *«El que os recibe, á mí me recibe (1).»*”

Esto es cabalmente lo que los católicos jamás han cesado de creer en los tiempos modernos: que los homenajes, tributados á las reliquias, se refieren ulte-

(1) Ep. 53 ad Riparium, t. I, p. 583, 584.

B. del C.—Tomo X.—CONFERENCIAS DE WISEMAN, Tom. II. 21

riormente á Dios, y que honrando á los Santos, honramos á Dios que los ha escogido como compañeros y fieles servidores suyos.

Esta época gloriosa nos ofrece, pues, una grande variedad de escritores, todos los [cuales dan testimonio en favor de la misma doctrina. Pero lo que sobre todo me ha llamado la atencion es una carta dirigida por San Agustin á algunos de sus amigos que viajaban por Italia. Por aquel mismo tiempo acababan de descubrirse en Oriente las reliquias del proto-mártir San Esteban, y eran trasladadas á Africa una parte de ellas. San Agustin, y cuidado que San Agustin no es hombre á quien se pueda tachar de crédulo ni de supersticioso, refiere lo que pasó al llegar los sagrados huesos. El obispo de una diócesis vecina, atacado de una larga y cruel enfermedad, por cuya causa debia sufrir una operacion peligrosa, fué curado de aquella enfermedad, llevando las reliquias á la iglesia. Pero la circunstancia particular que en esta carta, escrita por San Agustin á sus amigos, mas me ha llamado la atencion, es la siguiente: estiéndese en hacer el elogio de los viajeros, y despues añade como último rasgo: “Lo que todavía es mas precioso, es que ellos llevan consigo una porcion de las reliquias de San Esteban.” Si en nuestros dias escribiera alguno una carta así, se le tendria por un hombre supersticioso; pero ¿y quién era el autor de la que acabo de citar?... ¡Qué hombre! ¡y qué siglo! Ciertamente semejantes pasages deberian al menos mover á nuestros acusadores á moderar su language, cuando

hablan de nuestras doctrinas, siquiera no fuese mas que por respeto á los hombres que irian envueltos en la misma acusacion.—Paréceme, pues, que lo que llevo dicho justifica bastantemente nuestra veneracion á las santas reliquias. Hemos visto que nuestra creencia tiene su fundamento en la palabra de Dios, y que es ámpliamente justificada por la práctica constante de la Iglesia.

Réstame hablaros del último punto enlazado con los anteriores; réstame hablaros de las imágenes y de los cuadros que hay en nuestras iglesias. El Concilio de Trento ha definido los dos puntos que forman la doctrina católica acerca de esta materia: en primer lugar, es útil y conveniente tener cuadros, imágenes, ó cualquiera otra representacion de los Santos; en segundo lugar, debemos honrarlas y tratarlas con respeto (1). Ved, pues, ahí todo lo que en este particular enseña la Iglesia católica. Supongo que nadie osará decir que no es permitido colocar pinturas en las iglesias porque esto seria contravenir á un precepto de la ley judáica. Sin embargo, la ignorancia nos ha acusado de haber alterado el Decálogo, dividiendo un precepto en dos á fin de descartar la prohibicion que se aplicaba á la fabricacion de imágenes y que era distinta de la de adorarlas. Asi, pues, la primera cuestion **debe ser la siguiente: ¿Está prohibido fabricar imágenes ó solamente el adorarlas?** Si admitís lo prime-

(1) Sess. XXV. De venerat. Sanctor.

ro, habrá que desterrar todo monumento de nuestras iglesias, todos los cuadros de nuestros altares; y sin embargo, es bien notorio que la Reforma ha conservado muchos de ellos. Me parece hay uno en la iglesia de San Esteban de Walbrook; otro en la de Greenwich, representando á San Pablo; y otros semejantes en muchos templos dedicados al culto protestante. Luego no podemos suponer que la representacion de seres humanos esté prohibida en caso alguno; y por consiguiente, la primera parte del primer precepto está esencialmente modificada por la segunda; y en esta es de donde toma su fuerza. Nosotros convenimos en que no deben hacerse imágenes para adorarlas, porque el primer mandamiento es contra la idolatría ó contra la fabricacion de imágenes con objeto de adorarlas. Pero el mismo Dios mandó la fabricacion de imágenes; en el tabernáculo fueron colocados dos querubines en el Sancta Sanctorum; las paredes del templo estaban adornadas con imágenes de escultura, y en uno de los patios doce bueyes estaban sosteniendo una fuente de bronce. Nadie duda efectivamente de que el templo estaba adornado de imágenes y de pinturas de formas humanas, tanto como puede estarlo cualquier otro edificio. Toda la cuestion queda, pues, reducida á lo siguiente: ¿Tienen razon los católicos en servirse de objetos piadosos como memoria ó recuerdo de lo que representan, y en orar delante de ellos con la idea de que escitan la fé y la piedad? Quizá se me pregunte qué fundamento tiene esta doctrina en la Escritura; pero

yo podria responder que ni siquiera busco ese fundamento, y al mismo tiempo y con mas razon podria yo preguntar en virtud de qué autoridad se me ha de privar á mí de esos objetos. Porque ¿no es de derecho natural servirse de todo lo que redunde en gloria de Dios y no se halla prohibido en parte alguna? ¿Me preguntareis tambien qué fundamento tengo en la Escritura para edificar iglesias y usar de órganos, campanas, instrumentos de música y mil otros objetos que entran en el servicio divino? ¿Tendré que apelar á la Escritura y buscar en ella una garantía, si he de usar el órgano? Ciertó que no: porque si la cosa es inocente en sí y sirve para elevar hácia Dios nuestros corazones, nosotros creemos legítimo su uso y solo una ley positiva puede privarnos de él. Quisiera se me dijese si se acusarian mis sentimientos si saliera al encuentro del retrato de una persona á quien hubiera yo amado tiernamente y le contemplara con amor y veneracion cual si estuviera delante de mí la persona á quien lloraba; entonces aun cuando mis ojos se arrasaran de lágrimas y me dirigiera con dolor y entusiasmo á aquella muda representacion, se veria tal vez estravagancia en mi conducta y demasiada viveza en mis sentimientos; pero á nadie se le ocurriria tacharme de supersticioso ó de idólatra.

Pues bien: no otra cosa es lo que hace el católico con las imágenes y cuadros de nuestras basílicas. Son recuerdos de la misma naturaleza que todas las representaciones posibles, y los consideramos como

universalmente apropiados para escitar en nosotros sentimientos semejantes, pero únicamente en el órden religioso. Si observo que mirando ese retrato, doy mas viveza á mis sentimientos, entro en comunión mas íntima con la persona á quien he amado y querido, nadie duda que puedo satisfacer esta necesidad de mi corazón sin que nadie tenga derecho de vituperármelo. Del mismo modo, por consiguiente, si yo observo que esta ó aquella imagen, este ó aquel cuadro, que representa al Salvador, á la Santísima Virgen, ó á los Santos, obra mas enérgicamente sobre mis afecciones, escita en mí sentimientos mas profundos de piedad, mi conducta está justificada y yo tengo razon para recurrir á semejantes medios. El motivo que aquí me guia es precisamente el mismo que me hizo orar en un lugar mas bien que en otro, porque experimento que en uno se eleva mas fácilmente mi espíritu á Dios que en el otro. Hé ahí el fundamento claro y sencillo en que sostenemos nuestra práctica. El culto de las imágenes no está prohibido por ninguna ley positiva; la antigua prohibicion hecha á los judíos se referia únicamente á los que fabricaban imágenes para adorarlas, y por tanto no puede tener aplicacion aquí porque las nuestras no tienen otro objeto ni otros motivos que las que de órden expresa de Dios fueron colocadas en el templo.

Poco importa que las imágenes y las pinturas hayan ó no estado en uso en la primitiva Iglesia, pues esto es un punto de disciplina y nada mas. El Concilio

de Trento no obliga á usarlas; dice únicamente que es útil tenerlas; que es útil usarlas, y que se las debe tratar con respeto, con ese respeto relativo que se manifiesta al retrato de un padre ó de cualquier otra persona á quien estimamos y veneramos. Pero el mismo Concilio en sus intrucciones al clero parroquial le encarga espresamente esplice estas doctrinas á los fieles, amoneste al pueblo y le haga comprender que estas imágenes no son otra cosa que meras representaciones y que los honores que se les tributan se refieren al prototipo ó al ser representado; pero que las imágenes no tienen por sí mismas ninguna poder y no podrian proporcionar el mas leve auxilio.

Sin embargo, aun cuando los cristianos ponian el mayor cuidado en distinguir su creencia de la idolatría que los rodeaba, usaron de estas piadosas representaciones desde los primeros tiempos. Hállanse algunas de ellas antiquísimas en las catacumbas; algunas están cortadas por los sepulcros de los mártires, lo cual supone que ya existian antes de que se hubiesen abierto aquellos sepulcros. D'Agincourt ha cotejado las pinturas del sepulcro de la familia de los Nasonis con las de las catacumbas, y dice son de una misma época, es decir, del siglo II. Flaxman, en sus discursos acerca del arte, reconoce tambien que pertenecen á una remotísima antigüedad. Luego es ya muy antiguo este modo de adornar los lugares donde se reunian los fieles. Un hecho muy notable viene en apoyo de esta conclusion: todas las representaciones de las catacumbas son unifor-

memente las mismas , semejantes en todo á las que describió el P. mas antiguo , Tertuliano, y con las que los cristianos de Africa acostumbraban adornar las copas de sus cálices, como , por ejemplo, el Buen Pastor llevando sobre sus espaldas una oveja, emblema de la caridad divina del que ya entonces se usaba para producir en los corazones sentimientos de afecto hácia Jesucristo. Esta uniformidad, sobre todo si se tiene en cuenta la distancia de los lugares, prueba que el tipo comun se remonta á una época todavía mas remota; porque la casualidad no puede hacer que todos se pusiesen de acuerdo en unos mismos asuntos y en un mismo método de ejecucion: debió pasarse un tiempo bastante considerable entre la invencion del tipo por el primer artista y su adopcion por todos los demas en los diferentes paises.

Este ligero bosquejo basta por ahora. Quizá se esperase que yo hablara de los abusos; pero téngase en cuenta que ya en diferentes lugares de mi discurso he hecho acerca de esto algunas observaciones que creo deben parecer suficientes. No añadiré, pues, mas de dos palabras. Las mas de las veces esas acusaciones de abusos proceden de que ó no se comprende, ó no se quiere tomar el trabajo de conocer el sentir de los católicos. Si nos trasladamos á otros paises vemos manifestarse mas en lo exterior los sentimientos del alma, y tomar un carácter de entusiasmo y de viveza que no hay entre nosotros. Por consiguiente, nada es mas comun que condenar como idolátricas y supersticiosas semejantes manifestaciones,

porque se las compara con lo que pasa en otras naciones mas frias y de un carácter mas flemático. Pero los que están familiarizados con los hábitos del pueblo, y están instruidos en sus creencias, saben muy bien, que á pesar de la estravagancia aparente de sus demostraciones exteriores, sus convicciones íntimas y su fé conservan toda su pureza y están perfectamente acordes con la enseñanza y las decisiones de la Iglesia.

Antes de concluir, permitidme añada una ó dos reflexiones que parecen enlazadas con mi asunto. Refierese á las vagas declamaciones que todos los dias se están haciendo contra la doctrina católica. No tengo la menor duda de que nuestras conferencias darán márgen á otras reuniones en sentido opuesto (1), en las que se pretenderá demostrar que las doctrinas y prácticas de la Iglesia católica están llenas de supersticion y de idolatría y merecen ser justamente reprobadas. Pero á los que se hallen en el caso de oír réplicas de esta clase á mis discursos, les ruego encarecidamente las escuchen con sangre fria, vigilen sobre su espíritu y su imaginacion, no cedan á los arranques de la elocuencia ni á las aserciones mas positivas; sino que antes de someterse á los argumentos que se alegan contra nosotros pidan la prueba de cada proposicion que se asiente contra los católicos, y si no pueden pedirla, que la busquen

(1) Y así sucedió efectivamente.

ellos mismos, que examinen y comprueben en cuanto les sea posible los principios en que se apoyan los que combaten nuestras creencias. Esta precaucion nos salvará de muchos atolladeros, y estoy seguro de que siempre ó casi siempre se hallará que la doctrina atacada no es la de los católicos, y entonces vendrá abajo por sí mismo todo cuanto se haya dicho contra esta. Las razones alegadas pueden ser buenas tratándose de la doctrina imaginaria que se combate, pero no tienen que ver nada con la nuestra.

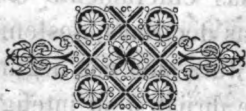
Estoy convencido de que nada tenemos que temer de las personas que del modo que acabo de decir entren en el debate. No estamos ya en los tiempos en que se daba contra nosotros el grito de guerra, acusándonos de supersticiones groseras ó injurias á Dios, así como tambien se daba contra el estado el grito de odio y de rebellion. Uno y otro han tenido su época, pero el tiempo de uno y otro ya ha pasado; y hoy si nuestros adversarios quieren servir nuestra causa y fastidiar á sus mismos oyentes, no tienen mas que renovar contra los católicos sus imputaciones declamatorias y sin fundamento alguno. Gracias á Dios y á la generosidad y rectitud de nuestros conciudadanos, podemos ahora presentarnos públicamente y abogar por nuestra causa y defenderla ante el público. Nosotros no retrocedemos ante las investigaciones, las deseamos antes bien con el mayor ardor: abiertos están nuestros templos para todo el que quiera acudir á ellos, públicos son nuestros libros de oraciones, públicos tambien nuestras predi-

caciones; nosotros sujetamos á exámen hasta al mas pequenuelo de nuestros hijos y el catecismo que se le enseña; invitamos á los hombres de todos los partidos á que inspeccionen nuestras escuelas y les presentamos maestros y discípulos para que ellos les pregunten. Todo cuanto escribimos, todo cuanto leemos está á disposicion de todo hombre culto, de todo el que cultiva su talento. Bien sabe Dios que nada tenemos que ocultar, nada que tapar, y ¡pluguiese al cielo que pudiésemos abrir nuestros pechos á fin de que en nuestros corazones se leyesen nuestras creencias tal y como están consignadas en nuestros símbolos, en los términos mas claros y sencillos! No hay pues, para todo hombre razonable, liberal y generoso, no hay ya en adelante otro medio de combatirnos que el de las investigaciones pacíficas é imparciales, basadas enteramente en una esposicion esacta de nuestras doctrinas, sostenidas no con citas vagas de la Escritura sino con argumentos fuertes y luminosos que se dirijan á su inteligencia.

Tales son las reflexiones que deseaba haceros al fin de este discurso, porque en nuestra próxima reunion, y segun tengo ofrecido, comenzaré á tratar del mas importante de todos los asuntos, de la Eucaristía, y la estension con que he de tratar este importante punto no me permitiria hacerlas; y yo no queria terminar nuestras Conferencias sin llamar vuestra atencion acerca de los peligros de que teneis que precaveros. Ni son solo estas observaciones las que podria presentaros, ocúrrense mil otras; pero el

tiempo vuela veloz y ya no puedo detenerme mas. Lo que sí puedo hacer es renovaros la seguridad de que si he tocado ligeramente algunos puntos, si parece he omitido otros, no debeis achacarlo á otra causa sino á la persuasion en que estaba de haberos detenido casi siempre en nuestras Conferencias mas tiempo del que convenia; y si de algo puede reprendérseme, mas bien será por haberos querido comunicar demasiadas cosas que por “haber” ocultado nada de todo lo que podia seros útil (1).”

(1) Act. XX, 20.



CONFERENCIA XIV.

TRANSUBSTANCIACION.—*Parte I.*

Jesús tomó los panes; y habiendo dado gracias, los repartió entre los que estaban sentados; é igualmente les dió de los peces cuanto quisieron. (Joann. VI, 41)

AUN cuando no acostumbro yo dar grande importancia á las coincidencias puramente accidentales, sin embargo, confieso que he tenido cierto placer cuando he notado que la doctrina católica acerca de la Eucaristía, de la que siguiendo el orden natural de las materias he de hablaros esta noche, es precisamente el asunto que en el Evangelio de este día ofrece la Iglesia á nuestra consideracion. No puedo

menos de esperar se derramen con mas abundancia sobre nuestros trabajos las bendiciones divinas, si nuestra enseñanza va no solamente acorde con la autoridad instituida por Dios para gobernarnos é instruirnos, sino que ademas está arreglada hasta en su forma exterior por esa misma autoridad. Emprendo, pues, con entera confianza la tarea que me he impuesto, y como será larga la carrera que hoy vamos á empezar, y la necesidad de atender á nuestras fuerzas y á nuestro tiempo me imponen el deber de evitar toda digresion, toda cuestion particular, voy á entrar sin mas preámbulos en el objeto de mi discurso. Propóngome examinar los motivos en que la Iglesia católica funda su creencia acerca de este punto el mas importante, el mas digno, el mas grandioso y elevado de cuantos he tratado en ante vosotros: hablo de la real presencia de Nuestro Señor Jesucristo en el Sacramento del altar.

Esta doctrina de la Iglesia católica que es quizá el dogma que ha sido mas calumniado, ó por lo menos contra el que se han cometido mas irreverencias y desprecios; esta doctrina, digo, este dogma ha sido claramente definido por el Concilio de Trento. La Iglesia católica, dicen los PP. de este Concilio, enseña, y siempre ha enseñado, que en la Santísima Eucaristia lo que en un principio era pan y vino se convierte por la consagracion en la sustancia del cuerpo y de la sangre de Jesucristo con su alma y su divinidad, ó lo que es lo mismo, en toda su persona íntegra y completa; cambio ó conversion

que muy esactamente se llama por la Iglesia católica *transubstanciacion* (1). Ved ahí, hermanos míos, nuestra creencia acerca de este punto el mas incomprendible, el mas inconciliable con la razon, para todos los enemigos de nuestra fé, y que forma la principal barrera que aún detiene á muchos de ellos fuera de nuestra comunión; pero que á los ojos de todo católico es la parte mas consoladora, la mas augusta y sagrada de nuestro símbolo. Este discurso y los siguientes os darán á conocer los motivos por los cuales estamos adheridos á esta doctrina.

Pero antes de ir á buscar su fundamento en la palabra de Dios, es muy importante fijar de antemano los principios que nos han de guiar en el exámen de los textos de la Escritura. Ya en otra ocasion os he hablado del modo vago é insuficiente con que se pretende penetrar el sentido de esos mismos textos: se leen con el espíritu preocupado ya con determinada doctrina, y entonces es como imposible no se les dé un sentido que establezca directamente esa doctrina, ó al menos que no le sea contrario. Asi se explica cómo sectas tan diversas y discordantes han pretendido demostrar igualmente por la Escritura las opiniones mas inconciliables entre sí. Empero necesario es haya un medio mas seguro de interpretacion, una clave que nos conduzca con mas certeza al conocimiento del sentido verdadero. En la ocasion á que

(1) *Sac. III, c. II.*

aludo, y en la cual tuve que examinar muchos textos de los Libros Santos, me contenté con sentar la regla general que consiste en explicar la Escritura por medio de la Escritura misma, en hallar la clave del pasaje en cuestion en otros pasajes mas claros. Mas hoy me parece conveniente esponer con mas estension algunos principios sencillos y generales que tienen su fundamento en la filosofia del language ordinario y en el sentido comun, principios á los cuales me atenderé en el curso de la demostracion.

El fundamento de toda ciencia de interpretacion es sobremanera sencillo si se considera el objeto que se propone. Pues bien: todo el mundo conviene en que cuando leemos un libro ú oimos un discurso, tenemos por objeto comprender lo que pasaba en el ánimo del autor cuando escribia ó pronunciaba aquellos pasajes; es decir, penetrar el sentido que él mismo deseaba dar á las espresiones de que entonces se servia. Por ejemplo, cuando yo os estoy hablando, es evidente, segun todas las leyes convencionales de la sociedad, que mi deseo y mi intencion son que me comprendais, que me entendais. Seria burlarme á la vez de vuestro buen sentido, de vuestros sentimientos y de vuestros derechos, el proponerme otro objeto; de aquí es que me espreso lo mejor que puedo y de la manera que creo mas á propósito para representaros en vuestro entendimiento las ideas que pasan en el mio en el momento de manifestarlas por la palabra. Efectivamente, conforme á las leyes establecidas de la comunica-

cion social, el objeto de todo trato entre los hombres es transmitir al espíritu de los otros los mismos sentimientos y las mismas ideas que hay en nosotros; y el lenguaje no es otra cosa que la via por donde se trata de establecer esta comunicacion.

Tenemos, pues, aqui dos términos que hay que poner en ecuacion: el espíritu del orador y el del auditorio; y si la via de comunicacion es seguida como conviene, uno de los términos debe representar al otro. Explicaré mi pensamiento con una comparacion: si por la inspeccion de las líneas impresas en una hoja de papel juzgais sin temor de engañaros del molde que allí los ha dejado, de la misma manera y con la misma certeza podeis juzgar, con solo ver el molde, de las líneas que este hará en el papel, con tal que se aplique bien á este y de modo que haga la impresion. Pues no sucede otra cosa con todo hombre que se dirige á sus semejantes: su objeto, ora escriba, ora hable, es reproducir con la mayor claridad posible su propio pensamiento en sus ánimos. Si los procedimientos del lenguaje son apropiados, excepto los casos extraordinarios de error, por ejemplo el de que no nos entendiéramos unos á otros, si la via de comunicacion está bien establecida, nosotros recibimos las ideas y las impresiones mismas que el escritor ó el orador descaba transmitirnos; y por consiguiente podemos juzgar tambien de las ideas que estaban en el espíritu del orador por el sentido que daban á sus palabras los que le oían.

Luego si tenemos que asegurarnos del sentido de
B. del C.—Tomo X.—CONFERENCIAS DE WISEMAN, Tom. II. 22

algun pasaje en un libro escrito hace uno ó diez siglos, no debemos juzgar de él por las ideas que ahora despierta en nosotros, sino que hay que averiguar el sentido que esas mismas palabras despertaban naturalmente en el tiempo en que la obra se escribió. Abrid cualquier obra de un autor inglés, que cuente ya un siglo, y en ella leereis muchos términos á los cuales se daba una significacion diferente de la que hoy tienen. Hallareis, por ejemplo, la palabra *wit* (espíritu) empleada para espresar las cualidades mas brillantes de la inteligencia, sentido que ha perdido hace ya mucho tiempo. Remontad todavia mas lejos, y muchas espresiones, ahora triviales y comunes, no tenian nada de tales en el uso que de ellas se hacia. Asi, en las antiguas versiones de la Escritura, se empleaba constantemente el vocablo *balada* en lugar de el de *cántico*. Es, pues, evidente que os espondriaís á equivocaros si acerca de un pasaje escrito en aquella época discurriéseis con arreglo al sentido que las mismas palabras tienen en nuestros dias. Luego la verdadera regla de interpretacion consiste en investigar el sentido que los contemporáneos del autor dieron á cada una de sus palabras; y si se ve dan á esas palabras una significacion bien esacta y que sea al mismo tiempo la única que *podian* darles, entonces se está seguro de haber descubierto el pensamiento mismo del autor. Por consiguiente, si demostramos que los judíos dieron cierto sentido á las palabras del Salvador y que no podian darle otro, quedará probado con esto que el Hijo de Dios se sirvió de esas pa-

labras en ese sentido, si queria que se le entendiera. Esto es lo que los críticos llaman *uso del discurso* y lo que los intérpretes de la Escritura miran como la clave necesaria para la inteligencia del lenguaje de los escritores sagrados.

Tal es el método natural y sencillo que me propongo seguir. Analizaré las espresiones de que el Salvador se sirvió en diferentes ocasiones; me esforzaré en ponerlos en posesion de la opinion verdadera de sus oyentes y en haceros comprender cuál era el sentido que podian dar á sus palabras al estarle escuchando. Entonces vereis la tortura que padecia su espíritu al oir semejante lenguaje y la esplicacion mas conveniente que podia ofrecérseles; y sea cual fuere la interpretacion esclusiva que dieron al discurso del Hijo de Dios, tendremos derecho á considerarla como la verdadera. Al mismo exámen someteré las objeciones: investigaré cómo se adaptan al sentido legítimo que las espresiones podian tener en aquella época, y esas objeciones no tendrán valor alguno sino en tanto que salgan victoriosas de esta prueba.

Empero en el análisis de las antiguas frases y de las antiguas palabras, hay otras consideraciones que no deben perderse de vista. Debe tenerse en cuenta el carácter particular del orador, porque cada cual tiene su modo de dirigirse á su auditorio y sus formas particulares de lenguaje. Es pues necesario hacer una especie de exámen individual, á fin de ver si la esplicacion dada no está en desacuerdo con el método ordinario de quien ha hablado. Ademas, el que quiera:

dirigir á otros, segun ya ha observado un juicioso escritor, debe dejarse dirigir por ellos en cierto modo; un hábil y prudente orador no chocará de frente con las habitudes y sentimientos de su auditorio. Cuando recomiende doctrinas amables y atractivas no las revestirá de imágenes exageradas que disgustarian desde luego. Sin sacrificar un principio, sin renunciar á una sola de sus opiniones, evitará, no saliendo de su vía natural, todo lo que pudiera hacer odiosa su enseñanza.—Ved ahí las reflexiones preliminares que he creído deberos presentar antes de proceder al exámen del capítulo VI del Evangelio de San Juan que nosotros miramos como la primera prueba de la doctrina católica acerca de la Eucaristía.

La dificultad, relativa á la interpretacion de este capítulo, asi como todas las demas de la misma naturaleza, en el Evangelio, se reduce á una mera cuestion de hecho. Católicos y protestantes, todos convienen en que la primera parte del capítulo desde el principio hasta el versículo 26, es puramente histórica, y contiene la narracion del milagro obrado por el Salvador, cuando con unos pocos panes dió de comer á una inmensa muchedumbre. Todos convienen igualmente en que la segunda parte del capítulo, desde el versículo 26 hasta el 50, se refiere á la fé. Pero aqui comienza entre nosotros la diferencia fundamental de parecer. Nosotros decimos que en el versículo 50, ó poco antes ó despues, el Salvador muda de discurso, y que á contar desde allí hay que entender sus palabras no ya de la fé, sino de su cuerpo dado realmen-

te en comida, y de su sangre dada en bebida, en el Sacramento de la Eucaristía. Los protestantes sostienen por su parte que Jesucristo no muda de discurso y que prosigue hasta el fin el mismo tema. Luego esta es una mera cuestion de hecho, semejante á toda cuestion legal tocante al sentido de un documento. Por consiguiente tenemos que examinar si la última parte del capítulo puede entenderse del mismo asunto que la anterior.

Ante todo necesito haceros observar que el Salvador tenia por costumbre aprovecharse de cada uno de sus milagros para inculcar alguna doctrina que tuviese particular relacion con el prodigio. Por ejemplo, en el capítulo IX de San Juan, despues de haber devuelto la vista á un ciego, clama contra la ceguedad espiritual de los fariseos. En el capítulo V, la curacion de un hombre privado del uso de sus miembros, ó que por lo menos se hallaba en la mayor postracion, le presenta muy naturalmente la ocasion de esplicar la doctrina de la resurreccion. Por último, en el capítulo XII de San Mateo, despues de haber lanzado al demonio, desenvuelve el punto relativo á los espíritus malos. Estos ejemplos muestran cuál era la costumbre del Salvador. Ahora bien: no puede negarse que si alguna vez buscó una ocasion de proponer á sus oyentes la doctrina de la presencia real, en todo el curso de su ministerio no pudo hallarla mas favorable que el caso en cuestion. Porque se le vió bendecir el pan é imprimirle cierta virtud que

Le hizo bastase para alimentar á muchos miles de personas. ¿Qué cosa pues mejor que este milagro podia dar una idea del Sacramento en que su cuerpo se multiplica de un modo que forma el alimento del género humano en todos los puntos de la tierra á un mismo tiempo? Luego es de presumir que si Jesucristo tenia que proponer una doctrina de esta naturaleza, si tenia que instituir alguna cosa semejante á la Eucaristía, el milagro de los panes fué para él el momento favorable de preparar sus oyentes á recibirla.

Esta presuncion adquiere todavia mas fuerza, si se considera cuán naturalmente entraba en este asunto el Salvador. Los judios le pedian un milagro que acreditase su mision, é insistian diciendo: «¿Qué milagro haces tú para que nosotros creamos en tí al verle? ¿Qué haces tú, pues? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, segun está escrito: «dió-les á comer el pan del cielo.» Y Jesus les respondió en el versículo siguiente: “En verdad, en verdad os digo, que Moisés no os dió el pan del cielo: mi Padre es quien os dá el verdadero pan del cielo.” Ahora bien; es de notar que los judíos, en el *Midrasch Cohemoth* ó comentario sobre el *Eclesiastés*, una de sus primeras obras despues de la venida de Jesucristo, afirman que una de las señales que el Mesías dará de su mision, es precisamente la de dar pan del cielo, á la manera que Moisés hizo descender del cielo el Maná. Estando, pues, los

judios en esta persuasion, natural era que tratasen de juzgar de la mision del Hijo de Dios por el criterio que ellos miraban como fundamento de la mision de Moisés, y naturalmente era tambien que el Salvador por su parte opusiese á este celestial alimento dado en otro tiempo á sus padres en el desierto una institucion divina en la que el hombre pudiera alimentarse con una cosa mas escelente que el Maná, con el verdadero pan vivo bajado del cielo.

Hechas estas dos observaciones preliminares, entro de lleno en la cuestion. Yo me inclino fuertemente á creer que la mudanza de discurso comienza en el versículo 48, en vez de en el 51, en que comunmente se coloca ese cambio. No he menester esponer os las razones de mi opinion particular, porque en nada varía la cuestion, la cual siempre queda la misma, fijese un poco mas arriba ó un poco mas abajo el tránsito de un tema á otro. Esas razones se fundan en el análisis minucioso y profundo de una parte de este discurso desde el versículo 48 hasta el 53; cuando se compara esta parte del testo con algunos discursos pronunciados en otras ocasiones, se descubre en él una construccion particular que indica la transicion de un punto á otro. Pero omito esplanar este punto, porque nos detendria demasiado, y voy derecho al punto en cuestion (1).

(1) Pueden verse estas razones en mis *Conferencias acerca de la presencia real*.

¿Es probable, se nos dice desde luego, que el Salvador que acababa de hablar de sí mismo como del pan de vida, haga en el versículo 51 un cambio tan completo en el tema de su discurso, aunque conservando siempre las mismas espresiones? ¿Por qué no vemos allí alguna cosa que indique la introduccion de un asunto diferente?—Para mostraros que esta objecion no tiene valor alguno, me basta llamar vuestra atencion acerca de otro pasage en el capítulo XXIV de San Mateo, que nos presenta un ejemplo de transicion absolutamente semejante. Es comun sentir de los comentaristas modernos, ingleses y estrangeros, y cuando digo simplemente comentaristas, segun ya os lo advertí en otra ocasion, no se trata sino de los protestantes, á cuya autoridad apelo con preferencia, porque nuestros adversarios no pueden negar su peso en la discusion; es, digo, comun sentir de estos comentaristas que en los capítulos XXIV y XXV de S. Mateo el Salvador habla en un mismo discurso de dos asuntos diferentes; primero de la ruina del templo de Jerusalem, y luego del fin del mundo. Pero ¿dónde se hace la transicion? Es evidente que si se cotejan los extremos, es decir, si se compara la primera parte del discurso con la segunda, los términos no pueden aplicarse al mismo asunto; pero, repito, ¿dónde se halla el punto de separacion? Los comentaristas le colocan mas comunmente en el versículo 43 del capítulo XXIV. Pues bien: hé aquí el versículo anterior y el siguiente: “Velad
pues, porque no sabéis á qué hora vendrá vuestro

«Señor: Pues si el padre de familia supiera á qué hora habia de ir el ladron, cierto es que vigilaria y no dejaría que se penetrase en su casa.” ¿Descubris por ventura la transicion entre estos dos versículos? Pues sin embargo, ahí es donde la colocan los comentaristas. Ambos á dos versículos presentan la misma imagen, y sin embargo, se conviene en que en ellos las palabras del Salvador se refieren á dos ideas esencialmente diversas entre sí, á la ruina del templo de Jerusalem, por una parte, consumada ya hace diez y ocho siglos, y por otra al fin del mundo, que puede muy bien tardar todavia mucho tiempo en llegar. Asi, pues, queda descartada la objecion preliminar de que el Hijo de Dios habria debido separar sus palabras con una transicion fuertemente marcada, tal como una frase explicita para indicar el tránsito de un asunto á otro asunto.

Veamos ahora en qué nos fundamos para sostener que se trata de asunto diferente en la primera y en la segunda parte de este capitulo. Como ya he dicho, la dificultad versa sobre una cuestion de hecho, y puede resolverse en estas dos cuestiones: 1.^a ¿Hay aqui una transicion? 2.^a El alimento ó comida de que Jesucristo habla en último lugar ¿es su verdadero cuerpo y su verdadera sangre? Para responder á la primera cuestion, digo que la primera parte del discurso se refiere á la fé, y esto por una razon muy sencilla, á saber: porque la espresion que en ella usa el Salvador se empleaba familiarmente en este sentido

por los judíos. Porque la idea de dar pan, de distribuir un alimento, se aplicaba frecuentemente á la instruccion recibida por el pueblo. Asi se dice en el libro de Isaías: “Vosotros todos los que teneis sed, venid á las aguas; los que no teneis dinero, daos prisa, comprad y comed. Escuchadme con atencion, y comed lo que es bueno (1).” Aqui *comer* es sinónimo de escuchar atentamente la instruccion. El Salvador cita el Deuteronomio: “El hombre no vive de solo pan, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios (2).” Es tambien muy notable esta figura cuando dice Dios: “Enviaré una hambre sobre la tierra; no hambre de pan ni sed de agua, sino de la palabra del Señor (3).” Del mismo modo se nos representa á la Sabiduría diciendo en el libro de los Proverbios: “Venid, comed el pan que yo os doy, y bebed el vino que os he preparado (4).” Entre los judíos mas modernos, Maimónides y otros comentadores observan que esta espresion debe entenderse de la doctrina todas las veces que se encuentre en los Profetas ó en el Eclesiastés. Luego cuando el Salvador empleaba el mismo lenguaje con sus contemporáneos y les hablaba del alimento que les daria, debia entenderse sin dificultad alguna que les recomendaba la fé en sí

(1) Isai. LV, 1-2.

(2) Matth. IV, 4.

(3) Amos, VIII, 11.

(4) Prov. IX, 5.

mismo y en su doctrina. Pero á fin de hacer más fuerte el contraste entre estas espresiones y las siguientes, permitidme notar una particularidad que se observa en el versículo 35. En toda la primera parte del capítulo, si lo leéis atentamente, no encontrareis que el Salvador haga alusion alguna á la idea de *comer*; ni una sola vez pronuncia en ella la espresion de *comer* «el pan que bajó del cielo.» Al contrario, en el versículo 35 no teme violar realmente las reglas ordinarias del language para evitar esta metáfora atrevida y tan poco natural. En los pasages donde la idea de alimento se aplica á la fé en la doctrina, nunca dicen los autores inspirados: «venid y comedme,» ó recibidme. Pero el Salvador ni siquiera habla de la *comida* ó manducacion del pan figurado de su doctrina, y al mismo tiempo evita con cuidado aplicar directamente la frase á su persona. Porque en el versículo 35, Jesus dice á sus oyentes: «Yo soy el pan de vida: el que *viene á mí*, no tendrá hambre, y *quien cree en mí* no tendrá sed.» Por manera que cuando parecia inevitable emplear los verbos *comer* y *beber* para designar ideas opuestas á la de hambre y á la de sed, las aparta cuidadosamente, las sustituye con otras; y sus espresiones son escojidas, de manera que indiquen á sus oyentes la idea de doctrina y de fé.

Pero aun suponiendo que ellos no hubiesen sido capaces por sí mismos de hacer la aplicacion de sus palabras, Jesucristo no les dejó ignorar en qué sentido deberian entenderse. Los judíos le hicieron

una objecion y murmuraron de que les hubiese dicho que él era el pan bajado del cielo y le censuraban no tanto por haberse llamado á sí mismo un alimento, cuanto por haber dicho que venia del cielo. Oid sus palabras: “¿Pues qué? ¿No es este Jesus, el hijo de José, cuyo padre y madre conocemos? ¿Cómo, pues, dice que ha bajado del cielo? (1).” Escuchad ahora la respuesta del Salvador, el cual emplea nada menos que siete ú ocho versículos para refutar la objecion. Él veia que de los términos de que se habia servido hasta entonces, y sobre todo de la expresion de *venir á él* como equivalente á *creer en él*, habia resultado alguna dificultad, y desde ese momento hasta el versículo 47 no vuelve á usar los términos figurados de pan ó de alimento, sino que habla simplemente de la necesidad ú obligacion de creer en él, ó lo que es lo mismo, de ir á él: “No murmureis entre vosotros. Nadie *puede venir á mí*, si mi Padre, que me ha enviado, no le trajere, y yo le resucitaré en el último día. Pues todos los que han oido al Padre y han sido enseñados por él, *vienen á mí*. No porque alguno ha visto al Padre, sino aquel que vino del Padre, este ha visto al Padre. En verdad, en verdad os digo, *el que cree en mí tiene la vida eterna* (2).” Ya veis que tiene muy buen cuidado de no volver á la idea de comida ni de bebida.—Esta respuesta mues-

(1) Vers. 42.

(2) Vers. 43-47.

tra claramente que hasta entonces no habia hablado mas que de la fé: esta consecuencia se deduce de que él escogió sus espresiones de manera que tuviesen este sentido, y tambien de que él mismo quiso explicar su pensamiento.

Llegamos ya á la segunda parte del discurso. La primera concluye con estas palabras: “En verdad, »en verdad os digo que quien cree en mí tiene la vida eterna.” Esto es el epilogo ó la conclusion de lo que precede. Pero al instante cambia las formas de su language, y se vale de espresiones que en la primera parte de su discurso habia evitado con el mayor cuidado. Réstanos pues examinar si su nueva fraseologia conviene al mismo asunto, ó si necesariamente no debia hacer suponer á sus oyentes que hablaba de una manducacion real de su carne, y de su propia sangre como de una verdadera bebida. Procuraremos resolver esta cuestion con arreglo á los mismos principios.—Pues bien: no vacilo en afirmar que las palabras que siguen ofrecen tal diversidad de language, que en los que oian al Hijo de Dios, es decir, en los intérpretes naturales de su pensamiento, debia producir la conviccion de que él habia dejado ya el primer asunto de su discurso, y que enseñaba otra doctrina.

1.º Ya recordareis con qué cuidado descartó desde luego el Salvador, aun á costa de las propiedades ordinarias del language, toda espresion que se semejara á la de *comer el pan de vida*, ó mas bien todavía á la de *alimentarse con su propia persona*.

Hasta habia renunciado enteramente á la metáfora luego que vió que de ella resultaba alguna mala inteligencia. Pero hé aqui que de repente vuelve á ella y con tales y tan fuertes espresiones que ya no es posible á sus oyentes entenderlas en el mismo sentido: “Yo soy el pan vivo que bajó del cielo. Quien coma de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo.” Y un poco despues añade: “En verdad, en verdad os digo, que si no comiereis la carne del Hijo del Hombre, y no bebiereis su sangre, no tendreis vida en vosotros. Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna y yo le resucitaré en el último dia. Porque mi carne es verdaderamente una comida, y mi sangre es verdaderamente una bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. Asi como mi Padre, que me ha enviado, está vivo, y yo vivo por mi Padre; asi tambien el que me come vivirá por mí (1).” A la simple vista aparece que todas estas espresiones faltarian mas directa y gravemente á las reglas mas comunes del language, si hubiera de entenderse en sentido figurado el discurso del Salvador. Mas si, segun ya advertí, habia hasta entonces

(1) Vers. 51—58.

alejado toda idea de comida y de bebida ¿por qué ahora volveria á ella sin razon alguna? Y cuando le vemos abandonar el lenguaje metafórico porque observa que de este resulta una mala inteligencia entre él y sus oyentes, ¿podremos creer que sin absoluta necesidad vuelva á emplear el lenguaje metafórico y esto con formas mas marcadas, mas caracterizadas? Y esa necesidad no podia ser otra que la introduccion de un nuevo asunto; pues de otro modo habria debido continuar su esposicion literal. Luego esta es ya una prueba de cambio de asunto en su discurso. Pero hay todavía otras no menos notables.

2.º El Salvador en la primera parte de su discurso habla constantemente de este pan como procedente del Padre: “Es el pan que su Padre ha enviado del cielo y que él da á los judíos (1).” Pero en la segunda parte que acabais de oir, ya no habla de su Padre como autor de este pan, sino que él mismo es quien le da. Luego no siendo uno mismo quien le da en el uno y en el otro caso, estamos autorizados para suponer que tambien es diferente lo que se da.

3.º El Salvador en la primera parte de su discurso dice que la consecuencia de participar del pan de vida consiste en ser *llevado*, *atraido á él*, en *ir á él* (2). Estas espresiones, tan frecuentes en

(1) Vers. 32, 33, 39, 40, 43, 44.

(2) Vers. 35, 36, 44, 45.

el Nuevo Testamento, se aplican siempre á la fé (1). En una multitud de pasajes, donde se dice que algunas personas son llevadas á Cristo, siempre el escritor sagrado quiere dar á entender que son llevadas á creer en él. Este es tambien el vocablo que constantemente se lee en la primera parte del discurso, y es esactamente conforme á la interpretacion que habemos dado. Pero en la segunda parte ya no dice el Salvador que seremos *atraidos á él*, sino que *moraremos* ó *permaneceremos en él*, que seremos *incorporados con él*; espresiones que en el language evangélico denotan esencialmente el amor y la caridad. En este sentido se usa esta frase en S. Juan XV, 4--9; I. Joann. II, 24; IV, 16, 17. Luego si en la primera parte del discurso vemos que la eficacia atribuida á lo que allí se inculca, es precisamente la que se atribuye comunmente á la fé, vemos en esto una fuerte prueba de que las palabras del Salvador se refieren á esta virtud. Luego de la misma manera, cuando varian las espresiones para ser sustituidas por otras que ya no son aplicables á la fé, sino á una virtud del todo diferente, estamos igualmente autorizados para ver en esto la introduccion de un nuevo asunto, la promesa de alguna institucion que tenga por re-

(1) Véase esplanada la prueba de esto en mis *Conferencias acerca de la presencia real*. Véase Math. XI, 28; Luc. VI, 47; Joann. V, 40; VII, 37.

sultado unirnos á Cristo, no ya simplemente por la fé, sino principalmente por amor.

Tales son las notables diferencias que hay entre la primera y la segunda parte del discurso pronunciado por el Salvador; pero aún hay otra mas importante todavía y que vamos á esplicar. Mas antes tengo que hacer algunas observaciones preliminares. Uno de los puntos mas difíciles para los intérpretes de la Escritura es la esplicacion de las figuras, de los tropos y de las comparaciones. Los protestantes suponen que esta espresion *comer la carne del Cristo y beber su sangre* no es otra cosa que una imagen ó figura de la fé que debe tenerse en él. Pero si así fuere, si por comer el pan de vida debe entenderse *creer en Jesucristo*, seguiríase de aquí que el verbo *comer* equivale al verbo *creer*. Por consiguiente, tendremos que cuando el Salvador habla de *comer su carne* deberemos suponer que lo que él recomienda es *se crea en su carne*; doctrina enteramente diversa, totalmente distinta de la otra, y en el sentido de la cual nadie hasta ahora se habia imaginado interpretar sus palabras; porque si ellas chocaron á los judios, era porque ellos fijaban muy esclusivamente su atencion en la apariencia exterior y material de las cosas, sin considerar su valor espiritual. Sin duda que al Salvador divino, conversando en medio de ellos y siendo visible para todos, no debia costar mucho trabajo en inculcarles la creencia en su existencia corporal, aun suponiendo que esto fuese entonces un objeto de fé.

¶ Pero vuelvo á mi asunto. Os he dicho que los
B. del C.—Tomo X.—CONFERENCIAS DE WISEMAN, Tom. II. 23

tropos, las figuras y las comparaciones forman los mas delicados elementos de la fraseologia de la Escritura, como sucede en todo idioma. A primera vista parece que nada es mas vago, mas indefinido en un idioma que las espresiones figuradas que se pueden variar ilimitadamente, aun cuando en realidad sea todo lo contrario. En nada tenemos menos libertad de separarnos de las acepciones recibidas que en el lenguaje metafórico y de convencion. Mientras empleamos los términos en su sentido literal, pueden conservar un poco de vaguedad en su significacion; pero desde el momento que la sociedad ha adoptado cierta aplicacion figurada de las palabras, ya no tenemos libertad para modificarla, sin correr el riesgo de no ser comprendidos ó de serlo mal. Fácil seria probar este aserto con el análisis de las espresiones proverbiales del uso mas comun; pero me contentaré con un ejemplo muy sencillo y conocido. Sabido es que generalmente los hombres han dado á los nombres de algunos animales ciertas cualidades características. Asi es, que cuando de un hombre se dice que es un cordero, ó un leon, al punto comprendemos la significacion de la palabra y el carácter que con ella se quiere designar. Si de una persona enferma ó atacada de penas morales se dice que sufre como un cordero, comprendemos la fuerza de esta espresion, con la cual se nos indica que aquella persona muestra la mayor mansedumbre y paciencia en sus aflicciones. Mas si de esas espresiones nos servimos en un sentido diferente, por necesidad inducimos en

error á los que nos escuchan. Así tambien á la figura del leon fijamos la idea de fuerza y de valor, acompañada de cierto grado de nobleza y de generosidad. A su vez el tigre es el símbolo de una gran fuerza animal, pero unida á la ferocidad, á la crueldad y á los apetitos brutales. Estos dos animales tienen muchas cualidades comunes; pero esto no obstante, os entenderán muy bien vuestros oyentes lo que quereis decir cuando de un hombre digais que es un leon, porque todo el mundo conoce la acepcion universalmente recibida de esta palabra. Supongamos al contrario que con esa espresion quisiérais significar únicamente que aquel hombre tiene una esbelta figura, que es muy ágil y que puede apostárselas á cualquiera á saltar y correr; en ese caso, decidme, ¿quién os entenderá, aun cuando el leon reuna todas esas cualidades? ¿No engañaríais á los que os escucharan? Ciertó que sí, y mucho mas empleando viciosamente esa espresion figurada que apartándoos de cualquier otro modo del language comun. Del mismo modo, si comparaseis al tigre un hombre de grande agilidad ó de muchas fuerzas, le hariais una verdadera ofensa y calumniaríais su carácter, porque teniendo siempre presente vuestros oyentes el sentido ordinario de la metáfora, al punto concebirian la idea de una naturaleza feroz.

Luego si podemos demostrar que una espresion dada en una lengua, ademas de su acepcion simple, obvia, natural y literal, tenia otra metafórica, usada y públicamente reconocida, entonces no tendremos

derecho para establecer un sentido intermedio entre el natural y el figurado, ni para crear otro sentido figurado, á menos que no probemos que estaba tambien en uso. Ahora bien: esta espresion *comer la carne de una persona*, ademas de su acepcion literal y obvia, tenia un sentido metafórico, invariablemente determinado entre aquellos con quienes el Salvador hablaba. Luego no podemos separarnos del sentido literal, ó si nos separamos, debe ser únicamente para tomar el sentido figurado.—Y hé aquí el fundamento en que me apoyo para sostener que en el versículo 48 hubo un cambio de espresiones, porque los términos que despues de este versículo emplea el Salvador no dejan ya [libre la eleccion entre la participacion real de su cuerpo y de su sangre, y la significacion figurada de las palabras que ni por un solo instante se le ocurrirá á nadie adoptar. Porque ora examinemos la fraseologia de la Escritura, ora consultemos la lengua que en nuestros dias se habla en la Palestina, donde aun despues de diez y ocho siglos apenas ha habido variacion alguna ni en los usos, ni en las costumbres, ni en los sentimientos; ó en fin, la misma lengua hablada por el Salvador, de la que la de hoy casi no es mas de un dialecto, siempre hallamos que esta frase: *comer ó devorar la carne de una persona*, en su acepcion metafórica invariable y uniformemente recibida servia para espresar una ofensa grave hecha á aquella persona por el pensamiento ó por actos materiales, ó simplemente por el pensamiento, pero sobre todo por medio de calumnias

y de acusaciones mentirosas. Por ejemplo, el salmo XXVII nos ofrece el siguiente pasaje: “Mientras los malvados se acercaban á mí para devorar mi carne;” es decir, segun esplican todos los comentadores, para oprimirme, para afligirme, para labrar mi ruina. Asi tambien en el capítulo XIX de Job: “¿Por qué me perseguís y no os contentais con mi carne?” es decir, con devorar mi carne, calumniándome y persiguiéndome con vuestras palabras. Este es el sentido mas ordinario de la metáfora, segun yo he observado. En la profecía de Micheas: “Que comen tambien la carne de mi pueblo:” es decir, que le oprimen y vejan con injusticia. Y el Ecclesiastés: “El insensato cruza sus manos y come su propia carne (c. IV);” es decir, se consume á sí mismo, se hace autor de su ruina. Ahí teneis los únicos pasajes del Antiguo Testamento en que hallamos esa espresion. Sin embargo, tambien se hace alusion á la misma idea en el capítulo XIV de Job: “Ellos han abierto sus bocas contra mí, hartáronse de mí.” En el Nuevo Testamento se encuentra una ó dos veces. Santiago dice á los malos: “Vuestro oro y vuestra plata se han enmohecido, y el orin de ellos será testimonio contra vosotros y comerá vuestras propias carnes como si fuera fuego (1).” Dejando á parte los pasajes en que se habla de la accion real de comer carne humana, estos son los úni-

(1) Jacob. V, 3.

cos de la Escritura que nos presentan este término con la significacion metafórica usada invariablemente para espresar un agravio ó una injusticia grave hecha á alguno, sobre todo por medio de calumnias.

La segunda manera de verificar el sentido de esta locucion, es investigar la fuerza que la da el pueblo que ha heredado no solamente el pais sino los sentimientos, las habitudes y opiniones de los contemporáneos del Salvador; hablo de los árabes que ocupan ahora la Tierra Santa. Es un hecho reconocido por os exégetas que los escritos, los usos y costumbres de esta nacion son una riquísima mina para la esplicacion de la Escritura, en razon á su grande analogía con lo que vemos en la Biblia. Pues bien: es de notar que en esa nacion la espresion mas ordinaria para designar la calumnia, es decir de una persona que *come la carne* de otra. Yo he reunido gran número de ejemplos sacados de sus escritores nacionales. Por ejemplo, en el código de los Mahometanos, en el Coran, hallamos este pasaje: “No hableis mal de otro en su ausencia. ¿Hay entre vosotros quien coma la carne de su hermano despues que se ha muerto? En verdad que os horrorizariais de ello;” es decir, lo mismo deberiais aborrecer la calumnia. Narvabig, uno de sus poetas, escribe: “Vosotros decís que ayunais, pero comeis la carne de vuestro hermano.” En otra obra poética, llamada el Hamosa, leemos: “Yo no soy dado á la detraccion; no como la carne de mi vecino.” La misma idea se presenta constantemente en sus fá-

bulas y en sus proverbios (1). Asi que, todas las personas familiarizadas con la lengua de los árabes, reconocen unánimemente que esta manera de espresarse no tiene otro sentido que el de calumniar y maldecir. Y notad que esta idea no está en las palabras, sino en la índole misma de la lengua; porque en los ejemplos citados habeis visto una gran variedad de frases, un verbo y un sustantivo diferentes; no es solamente una palabra lo que se emplea constantemente en sentido figurado, sino que se emplean varias espresiones; lo cual prueba que la idea misma está en el ánimo del oyente.

Por último, llegamos á la lengua hablada por el Salvador. Es un hecho importante que el siro-caldeo para espresar la accion de acusar ó de calumniar no tiene mas palabras que estas: *comer un pedazo de la persona calumniada*; hasta el punto que en todo el curso de la version siriaca de la Escritura, hecha uno ó dos siglos despues de Jesucristo, al demonio, cuyo nombre griego significa *acusador ó calumniador*, no se le llama de otro modo que *comedor de carne*. Todas las veces que los judios acusan en el Evangelio al Salvador, se dice en esta version que ellos le comen un pedazo ó una porcion. Asimismo en los fragmentos caldaicos de Daniel, cuando la acusacion intentada contra este profeta, se dice que sus acusado-

(1) Véanse estos textos en las Conferencias acerca de la presencia real.

res comieron un pedazo de él ante el rey. En apoyo de estas aserciones sería fácil citar los testimonios de los hombres mas célebres que en los tiempos modernos han escrito acerca del hebreo y demas lenguas orientales; básteme nombrar á Michaelis, Wener y Gesenio: todos tres dicen espresamente en diferentes parages de sus obras que esta espresion era usada siempre en ese sentido y que no podia tener otro.

Apliquemos ahora estas observaciones al punto en cuestion. En cuanto ha estado á nuestro alcance averiguar la significacion de la frase "*comer la carne de alguno*," hemos demostrado que entre los judíos tenia un sentido figurado, bien definido, á saber: el de una grave injusticia hecha á una persona, particularmente por medio de la calumnia. Siguiendo la regla natural y necesaria de toda interpretación, si nos ponemos en el lugar de los oyentes del Mesías, si nos ponemos en el caso en que en su ánimo se hallaban aquellos á quienes él dirigia la palabra, no podemos escojer sino entre el sentido literal y el sentido figurado que entonces se usaba. Si se quisiera adoptar otro sentido figurado, lo menos que tendríamos derecho á exigir seria que con pruebas equivalentes á las nuestras se demostrase que este nuevo sentido figurado estaba tan universalmente admitido entre los judíos y que por lo menos habia alguna probabilidad de que ese sentido se aplicase á las palabras de Jesucristo.

Ahí pues teneis el resultado de nuestro exámen acerca de la naturaleza y construccion de las frases

en el discurso del Salvador. Hemos visto que los términos empleados en la primera parte, no pueden aplicarse sino á la fé; que por el contrario, la segunda parte nos ofrece espresiones de un carácter muy diferente, que no estaba en manos de los judíos interpretar de otro modo, que ó en el sentido literal ó en el figurado. Ahora bien: este, el sentido figurado, es tal, que nadie lo ha podido ni puede adoptar.

Tenemos empero otra prueba en nuestro favor sacada de los otros términos de que aquí se vale el Salvador: *beber su sangre*, así como habia dicho *comer su carne*. No es de suponer, segun ya he observado antes, que un hombre interesado en ver adoptadas sus doctrinas por los que le escuchan, prefiera esponerlas en términos los mas á propósito para hacerlas odiosas y que parecieran recomendar una accion contraria á la ley divina mas positiva y mas sagrada. Ahora bien: aquí hay que observar dos cosas: 1.^a que la simple accion de beber sangre, era mirada en toda ocasion y en todo estremo como una violacion de la ley de Dios: 2.^a que la participacion en la sangre humana era considerada como una cosa todavia peor, como la mayor maldicion que Dios pudiera echar á sus enemigos. Pues ahora os pregunto yo, ¿podeis creer que el Salvador haya escogido voluntariamente imágenes no menos terribles que repugnantes para proponer y recomendar á sus oyentes la mas consoladora y amable de todas sus doctrinas? Y pues antes habia empleado la figura ordinaria del pan para espresar la creencia en él y en su redencion, como medio de sa

lud, ¿por qué no continuaba en el mismo tono? Nada se lo estorbaba; pero no, que abandonando de repente esta primera imágen habria ido á escojer entre todas aquella precisamente que era capaz de suscitar en el ánimo de sus oyentes la idea mas desagradable y penosa!! Semejante suposición es insostenible.

En cuanto á la prohibicion general de beber sangre, sea cual fuere, se remonta nada menos que hasta la antigua ley dada á Noé cuando la renovacion de la raza humana, despues del Diluvio (1). En la ley de Moisés leemos lo siguiente: “Cualquier hombre de la casa de Israel ó de los extranjeros que peregrinan entre ellos, si comiere sangre, afirmaré mi rostro contra su alma y lo destruiré de entre mi pueblo (2).” En su consecuencia, toda participacion en sangre era mirada en la ley como un crimen abominable. Despues que el ejército de Saul mató en la plaza los animales que habia cojido en el botín y se los comió con sangre, se advirtió á aquel príncipe que «el pueblo habia pecado contra el Señor.» Y Saul dijo: “habeis violado la ley (3).” Y en el libro de Judith que tan perfectamente nos representa los sentimientos de los judíos, sea cual fuere el juicio que de su canonicidad formen nuestros adversarios; en ese libro se dice de los ha-

(1) Gen. IX, 4.

(2) Lev. VII, 27.

(3) 1 Reg. XIV, 33.

bitantes de Betulia, “que estaban ya contados en el número de los muertos á causa de la sed que los devoraba; que hasta habian ya acordado entre sí matar sus animales para beber su sangre, y que porque hacen estas cosas serán entregados á la ruina (1).” Luego aun en estos casos de extrema necesidad se suponía que los que llegasen á probar sangre no se librarian de la ira divina, sino que serian entregados indefectiblemente á la ruina.

Y si ahora pasamos á considerar la accion de comer carne humana ó beber sangre humana, hallaremos que constantemente se habla de ella como de la maldicion suprema que Dios podria echar á su pueblo ó á sus enemigos: “En vez de las aguas de un rio que nunca se secaba, disteis sangre humana á beber á los malos (2).” En el Apocalipsis: “Les diste á beber sangre; eso es lo que ellos merecen (3).” A Jeremías se le mandó anunciar como una plaga que asombraria á todos los hombres, el que los ciudadanos se verian obligados á comer «cada cual la carne de su amigo.» Y bien: con tales sentimientos de parte de los judíos ¿es creíble que el Salvador, si deseaba proponer su doctrina, la revistiese de imágenes, que jamás se habian empleado sino para expresar una culpable violacion de la ley, ó para anunciar la mas terrible de las maldiciones divinas?

(1) Judith, XI, 40-41.

(2) Sep. II, 7.

(3) Apoc. XVI, 6.

Luego tenemos derecho para concluir de nuevo que el Hijo de Dios, si queria proponer su doctrina, tendria tal necesidad de servirse de esas palabras que no podria menos de hacerlo asi; y que á ello le conduciria forzosamente el serle imposible reemplazarlas ó sustituirlas con otras palabras. Y bien, ¿qué necesidad podia ser esta sino que este lenguaje era la espresion literal de la doctrina que tenia que proponer?

Pero, hermanos mios, hasta aqui puedo decir que nos hemos desviado de nuestro camino natural; hemos ido á buscar los medios de demostracion á fuentes que no son las nuestras. Vengamos, pues, á la mejor y mas segura regla de la interpretacion. Aqui tenemos una ventaja que es bien rara; á saber; que el sagrado texto nos refiere menudamente el sentido que los que oían á Jesucristo dieron á sus palabras. Ordinariamente hay que analizar el texto, segun acabamos de hacer, y compararle con otros pasajes que con él tienen alguna semejanza; y muy rara vez tenemos la esplicacion que dieron los oyentes, y aun todavia es mucho mas raro el que el mismo que habla declare cuál es el sentido de sus palabras. Y estas son las fuentes mas prontas y seguras de la interpretacion.

Cuando en la primera parte de su discurso dijo Jesucristo que él descendia del cielo, es evidente que los judíos le habian entendido mal, ó por lo menos que habian dudado de su celestial origen. El Salvador aparta esta dificultad y continúa adelante insistiendo muchas veces en la necesidad de creer

en él. Los judíos renuncian á la objecion ; por consiguiente, quedan convencidos , y así mientras no se hace otra cosa que desenvolver esta doctrina, nada encuentran que contradecir. Si pues las palabras del Hijo de Dios en la última parte del capítulo debieran mirarse como continuacion de las precedentes, los judíos no podían tener ninguna nueva razon que oponer, puesto que ya se habia desvanecido la única duda que se les habia ocurrido relativa al origen celestial. ¿En qué consiste, pues, que no se muestran satisfechos de lo que despues oyen? ¿No era preciso para esto el que estuviesen persuadidos de que se habia pasado á otro asunto? Ellos nada añaden á su primera objecion refutada por el Salvador; pero no bien este pasa á la segunda parte de su discurso, cuando al momento reclaman; no bien dice “el pan que yo daré es mi propia carne,” cuando ellos empiezan á murmurar y á decir entre sí: “¿cómo este hombre puede darnos á comer su carne?” Luego no ven se continúe la misma materia que antes les habia explicado; conocen que no sigue el mismo discurso, puesto que la nueva dificultad que se les ocurre está fundada en que suponen se ha cambiado de tema. Y bien: ¿qué dificultad es esa? Es la dificultad, ó mas la imposibilidad de aceptar la doctrina que se les propone: porque si ellos se imaginasen que el Salvador seguía hablando de la fé, nada les habria podido ser mas fácil que entenderle, pues le habian oido explicar estensamente este punto sin objetarle cosa alguna. La forma misma de esta espresion: “¿cómo este

hombre puede darnos á comer su carne?," prueba que les parece propone ahora una cosa imposible de cumplir, ó cuyo cumplimiento ó egecucion no conciben; y esto no puede consistir sino en que entienden sus palabras en sentido literal. Hay mas; ni aun nuestros adversarios nos niegan este punto, puesto que nos acusan de ser hombres carnales, semejantes á los cafarnaitas, y de tomar á la letra como ellos las palabras que se les dirigieron. Luego es cosa corriente que este discurso fué interpretado en el sentido literal por los primeros que le oyeron, y por consiguiente que aquellos que en circunstancias ordinarias deben ser mirados como los mejores intérpretes de toda espresion ó locucion recibida, estuvieron acordes en no atribuir á las palabras de que en aquella ocasion se sirvió el Salvador otra significacion que la literal. He dicho "en circunstancias ordinarias," porque cuantas veces leéis la relacion de lo que ha pasado en tiempos distantes de vosotros y os hallais con espresiones tan oscuras que os es imposible comprenderlas, no teneis dificultad en admitir el testimonio del que á la sazón se hallaba en aquel lugar; y á este testimonio, á fuer de contemporáneo del acontecimiento, le mirais como una autoridad competente para esplicaros lo que para vosotros es ininteligible. Asi pues, los judíos, cuyo testimonio es de la mayor importancia, pues como oyentes de Jesucristo eran los intérpretes naturales de las palabras que les dirigia; asi pues, digo, los judíos creyeron, como creemos nosotros, que los términos

de que el Salvador se servia en la segunda parte de su discurso no podian entenderse de la fé, sino que tenían por objeto una nueva doctrina que les parecia imposible.

Sin embargo, aun no basta la comprobacion de este hecho, porque aqui se presenta una grave é importante cuestion. Los judíos tomaron á la letra como nosotros las palabras del Salvador; enhorabuena sea; pero no es ese el punto capital: el punto capital es si ellos tuvieron razon ó no para entenderlas asi; si debieron ó no entenderlas de ese modo. Si tuvieron razon para tomarlas á la letra, entonces quedamos justificados con ellos; pero si se engañaron, como ellos tambien nosotros estaremos en error. Asi, pues, toda la cuestion versa ahora en este punto, en descubrir, si es posible, si los judíos acertaron ó erraron atribuyendo el sentido literal á las palabras del Mesías. Para averiguar si nosotros llevamos razon con los judíos ó no, se presenta por sí mismo un principio infalible, y es de las mas sencillas en su aplicacion la marcha que debe seguirse. Examinemos en primer lugar todos los pasages del Nuevo Testamento en que los oyentes del Hijo de Dios se *equivocaron* dando el sentido literal á espresiones figuradas, y en que á consecuencia de esta interpretacion errónea presentan dificultades contra su doctrina; y despues veremos la conducta que el Señor observa en esta ocasion. Examinaremos ademas otro caso, á saber, cuando sus oyentes toman á la letra sus palabras y tienen razon para hacerlo asi; y sobre esta interpretacion literal

y verdadera fundan objeciones contra su enseñanza, y tambien veremos cómo el Salvador se conduce con ellos en este último caso. Por manera, que del modo de conducirse el Salvador, sacaremos dos reglas ciertas que nos servirán para descubrir si los judíos se equivocaban ó acertaban en el caso de que ahora se trata, y cualquiera que sea la naturaleza de la conclusion rigurosa de este exámen, nadie podrá negarse razonablemente á someterse á ella.

I.

En primer lugar hallamos en el Nuevo Testamento ocho ó nueve pasages en que Jesucristo habla en sentido figurado y en que los judíos toman equivocadamente á la letra sus palabras y presentan dificultades contra su doctrina. Pues bien: en todas estas ocasiones, sin escepcion alguna, Jesucristo saca del error á aquellos con quienes hablaba, advirtiéndoles que sus palabras no debian entenderse literalmente sino en sentido figurado.—El primer pasage es muy conocido: es su entrevista con Nicodemus. El Salvador le dice: “En verdad, en verdad te digo, que nadie puede ver el reino de Dios, si no vuelve á nacer de nuevo (1).” Entonces Nicodemus, lo mismo que los judíos en el

(1) Joann. III, 3.

—204—

discurso de que tratamos en esta Conferencia, toma á la letra estas palabras y hace la objecion siguiente: “¿Cómo un hombre puede nacer de nuevo, si es ya viejo?” Toma estas palabras tan á la letra que les atribuye el sentido de un segundo nacimiento temporal; y de aqui concebía era absurda la doctrina que se le proponía. El Salvador divino le contesta: “En verdad, en verdad te digo: si un hombre no renace del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios.” Es evidente que aqui explica su doctrina manifestando se trata de un renacimiento espiritual por medio del bautismo. El Salvador no consiente que Nicodemus permanezca en el error en que habia caído, interpretando mal una espresion figurada. —En el capítulo XVI de San Mateo se lee: “Jesus dijo á sus discípulos; tened cuidado; guardáos de la levadura de los fariseos y de los saduceos.” Los discípulos entendieron en su sentido literal estas palabras, creían que se hablaba del pan que usaban los fariseos y saduceos, y así pensaban y decían entre sí: “Nosotros no hemos tomado pan alguno.” Entonces Jesus les hizo entender que habia hablado metafóricamente. “¿Cómo no entendéis que cuando os he dicho que os guardéis de la levadura de los fariseos y saduceos, no os hablaba del pan?” Ya veis cuánto cuidado tenía el Salvador en corregir el error en que habian incurrido, á pesar de que la equivocacion parecia tener poca importancia. Pero acerca de este pasaje voy á haceros notar una circunstancia particular. En el capítulo XII de San Lucas, que, por confesion del

B: del C.—Tomo X.—CONFERENCIAS DE WISEMAN, Tom. II. 24

Dr. Townsend y otros, contiene un discurso posterior y con mucho al de que acabo de hablar, deseando el Salvador servirse de la misma imagen ante la muchedumbre de gente que se habia reunido, y acordándose que habia sido mal comprendida la primera vez por sus Apóstoles, tuvo cuidado de añadir la explicacion: “Guardaos, dice, de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía.” Con esta precaucion evita el que vuelva á repetirse el mismo error.

En el Evangelio de San Juan (IV, 52) Jesus dice á sus discípulos: “Yo tengo que tomar un alimento » que vosotros no conoceis. Los discípulos se dicen » unos á otros: ¿Si alguno le habrá traído de comer? « Y Jesus les dijo: mi alimento es hacer la voluntad » del que me ha enviado.” Aqui tambien rectifica la equivocacion que padecian y muestra que habla en sentido figurado.—En el capítulo XI de San Juan, Jesus dice á sus discípulos: “Nuestro amigo Lázaro duerme.” Ellos tambien se equivocaron aqui en el sentido de estas palabras y contestan: “Pues, Señor, si duerme, se pondrá bueno;” creian se hablaba de un sueño apacible que podria ser un medio de curacion para el hermano de Marta y de Maria: “Pero Jesus hablaba de su muerte (de Lázaro) y ellos creyeron que hablaba del sueño ordinario. Entonces, » pues, les dijo Jesus claramente: Lázaro ha muerto.” De esa mala inteligencia de los discípulos no hubiera habido ningun mal resultado, puesto que Jesus tenia intencion de resucitarle; pero no pudo consentir que se entendiese literalmente una es-

presion figurada. Por eso dice sencillamente: “Lázaro ha muerto.”—Otro ejemplo: como sus discípulos habian tomado á la letra la sentencia que Jesus habia dado contra los ricos en el capítulo XIX de S. Mateo: “Es mas facil pase un camello por el ojo de una aguja que el que un rico entre en el reino de los cielos;” les explica esto, segun su costumbre, añadiendo que, “si eso era imposible al hombre, no lo era á Dios.” Los discípulos habian entendido sus palabras en el sentido literal y de aqui habian inferido que habia una imposibilidad absoluta y práctica; pero Jesus no queria se sacase una consecuencia tan rigurosa de la comparacion que acababa de hacer, y por eso se apresuró á añadir, que si bien humanamente hablando es imposible la salvacion en los ricos, sin embargo todo es posible para Dios.

En el capítulo VIII de S. Juan dice Jesus: “Vosotros no podeis venir donde yo voy.” Dijeron los judios: “¿Si irá á quitarse á sí mismo la vida?” Pero Jesus contestó: “Vosotros sois de aqui bajo; pero yo soy de lo alto: vosotros sois de este mundo; yo no soy de este mundo.” Es decir: “yo voy al mundo á que pertenezco, y vosotros no podeis venir á él porque no pertenecéis á él.”

En todos estos pasages y en otros tres ó cuatro semejantes, el Salvador no deja de explicar su propio pensamiento. Asi, pues, hemos conseguido nuestra primera regla, basada en la constante analogía de su conducta. Todas las veces que contra su doctrina se hace una objeccion á causa de haber comprendido

mal sus palabras, de haber entendido en sentido literal lo que había dicho metafóricamente, le vemos invariablemente rectificar el error y manifestar á sus oyentes que él hablaba en sentido figurado. Solo hay dos pasages que tal vez podrian alegarse para impugnar esta regla general. El primero es el en que Jesucristo habla de su cuerpo bajo la figura del templo: "Destruid este templo y yo le reedificaré dentro de tres dias." El segundo es el en que la Samaritana cree que Jesus le habla de verdadera agua, y sin embargo, no parece que tratase de explicarla el verdadero sentido de sus palabras. Pero si tuviera aqui tiempo de entrar en el análisis de estos dos pasages, lo cual nos ocuparia gran rato, os mostraria que estos dos ejemplos son enteramente inaplicables al caso presente. Con un exámen detallado de ellos probaria que no tienen analogía alguna con los demas, y que forman una clase á parte (1). Mas como los ejemplos que ya he citado bastan y aun sobran, por decirlo asi, para establecer nuestra primera regla, llevo á la segunda clase de nuestros textos, á saber, á aquellos en que los que oian al Hijo de Dios hacen contra su doctrina objeciones resultantes de tomar á la letra palabras que de ese modo debian entenderse.

(1) Véanse las Conferencias acerca de la presencia real.

II.

En el capítulo IX de San Mateo dice el Salvador al paralítico: “Levántate; tus pecados te son perdonados.” Los judíos toman á la letra estas palabras que efectivamente estaban pronunciadas en sentido literal, y por eso rechazan su doctrina, y dicen: “Este hombre blasfema:” es decir, se arroga el poder de perdonar los pecados, poder que solo pertenece á Dios. Jesucristo renueva la espresion que dió márgen á esta dificultad; repite las mismas palabras que ofendieron á sus oyentes: “¿Qué cosa es mas fácil: decir, tus pecados te son perdonados: ó decir, levántate y anda? Pues para que sepais que el Hijo del Hombre tiene en la tierra poder para perdonar los pecados” etc. Aquí, pues, teneis una ocasion en que los oyentes comprenden el verdadero sentido de las palabras tomándolas al pie de la letra, y en que le arguyen en contra porque lo han entendido literalmente; mas el Salvador, lejos de rechazar la objecion ó de mitigar la doctrina simplemente enunciada, insiste en ella para que se le crea y repite la misma espresion.—En el capítulo VIII de San Juan: “Vuestro padre Abraham deseó ardientemente ver mi dia; vióle, y se llenó de gozo.” Tambien aquí los judíos entienden estas palabras en sentido literal, que es que Jesus era contemporáneo de Abraham y que vivia en tiempo de este patriarca, y

asi le replican: “¿Con que aun no teneis cincuenta años y habeis visto á Abraham?” Con razon, pues, tomaron á la letra esas palabras y por eso arguyen contra lo que en ellas se afirma. Y ¿qué contesta el divino Maestro? Se contenta con repetir la misma asercion: “En verdad, en verdad, os digo, que yo existo antes que existiese Abraham.”—En el capitulo VI de San Juan, en el mismo pasage que ahora estamos discutiendo, dicen los judios: “¿Pues no es éste Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre conocemos? ¿Cómo, pues, dice que ha bajado del cielo?” Ellos pues replican contra su proposicion, y el Salvador insiste en ella y la repite hasta por tercera vez, afirmando, y en los mismos términos, que ha bajado del cielo.

Hé aquí, pues, dos razones por las que podemos venir en conocimiento y asegurarnos de si los judios acertaban ó se equivocaban entendiendo á la letra las palabras del Salvador: 1.^a Cuando entienden literalmente lo que él ha dicho en sentido figurado, tiene por regla invariable explicar su pensamiento, diciendo que se equivocan tomando á la letra lo que él ha dicho en sentido figurado; 2.^a Todas las veces que los judios explican exactamente sus palabras en sentido literal y arguyen contra la doctrina que se les propone, repite las mismas espresiones que les han chocado. Pues bien: apliquemos ahora estas dos reglas al caso presente. Hé aquí la objecion: “¿Cómo este puede darnos á comer su carne?” Si Jesucristo hubiera hablado en sentido figurado le ve-

ríamos responder á la objecion segun su método acostumbrado y decir en qué sentido quiere que se le entienda. Mas lejos de hacerlo así el Salvador, repite de nuevo esas espresiones que les chocaban, y exige de sus oyentes que las crean. Por consiguiente debemos deducir de aqui que ese pasage pertenece á la clase de aquellos en que los judíos habian tenido razon en tomar á la letra sus diferentes espresiones: luego tenemos derecho para entenderlas del mismo modo que ellos. Comparemos los tres casos:

PROPOSICION.

1.º “Nadie puede ver el reino de Dios, si no naciere de nuevo.”

2.º “Abraham, vuestro padre, deseó ardientemente ver mi dia; vióle, y se llenó de gozo.”

3.º “Y el pan que yo daré, es mi carne por la vida del mundo.”

OBJECION.

1.º “¿Cómo un hombre puede nacer de nuevo, si ya es viejo?”

2.º “¿Aun no teneis cincuenta años, y habeis visto á Abraham?”

3.º “¿Cómo este puede darnos á comer su carne?”

RESPUESTA.

1.º “En verdad, en verdad os digo: el que no

renaciere del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de los cielos.”

2.º “En verdad, en verdad os digo: Yo existo antes de que Abraham existiese.”

3.º “En verdad, en verdad os digo: Si no comiéreis la carne del Hijo del Hombre y *bebiéreis su sangre*, no tendreis vida en vosotros.”

Bien marcada está la semejanza entre las proposiciones y las objeciones; pero no es menos manifiesta la divergencia entre las respuestas. En el primer texto, el Salvador modifica los términos para indicar el sentido figurado: en el segundo, solamente repite la palabra dura que no era del gusto de los oyentes. Y ¿en el tercero? ¿hace acaso en él alguna modificacion? ¿dice por ventura: “En verdad, en verdad os digo: si no comiéreis la carne del Hijo del Hombre en *espíritu y por la fé*, no tendreis vida en vosotros?” No; lo que hace es repetir la espresion misma que les habia chocado. Pues si así es, si repite esa misma espresion, entonces este pasage pertenece á la segunda clase, es del número de aquellos en que los oyentes del Hijo de Dios, tomando justamente sus palabras á la letra, se fundaban en este sentido para hacerle objeciones. Luego debemos concluir de aqui que los judíos tenian razon é iban acertados en tomar á la letra estas palabras del Salvador. Pero si ellos tenian razon en esto, é iban acertados, tenemosla tambien nosotros y no podemos engañarnos adoptando como ellos el sentido literal.

Debo añadir á este argumento un rápido análisis

de la respuesta del Salvador, porque no me basta haber demostrado que él repitió las mismas espresiones y que los judíos las interpretaron en su verdadero sentido; quiero ademas confirmar este resultado por la manera con que el Hijo de Dios repitió sus primeras palabras y por las circunstancias particulares que les daban fuerza.

1.º El Salvador presenta ahora su doctrina en forma de precepto; y vosotros sabeis muy bien que cuando se da una orden, cualquiera que ella sea, cada palabra debe ser tan literal como sea posible, á fin de que el sentido sea claro y óbvio para todos. Pues bien: oid cómo el Salvador espone ahora este precepto solemne y pronuncia una severa pena contra los que descuidasen su cumplimiento: “Si no comiéréis la carne del Hijo del Hombre y bebiéréis su sangre, no tendreis vida en vosotros.” Aquí se trata para todo cristiano nada menos que de perder ó ganar la vida eterna; y ¿podremos suponer siquiera que nuestro divino Maestro esponga un precepto de tanta importancia en un language metafórico tan extraordinario como seria este? ¿Cómo imaginarse vaya á enunciar en términos figurados, y de esa manera estraña, una doctrina cuya negligencia lleva consigo un castigo eterno? ¿Qué habremos pues de concluir de aquí? Debemos concluir que esos términos deben entenderse en su sentido mas estricto y mas literal. Y esta reflexion adquiere todavia mayor fuerza si se para la atencion en que la misma doctrina se nos propone á un mismo tiempo en forma de mandato y

En forma de prohibicion: “El que comiere de este pan »vivirá eternamente;” y “si no comiereis la carne del »Hijo del Hombre y bebiereis su sangre, no tendreis »vida en vosotros.” Por manera que de una parte vemos prometida una recompensa á los que se sometan al precepto, y de otra vemos una sentencia de condenacion dada contra los que lo descuiden. Precisamente es la misma forma de que se sirvió el Salvador para enseñar la necesidad del Sacramento del Bautismo: “El que creyere y fuere bautizado, será salvo; pero el que no creyere, será condenado.” Ambos casos son idénticos; son dos preceptos que deben tomarse igualmente en su sentido literal.

2.º En segundo lugar, el Salvador hace distincion entre comer su carne y beber su sangre, y para hacerlo de una manera mas enérgica y decisiva, repite muchas veces su espresion. Mas si esta espresion fuese metafórica, no habria que hacer distincion alguna entre sus dos partes. Si en ella no debiéramos ver otra cosa que una descripcion de la fé, un mero acto del entendimiento y del espíritu, es imposible á la imaginacion, por mas esfuerzos que haga, dividirlo en dos actos caracterizados cada uno de ellos por una de las dos operaciones fisicas.

3.º En tercer lugar, Jesucristo añade una afirmacion la mas espresiva: “En verdad, en verdad;” fórmula de que se sirve todas las veces que quiere dar peso ó cierto énfasis á sus palabras, y que quiere se entiendan estas en su sentido literal y óbvio.

4.º En cuarto lugar, hay en el discurso una fra-

se cuyo objeto es calificar y determinar su sentido. “Mi carne, dice, es *verdaderamente* una comida, y mi sangre es *verdaderamente* una bebida.” Estas expresiones son de tal naturaleza que ciertamente debían escluir hasta la idea de que el Salvador podía no hablar en esto de otra cosa que de una comida y una bebida figurativas. Cuando una persona nos dice que una cosa es *verdaderamente así*, debemos entenderlo en el sentido literal y tan en el sentido literal como puede consentirlo el language.

5.º Es evidente que el Salvador se ve precisado á servirse de esa dura y fuerte espresion: “*El que me come;*” frase que por mas metafóricamente que se entendiera, siempre repugna y desagrada al oído, repitiéndola. Sería por lo tanto difícil de concebir que el divino Maestro hubiera preferido servirse de una frase, no solo tan enérgica y tan estraña, sino que además contrastaba tan fuertemente con la primera parte de su discurso, si hubiera podido escojer otra para con ella espresar literalmente la doctrina que queria inculcar.

Hé aquí, hermanos míos, analizada aunque con rapidéz y casi superficialmente, la respuesta del Salvador. Si el tiempo lo hubiera permitido, habria citado muchos otros pasajes para confirmar el resultado á que hemos llegado, y probar que los judíos estaban perfectamente autorizados para tomar á la letra las palabras del Hijo de Dios. Pero observad otro incidente, no menos notable, de este discurso. Los discípulos esclaman: “Duro es este language;” que es como si di-

jeran: “esa es una proposicion muy desagradable y odiosa,” pues este es el sentido que estas palabras tienen en los autores antiguos. “Estas palabras son muy duras, y ¿quién puede escucharlas?” O en otros términos: “Es imposible asociarse por mas tiempo con un hombre que enseña doctrinas tan repugnantes como estas.” Y bien, decidme: ¿habrian ellos hablado de este modo, si hubieran entendido que lo que les exigia no era mas que creer en él? Y luego ¿cómo se condujo con sus discípulos el Salvador? ¿Cuál fué su respuesta? Él dejó se marchasen todos los que no se adherian plenamente á él y no daban crédito á sus palabras; ni siquiera pronunció una palabra para detenerlos, y asi es que “ellos no fueron ya con él.” ¿Y puede suponerse razonablemente que si en todo ese tiempo hubiese estado hablando en sentido figurado, sin que lo advirtiesen sus oyentes, hubiera permitido que estos se perdiesen para siempre por haberse negado á dar fé á doctrinas imaginarias que él mismo no habia tenido intencion de enseñarles? Porque tén-gase en cuenta que ellos suponian que se les predicaba una doctrina intolerable, que en realidad estaba muy agena del Salvador, y por eso le abandonaron. Por consiguiente, ¿de quién seria la culpa? ¿No recaeria en cierto modo sobre él, puesto que su lenguaje inusitado é ininteligible los habia inducido en el error?

En segundo lugar, ¿cuál es la conducta que entonces observan los Apóstoles? Ellos permanecieron fieles, resistieron á las sugestiones del sentimiento na-

tural y se entregaron sin reserva á su autoridad. Y “¿á quién iremos?”, esclaman: “tú tienes palabras de vida eterna.” Es evidente que ellos no lo entienden mejor que los otros; pero someten á él su juicio: él acepta el sacrificio que le hacen, y en virtud de esto los reconoce por discípulos suyos: “¿no os he escogido yo á vosotros doce?” Es decir, ¿no sois vosotros los amigos de mi eleccion que no me abandonarán, sino que me permanecerán fieles á pesar de todas las dificultades que se susciten contra su conviccion? Luego la doctrina propuesta era de las que exigen la sumision de la razon y una absoluta docilidad á la palabra de Cristo. ¿Qué dificultad habria alejado de él á sus oyentes, si simplemente les hubiera recomendado tuviesen fé en él? ¿Y qué necesidad habria tenido el divino Maestro de insistir tan fuertemente y por tantas veces en este mandato?

Voy ahora á resumir nuestro argumento con una suposicion que, poniendo en parangon los dos sistemas, presentará el mas notable contraste entre ellos. Es indudable que toda accion de la vida del Salvador puede considerarse como un verdadero modelo de lo que nosotros mismos debemos practicar, y sea cual fuere la cualidad en cuya virtud obre, siempre nos ofrece el dechado mas perfecto que nuestros esfuerzos pueden aspirar á copiar. En la ocasion presente, desempeña el oficio de un predicador, y por consiguiente es el mas puro modelo ofrecido á la imitacion de todos los que desempeñan el mis-

mo cargo. Pues bien: suponed de una parte á un obispo de la iglesia *estabcecida*, y de otra á un obispo católico, ambos deseosos de recomendar á los párrocos ó pastores de su respectiva grey la actual conducta del Salvador como un guia que les muestra la manera de conducirse ellos mismos, cuando tengan que enseñar los dogmas de la Religion. El obispo anglicano, si ha de ser consecuente, hablará de este modo: “Cuando enseñeis á los niños la doctrina en lo relativo á la Eucaristía, servíos del lenguaje mas fuerte y mas literal; decid con énfasis, como dice hasta el Catecismo de vuestra Iglesia: “Los fieles reciben verdadera y realmente el Cuerpo y la Sangre de Cristo en la Cena del Señor.” Enseñad de este modo vuestra creencia á vuestros niños. Y si ellos os dicen, y de seguro os lo dirán: “pero esa es la doctrina del papismo, esa es la doctrina católica; nosotros no podemos creer en la presencia real;” entonces seguid el ejemplo de nuestro Salvador: repetid una y otra vez las mismas palabras; no deis esplicacion alguna, sino insistid fuertemente, y siempre decid: “es verdaderamente y realmente la carne y sangre de Cristo lo que se recibe,” y dejad que se rebelen vuestros oyentes y os abandonen, á pretesto de que los enseñais doctrinas insostenibles; porque solo de esta manera imitareis el ejemplo que os ha dejado vuestro divino Maestro.” En otros términos, supongamos que quisierais dar una idea de la conducta del Salvador á una persona que no creyera en su mision divina: vosotros en ese ca-

so asentariais desde luego que la costumbre del Salvador era enseñar con la mayor dulzura y sencillez; que nada iguala á su candor y á su afabilidad cuando proponia sus doctrinas; y que en ciertas ocasiones, cuando sus oyentes las entendían mal ó tomaban á la letra lo que él decia en sentido figurado, jamás dejaba de esplicar su pensamiento, de apartar las dificultades y de resolver todas las objeciones; pero que solo en esta ocasion se desvió completamente de su regla ordinaria; pues á pesar de que sus oyentes tomaron á la letra palabras á que él daba un sentido metafórico, continuó repitiendo las mismas expresiones que habian inducido á error y no quiso condescender en manifestar mas claramente su pensamiento. Añadiriais ademas que prefirió que sus discípulos le abandonasen antes que darles la mas ligera explicacion; en fin, que ni aun trató mejor á sus mismos Apóstoles.

Pero en la explicacion que de este capitulo dan los católicos todo se armoniza perfectamente, desde la primera palabra hasta la última, con el carácter y ordinaria conducta del Salvador. Allí se ve á Jesucristo enseñando una doctrina particular, que nosotros creemos es la promesa de la Eucaristia; él escoje las expresiones mas claras, mas óbvias, mas literales, y emplea en su enseñanza los términos mas sencillos é inteligibles. No quieren someterse á ella los oyentes, porque miran como absurda la doctrina propuesta, y suscitan dificultades; y entonces el Salvador, segun su costumbre en oca-

siones semejantes, repite de nuevo las expresiones que han chocado, é insiste en que se las admita sin reserva alguna, mostrando así que su objeto no es formarse un partido y reunir en derredor suyo multitud de gente, sino que su deseo es que todos se sometan á su palabra, cualesquiera que sean sus doctrinas y por chocantes que parezcan á los sentimientos individuales. Ni siquiera para sus discípulos se digna suavizar la prueba de la fé y permite le abandonen desde el momento en que dejan de recibir implícitamente todo lo que les propone.— Ahí teneis nuestro modo de ver este punto; ya veis cuán acorde está con el carácter de Jesucristo, al paso que en el sentir de nuestros adversarios hay que contradecir por fuerza todo lo que de él se lee en la historia de su divina mision. Ahí teneis la linea de conducta que nosotros podriamos recomendar sin reserva alguna á todo predicador católico.

Tal vez se diga que yo he presentado mis argumentos únicamente bajo mi punto de vista, sin tener en cuenta algunos motivos que los protestantes pueden tener para separarse de nosotros en la explicacion de este capitulo. A esto contestaré que en las palabras y frases de que aquí se trata no puede haber mas de un sentido que sea el verdadero; y por consiguiente, si nuestra interpretacion es verdadera, excluye necesariamente toda otra. Insisto en este punto: antes de exigirnos mudemos de sentir demuéstrenos que los judíos pudieron entender al Salvador, que les hablaba en su

lengua, en el sentido que los protestantes dan á sus palabras, contrario al que nosotros sostenemos. Mas hasta ahora no se ha hecho esto, al menos que yo sepa. Luego por mi parte no tengo obligacion alguna de examinar el parecer ó sentir de los demas. No se trata de una proposicion que haya yo sentado desde luego para probarla despues; he procedido por via de simple induccion. Me he contentado con analizar el testo, he asentado sobre bases verdaderas nuestro modo de interpretarle por un exámen riguroso de cada palabra, de cada frase; y el resultado de nuestras investigaciones ha sido el sentir católico. Con este solo fundamento admito y acepto este sentir con exclusion de cualquier otro.

Pero no deseo ocultar cosa alguna; no retrocederé ante ningun argumento, ante ninguna objecion que pudiera hacerse contra nosotros. Por eso me he tomado el trabajo de recorrer las obras de los teólogos protestantes que han escrito acerca de la Eucaristía, á fin de descubrir en qué fundamento se apoyan, no ya para declamar contra la doctrina católica, sino para establecer y mantener el sentido figurado. Pero antes de tocar á su opinion, haré notar que Sherlock, Jeremías Taylor y otros, interpretan este capítulo en el sentido de la Eucaristía, siquiera difieran de con nosotros en cuanto á la naturaleza de la presencia de Jesucristo en este adorable Sacramento. En apoyo de mis propias pruebas aduciré la autoridad de dos teólogos de los mas célebres y sábios de la Alemania protestante en los tiempos modernos. El doctor Tit-

B. del C.—Tomo X.—CONFERENCIAS DE WISEMAN, Tom. II. 25

man; examinando este pasage, confiesa ser imposible demostrar que el Salvador hablase allí de la fé, por la manera con que los judíos han podido interpretarle; porque en el uso de su lengua nada habia en él que pudiera inducirlos á semejante explicacion. El segundo testimonio que yo invoco, es el de un escritor protestante mas conocido de los exégetas de nuestro pais. Es el profesor Tholuck de Halle. Puedo hablar personalmente de sus vastos conocimientos en las lenguas orientales y en la parte filológica de los estudios bíblicos. “Es manifesto, dice (1), que en el discurso de nuestro Salvador hay una transicion.” Mi objeto al citar estos testimonios, es únicamente confirmar lo que yo mismo he asentado.

Llegamos ya á las dificultades que se objetan contra nuestro dictámen. Segun ya he dicho, me he tomado el trabajo de conocerlas por mí mismo, y me he sorprendido al ver cuan débil y superficial es todo lo que se objeta. Contentémonos con examinar acerca de esta materia un solo teólogo que en unas cuantas páginas ha resumido todo lo que él mira como fundamento de la interpretacion protestante. Hablo del doctor Beveridge, obispo de San Asaph. Analiza con cierto vigor todas las razones, por las cuales cree no se puede interpretar este pasaje en el sentido de la Eucaristía. Sus pruebas son en general las mismas que han dado todos los que han profesado la misma doc-

(1) Coment. sobre S. Juan, VI.

trina. Daré, pues, primeramente á conocer las doctrinas, y responderé á ellas con las palabras mismas del doctor Sherlock. La primera prueba que aduce contra los que entienden de la Eucaristía este discurso es que “no estaba establecido el Sacramento (1).” Oid la respuesta de Sherlock: “Suponed que estas palabras: *comer la carne y beber la sangre del Hijo del Hombre*, las entendiéramos en el sentido de alimentarnos de Cristo por la fé; á pesar de eso no les era mas fácil á los judíos comprenderlo de este modo que del otro. De hecho, ellos no las dieron ese sentido, y no veo cómo pudieran dársele. Porque designar la fé en Jesucristo, por comer su carne y beber su sangre, es una locucion tan contraria á las propiedades del language y tan ajena á todos los idiomas, que los que en ella no quieren ver otra cosa que la fé en Cristo, no han podido hasta ahora justificar con razones plausibles su interpretacion (2).”

Añado ademas que tampoco estaba todavia instituido el Sacramento del Bautismo cuando el Señor manifestaba la necesidad de él á Nicodemus; luego pretender que no podia hablar de la misma manera respecto de la Eucaristía porque aun no la habia instituido, es no probar nada. Estas respuestas son mas que suficientes para contestar á una objeccion que aun

(1) Thesaurus Theolog. Lóndres 1710; tom. II, p. 271.

(2) Discurso práctico sobre las asambleas religiosas. Lóndres 1700, p. 364-7.

sin ellas estoy seguro no podría debilitar las numerosas pruebas y el detallado análisis del testo que hemos presentado en este discurso.

Los otros dos argumentos que se invocan en favor del sentido figurado son que el Salvador pronuncia una sentencia de vida para los que comieren su Carne y bebieren su Sangre, y una sentencia de muerte contra los que no obedeciesen su mandato. Estos son el segundo y tercer argumento del doctor Beveridge, argumentos reproducidos por el doctor Waterland. Pero la respuesta es muy sencilla, á saber, que á las promesas divinas siempre va aneja una condicion. “El que cree en mí tendrá la vida eterna.” “Si no comiereis la Carne del Hijo del Hombre y bebiereis su Sangre, no tendreis vida en vosotros.” ¿Por ventura el sentido de la primera proposicion es que la fé es lo único que se requiere para la salvacion? ¿No estamos todos obligados á la observancia de los mandamientos de Dios? Luego estas palabras significan claramente que quien cree bajo tales condiciones con una fé tan eficaz que produzca buenas obras, tendrá la vida eterna. Aquí, como en todas ocasiones, va aneja al precepto una condicion, y todo precepto lleva siempre consigo la condicion de que el deber que él impone será bien y debidamente cumplido. Asi en el caso presente se promete la vida eterna á los que dignamente participasen de la divina Eucaristía.

Tales son, y en los mismos términos de ese célebre teólogo, los argumentos con que ha querido soste-

ner la doctrina de la iglesia *establecida*. Hay, sin embargo, otra razon á menudo reproducida y que yo noto sin detenerme en ella, porque aunque todos los dias nos la están presentando no tiene valor alguno. Está sacada del versículo 64: “La carne no sirve de nada; las palabras que yo os digo, espíritu son y vida.” Supónese que el Salvador esplica todo su discurso observando que las espresiones de que se sirve deben ser entendidas en el sentido espiritual ó figurado.—Bastarán dos observaciones para echar por tierra esta suposicion. En primer lugar, las palabras *carne y sangre*, cuando en el Nuevo Testamento se contraponen una á otra, nunca significan el sentido literal y el sentido figurado de una espresion, sino siempre el hombre carnal y el hombre espiritual, ó la naturaleza humana en tanto que está abandonada á sus propias inclinaciones, y la misma naturaleza realzada y fortalecida por la gracia. Si en la epístola de S. Pablo á los romanos leéis los nueve primeros versículos del capítulo VIII, allí vereis tan claramente hecha la misma distincion que es imposible equivocarse. Si necesario fuere, aun podriamos aducir infinitos otros pasages; pero en segundo lugar, es inutil detenerse en citas porque todos los comentaristas modernos de la Reforma están acordes con nosotros en este punto y confiesan la impotencia en que se encuentran de sacar cosa alguna de este versículo que contradiga nuestra interpretacion del capítulo VI de S. Juan. Básteme nombrar entre otros de ellos á Kuinoel, Horne, Bloomfild y Schleusner, para

convenceros de que su decision no ha sido á consecuencia de falta de conocimientos, ni de parcialidad en favor de nuestras doctrinas (1).

Mas uno de los comentaristas protestantes cuyo testimonio he citado, parece hacer traicion al secreto y revelarnos el fundamento en que se apoyan para sostener el sentido figurado: "Aún mas, dice el doctor Tholuck, si el Salvador no hubiera hablado en sentido figurado, esto probaria demasiado: consecuencia suya seria la doctrina católica (2)." Ved ahí la verdadera base de la exégesis protestante en la interpretacion de este capítulo; pero ¿puede tolerarse semejante manera de discurrir? ¿Se toma por punto de partida la falsedad del dogma católico y se sirven de ella como de piedra de toque para determinar el sentido de los pasages de que depende necesariamente su verdad ó falsedad! ¡Y los que así razonan son esos mismos hombres que hacen profesion de no admitir otras creencias que las que ellos descubren en sola la palabra de Dios!

En nuestra próxima reunion entraremos, Dios

(1) Despues de haber dado esta conferencia, he sabido que algunos de mis oyentes habian considerado esta respuesta como demasiado general y como que denotaba en mi el deseo de pasar por alto una dificultad que no dejaba de tener importancia; de aqui tomé ocasion para volver á ocuparme de esto en la conferencia siguiente y citar todas las autoridades que podrian desearse, tal como las inserté en mis *Conferencias sobre la presensta real*. Mas como esto era una digresion, no me ha parecido necesario conservar estos testimonios al publicarla. Los que deseen conocerlas pueden leer las citadas *Conferencias*.

(2) Coment. loc. cit.

mediante, en la segunda parte de nuestras investigaciones: discutiremos las palabras de la institucion de la Eucaristía. Al concluir por hoy os ruego encarecidamente peseis y examineis las pruebas que en esta Conferencia llevo espuestas á fin de descubrir si son atacables por algun flanco. Si, como espero, el resultado de vuestro exámen es ver que resisten á todo género de refutacion, os hallareis mejor preparados para oir el desenvolvimiento de la prueba mucho mas fuerte todavía, que sacaremos de las sencillas y solemnes palabras de la consagracion.





CONFERENCIA XV.

TRANSUBSTANCIACION.—*Parte II.*

Y estando ellos cenando tomó Jesus el pan, y lo bendijo, y lo partió, y lo dió á sus discípulos, diciendo: tomad y comed: **ESTE ES MI CUERPO.** Y tomando el cáliz, dió gracias y lo dió á ellos, diciendo: bebed de este todos **PORQUE ESTA ES MI SANGRE** del nuevo Testamento, que será derramada por muchos para remision de los pecados. *Matth. XXVI, 26-28.)*

EN mi primer discurso acerca de la Eucaristía os demostré ya con un detenido exámen del capítulo VI de San Juan la promesa de la futura institucion de este divino Sacramento. Asi por las espresiones del Salvador como por el carácter general de su discurso y por su conducta con los que rehusaron dar crédito á sus

palabras, he probado que él desenvolvió realmente acerca de esta materia la doctrina que todavía profesa la Iglesia católica; es decir, que promete que en su Iglesia se proveería á una institucion, por la cual el hombre se uniría completamente á él, participando de su cuerpo y de su sangre adorables, y aplicando así á su alma los méritos de su Pasion.

Conforme al plan que me he trazado, paso hoy á examinar los pasages mucho mas importantes que contienen la institucion de este sagrado rito. Veremos hasta qué punto encontramos en ellos la misma doctrina que ya habemos sacado de la promesa; ó lo que es lo mismo, examinaremos si Jesucristo ha instituido realmente un Sacramento por el cual el hombre pueda participar de su cuerpo y sangre divinos. Acabais de oir las palabras con que San Mateo refiere la institucion de la Eucaristía. No ignorais que esta institucion está descrita con las mismas circunstancias y casi con las mismas palabras por otros dos evangelistas y por San Pablo en su primera Epístola á los de Corinto. No es necesario leerlos todos estos pasages, porque la discusion que hoy entablaré versará principalmente acerca de las palabras que son comunes á todos.

Aqui tenemos dos fórmulas de consagracion: “Este es mi cuerpo.—Esta es mi sangre.” Confieso que es mas difícil formar un argumento sobre estas palabras que sobre el capítulo VI de San Juan, simple y únicamente porque es imposible dar mas fuerza y claridad á las espresiones que la que ellas mis-

mas tienen. No ; las palabras del Salvador no serán mas explícitas , despues de todos los comentarios y paráfrasis que he podido reunir, ni espresarán mas clara y completamente la doctrina católica que lo que por sí mismas la espresan. “Este es mi cuerpo.—Esta es mi sangre. La Iglesia católica enseña que aquello *era* el cuerpo de Jesucristo y que aquello *era* su sangre. Luego parece no tendríamos ya que hacer otra cosa que atenernos única y esclusivamente á estas palabras, y aguardar que otros nos aleguen motivos suficientes para hacernos renunciar á la interpretación literal que de ellas damos.

Sin embargo, antes de limitarme á mantener la ventaja de mi posicion , debo hacer aquí algunas observaciones acerca de la manera con que mas de ordinario se comentan estos textos para impugnar la doctrina católica. Es evidente que los términos, considerados simplemente en sí mismos , dejando aparte toda cuestion de imposibilidad aparente , y supuesto que se refiriesen á otro asunto, serian tomados á la letra por todo el que tenga fé entera en las palabras de Jesucristo. Naturalmente se argüiria en esta forma. Jesucristo ha enunciado esta doctrina en los términos mas sencillos , y yo la recibo bajo su palabra. Luego, como despues os probaré, debe tenerse algun motivo para apartarse del sentido sencillo y ordinario de las palabras y atribuirles un sentido metafórico. A los que pretenden que Jesucristo al proferir estas palabras: “Este es mi cuerpo,” no queria decir otra cosa sino que “esto es la figura de mi

cuerpo," á esos digo, toca demostrarnos la esactitud de su interpretacion. Las palabras espresan por si mismas que aquello es el cuerpo de Cristo. Por consiguiente todo el que venga á decirme que aquello no es el cuerpo de Cristo sino solo su figura, está obligado á demostrarme que una de estas espresiones equivale á la otra. Este es necesariamente, segun ya he dicho, y no tardaré en probar, este es necesariamente el verdadero punto de vista de la controversia. Pero no puedo resistir al deseo de manifestaros las dificultades en que se enredan los que quieren sostener la identidad de esas dos espresiones y la marcha completamente antilógica que en su consecuencia se ven obligados á seguir.

Citaré como ejemplo el pasage de un sermon predicado hace algunos años, en una capilla de esta metrópoli, y que se encuentra en una série de discursos dados por los mas célebres predicadores contra las doctrinas del catolicismo. Ese pasage es contra el dogma de la transubstanciacion, y su objeto es probar que este dogma es contrario á la Escritura y no puede ser sostenido. Escuchad, os ruego, el modo de argüir del tal predicador acerca de esta materia: "Yo pretendo que debemos entender las palabras en el sentido figurado" (habla de las palabras de Jesucristo citadas en mi testo), "por que no es necesario entenderlas á la letra." ¡Por cierto que no es mala esta nueva regla de interpretar la Escritura! ¿Qué? ¿no se podrá tomar á la letra ningun pasage de los libros santos, á menos que no se pruebe que

es necesario hacerlo así? ¿Habria *á priori* de entenderse todo en el sentido figurado, hasta que los que prefieran el sentido literal hayan demostrado positivamente su necesidad? Mas natural me pareceria cambiar los términos y asentar como principio que deben tomarse á la letra las palabras, interin no se pruebe la necesidad de tomarlas en sentido figurado. Curioso seria ver cómo se las habria con los detractores de la divinidad de Jesucristo el que siguiera esa regla de interpretacion, de que no puede entenderse en sentido literal pasage alguno, á menos que antes no se pruebe la necesidad de entenderlos en este sentido. Porque cuando Jesucristo es llamado Dios, ó Hijo de Dios, deberiamos probar primero la necesidad de mirarle como Dios antes de que se nos permitiera deducirlo de los mismos testos!—Y prosigue: “Y porque á sus discípulos era moralmente imposible tomar á la letra sus palabras.” Pero cabalmente esto es lo que hay que probar, porque de este punto depende toda la cuestion: esto no es prueba, es la proposicion que deberia probarse. Asi parece tambien conocerlo el tal predicador y pretende probarlo de la manera siguiente: “Porque, decidme, ¿hay en efecto nada mas comun en todas las lenguas que el dar al signo el nombre de la cosa significada? Si veis un retrato ¿no le llamareis con el nombre de la persona á quien representa? Y si mirais en un mapa un pais particular ¿no le designareis con el nombre del mismo pais?” Pero ¿es esto probarlo? preguntaré yo á mi vez.—

Pero examinemos los ejemplos que nos aduce. El primero es el de un *retrato*: ¡como si no hubiera diferencia alguna entre coger un pedazo de pan y decir: “Este es mi cuerpo,” y señalar un cuadro diciendo: “Este es el rey!” ¡Como si el uso recibido en el language ordinario no fuera dar al retrato el nombre mismo de la persona; ó mas bien como si no fuera de esencia de este objeto el representar al otro! ¿Por ventura un retrato tiene otra razon de ser que la de servir de tipo y de conmemoracion? Su idea misma ¿no supone que reproduce la semejanza de una persona? Pero si tomo una barra de oro sin efigie alguna del rey y digo: «Este es el cuerpo del rey», ¿comprenderán mis oyentes que mi intencion es instituir un símbolo de su Real persona, fundados en que si yo les hubiera mostrado su efigie en una moneda diciendo: «Este es el rey», hubieran entendido fácilmente que mi intencion habria sido hacerles notar que aquel era el retrato del rey?—El segundo ejemplo alegado es el de un mapa. Y ¿qué es un mapa sino la representacion de un pais? ¿Tiene acaso otra razon de ser que la de representar las formas de ese pais? Si las representa mal, ya no es un mapa, ya no representa nada á la inteligencia. Pero cuando Jesucristo dice del pan: “Este es mi cuerpo,” no hay ninguna relacion natural, ninguna semejanza entre los dos objetos; no hay cosa alguna que indique que en su pensamiento quería decir: “Este es el emblema de mi cuerpo.”—Semejantes aserciones pueden, pues, pasar por modelos de declamacion, pero segu-

ramente que no son pruebas; en ellos nada vemos que demuestre que deba desecharse la doctrina católica.

Os citaré otro pasage de un escritor mas conocido: hablo del autor de la *Introduccion al estudio critico de la Escritura*. Pretende este autor que el dogma de la transubstanciacion está “basado en una interpretacion literal y forzada de las palabras del Señor.” ¡La doctrina católica está basada en una interpretacion literal y forzada de la Escritura! Pero, decidme, ¿se han visto jamás juntas de ese modo en un argumento esas palabras? ¿Con qué es forzar un testo entenderle á la letra? No, no hay materia alguna donde haya autor que se atreva á presentar semejante proposicion, á no ser tratándose de controversias religiosas. Si uno de vosotros tuviera que sostener un pleito ante un tribunal y su abogado comenzase su defensa declarando que el pleito debia fallarse en favor de su cliente, porque la parte contraria no tenia en su favor mas de una interpretacion literal y forzada de las leyes relativas al caso sobre que era el litigio, ¿no reputaria que conceder esto era hacer traicion á su causa? ¿No seria reconocer paladinamente que nada tenia que alegar para su defensa? Que haya un escritor que con un argumento de esta clase se permita condenar la doctrina católica, es una cosa que no comprendo; eso es habitar á los jóvenes teólogos, si es á ellos á quienes la introduccion se dirige, y á todas las demas clases de lectores, á un método muy superficial de discurrir y contrario ademas á todas las leyes de la lógica y que por consiguiente no hay pa-

labras bastante severas para reprobarle como se merece.

Ya veis por estos pocos ejemplos cuán difícil es hallar argumentos, ni siquiera plausibles, para desechár los dogmas del catolicismo. Hay, empero, escritores mas graves y sólidos que no temen confesar que las espresiones del Salvador, consideradas solamente en sí mismas, son enteramente favorables á la doctrina católica. Citaré un pasage de la obra de Praley, intitulada *Pruebas del cristianismo*; en ella demuestra su autor que los Evangelios no son libros escritos bajo un punto de vista particular, sino que no tienen otro objeto que referir lo que realmente sucedió. “Pienso tambien, dice, que las dificultades que surjen de aquellas palabras del Salvador: *Este es mi cuerpo*, habrian desaparecido en una historia acomodada á un objeto particular.” Y ¿por qué? preguntaré yo: ¿por qué, si nada es mas comun que dar al signo el nombre de la cosa significada, y si esa era una manera de espresarse tan sencilla y tan inteligible como designar un retrato con el nombre de la persona que representa (a)? Y añade: “Confieso que la explicacion que de esto dan los protestantes es satisfactoria; pero ellos la deducen de una minuciosa comparacion de las palabras de que se trata con otras locuciones semejantes, usadas en la Escritura, y especialmente por

(a) Alude á los argumentos que alegan los protestantes.

(N. del T.)

el mismo Jesucristo en otras ocasiones. Jamás un escritor habria detenido arbitrariamente y sin necesidad alguna la marcha de sus lectores con una dificultad que no puede resolverse sin investigaciones y sin erudicion, por no decir otra cosa (1).”

Aqui pues se conviene en que para llegar al sentido adoptado por los protestantes, son necesarias investigaciones y erudicion, y por consiguiente que ese sentido no es el sentido natural y sencillo que ofrecen las palabras. Cuando decís que para establecer el sentido de un pasage, se necesita ciencia y estudio, infiero yo de ahí que á quien ha adoptado ese sentido le toca hacer uso de esos medios; que á él, y no á los que se atienen al sentido literal y óbvio, es á quien incumbe el deber de probar la legitimidad de su interpretacion. Luego cuando el sentido esplicito, sencillo y literal de las palabras es el que nosotros adoptamos, sostengo y afirmo que los que nos acusan de error y dicen que aquellas palabras: “Este es mi cuerpo,” no significan que aquello era el cuerpo de Jesucristo sino solamente un símbolo de él, sostengo, digo, que ellos son los que están en la obligacion de probar que su modo de interpretar es el verdadero.

Mas no pueden llegar á él sino por medio de un doble razonamiento, porque tienen que presentar razones para demostrar: 1.º que están autorizados; 2.º

(1) II post. c. III.

que se ven precisados á separarse del sentido literal, lo cual forma dos argumentos distintos; primero se intenta generalmene establecer que las palabras del Salvador *pueden* tomarse en sentido figurado, que pueden explicarse de esta manera: “Esto representa »mi cuerpo, esto representa mi sangre.” Para ello se cotejan unos con otros cierto número de pasages en que el verbo *ser* se usa en el sentido de *representar*, y de ahí se concluye que en el caso presente puede tener la misma significacion. En segundo lugar, para justificar este apartamiento del sentido literal, se le muestra sujeto á tantas contradicciones y haciendo tal violencia á las leyes de la naturaleza que forzosamente hay que apartarse de él y seguir el sentido figurado.—Ahí teneis la forma mas completa y clara que los doctores protestantes dan á su argumentacion. Por ejemplo, el autor que poco há citaba yo, despues de haber demostrado que no estamos obligados á tomar á la letra estas palabras, pues que de ello no hay necesidad, alega como motivo ulterior de no entenderlas asi, que el sentido literal conduce á manifestas contradicciones y á groseros absurdos. Estas, pues, son las dos principales objeciones que tengo que discutir.

Se pretende, en primer lugar, que nosotros podemos entender en sentido figurado las palabras del Salvador, porque hay otros muchos pasages en que el verbo *ser* significa *representar*, y para probar esto se juntan y acumulan confusamente multitud de textos de diverso carácter. Vamos, pues, á clasificarlos

para mejor discutirlos; porque si bien tengo una respuesta general, que es aplicable á todos, hay además soluciones especiales para cada clase por separado. El escritor que nos ha dado la lista mas completa de estos textos, lista que habria bastado para demostrar su proposicion, si pudiera serlo por semejante argumento, y al mismo tiempo el que entre todos es mas comunmente citado como autoridad, es el doctor Adam Clark en su discurso acerca de la Eucaristía. En efecto, los dos autores de que antes he hablado, no hacen mas de citarle ó copiarle. Referiré, pues, todas sus citas, contentándome con distribuirlas en varias clases, á fin de simplificar mis respuestas.

En la primera clase pongo todos los pasages de la naturaleza de los siguientes: Génesis XLI, 26, 27. “Las siete vacas gruesas *son* siete años de abundancia.”—Daniel, VII, 24: “Los diez cuernos *son* diez reinos.”—San Mateo, XIII, 58, 59: “El campo *es* el mundo; el buen grano *son* los hijos del reino, y la cizaña *son* los hijos de iniquidad; el enemigo que la ha sembrado *es* el diablo; el tiempo de la siega *es* el fin del mundo; los segadores *son* los ángeles.”—I ad Corinth. X, 4: “La piedra *era* Cristo.”—Ad Gal. IV, 24: “Porque estas dos mugeres *son* las dos alianzas.”—Apoc. I, 20: “Las siete estrellas *son* los ángeles de las siete Iglesias.”—Hé ahí, se nos dice, hé ahí una multitud de pasages en que el verbo *ser* no tiene otro sentido que el de *representar*.

En la segunda clase: San Juan, X, 7: “Yo soy la puerta.”—San Juan, XV, 1: “Yo soy la verdadera viña.”

En la tercera: Génes. XVII, 10: “Esta es mi alianza entre tú y yo,” palabras que comunmente se esplican del siguiente modo: “Esta es la imagen ó representacion de mi alianza.”

En la cuarta: “Éxodo, XII, 11: “Esta es la Pascua del Señor.”

Ahí teneis las cuatro clases de testos. Independientemente de la respuesta general que daré para todos, ó al menos del exámen mas detallado que haré de la primera clase y que se aplicará á muchas otras, deseo mostraros ante todo que los testos comprendidos en las tres últimas clases no tienen relacion alguna con el caso presente, porque en estos textos el verbo *ser* no significa *representar*, y por tanto no debemos ocuparnos sino de aquellos que tienen ese sentido.

1.º “Yo soy la puerta, yo soy la verdadera viña.”—Aquí pregunto á todo hombre capaz de reflexionar: ¿Ser es en esta ocasion sinónimo de *representar*? Sustituidle este último verbo, porque si los dos son equivalentes, el uno podrá sustituir al otro. Comparad luego esos pasages con este: *La piedra era Cristo*. Si decís, *la piedra representaba á Cristo*, el sentido es el mismo, porque aquí *ser* equivale á *representar*. Yo soy la puerta: Yo represento la puerta; no es este el pensamiento de Jesucristo: lo que él deseaba expresar era: “yo soy como la puerta, yo soy semejante á la

puerta." Por consiguiente, deben descartarse todos estos pasajes, porque es evidente que si en ellos sustituimos la espresion que miramos como equivalente, resulta un sentido enteramente diverso del que el Salvador se proponia. Además, la respuesta que daré á la primera clase de estos textos puede aplicarse y con mas razon á estos, si bien considero suficiente la solucion particular que acabo de dar.

2.º «*Esta es mi alianza entre tú y yo.*»—¿Es esto decir que la circuncision, que es de lo que se trata en este pasage, representaba ó era la figura de la alianza? Concedámoslo por un instante; pero ello es que Dios esplica esto con la mayor claridad, porque en el versículo siguiente dice en términos bien esplicitos que eso era un signo: "Y esta será el signo ó la señal de mi alianza." Luego si Dios entendia que la circuncision seria el signo ó señal de la alianza, él mismo se esplica despues; por consiguiente no puede haber equivocacion en el sentido de sus palabras. En segundo lugar, la circuncision no era solamente el signo sino el instrumento y recuerdo de la alianza. Ahora bien: en el language comun se da el mismo nombre de alianza al documento por cuyo medio se ha efectuado. Cuando tenemos en la mano la escritura de un tratado, decimos, «este es el tratado.»—Pero dejemos á un lado estas respuestas. Fácil es probar que el verbo no tiene aqui el sentido de *representar*, y que no se trata de tipos ni de figuras. Esto es lo que resulta claramente del cotejo de este testo con todos los en que se

encuentra una espresion semejante. En todos esta forma preliminar significa que lo que sigue es realmente el objeto de un pacto ó de una alianza, por manera que la frase podria construirse del modo siguiente: “Lo que sigue es mi alianza entre vosotros y yo: vosotros practicareis la circuncision.” Así, por ejemplo, en Isaías (cáp. LIV, v. 21) se dice: “Esta es la alianza que yo haré con ellos, dice el Señor: mi espíritu que está en vosotros, y mis palabras no saldrán de vuestra boca.” ¿Quiere Dios, por ventura, decir aquí: “Esta es la figura de mi alianza?” ¿No significan las palabras lo siguiente: “Lo que voy á espresar es mi alianza?” Luego debe considerárselas como una especie de introduccion. — Otro ejemplo (I. Reg. XI, 2): “En esto haré alianza con vosotros: os arrancaré el ojo derecho á todos.” Esta alianza terrible sigue tambien aqui la misma fórmula preliminar. En apoyo de esta interpretacion vienen los numerosos pasages en que Dios comienza por estas palabras: *esta es mi ley, mi mandato*, seguidas en realidad de un mandato ó de una ley. Así, pues, del mismo modo las palabras: *Esta es mi alianza*; no significan esto *representa mi alianza*; sino únicamente *lo que sigue es mi alianza*. Si el tiempo lo permitiera, el examen de algunos otros pasajes nos mostraria igualmente que este no es aplicable al punto controvertido. Pero cuando hemos visto ya que Dios, en el versículo siguiente del Génesis, llama espresamente al rito de la circuncision signo de su alianza, no se necesita ya

mas para demostrar que esa frase nada tiene de comun con las palabras del Salvador en la Cena, pues en el primer caso se añade en seguida su explicacion, lo cual no sucede en el segundo.

3.º La cuarta clase contiene este texto: “Esta es la Pascua del Señor.” Este pasaje ofrece particular interés, no por su valor intrínseco, sino por algunas circunstancias que van enlazadas con la primera aplicacion que de él se hizo por el protestantismo. En virtud de este texto, y casi exclusivamente en virtud de este texto, ha sido desechado el dogma católico de la transubstanciacion; en él se apoyó principalmente Zwinglio para negar este punto de la enseñanza de la Iglesia, porque no halló otro alguno en que pudiese basar una objecion contra la interpretacion literal de aquellas palabras: “Este es mi cuerpo.” Pues bien: yo creo ser muy fácil probar que en este testo el verbo *ser* se usa en el sentido literal. Como son bastante curiosas las circunstancias del descubrimiento de Zwinglio, os pido me permitais referiros su propio relato. Y aunque su relacion habla grandemente en nuestro favor, me repugna entrar en los pormenores; es cosa degradante para la humanidad y para la Religion el que un escritor no se ruborice de contar por sí mismo hechos tan vergonzosos y repugnantes, y gustoso los pasaria yo en silencio si por el honor y los derechos de la causa que defiendo no debiera mostrar los motivos por los cuales los primeros reformadores des-

echaron el dogma católico de la presencia real. Dice, pues, el mismo Zwinglio que tenia un escesivo deseo de desembarazarse de la doctrina católica acerca de la presencia real; pero que no sabia cómo echar por tierra la interpretacion natural y óbvia de estas palabras: “Este es mi cuerpo, esta es mi sangre.” En la Escritura no hallaba cosa alguna que le justificase el apartamiento del sentido literal, á no ser algunos pasages que era evidente se referian á parábolas.

El 13 de abril, muy de mañana, fué cuando se le reveló el afortunado secreto. «Mi conciencia, dice, me impele á referir algunas de las circunstancias acerca de las cuales valdria mas guardase silencio, porque sé que escitarán contra mí el ridiculo y la calumnia. Me hallé en un sueño, disputando contra uno que me iba muy á los alcances, y me parecia no poder ya defender mi opinion, cuando hé aqui que descubrí á mi lado un monitor, que no sé (añade con cierto aire grotesco) si era blanco ó negro.» Este monitor, pues, le sugirió el pasage importante. Le esplicó al dia siguiente, y su autoridad bastó para convencer á sus oyentes de que desde aquel momento estaban obligados á renunciar á la creencia de la presencia real.

Tal es la relacion que el reformador nos ha dejado acerca del descubrimiento del famoso texto á que él se agarró para desechar el dogma de la transubstanciacion. Este texto es el del capítulo XII del Éxodo que he citado poco há: «Esta es la Pascua del Se-

ñor.» Paso en silencio muchas consideraciones sacadas de las circunstancias en que fueron pronunciadas estas palabras y que eran capaces de mostrar á los israelitas que alli se trataba de una institucion figurativa, al paso que en la última Cena no se dijo ni se hizo nada que diese á sospechar semejante intencion en el Salvador. Omito igualmente algunas observaciones acerca de la manera en que los judíos debían entender la frase en sí misma, segun la costumbre en que estaban de designar los sacrificios con el nombre del objeto por el cual se ofrecían. Porque, á la verdad, ese pasage no tiene fuerza alguna para probar el punto en cuestion, que es que el verbo *ser* es sinónimo de *representar*.

En efecto: uno de los mas instruidos comentaristas protestantes observa que la frase tal como está construida significa siempre: «Este *el dia* ó la *fiesta* de la Pascua *consagrado al Señor*.» Seria difícil conocer la razon de esta version sino se recurriera al idioma original, en el cual, observa dicho escritor, la palabra traducida por el genitivo *del Señor* se encuentra en dativo, espresando con esta construccion la idea de *consagrado al Señor*. En este caso el verbo *ser* conserva su significacion propia y natural, como cuando decimos: *este es el domingo*, lo cual ciertamente no equivale á *este representa el domingo*. Para demostrar este punto ha recurrido el autor á otros dos ó tres pasages en los cuales se reproduce exactamente la misma forma de expresion y demuestra que este siempre ha tenido una significacion semejante. Por

ejemplo, en el Éxodo (XX, 10): «Este es el sábado del Señor,» el nombre está construido en dativo: «este es el sábado *al ó para* el Señor,» para indicar que es el sábado que se le consagra. Pues bien: esta construcción es en el original exactamente la misma para ambos textos, y en ninguna parte se usa para designar que su objeto es puramente un emblema ó un signo. En otro texto (Exod. XXXII, 5): «la fiesta del Señor,» se presenta la misma construcción, espresando la misma cosa. Por último, en el versículo 27 del mismo capítulo que el versículo en cuestion, hallamos: “Este es el sacrificio de la Pascua del Señor;” es decir, segun el Hebreo, «el sacrificio de la Pascua *consagrado al* Señor». De todas estas espresiones es exactamente idénticas por su construcción en la lengua original, concluye nuestro autor que en el pasage citado se emplea en el sentido literal el verbo *ser* (1). Luego sin razon se aduce ese texto como prueba por los que quisieran considerar el verbo sustantivo como sinónimo de *representar* en las palabras de la institucion de la Eucaristía: la interpretacion que ellos dan es errónea, y por consiguiente habiéndole sido sugerida á Zwinglio por su misterioso consejero como un motivo suficiente de desechar el dogma católico, ¿no deberemos deducir de aqui que no era un espíritu de verdad el que se le apareció, y que el reformador condenó sin fundamento sólido

(1) Rosen-Mueller, *loc. cit.*

nuestra creencia, puesto que atribuía á las palabras un sentido que no pueden tener?

Así pues, he descartado desde luego estos pasajes, porque, según ya dije, deseaba ante todo dar una respuesta precisa y rigurosamente aplicable á todas las partes de la objeción, aun cuando las observaciones que haré ahora acerca de la primera clase de dichos textos, en que confieso que el verbo *ser* significa *representar*, se aplican casi igualmente á todos los demás.

Preténdese que estas palabras: “Este es mi cuerpo, esta es mi sangre,” pueden traducirse por esto: “Esto representa mi cuerpo; esto representa mi sangre;” ó en otros términos, que pueden entenderse en sentido figurado, porque en algunos otros pasajes arriba citados no se puede negar que los dos términos son equivalentes. El único medio de dar solidez á este argumento es suponer que los textos alegados forman lo que se llama *pasajes paralelos* con las palabras de la institución de la Eucaristía. Ante todo haré una sencilla pregunta: en estos pasajes el verbo *ser* significa *representar*; pero en la Escritura hay mil pasajes en que el verbo *ser* no significa *representar*: pues bien, pregunto yo ¿por qué han de descartarse de estos miles de pasajes las palabras de la institución de la Eucaristía, para ser interpretados en el sentido de algunos otros? Necesario es haya razón fuertísima para clasificarlos con estos mas bien que con aquellos. Y no es razón decir que es necesario ó conveniente; debe demostrármese con poderosas razo-

nes que es así. Luego aun sin considerar esta cuestion mas que simplemente bajo este punto de vista general, tenemos derecho para preguntar por qué se han de separar esas palabras de la multitud de pasages en que el verbo *ser* conserva su propio sentido, para colocarlas entre el corto número de los que al fin y al cabo no forman otra cosa que una muy reducida escepcion.

Pero entremos mas de lleno en la dificultad. ¿Qué es lo que se entiende por pasages paralelos?—¿Deben mirarse como paralelos todos los pasages en que se encuentra la misma palabra? No por cierto; necesita-se alguna cosa mas para constituir el paralelismo; y en esta parte acepto gustoso la regla de interpretacion que dá Horne. Es la siguiente: Cuando os llama la atencion alguna semejanza entre dos pasages, no os contenteis con la semejanza de las palabras, sino examinad «si los pasages son bastante semejantes, es decir, si entre uno y otro hay correspondencia, no solamente *de la misma palabra* sino tambien *del mismo objeto* (1).» Esta regla está tomada de otro autor que la define todavía con mas claridad: Debemos ver, dice, «si los dos pasages contienen *el mismo objeto*, y no solamente *la misma palabra* (2);» y su comentador añade esta observacion: «Por consecuencia debemos concluir de aquí que la semejanza de los

(1) Tomo II, p. 331.

(2) Ernesti, p. 61.

objetos y no la de las palabras, es la que constituye el paralelismo.»

Así, pues, según esta regla, no son paralelos dos pasajes, ó lo que es lo mismo, no podemos servirnos de ellos para interpretar el uno por el otro, cuando no ofrecen mas que una semejanza de palabras, sin haber semejanza de objeto. Examinemos por tanto, si en todos los pasajes de la clase primera hallamos el mismo objeto así como las mismas palabras. Pero ante todo, y como esplicacion de la regla, permitidme observar que al citar muchos textos en mi anterior discurso, no me he contentado con haceros notar en ellos la semejanza de los términos, sino que además tenia buen cuidado de probar que en todos ellos se presentaban las mismas circunstancias; es decir, que el Salvador se servia de espresiones que eran tomadas ó entendidas á la letra todas las veces que él queria se entendiesen literalmente y que, si se suscitaban dificultades, él se *conducia* precisamente de la misma manera que en el texto en cuestion; y considerando entonces como paralelos los pasajes, argüia á consecuencia de la semejanza de su objeto. Y ¿cuál es el *objeto* de todos los pasajes reunidos en esa primera clase? Examinémoslo á ver si descubrimos un objeto semejante en las palabras de la institucion de la Eucaristía. Esos mismos pasajes nos presentarán un ejemplo de aplicacion de la regla. Suponed que quisiera yo explicar uno de ellos por el otro; en ese caso diria yo este texto: “Las siete vacas son siete años”,

es paralelo á estotro: “el campo es el mundo;” y ambos son paralelos á este tercero: “Estas dos mugeres son las dos alianzas;” y del sentido de los unos puedo argüir para deducir el sentido del otro. Y ¿por qué? porque en cada uno de ellos se presenta el *mismo objeto*, pues que cada uno de ellos tiene por objeto la interpretacion de una enseñanza alegórica; el primero, de una vision; el segundo, de una parábola; y el tercero, de una alegoría. Yo no los pongo en la misma clase, porque todos contengan el verbo *ser*, sino porque contienen todos el mismo objeto, pues en todos tres se trata de algo de místico y de típico, de la interpretacion de un sueño, de una alegoría y de una parábola. Habiéndome, pues, asegurado de que en el uno el verbo *ser* significa *representar*, yo concluyo de aquí que tiene el mismo sentido en los demas, y me formo una regla general en virtud de la cual puedo mirar los verbos como sinónimos en todos los pasages en que se trate de una enseñanza simbólica de la misma naturaleza. Luego cuando me decís que las palabras: «este es mi cuerpo,» significan «esto representa mi cuerpo,» porque en los citados pasages el mismo verbo ó la misma palabra se presenta en ese sentido, debo asegurarme de la misma manera, no solo de si el verbo *ser* es el mismo en todos los textos, sino de si el verbo y el texto tienen el mismo objeto; ó en otros términos, si las palabras de la institucion de la Eucaristía tenían por objeto *explicar algun simbolo*, como, por ejemplo, una vision, una parábola, ó una profecía. Si respecto de este texto me de-

mostrais esto, como yo puedo demostrároslo respecto de todos los demas, entonces confesaré que es paralelo con ellos.

Esta semejanza de objeto se descubrirá muy luego si se consideran atentamente los pasages citados como paralelos por el doctor Adam Clarke, y que yo he colocado en esta clase. «Las siete vacas son siete años;» José está interpretando el sueño de Faraon. «Los diez cuernos son diez reinos;» Daniel está recibiendo la esplicacion de su vision. «El campo es el mundo;» nuestro Salvador está esplicando una parábola. «La piedra era Cristo;» San Pablo estaba esplicando los símbolos de la ley antigua, y nos advierte que ese era su objeto, y que hablaba de una piedra espiritual. «Estas dos mugeres son las dos alianzas;» el mismo Apóstol está esplicando la alegoría de Agar y de Sara. «Las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias;» San Juan está recibiendo la inteligencia de su vision. Todos estos pasages pertenecen á una sola clase, porque se refieren á objetos semejantes. Por consiguiente, antes de colocar yo entre ellos estas palabras: “Este es mi cuerpo,” debeis demostrarme que entran en la misma clase por la identidad de su objeto; debeis demostrarme que no solamente contienen el verbo *ser*, que se encuentra tambien en otros infinitos pasages, sino que en ellas se emplea bajo las mismas condiciones y en un caso absolutamente semejante á los en que se trata de la esplicacion de alegorías, de sueños, de parábolas ó de cualquiera otra enseñanza simbólica que os plazca elegir.

Hasta que hayais demostrado este punto, no teneis derecho á considerar como paralelos todos estos textos, ni á deducir del sentido de aquellos el de este.

Mas antes de concluir estas consideraciones, os haré notar que en todos los citados ejemplos, no solo aparece evidente por el contesto que se queria explicar una parábola, una vision, ó una alegoría, sino que los mismos escritores nos dicen que esa era su intencion. Por lo que hace á los ejemplos sacados del Génesis, de Daniel y de San Mateo, alli mismo leemos: «Hé aquí la interpretacion del sueño,» «Hé aquí la vision que he tenido:» «Hé aquí el sentido de la parábola que he dicho;» por manera que los que hablan nos advierten espresamente que van á explicar una figura. Lo mismo sucede con San Pablo en su epístola á los Galatas: «Todo esto es una alegoría. Porque estas (dos mugeres) son las dos alianzas.» Ahora bien: en las palabras de la institucion de la Eucaristía no dice el Salvador: «Esto es una alegoría.» No nos da semejante clave para interpretar su lenguaje, cual se da en los otros casos. San Pablo en su carta á los Corintios dice: «Todas estas cosas les sucedieron en figura, y ellos bebieron del agua de la piedra espiritual; y la piedra (es decir, la piedra *espiritual*) era Cristo.» En el Apocalipsis se dice á Juan: «Escribe todo lo que has visto: el misterio de las siete estrellas:» lo cual en el lenguaje familiar á este Apóstol, significa el *símbolo* de las siete estrellas. Despues de esta especie de introduccion

es cuando añade: «Y las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias.» En cada uno de estos casos el autor tiene buen cuidado de advertirnos que va á dar la esplicacion de una enseñanza figurativa. Luego antes que podais obligarme á recurrir á estos pasajes para explicar las palabras de la institucion de la Eucaristía, yo exijo y debo exigir que me mostreis en esta algun preliminar de la misma naturaleza que los que acabo de citar.

Pero analizemos por medio de otra comparacion el modo de argüir de nuestros adversarios. El primer versículo del Evangelio segun San Juan contiene esta notable expresion; “Y el Verbo era Dios.” Ahora bien: los defensores de la divinidad de Jesucristo han mirado siempre este pasage como sumamente fuerte, y cabalmente toda su fuerza está en esta pequeña palabra, *era*; palabra que ha parecido tan concluyente que se ha intentado modificar de diferentes modos el texto, ora cortándole en dos, ora leyendo: “El Verbo era de Dios.” Pero ¿á qué tenían que violentar asi las palabras los adversarios de la divinidad del Verbo, si aquella expresion el Verbo *era* puede traducirse por *representaba*? Si en otros casos podemos darle legitimamente este sentido, ¿por qué no hacer en este lo mismo? Poned en parangon uno con otro estos tres textos y decidme entre cuáles es mayor la semejanza:

“El Verbo era Dios.”

“La piedra era Cristo.”

“Este es mi cuerpo.”

Si en el tercero nos es permitido mudar el verbo, porque podemos hacerlo en el segundo, ¿por qué no podríamos mudarle en el primero? En vez de “el Verbo era Dios” ¿por qué no diríamos “el Verbo representaba á Dios?” Suponed, pues, que un adversario de la divinidad de Jesucristo arguya de ese modo con vosotros, y que para confirmar su argumento añada: San Pablo en su segunda carta á los corintios (c. IV) dice que “Cristo es la imagen de Dios,” y ademas dice de él en la carta á los colosenses que, “es la imagen del Dios invisible;” ¿no tendria derecho para concluir de aquí que no siendo Cristo, segun San Pablo, sino la imagen de Dios, deben traducirse conforme á la doctrina de este Apóstol aquellas palabras de S. Juan por estas “el Verbo representaba á Dios?” A nadie se le ha ocurrido todavia recurrir á este argumento; pero, en fin, si se encontrara alguno que asi arguyera, indudablemente se le responderia que el sentido de estas palabras no puede ser determinado por estas otras: “La piedra era Cristo,” porque es evidente que aqui S. Pablo explica una alegoría y se sirve de una forma de enseñanza figurativa de la que no hay indicio alguno en el texto de que hablamos de S. Juan. Diríasele que no tiene derecho á interpretar estos dos textos uno por otro por la simple razon de que en ambos la proposicion se compone de dos sustantivos con el mismo verbo, pues esto forma un paralelismo de *palabras*, pero no de *objetos*; diríasele que primero debe mostrar que S. Juan en este caso particular enseñaba

con parábolas lo mismo que S. Mateo, Daniel y los demás que he citado; diríasele, en fin, que hasta que él demuestre este punto, no tiene derecho de mirar esta proposición, “El Verbo era Dios,” como paralela con esta “la piedra era Cristo.” Del mismo modo, por consiguiente, también vosotros vais mal fundados en colocar estas palabras: “Este es mi cuerpo”, que aún se asemeja menos que el texto de S. Juan á estas palabras del Apóstol “La piedra era el Cristo,” en la misma clase, y en argüir como si su sentido fuera paralelo.

Luego podemos exigir alguna cosa mas concluyente que una simple asercion para que podamos entender en sentido figurado las palabras de la institucion de la Eucaristía. En vano se dirá que el Verbo *ser* tiene en algunos lugares de la Escritura el sentido de *representar*, porque es evidente que estos mismos pasajes no pueden servir de clave á las palabras del Salvador, pues es necesario mostrar entre ellas y los otros textos algo mas que una semejanza de fraseologia antes de creerse autorizado para interpretarlos en un sentido metafórico. Probadnos pues que se trataba del mismo *objeto* en uno y en otro caso, pues de otro modo, todo lo que nos negueis, lo concedereis á los detractores de la divinidad de Jesucristo.

Asi pues ya veis que el protestantismo se encuentra en la imposibilidad de presentar pasajes que justifiquen su interpretacion; porque los ya mencionados son los únicos que ellos han invocado como paralelos con las palabras de la institucion. Os he mostrado que este paralelismo no existe, y que por con-

siguiente estos textos ni tienen valor alguno ni van al objeto que se pretendia. Hasta que nuestros adversarios justifiquen su sentir con citas mejor apropiadas, resulta probado que la proposicion “este es mi cuerpo” no puede traducirse por “esto representa mi cuerpo.”

Probablemente tendré que dejar para la Conferencia inmediata el asunto de la segunda parte de mi argumento; es decir, el exámen de las dificultades que se supone son la consecuencia de nuestro modo de interpretar las palabras de la institucion de la Eucaristía y que de este modo nos conducirían forzosamente al sentido figurado; porque antes de concluir esta explicacion de las palabras, estas observaciones acerca de la fraseología, me veo en la necesidad de responder á una ó dos objeciones, lo cual me hará entrar en algunos pormenores. Habríame contenido en los límites de una discusion general si una circunstancia particular no me impusiera el deber de descender mas de lo que yo quisiera á un asunto que me es personal.

La primera dificultad que tengo que resolver se ha suscitado muchas veces; debe su origen ó mas bien su celebridad al doctor Adan Clarke en su obra ya citada sobre la Eucaristía. Confieso que este sabio se ha adquirido gran nombradía por sus conocimientos en las leguas orientales ó al menos en el dialecto que hablaban el Salvador y sus Apóstoles. De este dialecto es de donde ha sacado su objecion contra los intérpretes católicos: objecion copiada por Horne en

la obra de que ya he hablado, y copiada por casi todos los que han escrito sobre la misma materia. En lugar de sacar sus palabras de su mismo libro, prefiero leerlas en una carta que me fué dirigida pocos dias despues de que empezase yo estas conferencias. Y hé aquí la circunstancia que me obliga á hablaros personalmente de mí algo mas de lo que de otro modo habria hecho. Hé aquí la carta:

“LONDRES 4 de marzo.—Muy señor mio: Permítame vd. llame su atencion acerca de las siguientes reflexiones relativas á la Eucaristía. Son de un teólogo moderno (el Dr. A. Clarke), muy versado en las lenguas orientales y en otras, y en mi concepto tienden á debilitar mucho las pruebas que en favor de la Eucaristía alegan los católicos romanos.—«En las lenguas hebráica, caldaica, y caldeo-siriaca, no hay palabras para espresar el sentido de *querer decir*, *significar* ó *denotar*, aun cuando abundan en las lenguas *griega y latina*. Por esto los hebreos se sirven de una figura y dicen: *esto es*, por *esto significa*. “Las siete vacas son siete años”; “los diez cuernos *son* diez reyes”; “bebieron el agua de la piedra espiritual que los seguia, y la piedra *era* Cristo.” El modismo hebreo se conserva, aun cuando la obra está escrita en griego: “Las siete estrellas *son* los ángeles de las siete iglesias;” y muchos otros pasages de la misma naturaleza.—No se necesita probar que en la Cena no se sirvió nuestro Señor ni del griego ni del latin; probablemente el dialecto de que usaba cuando con-

»versaba con sus discípulos era el ahora llamado cal-
»dáico y siriaco. En S. Mateo (XXVI, 26, 27) las pala-
»bras de la version siríaca son las siguientes: “*Honau*
»*pagri*: esto es mi cuerpo;” *honau demi* “esto es mi
»sangre;” fórmulas de language que el griego ha re-
»producido literalmente, y nadie que hablase hoy la
»misma lengua se serviría de otros términos que de
»esos dirigiéndose á un pueblo á quien le fuera fami-
»liar, para espresar “esto *representa* mi cuerpo; esto
»*representa* mi sangre.” A. Clarke, D. D. Discurso so-
»bre la Santa Eucaristía, Lóndres 1808.”

Aquí veo yo tres aserciones distintas: 1.^a El he-
breo ó caldeo-siriaco no tiene palabras equivalentes á
nuestro verbo *representar*; 2.^a El pueblo que hablaba
esa lengua acostumbraba decir, como el Salvador al
instituir la Eucaristía: *esto es*, cuando queria decir
esto representa; 3.^a Si Jesucristo queria decir: “esto
representa mi cuerpo” no podia espresar su pensa-
miento de otro modo que diciendo: “este es mi cuer-
po.”—Pero aun suponiendo fuesen esactas estas tres
aserciones, aun estaria por probar que el Salvador ins-
tituyó simplemente un signo ó un símbolo. Porque si
en ese caso debia hablar como habló, su espresion no
seria por eso menos aplicable y necesariamente apli-
cable á la cosa misma tomada á la letra. Sus palabras
serian al menos equívocas, y deberíamos buscar en
otra parte algun medio seguro de conocer su verda-
dero sentido.

El autor de la carta concluye en estos términos:
“No puedo ocultar mi sorpresa al ver que una doc-

rina tal como la doctrina católica sea tan ardientemente defendida por un profesor de lenguas orientales, por un hombre que puede recurrir á las diferentes versiones de las Santas Escrituras; y me atrevo humildemente á esperar que vd. llegará á reconocer lo *errado de sus caminos*."

Agradezco mucho al autor de esta carta el grande interés que muestra por mí, y además le doy gracias respecto de las doctrinas cuya causa sostengo, porque me presenta ocasion de ver que esta objecion es siempre conocida y goza todavia del mismo favor, al paso que la solucion que se le da parece ignorada del público. Hé aqui por qué me detendré en ella mas de lo que en otras circunstancias me habria detenido.—Se me pide cuenta de cómo habiendo adquirido algunos conocimientos en las lenguas orientales, sostengo una doctrina tan diametralmente en oposicion con esas mismas lenguas segun afirma el Dr. Clarke, *ó* con esas versiones de la **Escritura** que me son familiares. A esto respondo que si alguna cosa pudiera apegarme mas á la doctrina católica y arraigar mas profundamente en mi corazon el dogma que yo defiendo, serian los pocos conocimientos que he podido adquirir en esa parte; porque voy á demostrar que la asercion del Dr. Clarke, lejos de debilitar en mí la fé en la enseñanza de la Iglesia acerca de este punto, ha debido por necesidad confirmarla á mis ojos.

Hará unos ocho años que ocupándome con mas especialidad en el estudio de estas mismas materias,

tropecé con el pasage del Dr. Clarke, citado por el señor Hartwell Horne. Entonces, conforme al principio que habia yo adoptado para la direccion de mis investigaciones, y del cual espero no separarme jamás, resolví someter este pasage á un examen imparcial y completo. Veia yo en dicho pasage una série de atrevidos asertos, á saber, que una lengua no tenia un verbo que significase representar, que la idea de representacion se acostumbraba espresar por el verbo *ser*; y por consiguiente, que queriendo espresar el Salvador “esto representa mi cuerpo,” se habia visto precisado á decir “este es mi cuerpo.” Me decidí, pues, á examinar estos diversos puntos como meras cuestiones de filologia, y asegurarme de si la lengua siriaca era tan pobre y tan miserable que ni siquiera tuviera un verbo para espresar la idea de *representar*. Ojeé los diccionarios, y hallé dos ó tres palabras, acompañadas de uno ó de dos ejemplos; esto ya bastaba para echar por tierra la objecion; pero no para satisfacerme á mí mismo. Vi que el único medio de averiguar completamente el hecho, era estudiar los autores que han escrito en esta lengua, y el resultado de mis investigaciones le publiqué con el título de “*Exámen filológico de las objeciones que, sacadas de la lengua siriaca, se hacen contra el sentido literal de las palabras relativas á la institucion de la Eucaristía, con un especimen de diccionario de la misma lengua.*” En otros términos, no considerando la cuestion sino bajo el punto de vista que podia ofrecer á la ciencia, quise mostrar la imperfeccion de los medios que tene-

mos de aprender esta lengua y poner en descubierto por medio de un especimen los defectos de nuestros diccionarios. Ese especimen ó ensayo contenia una lista de todas las palabras que pueden traducirse *representar*, *denotar*, *significar*, *figurar*, y que faltan en nuestros mejores diccionarios ó no se encuentran en ellos con esta significacion.

Y ¿á qué número os parece ascendian las palabras de esa lista que llenaba de treinta á cuarenta páginas? O en otros términos, si mas os place asi, ¿cuántas palabras se os figura tiene para espresar la idea de *denotar* ó *representar* esa lengua siríaca que el doctor Clarke aseguraba no tener ni una sola? La lengua inglesa no tiene mas de cuatro ó cinco, por ejemplo, *denotar*, *significar*, *representar*, *figurar* (to denote, to signify, to represent, to typify). El griego y el latin apenas tienen mas, y dudo que aun la lengua mas rica tenga mas de diez. Pues bien; y esa pobre lengua siríaca ¿cuántas tendrá? ¿cuántas? ¡*Mas de cuarenta!* Cuarenta, sí, y alli, en ese especimen, las podeis ver sacadas de los autores mas clásicos. Apenas hay mas de una que no vaya acompañada de mas de una cita; muchas tienen veinte, treinta y cuarenta; unas pocas tienen hasta ciento, y aun en algunos casos no he presentado ni aun la mitad de los ejemplos que habia recogido.

Por aqui podeis conocer á qué queda reducida la primera asercion, que era la de que la lengua siríaca no puede espresar con una palabra propia una

idea para la cual tiene cuarenta y una palabras. Es decir, mas, muchas mas de las que se encontrarán en ninguna lengua viva.

Insisto fuertemente en este punto, no solamente por el deseo de restablecer la verdad de las cosas, sino para mostraros tambien con un ejemplo general cuán fácil es hablar osadamente en tono afirmativo acerca de materias que no se conocen á fondo. Asi cualquiera que no esté familiarizado con esta lengua, y sepa que el doctor Clarke gozaba de una merecida reputacion, ora por su vasta erudicion, ora por la buena fé con que espone sus investigaciones, tendria entera confianza en la esactitud de sus asertos y se creeria autorizado para desechar en virtud de su positivo testimonio el dogma católico. Sus aserciones, sin embargo, distan mucho de ser esactas (1); el siriano tiene una multitud de palabras, mas que las que ningun otro idioma ha poseido jamás, para llenar el objeto para el que se la suponía impotente.

Llego á la segunda asercion. Dicese en esta que las personas que hablaban esta lengua usaban fre-

(1) Un corresponsal me escita á que, al publicar esta Conferencia, cite algunas de estas palabras, á pretexto de que se ha puesto en duda lo que he dicho desde el púlpito. Pero si yo accediera á esta peticion, solo daria sonidos ininteligibles. Por lo demas, si hay quien dude de la verdad de lo que he dicho contra el Dr. Clarke, le ruego consulte mi opúsculo arriba citado y que se insertó en una obra publicada en Roma con el título de *Horæ syriacæ*, 1828, p. 13, 53.—Tambien le hallará reproducido en el *British Museum*.

cuentemente del verbo *ser* en el sentido de *representar*. También he examinado este punto del mejor modo que he podido, y no vacilo en negar que esa costumbre fuese mas comun en ese pueblo de lo que puede serlo en cualquier otro. Voy á demostrarlo de la manera mas sencilla. En el mas antiguo comentador de la Escritura en esa lengua encuentro que las palabras que espresan la idea de *representar* se emplean con tal abundancia que en la traduccion no pueden reproducirse. Aunque san Efrén, que es el autor de que hablo, nos diga á cada página de sus Comentarios que va á interpretar por figura ó por símbolo, y ya de este modo nos advierta la importancia de su lengua, con todo eso, el verbo *ser* no se encuentra mas de dos ó tres veces, á lo sumo, allí donde las palabras que significan *representar* se encuentran lo menos sesenta veces. En su Comentario sobre el Deuteronomio, emplea el verbo sustantivo seis veces en este sentido y setenta veces las palabras que sirven para denotar una figura; por manera que la proporcion entre las dos es de seis á setenta. En segundo lugar, hallo que evitando el uso del verbo *ser* en este sentido extraordinario, repite tan á menudo las otras, que el traductor latino se ha visto precisado en ciertos casos á sustituirle el verbo sustantivo, si bien era mas fácil emplearle con este sentido en el latin que en el siriaco. Finalmente, es tal esa frecuencia de los verbos que espresan la idea de *representar* que este autor los usa hasta doce veces en solo diez y ocho líneas y media (página 254 del primer volú-

men. Ocupando el texto la primer columna y la segunda la traduccion, resulta de aqui que la linea no tiene ordinariamente mas de tres ó cuatro palabras). En la página 238 se repiten once veces esos verbos en solo diez y siete líneas. San Jacobo ó Santiago de Sarug se sirve de ellos diez veces en trece líneas; y Barhebraeo, otro comentador, las usa once veces en igual número de líneas. Pero basta ya esto acerca del uso en que, segun los doctores protestantes, estaban esos escritores de servirse del verbo *ser* en el sentido de *representar*.

La tercera asercion, y la mas importante, es que, aun en nuestros dias, todo el que quisiera instituir un rito semejante, deberia recurrir á la misma forma, y que para espresar la idea de “esto es la figura de mi cuerpo,” se veria obligado á decir “este es mi cuerpo.”—Tomaré la proposicion en su sentido mas riguroso y examinaré en vuestra presencia hasta qué punto sea cierta. Un antiguo autor siro, que no pertenecia á la comunión católica, Dionisio Barsalibeo, se espresa así: “Ellos (el pan y el vino) son llamados, y lo son, el cuerpo y la sangre de Jesucristo realmente y no en figura.” Este pasage demuestra que habia medio de espresar la idea de símbolo ó figura. Pues vamos á otro pasage, cuyo texto original se ha perdido, pero cuya traduccion en lengua arábica, hecha por el arzobispo David en el siglo IX ó X, se conserva todavia; como se trata de una cuestion puramente filológica, la traduccion nos bastará para dar su justo valor á las aserciones de nuestros

adversarios: “Él (Cristo) nos dió su cuerpo ¡bendito
» sea su nombre! para la remision de nuestros pecados...
» Él dice: «Este es mi cuerpo,» y no dice: «Esto es la
» figura de mi cuerpo.” Ahora bien; si se supone que
el siriano no tenia palabra correspondiente á nuestro
verbo *representar*, ¿cómo este escritor habria espresado
en el original que el Salvador no habia dicho,
“esto es la figura de mi cuerpo?” Si en sentir del
doctor Clarke los que hablaban esa lengua estaban en
la imposibilidad de espresar esa idea, entonces ese
pasage deberia haberse construido en esta forma: «Je-
sucristo no dice “esto es mi cuerpo,” sino que dice,
«¡esto es mi cuerpo!»—Aun hay otro pasage mas
fuerte. Este es de San Marathas, uno de los PP.
mas respetables de la Iglesia oriental, y que es-
cribia en siriano tres siglos despues de Jesucristo.
“Además, los fieles que vinieron despues de su
» tiempo, habrian estado privados de su cuerpo y de
» su sangre.” Esplica las razones que indujeron al Hijo
de Dios á instituir la Eucaristia: “Mas ahora cada
» vez que nos acercamos á su cuerpo y á su sangre,
» los recibimos en nuestras manos, abrazamos su
» cuerpo y participamos de él, porque Cristo no le
» llamó tipo ó figura de su cuerpo, sino que dijo ver-
» daderamente «este es mi cuerpo, esta es mi san-
» gre.» (1).”

Lejos pues de que los autores de estos pasages

(1) Pág. 57, 60.

creyesen que el Salvador no habia querido instituir mas de una figura y que no tenia palabra propia para espresar su idea, nos dicen espresamente que se trata de su presencia real en la Eucaristia, que sirviéndose de su propia lengua dice: «este es mi cuerpo» y no «esto es la figura de mi cuerpo.»

Ahora apelo á vosotros mismos: las nociones que puedo tener de estas lenguas, por escasas que sean, han sido ni podido ser para mí suficiente motivo para desechar un dogma contra el cual se oponen obstáculos tan miserables que no pueden resistir al estudio mas elemental de esos idiomas? Sirvaos esto, hermanos mios, para estar en guardia contra todas esas aserciones generales y atrevidas; aguardad á que se os den pruebas mas robustas, no os contenteis con el testimonio de un hombre por afamado que sea por su ciencia, interin no le apoye con razones claras y sólidas.—Pero en todos estos pormenores os he detenido mas tiempo en hablaros de mí que lo que deseaba, mas tiempo de lo que hubiera gastado si en cierto modo no se me hubiera arrojado el guante como hombre privado, si no se me hubiese pedido cuenta y razon de por qué perseveraba en unas doctrinas que mis estudios particulares debieran haberme enseñado á desechar. «Si he parecido insensato, á ello me habeis obligado vosotros.»

Hay un hecho que no debo dejar de mencionar para hacer completa justicia á mi causa y quizá tambien á una persona. He dicho que Horne habia adop-

tado y copiado el pasaje en cuestion del Dr. Clarke. Esta copia se conservó en las diferentes ediciones de su obra, hasta la séptima, publicada en 1834, de la cual la hizo él quitar, manifestando con esto que le satisfacian las refutaciones que se habian hecho del Dr. Clarke. Semejante conducta denota gran fondo de rectitud y de generosidad; pero prueba tambien que estaba convencido de la inesactitud de una asercion que habia estado repitiendo hasta entonces. El Dr. Lee, profesor de lenguas orientales en Cambridge, confiesa, en sus Prolegómenos á la Biblia políglota de Bagster, que su amigo Horne hacia muy mal en no abandonar dicha objecion. A vista de estas concesiones, los hechos que yo he asentado no descansan ya únicamente en mi testimonio; esas concesiones prueban que nuestros mismos adversarios reconocen que no hay ya que volver á esa cuestion.

La segunda objecion á que deseo responder proviene de un error del mismo género. Se ha repetido muy á menudo que los Apóstoles tenian un medio natural de llegar al verdadero sentido de las palabras del Salvador por una ceremonia y una fórmula usadas en la celebracion de la Pascua. Muchos autores, especialmente entre los modernos, nos dicen que en la Pascua judáica el padre de familia acostumbraba tomar un pedazo de pan sin levadura y pronunciar estas palabras: «Este es el pan de la afliccion que comieron nuestros padres,» lo cual, dicen, significaria evidentemente: «Esto representa el pan que comieron

nuestros padres. » Pues bien: siendo perfectamente semejante la fórmula de la institucion de la Eucaristia, podemos facilmente suponer que el Salvador la pronunció en el mismo sentido y que quiso decir: “este pan es la figura de mi cuerpo.”— Desde luego nie go rotundamente que dicha espresion signifique “esto es la figura del pan;” su sentido natural y óbvio es: “esta es la *especie* ó *clase* de pan que comieron nuestros padres.” Si un hombre tuviera un pan de una clase ó especie particular, y dijera: “este es el pan que se come en Francia ó en Arabia,” ¿no equivaldria para todos á si dijera: “esta es la *clase* ó *género* de pan que se come en esos paises,” y no á “esta es la figura del pan que allí se come?” Pues del mismo modo en el caso de que se trata, el sentido natural de las palabras ¿no es: “este pan sin levadura es la clase de pan que comieron nuestros padres?”

Pero no es necesario detenernos mas tiempo en discutir el sentido de estas palabras, porque en tiempo del Salvador no habia ninguna fórmula de esa clase. Hallamos desde luego en el número de los mas antiguos monumentos de los judíos un tratado de la fiesta de la Pascua, que entre ellos es autoridad en esta materia, y que describe minuciosamente todo cuanto debe observarse en la celebracion de la Pascua. En él se describe con el mayor cuidado cada ceremonia; encuéntanse en él una multitud de observancias pueriles y supersticiosas; pero ni

siquiera una palabra de esa fórmula, ni siquiera el mas leve vestigio de ella. Este silencio del Ritual judáico, tan esacto en la descripcion de lo que debia observarse, equivale ciertamente á una negacion. Tenemos ademas otro tratado de la Pascua mas moderno, en el cual ni siquiera se menciona esa práctica. Por último, llegamos á Maimónides, del undécimo ó duodécimo siglo despues de Jesucristo. Es el primero en quien leemos las palabras en cuestion. Da desde luego un ceremonial de la Pascua escesivamente detallado y añade: “Asi celebraban la Pascua nuestros padres antes de la destruccion del templo.” Hasta aqui sigue el mismo silencio acerca de esta práctica, no hay nada que haga suponer su existencia. Despues continúa: “Al presente los judíos celebran la Pascua de la manera siguiente.” En este segundo ceremonial es donde hace mencion de este rito; y aun aquí estas palabras no componen una fórmula especial; no son otras que las primeras palabras de un himno que se debia cantar antes de comer el Cordero pascual. Luego esta fórmula no fué conocida hasta despues de la destruccion del templo; ó mas bien no pudo ser introducida en el ceremonial, segun aparece por los dos tratados mas antiguos, sino con posterioridad al sétimo ú octavo siglo despues de Jesucristo; por consiguiente, era imposible sirviese de guia á los Apóstoles en la interpretacion de nuestro testo.

He juntado aquí estas objeciones para contestarlas, porque por su naturaleza salen del género ordinario de la controversia, y porque llevan consigo cierto aire de erudicion que impone á los lectores superficiales. En cuanto á las objeciones que se sacan de la Escritura para oponerlas á nuestro sentir, han sido resueltas en su mayor parte en el desenvolvimiento de mis pruebas; son principalmente los textos que he discutido estensamente y que en vano se invocan contra nuestras creencias segun ya he demostrado. En el próximo domingo tendré ocasion mas favorable de examinar algunos textos sueltos, cuando, con la ayuda de Dios, acabe la esposicion de las pruebas de la Escritura, corroborándolas con testimonios de la tradicion, relativos á este importante dogma, á fin de concluir este asunto y el curso de nuestras Conferencias. Mucho habria que decir de las numerosas contradicciones á que la doctrina protestante conduce á sus adeptos, y de las estravagancias ante las cuales no han retrocedido. Bastante he dicho ya para demostrar la verdad católica, que es lo que ante todo me proponia. Que el error sea siempre inconsistente, consecuencia es de su propia naturaleza. Unicamente esperamos que los entendimientos extraviados por él, aprovecharán en medio de sus perpétuos cambios una chispa de la verdad, y que llevados á esta por el impulso mismo del voluble carácter del error y apercibiéndose finalmente del vacío de sus constantes agitaciones, serán conducidos á abrazar la verdad para hallar en ella lo que en vano buscan en otra parte, la paz, la satisfaccion y la alegria verdaderas.

CONFERENCIA XVI.

TRANSUBSTANCIACION.—*Parte III.*

¿No es cierto que el cáliz de bendición que nosotros bendecimos, es la comunión de la sangre de Jesucristo, y que el pan que partimos es la comunión del cuerpo del Señor? (1 *ad Corinth.* X, 16.)

HERMANOS míos: Deseando terminar hoy el importante asunto que nos ha ocupado, durante dos domingos seguidos, creo necesario volver por unos momentos la vista atrás, á fin de volver á tomar la discusión en el punto donde la dejamos, porque las observaciones que tenemos que hacer, no serán otra cosa que el complemento de las que han precedido y una pra-

te de la demostracion general cuya marcha tracé al principio de mi último discurso. Al definir la posicion del católico cuando acerca de la Eucaristía desenvuelve sus argumentos sacados de las palabras de su institucion, he hecho observar que la obligacion de probar incumbe á los que sostienen que nosotros debemos abandonar el sentido estricto y literal de las palabras del Salvador para entenderlas, contra su significacion literal y óbvia, en un sentido simbólico y figurado. Por eso he presentado la linea de argumentacion que yo reputaba la mas fuerte de nuestros adversarios; y ella nos ha conducido á examinar dos puntos: 1.º si es posible interpretar en sentido figurado los términos en cuestion; y 2.º si hay razones que justifiquen esta interpretacion forzada y nos obliguen á adoptarla.

En cuanto al primer punto, siguiendo estrictamente la regla de interpretacion que desde el principio asenté, he examinado con detenimiento los diversos pasages de la Escritura que se nos objetan al querernos probar que pueden entenderse en sentido figurado las palabras de la institucion sin ponerse en contradiccion con las formas de lenguaje comunes en el Nuevo Testamento, y particularmente en los discursos del Salvador. He reunido y construido estos pasages á fin de mostraros ser imposible establecer entre ellos y nuestro texto paralelismo alguno que nos dé derecho á interpretar este por medio de los otros. Esta ha sido la primera parte de nuestras in-

vestigaciones y lo que nos ha ocupado en el curso de nuestra anterior Conferencia.

Réstame ahora ocuparme en la segunda parte de mi tarea ; resta ver qué motivos habria para preferir esta esplicacion figurativa y lejana, aun á costa, si así puedo espresarme , de la propiedad de las palabras, é investigar si hay contra nosotros razones tan fuertes que nos obliguen á recurrir á cualquier otro espediente antes que recibir las palabras del Salvador en su sentido sencillo y óbvio. Paréceme haber ya advertido que este argumento es el que mas hacen valer en sus escritos los autores protestantes. Ellos pretenden que debemos interpretar en sentido figurado las palabras de la institucion de la Eucaristia , porque de lo contrario iríamos á parar á consecuencias tan absurdas que nos seria imposible conciliar nuestra doctrina con la sana filosofia y con el sentido comun. Antes de ir mas lejos debo observar que, á primera vista y sin examinar el valor intrínseco de este argumento, es difícil aceptar su forma. Independientemente de lo que diré despues acerca de esos supuestos absurdos , puede considerarse la cuestion desde el siguiente punto de vista: ¿Debemos tomar simplemente la Biblia tal como ella es, y como siendo á sí misma su único medio de interpretacion , ó hay que recurrir á monumentos estraños para modificar algunas veces su sentido? Si la interpretacion de la Biblia está sujeta á ciertas reglas, y en un caso dado estas reglas convergen to-

das juntas para mostrarnos que ciertas palabras no son susceptibles mas que de una interpretacion, ¿hay, pregunto, algun otro medio de interpretacion mas infalible y que sea superior á las reglas mismas? Y si asi fuere, ¿no reducimos á nada todas las leyes que pudieran dirigirnos en la interpretacion de la Escritura?

Sin embargo, los hombres que saben reflexionar, ó al menos los teólogos protestantes que son considerados como mas capaces, convienen hoy mas comunmente que antes en que esa marcha no es la que debe seguirse en el exámen de este texto. Ellos están de acuerdo en que no hay derecho para juzgar de una doctrina porque pueda parecer impracticable ó imposible, sino que debe recibirse ó desecharse en virtud de sola la autoridad de la Escritura y mirarla como enseñada por el mismo Dios si se demuestra que tiene por fundamento una sana interpretacion de los libros santos, aun quando por otra parte parezca hallarse en ella alguna repugnancia la razon humana. Para demostrar la verdad de esta concesion, me contentaré con un solo testimonio, con el de un hombre que ha sido uno de los mas constantes y mas virulentos (no es exageracion) de nuestros adversarios, de un hombre que especialmente acerca de la Eucaristía no ha perdonado esfuerzo ni trabajo alguno para combatir nuestra creencia. El señor Faber (1), pues, escribe las siguientes

(1) ~~Es necesario~~ conveniente advertir, que este escritor, des-

tes palabras acerca del punto que ahora estamos discutiendo:

“Lo digo con dolor, algunas personas, cuando trataban de esta materia ó de ella hablaban incidentalmente, no han sabido moderarse en el uso que han hecho de las inconvenientes espresiones de *absurdo* y de *imposibilidad*. La menor tacha que puede ponerse á este lenguaje es la de ofender todas las consideraciones de urbanidad y delicadeza. Otra tacha mucho mas grave es la de que lleva en sí cierto tono de altanería y de presuncion que no conviene de modo alguno á un ser cuyas facultades son muy limitadas. Por cierto que Dios no *hará* ningun absurdo, ni *puede* hacer nada imposible; pero de aqui no se sigue que nuestro modo de ver las cosas sea siempre esacto y libre de error. Nosotros podemos imaginarnos haya contradicciones donde realmente no hay ninguna. Por eso antes de condenar un dogma como contradictorio debemos estar seguros de que comprendemos perfectamente lo que forma su objeto; de otro modo, podria muy bien suceder que la contradiccion no estuviese en el *objeto* sino en *nuestra manera de concebirle*. Por mi parte, como yo no pretendo hacer de mi inteligencia finita la medida uni-

ques de haber combatido en 1840 estas tres últimas Conferencias de Wiseman, abrió al fin los ojos á la luz de la verdad, abjurando los errores del protestantismo y convirtiéndose á la Religión católica, dedicando ya á principios de 1846 á la defensa de esta sus talentos y su pluma.

(N. del T.)

versal de las conveniencias y de las posibilidades, juzgo que es á la vez mas cuerdo y mas delicado abstenerse, en punto á la transubstanciacion, de todo ataque basado en esas alegaciones harto comunes de absurdo, de repugnancia ó de imposibilidad; porque con esas alegaciones salimos realmente del dominio de la discusion racional y legitima.

»El dogma de la transubstanciacion lo mismo que el de la Trinidad es una cuestion no de abstracto razonamiento, sino de *simple demostracion*. Nosotros creemos que la revelacion divina es la regla esencial é infalible de la verdad. Por consiguiente nuestro deber es únicamente no discutir acerca de absurdos abstractos, acerca de la supuesta repugnancia de la transubstanciacion, sino investigar por los mejores medios que estén á nuestro alcance, si esa doctrina está ó no contenida en la Escritura Santa. Si pruebas suficientes demuestran la afirmativa, tengamos por cierto que la doctrina ni es absurda ni contradictoria. Yo siempre sostendré que el dogma de la Transubstanciacion, lo mismo que el de la Trinidad, es un punto de *mera demostracion*."

Estas reflexiones acreditan gran sensatez, y la comparacion que hace con otro misterio es de una rigurosa exactitud, segun demostraré mas adelante. No pretendo, sin embargo, ponerme á cubierto resguardándome en la autoridad de este escritor, ni de ningun otro. Aun cuando pudiera yo contentarme con decir que entre nuestros adversarios algunos hombres

juiciosos y de talento admiten que todas esas supuestas dificultades ó contradicciones no son de peso alguno en contra de nuestra doctrina, y concluir de aquí, despues de haber examinado, como ya he hecho, lo que por otra parte se alega, y probado su insuficiencia, que siguiendo la regla mas óbvia de toda interpretacion no tenemos motivo alguno para renunciar al sentido literal; sin embargo, hermanos mios, no me aprovecharé de esta ventaja. Quiero antes bien analizar esas dificultades, aunque sin desviarme un ápice del principio que manifesté al comenzar. He presentado como método de interpretacion la mas segura, que siendo el verdadero sentido de un pasage el que el orador sabia habia de darse á sus palabras por aquellos á quienes se las dirigía, debemos por consiguiente ponernos en el lugar de sus oyentes, para ver qué medios tenian de esplicar sus palabras, é interpretarlas nosotros mismos por esos únicos medios. Porque no es de suponer que el Salvador haya pronunciado discursos que sus oyentes no hubieran tenido medios de entender y cuya inteligencia la hubiera reservado únicamente á la posteridad. Luego si queremos saber cuáles eran entonces los medios de interpretar las palabras de que se trata, debemos penetrarnos de los sentimientos de los Apóstoles y dirigir la discusion con arreglo al punto de vista en que ellos la miraban.

Se nos dice que no debemos tomar á la letra las palabras del Salvador porque el sentido literal impli-

ca una imposibilidad ó una contradiccion. Luego el punto que debemos examinar es el siguiente: ¿Podian los Apóstoles discurrir de esa manera y el Salvador suponer que asi discurririan? ¿Podian haber tomado por regla verdadera de interpretacion la posibilidad ó imposibilidad de lo que oian? Y si semejante regla, que los habria estraviado en la práctica, como muy luego vais á verlo, no estaba siquiera en la intencion del Divino Maestro, no será por ella por donde debemos juzgar del sentido de nuestro texto.—Ruégooos observeis en primer lugar que la cuestion de posibilidad ó de imposibilidad, cuando se trata del Omnipotente, lleva, filosóficamente hablando, tal carácter de profundidad, que no es de suponer que hombres, no digo ya solamente ordinarios, sino positivamente ignorantes y sin educacion, se hallen en disposicion de sondearle. ¿Qué cosa es posible ó imposible á Dios? ¿Qué es lo que repugna á su poder? ¿Quién se atreverá á señalar á este otros límites que el principio primero, simple y óbvio, de la existencia y no existencia simultánea de una cosa? Pero ¿quién os hará decir que todo espíritu ordinario puede medir las profundidades de semejante asunto y razonar asi: el Omnipotente puede muy bien convertir el agua en vino, pero no puede convertir el pan en un cuerpo? El que examine estas dos proposiciones con los ojos de un hombre inculto, ¿afirmará que en su espíritu hay entre ellas tal desproporcion que, aun viendo uno de los objetos efectuado por el poder de un ser que él

cree omnipotente, mire al otro como perteneciente á una clase enteramente diferente? ¿Afirmará que haya imposibilidad absoluta? Pues suponed ademas que ese hombre sin letras ve al Salvador tomar cierta cantidad de alimento, siete ó cinco panes, y dar de comer con esos siete ó cinco panes, y hasta la hartura, segun nos lo refiere el Evangelio, á siete y á cinco mil personas, hasta el punto que con los pedazos que quedaron sobrantes se llenasen muchos cestos, y esto sin crear una nueva substancia, sino haciendo que la que ya existia bastase á producir los efectos de una cantidad mayor; pues bien, suponed se le diga que ese mismo ser tan poderoso no puede hacer que un cuerpo, ú otro cualquier objeto, esté á la vez en dos lugares diferentes, ¿pensais que aun quando haya sido testigo del primer hecho, aun quando no tenga duda alguna acerca del poder superior del agente que le ha efectuado, pensais, digo, que aun asi se halle en disposicion de sostener afirmativamente, en lo íntimo de su conciencia, que el segundo pertenece bajo el punto de vista filosófico á una clase de fenómenos tan diferente que sobrepuje los límites del poder de ese mismo agente? Yo sostengo que no ya solamente un hombre instruido, sino que aun el entendimiento mas sutil, el pensador mas profundo, una vez que admitiese la verdad de uno de estos hechos, no se atreveria á decir que el otro pertenecia á una esfera diferente de leyes filosóficas, ni á desechar este á pretesto de que implicara contradiccion al mismo tiempo que le pa-

reciera suficientemente demostrada la realidad de aquel.

Pues bien; ya recordareis que los Apóstoles eran unos hombres rudos é ignorantes, faltos de toda cultura intelectual. Ellos estaban acostumbrados á ver que Jesucristo hacia obras estraordinarias; le habian visto caminar sobre las aguas, y por consiguiente privar por algun tiempo á su cuerpo de las propiedades comunes de la materia, de la gravedad, en virtud de la cual, segun las leyes de la naturaleza, debiera haberse sumergido; le habian visto mandar con sola su palabra á los elementos y resucitar á los muertos. Tambien habian sido testigos de los dos milagros á que hace poco he aludido, cuando convirtió una sustancia en otra y multiplicó algunos panes hasta una inmensa estension. Y ¿podremos creer nosotros que entendimientos de esa clase, con tales testimonios á la vista, hubieran debido comprender que las palabras del Salvador se entenderian bien razonando del modo que lo hacen nuestros adversarios, á saber, que era filosóficamente imposible lo que decia el Salvador?

Vemos ademas que el Salvador procuraba inculcar á sus discípulos la idea de que para él nada habia imposible. Jamás les reprendió mas severamente que cuando dudaron de su poder: “Hombres de poca fé, les dijo, ¿por qué temeis?” Y los que se llegaban á él estaban tan penetrados de esta idea, que cuando á él acudian para conseguir hiciera algun prodigio, no le

decian *si podeis, si está en vuestra mano*; era á su voluntad á la que se dirigian; así es que el leproso esclamaba: “Señor, *si quereis*, podeis sanarme.” “Señor, dice Marta, si hubieseis estado aquí, no habria muerto mi hermano; pero yo sé que aun ahora Dios os concederá todo lo que le pidais.” Luego era tal la fé que en él se tenia que se estaba en la persuasion de que podia hacer todo lo que pidiera á Dios, ó mas bien todo cuanto él quisiera.

Ni es esto todo. El Salvador fomentaba esta creencia siempre que para ello se le presentaba ocasion. Al leproso le contesta: «quiero, sé limpio.» Tu curacion depende de mi voluntad, y haces bien en apelar á ella: basta un solo acto de mi voluntad para efectuarlo. —Y á Marta ¿cómo contesta? ¿Cómo? dirigiéndose á su Eterno Padre, diciendo: “Padre mio, os doy gracias porque me habeis escuchado; por mi parte, yo sé muy bien que Vos siempre me ois.” Luego el Salvador los confirmó en la idea en que ya estaban de que nada le era imposible. Por este mismo motivo alaba la fé del Centurion: “No he hallado, dice, tanta fé en Israel.” Y ¿por qué? porque el Centurion creia y afirmaba que el Salvador no tenia necesidad de hallarse presente para obrar el prodigio: “En verdad, en verdad os digo, que no he hallado tanta fé en Israel,” es decir, una estima tan grande de mi poder como la que encuentro en ese hombre. Lo repito, cuando vemos á los Apóstoles convencidos de que nada es imposible á su Divino Maestro y con-

firmados por él en esta convicción, ¿es creible que en una circunstancia particular hubiese querido el Salvador que ellos juzgasen del verdadero sentido de sus palabras tomando por punto de partida que su realizacion le era imposible?

Pero entonces, ¿por qué de la realizacion y cumplimiento de estas palabras habia hecho la piedra de toque que le sirve para distinguir sus verdaderos discipulos de entre los falsos? Estos, segun leemos en el capítulo sexto de San Juan, se separan de él diciéndolo: “Duro es este lenguaje, ¿quién puede sufrirlo?” Los otros, por el contrario, permanecen fieles, á pesar de su impotencia para comprender su doctrina; y él aprueba formalmente su conducta, diciéndoles: “¿No os he elegido yo á vosotros doce?” Y si bien su espíritu se habia agitado con dudas y perplejidades, perseveran á pesar de eso y siguen adheridos á él, humillando ante su autoridad su propio juicio y su razon. “¿A quién iremos? esclaman. Tú tienes palabras de vida eterna.” Esto consiste en que el Salvador habia acostumbrado á sus discipulos á que en todas ocasiones discuriesen de la manera siguiente: “Aunque esto pueda parecernos imposible, preciso es que sea asi, cuando el divino Maestro lo dice.” ¿Será pues, creible que solo cuando instituía la Eucaristía, haya empleado espresiones que sus oyentes no habrian explicado sino recurriendo á un principio diametralmente opuesto á su modo habitual de discurrir: “Aunque nuestro divino Maestro diga: «Este es mi cuerpo,» no puede ser asi porque eso es impo-

sible?" Si el Salvador no podia esperar de modo alguno que los Apóstoles discurriesen acerca del verdadero sentido de sus palabras con arreglo al carácter de posibilidad ó imposibilidad de lo que parecia decir; si por otra parte ni siquiera podia ocurrírseles á estos el recurrir á semejante principio para ilustrarse, deduzco yo de aqui y saco por consecuencia que este principio tampoco debe servirnos de guia á nosotros en nuestra interpretacion, porque el verdadero sentido es necesariamente el que los Apóstoles dieron á las palabras, y el modo de llegar á él es aquel con el cual pudieron comprenderle, y le comprendieron efectivamente.

Y luego, hermanos mios, ¿no es peligroso el admitir por principio como medio de interpretar la Escritura la oposicion á las leyes de la naturaleza y la violacion de los principios filosóficos? Decidme ¿qué seria entonces de todos los misterios? Una vez colocados en esa pendiente ¿dónde y cómo os detendríais? Si de ese modo hay que violentar las espresiones mas claras de la Escritura porque su sentido óbvio implica una imposibilidad, ¿cómo conservareis los dogmas de la Trinidad y de la Encarnacion que no chocan menos con las leyes aparentes de la naturaleza? Y luego ¿qué es lo que sabemos nosotros de la naturaleza, nosotros que no podemos penetrar las propiedades del átomo de aire que respiramos, ni explicar cómo la yerba que pisamos se reproduce por medio de su propia semilla? Embarazados á cada paso en nuestras investi-

gaciones acerca de los mas simples elementos de la creacion, desconcertados todas las veces que intentamos analizar un granito de polvo, ¿haremos de nuestra razon, en materias religiosas, una varita mágica con la cual describamos en torno de la Omnipotencia un círculo del cual no le sea permitido salir? Pero hasta que nos hayamos asegurado de conocer perfectamente todas las leyes de la naturaleza, ó mas bien, todos los recursos de que dispone el Omnipotente, no tenemos derecho de ir contra afirmaciones claras y esplicitas del Hijo de Dios, á pretesto de que destruyen en nosotros algunas nociones que teníamos ya formadas.

Pregunto otra vez: ¿Qué seria del misterio que Faber en el texto, poco ha citado, cotejaba con el de la transubstanciacion? ¿Qué seria del misterio de la Trinidad? ¿qué del de la Encarnacion del Verbo, y su nacimiento del seno de una Virgen? En una palabra, ¿qué seria de todos los misterios del cristianismo? ¿Quién osará jamás pretender que con la fuerza de su imaginacion ó de su entendimiento vé cómo es posible que las tres divinas personas no hagan mas de un solo y mismo Dios? Si nosotros recibimos este dogma sin comprenderle, y á pesar de su contradiccion aparente con las leyes de la naturaleza, ¿por qué razon á pretesto de esa misma contradiccion habríamos de desechar otro misterio tan claramente enseñado en la Escritura? Y si por ese pretesto debiera ser desechado el dogma de la Eucaristía, que en términos los mas claros y sencillos está

espresado en la Escritura, ¿cómo podreis sostener ni por un solo instante el de la Trinidad? Su idea misma repugna á primera vista á las leyes del número; y no hay razonamiento filosófico, matemático ni metafísico que demuestre jamás la *manera y posibilidad* de su existencia. Sin embargo, os contentais con recibir ese dogma importante y cerrar los ojos, como es justo, ante su incomprendibilidad; os contentais con creer en él, porque Dios le ha revelado y porque le veis confirmado por el testimonio de la antigüedad. Luego renunciad, abandonad esas supuestas dificultades que suscitais contra nuestra creencia, si no quereis que volvamos el argumento contra vosotros mismos; y recibid el dogma de la presencia real aun sin otro motivo que porque viene de Dios, y sean cuales fueren las contradicciones aparentes que en ello encuentren vuestros sentidos; porque revelado ha sido por aquel mismo que tiene palabras de vida eterna.

Se nos repite [hasta la saciedad que el milagro de la Eucaristía, la existencia del cuerpo de Jesucristo, tal como nosotros la suponemos, es contraria á todo lo que nuestros sentidos y la experiencia misma nos han enseñado. Pero si un filósofo pagano hubiese argüido de ese modo cuando por primera vez propusieron los Apóstoles el misterio de la Encarnacion del Verbo, de la union de Dios con el hombre, ¿no habria tenido el mismo derecho de negarles por semejantes motivos todo crédito, toda fé? Porque nótese que de su parte

se hallaban á la vez la autoridad de la razon natural y la no interrumpida experiencia de todos los siglos. «Eso es una cosa, habria podido decir, que jamás ha sucedido y cuya realizacion no puedo concebir; por consiguiente, en tanto que deba juzgarse de la posibilidad ó imposibilidad de una doctrina por el testimonio unánime del género humano, este testimonio me parece enteramente decisivo en el caso presente.» Luego cuando Dios revela un misterio, (y cuenta que esta observacion se aplica especialmente á aquellos que, como el de la Encarnacion, tuvieron su comienzo en el tiempo), es evidente que hasta el dia de su aparicion ó revelacion, este misterio tiene contra sí la autoridad de la razon humana, las leyes todas comprendidas bajo el nombre de ley natural y deducidas de sola la experiencia y de la observacion filosófica. En efecto: como la ley natural es un compuesto del conjunto de reglas que la experiencia nos ha demostrado que rigen constantemente la naturaleza; como, por otra parte, jamás la experiencia nos ha presentado ejemplos de un hecho semejante, es bien claro que la ley natural aparecerá necesariamente en contradiccion con el misterio. Entonces toda la cuestion se reduce á lo siguiente: ¿puede Dios instituir, ó mas bien, revelar un misterio? Y este misterio ¿no es de suyo una modificacion suficiente de las leyes de la naturaleza, sobre todo cuando pluguiere á Dios hacerle depender de una accion regular aunque sobrenatural?

Tomemos por ejemplo el Sacramento del bautismo.
B. del C.—Tomo X.—CONFERENCIAS DE WISEMAN, Tom. II. 29

mo. ¿Quién no reputaría este Sacramento en contradicción evidente con las leyes de la naturaleza, si se quisiera juzgar de él por estas ó por las relaciones que existen entre el mundo espiritual y el mundo material? ¿Quién osaría decir que entre estos dos órdenes del ser hay una relacion en virtud de la cual no parezca imposible que por la accion del agua aplicada al cuerpo por medio de ciertas palabras, el alma sea purificada de la mancha del pecado y puesta en estado de gracia en la presencia de Dios? Lejos de eso, es evidente que nuestra esperiencia del mundo material y físico nos induciria á concluir que no puede ser así. Mas en este caso ¿no ha modificado Dios la ley de la naturaleza? ¿No ha querido que en circunstancias dadas fuese producida una influencia moral? ¿No ha dispuesto en su bondad suprema que desde el momento en que se efectúe el acto sacramental emanen de él ciertos efectos, y esto tan necesariamente como la consecuencia de toda ley física sucede al acto que le produce? ¿No se ha obligado por una alianza formal, de la misma manera que en el orden material, á dar un efecto sobrenatural á ciertas leyes todas las veces que se pongan en accion? Y este principio ¿no se aplica al caso que ahora estamos discutiendo? Si aquel de quien las leyes de la naturaleza tienen toda su fuerza ha querido modificarlas de esa manera, si le plugo ligar ciertos efectos á ciertas causas espirituales, el misterio de la Eucaristía no implica ya contradicción como no la implican las demas escepciones sobrenaturales hechas por el Criador en las leyes fi-

losóficas, porque todas descansan en el mismo fundamento indestructible.

Efectivamente, hermanos míos: es tal la sencillez de este razonamiento que muchos escritores pertenecientes á las comuniones opuestas á la nuestra convienen en que es imposible atacarnos por esta parte. Ellos observan que el dogma de la transubstanciacion no contradice, como vulgarmente se supone, el testimonio de los sentidos. Entre esos escritores hay uno que merece especial mencion; Leibnitz, el célebre Leibnitz, el cual nos ha dejado escrita en latin una obra póstuma intitulada *Sistema de teología*. Esta obra, depositada en una biblioteca pública de Alemania, permaneció ignorada del público hasta estos últimos años en que el predecesor del actual rey de Francia, habiendo adquirido el manuscrito, encargó al señor Emery hiciese la primera edicion de esa obra, cuyo texto latino iba al lado de la traduccion francesa. Leibnitz examina en esa obra cada punto del dogma católico y le compara con la doctrina protestante. Respecto de la materia especial de que ahora tratamos, entra en consideraciones metafísicas muy sutiles, y la conclusion que deduce es que la enseñanza católica es inexpugnable por parte de los principios filosóficos y que en estos no se encontrará ni aun el mas leve motivo para renunciar á la interpretacion literal de las palabras de la institucion de la Eucaristía.

Por manera que las razones que se alegan para justificar el abandono del sentido literal, no tienen fundamento en parte alguna, ni en los principios fi-

losóficos, ni en las reglas que deben guiarnos en la interpretacion de la Biblia.—Destruídos así ya todos los argumentos de nuestros adversarios, todavía podemos confirmar nuestra doctrina con fuertes pruebas positivas.

I. En primer lugar, las palabras mismas en que el pronombre conserva por su posición una forma vaga abogan fuertemente en nuestro favor. Si el Salvador hubiera dicho: “Este pan es mi cuerpo, este vino es mi sangre;” al menos la frase habría ofrecido una apariencia de contradicción: los Apóstoles hubieran podido decir: “El vino no puede ser su sangre, ni el pan su cuerpo.” Pero como el Salvador se sirve de un término indefinido, no se puede tener su verdadero sentido hasta el fin de su frase y por medio de lo que añade después para explicarla. Sobre todo, si se reflexiona que el texto griego presenta diferencia de género entre el pronombre y el sustantivo *pan*, se evidencia aun más que el divino Maestro tenía por objeto definir este pronombre y de este modo mostrar que designaba realmente su cuerpo y su sangre; tanto que del análisis de las palabras mismas fluye positiva y necesariamente el sentido que nosotros defendemos.

II. En apoyo de esta conclusión, añadid también las explicaciones que siguen á la fórmula sacramental. Las personas que emplean un lenguaje vago y simbólico, tienen buen cuidado de no definir mucho el objeto que quieren designar. Ahora bien, el Salvador dice: “Este es mi cuerpo, que será entregado por

•vosotros; esta es mi sangre, que será derramada por •vosotros.” Y ¿por qué añade estas dos proposiciones completivas que no podían entenderse sino de su verdadero cuerpo y de su sangre verdadera? ¿No parece ser porque había menester de definir y precisar mas los objetos de que se trataba en sus primeras palabras?

III. Véamos ahora otras consideraciones sacadas de las circunstancias en que se encontraba el Salvador. Hermanos míos, supongamos que uno de vosotros anuncia con cierta seguridad profética que dentro de pocas horas será arrebatado á su familia y á sus amigos, y que reuna á estos en derredor suyo para comunicarles su última voluntad, para explicarles lo que deberán hacer perpétuamente en memoria suya, lo que él cree debe apegarlos mas especialmente á su memoria despues de su muerte; decidme, ¿podriais concebir que ese tal vaya á espresarse en términos que por su naturaleza conducirian á un sentido enteramente diferente del que él se propone ó del que quiere se penetren los que le escuchan? Pues suponed ademas que ese hombre, poseyendo en el mas alto grado la prevision del porvenir, descubre en la série de los tiempos la consecuencia y resultado de las palabras que dijera, y vé que la mayor parte de sus hijos, figurándose que en ocasion tan solemne no podian tener sus palabras un sentido oculto en su pensamiento, las toman á la letra, y que otra parte de sus hijos, incomparablemente mas pequeña, se imagina deben ser enten-

didadas en sentido figurado: y que por consiguiente véase que el objeto de sus deseos va á quedar desconocido, desfigurado, casi en todas partes y siempre; decidme, ¿hay siquiera uno de vosotros que en tales circunstancias y previendo todo eso, fuera á usar de expresiones de esa naturaleza cuando casi con solo cambiar una palabra en ellas podia impedir toda equivocacion y engaño acerca de su significacion?

IV. Además, el Salvador, en la noche en que instituyó la Eucaristía parecia haberse propuesto que todas sus palabras fueran lo mas claras y sencillas que fuese posible. No puede leerse su último discurso sino que al punto nos llamen la atencion las muchas veces que le interrumpen sus Apóstoles y la condescendencia con que se detiene en darles las mas menudas esplicaciones. ¡Qué dulzura! ¡qué afabilidad! ¡qué caridad! verdaderamente divinas! Mas aún no es esto todo: les advierte espresamente que ya no les hablará en parábolas; que ha llegado el tiempo en que les enseñará no ya como un maestro, sino como un amigo que desea franquearse abiertamente con ellos, y darles la inteligencia de su doctrina; y esto de tal modo, que ellos mismos le dicen: “Ahora nos hablas claramente y no con parábolas (1).” Y bien: ¿habia de ir á emplear entonces mismo términos tan oscuros para instituir el sublime y último misterio de su amor en memoria de la última reunion que con ellos tenia so-

(1) San Juan, XVI, 29.

bre la tierra? Todo esto confirma poderosamente nuestra interpretacion, y nos hace preferir el sentido literal como el único conciliable con las circunstancias en que fueron proferidas las palabras sacramentales.

Pero aun hay dos ó tres pasajes que no debo olvidarme de mencionar aqui, siquiera no hayamos menester detenernos mucho en ellos: son de la primera carta de San Pablo á los de Corinto. Uno de ellos es el que he escojido por texto; pero el otro es todavia mas notable. En el primero pregunta San Pablo si “el caliz de bendicion que bendecimos no es la comunion de la sangre de Jesucristo, y si el pan que partimos no es la comunion ó participacion del Cuerpo del Señor.” Con estas palabras quiso el Apóstol formar un contraste entre los sacrificios y ritos judáicos y paganos con los del cristianismo. Nadie duda que aqui se trata de la accion real y verdadera de comer y de beber, cuando habla de los sacrificios de los primeros, porque los términos de que usa espresan por do quiera la realidad de esta accion. Por consiguiente, cuando opone á esas instituciones las instituciones cristianas, y pregunta si no son infinitamente mejores y mas perfectas que las de los judíos, puesto que nuestro cáliz es la participacion de la Sangre de Jesucristo y nuestro pan la participacion del Cuerpo del Señor, ¿no indican, no significan de suyo estas palabras que entre unas y otras instituciones hay un contraste, y un contraste real ó verdadero, que la participacion es tan real y positiva de una parte como de otra, y que si se comian las

antiguas víctimas, nosotros tambien tenemos una que recibimos de la misma manera ?

Pero aún debo apoyarme mas en el segundo texto, porque es uno de los pasages mas fuertes que pueden aducirse en favor de nuestra creencia. En el capítulo siguiente habla estensamente S. Pablo de la institucion de la Eucaristía en la última Cena ; describe esactamente la conducta del Salvador en aquella ocasion, como la describen San Mateo, S. Lucas y S. Marcos, y precisamente en los mismos términos. Y aun va mas lejos; presenta las consecuencias de esta doctrina: no se contenta, como osl otros escritores sagrados, con trazar una sencilla narracion, sino que saca de ella consecuencias prácticas, preceptos solemnes, acompañado todo de amenazas terribles. Aqui es, ó no lo es en parte alguna, donde hay que ver unas frases claras é inteligibles, unas espresiones acerca de cuyo sentido sea imposible toda equivocacion. Oigamos, pues, al grande Apóstol: “El que come y bebe indignamente, come y bebe su condenacion, por no discernir el cuerpo del Señor.” Y un poco mas adelante: “El que come este pan, ó bebe el cáliz del Señor indignamente, se hace reo del cuerpo y de la sangre del Señor (1).”

Ved ahí dos sentencias, basadas por San Pablo en la doctrina de la Eucaristía. La primera dice que quien de ella participa indignamente, come y bebe su

(1) 1.ª ad Corintios XI, 27, 29.

propio juicio ó condenacion, porque no discierne el cuerpo del Señor. Y ¿qué se entiende, qué debe entenderse por discernir el cuerpo del Señor? ¿No es distinguirle del alimento ordinario, hacer diferencia entre él y otro cualquier objeto? Pero si el cuerpo de Jesucristo no estuviera realmente en la Eucaristía ¿podría dirigirse á él directamente la ofensa? Se la podría considerar como un ultraje contra la dignidad y la bondad divina, mas no contra el verdadero cuerpo del Hijo de Dios. Es curioso el observar que la forma de espresion en que está anunciada la segunda sentencia, solo se encuentra otra sola vez en nuestros libros santos, á saber, en la Epístola de Santiago (II, 10), donde se dice que el que viola uno solo de los mandamientos se hace reo de todos ellos, es decir, de haber violado é infringido todos los mandamientos. Es el único pasage paralelo por su construccion con el en que se dice que quien comulga indignamente se hace reo, no ya de una injuria, no ya de un crimen, sino de la cosa misma contra la que se comete el crimen; reo del cuerpo de Jesucristo. Esta es una espresion particular; espresion que podría quizá esplicarse por una fórmula semejante de la ley romana, en la que al reo ó culpable de traicion ó del crimen de lesa majestad, se le llama simplemente *reo de majestad* (*reus majestatis*), es decir, de una ofensa ó de un ultraje contra la majestad. Luego el que comulga indignamente se hace reo del cuerpo, ó mas bien de una ofensa contra el cuerpo de Jesucristo. Mas asi como en el ejem-

plo de la ley romana, si la majestad no estuviera presente, no habria crimen cometido contra ella, asi tambien si el cuerpo del Salvador no estuviera realmente presente, seria imposible acercarse á él indignamente, y el abuso de la Eucaristía no constituiria un ultrage contra él. Antes bien la espresion de que usa S. Pablo disminuira la culpabilidad, porque decir que una persona ofende al mismo Cristo ó que peca contra Dios, es una imputacion mucho mas grave que decir ofende al cuerpo de Jesucristo, excepto el caso de una injuria realmente personal; pues aunque el mayor ultrage posible contra el Salvador fuese maltratar su cuerpo real, como los judíos que le abofetearon y crucificaron; sin embargo, esta es la manera mas débil de espresar la ofensa, si ese cuerpo está ausente, si le suponemos sentado á la diestra de Dios y por consiguiente fuera del alcance de la mano del hombre.

Si ahora echamos una ojeada general á todos los pasages de la Escritura que hemos alegado en favor de la Eucaristía, á ninguna persona reflexiva se le escapará una observacion que desde luego se ocurre. Tenemos en esta materia cuatro clases de textos bien distintos; primero un largo discurso pronunciado por el Salvador en circunstancias particulares y mucho tiempo antes de su Pasion. Nuestros adversarios suponen que en todo él se trata de fé ó de la necesidad de creer en él. Sin embargo, Jesucristo en una buena porcion de este discurso evita con cuidado toda espresion que pudiera inducir á sus oyentes á atri-

buir este sentido á sus palabras, al paso que repite muchas veces las palabras de las que debieran concluir naturalmente que era necesario comer su carne y beber su sangre ó recibir su cuerpo, y antes que explicar lo que su language tenia de repugnante, prefiere que la multitud murmure, que sus discípulos le abandonen, y que los Apóstoles mismos se queden perplejos.

Concedamos, si se quiere, que el Salvador haya hablado por esta vez en el sentido que se supone; vengamos á otras circunstancias del todo diferentes. No es ya á los judíos endurecidos, ni á los discípulos inconstantes á quienes se dirige; habla únicamente con los doce que él se ha escogido. Aquí ya no habla de la fé, segun todos convienen; y al decir de los protestantes, quiere instituir un símbolo conmemorativo de su Pasion; y lo mas extraordinario es, que emplea unas espresiones que despiertan precisamente en el espíritu las mismas ideas que la vez primera, cuando hablaba de un asunto muy diverso, que no tenia relacion alguna con la institucion de que se trata. La mayor parte de los evangelistas refieren en unos mismos términos lo que entonces hubo; prueba de que miraban esta institucion como muy importante; y sin embargo, en ninguno de ellos se nos hace indicacion alguna de que sus palabras hayan de tomarse en sentido figurado.

Vienen en tercer lugar las palabras de mi texto en el que San Pablo quiere probar que este rito con-

memorativo es superior á los sacrificios de que participaban los judíos y los paganos. Aquí tambien, aunque no habia la menor necesidad de emplear espresiones tan fuertes, aunque hubiera podido muy bien añadir las palabras *simbolo*, *figura* ó *emblema*; aunque el Apóstol escribia en circunstancias enteramente diversas y se dirigia á diferente pueblo, se espresa de una manera no menos extraordinaria, usa precisamente de los mismos términos, y habla como si se participara real y efectivamente del real y verdadero cuerpo y sangre de Jesucristo.

Trata despues de precaver el mal uso que pudiera hacerse de este rito. Y aqui en esta cuarta circunstancia parece que al menos en ella era donde podria esplicarse de otra manera, pues se le presentaba la ocasion mas favorable para trazar el verdadero carácter de esta institucion. Pues, sin embargo, el Apóstol vuelve de nuevo á aquellas inusitadas espresiones; siempre se trata de recibir el cuerpo y la sangre de Jesucristo; los que participen indignamente de este adorable Sacramento se hacen culpables de un ultrage al cuerpo del Hombre-Dios. — Ahora bien: ¿no os choca, no os repugna, no os parece la cosa mas estraña que en esas cuatro circunstancias diferentes, el Salvador y los Apóstoles, explicando doctrinas que los protestantes suponen diferentes, dirigiéndose á diferente auditorio, y en condiciones del todo diferentes; ¿no os choca, digo, no os repugna y os parece la cosa mas estraña que estén acordes en servirse de unos mismos términos en sen-

tido figurado sin que se les escape ni una sola sílaba que nos dé la clave de su pensamiento verdadero y nos sirva de guía en nuestra interpretacion? ¿Es posible siquiera figurarse que el Salvador en su discurso del capítulo VI de S. Juan, y S. Pablo escribiendo á los corintios, á pesar de tratar asuntos diferentes y en circunstancias diversas, hayan adoptado el mismo lenguaje figurado, el mas inusitado que hubo jamás?—Pero aceptad la esplicacion tan sencilla que de sus palabras dan los católicos, y entonces desde la primera palabra á la última no encontrareis dificultad alguna. Ciertó que hay allí algo que á primera vista repugna á nuestros sentidos, que parece nuevo, extraño y quizá hasta contra naturaleza; pero todo está acorde, todo conviene con las reglas ordinarias de la interpretacion bíblica, con los principios mejor asentados y establecidos que nos dirigen en el exámen de la palabra de Dios. Creeis que todas las expresiones se toman á la letra, creeis que todos esos pasages tratan de un mismo asunto, y ya con esto percibís que reina entre ellos la mas perfecta analogía, la armonía mas perfecta, al paso que siguiendo la doctrina contraria, hay que dar esplicaciones diferentes de las mismas imágenes y de las mismas frases, segun que varían las circunstancias mismas; y luego siempre teneis que apelar á ese miserable expediente que consiste en escojer una frase, una palabra, en un rincon de la narración, y en esforzaros por persuadiros que esta palabrita echa por tierra las consecuencias tan naturales de la narracion misma y con-

trabalancea la evidencia de pruebas claras, sencillas y perfectamente encadenadas.

Un ejemplo os dará una idea de este procedimiento. Se nos dice relativamente al punto que aquí examinamos que los nombres de *pan* y de *vino* son aplicados á los mismos elementos despues de la consagracion: y esto basta, se nos añade, para quitar todo valor á vuestros argumentos; este solo hecho tira por tierra todos los castillos de vuestras pruebas.—Ea, pues, nosotros los católicos nos servimos todavia de las palabras *pan* y *vino* para designar lo que ha sido consagrado; pero ¿quién osará deducir de aquí que nosotros no creemos en un cambio, en una mutacion de sustancia efectuada en los elementos por la virtud de las palabras sacramentales? Luego pueden conservarse los nombres y conservarse al mismo tiempo nuestra creencia. En el capítulo IX de San Juan vemos que el Salvador cura á un ciego de nacimiento. Despues de recobrar este el uso de la vista, se suscita entre él y los judios un largo altercado, altercado que es por sí mismo una preciosa demostracion del milagro. Se llama al ciego, y se le pregunta muchas veces si estaba efectivamente ciego. Se hace venir á sus padres y amigos para que testifiquen su identidad, y ellos aseguran que era ciego de nacimiento, y que Jesus con un milagro le habia vuelto la vista. Pues bien: argüid aquí como venís arguyéndonos acerca de la Eucaristía: nosotros leemos en el versículo 17: “dijeron otra vez al *ciego*.” el título de ciego se le conserva á ese hombre despues de haberse efectuado el

milagro: luego el conjunto del razonamiento basado sobre este capitulo no es de valor alguno, porque en el mero hecho de llamarle todavia ciego á aquel hombre se prueba que no se habia obrado en él mudanza ni cambio alguno. ¿Os repugna esta consecuencia? Pues de ese modo argüis para atacar nuestra doctrina: todas las palabras del Salvador, tan claras, tan esplicitas, de una significacion incontestable, son para vosotros de ningun valor por que despues de la consagracion da todavía á las especies el nombre de pan y de vino. Otro ejemplo parecido hallamos en la historia de Moisés: en ella á la vara de este se la conserva su primer nombre de vara aun despues de transformada en serpiente; y por esto, ¿habremos de suponer que no se habia efectuado aquella transformacion, aquella mudanza? Pero si este es el uso comun en todas las lenguas, si en todas ellas se acostumbra conservar el nombre primitivo todas las veces que se presenta un cambio de esta naturaleza! En la relacion del milagro de Caná leemos estas palabras: “Cuando el maestresala probó el *agua convertida en vino*...” Claro es que no podia ser á un mismo tiempo agua y vino; por consiguiente, hubiera debido decir simplemente vino, pero se la llama *agua convertida en vino* para conservar el nombre que solo antes le era propio.—Estos ejemplos demuestran suficientemente que un investigador sincero no puede tomar como fundamento de interpretacion para un pasage entero espresiones de esa clase, pues no encontrará en ellas cosa alguna que

contrabalancee las dificultades complicadas en que se enreda y tropieza explicando en sentido figurado las palabras de la institucion de la Eucaristía.

Veamos ahora qué es lo que pensaba la antigüedad cristiana acerca de esta cuestion de tanta importancia. El exámen de las creencias de la primitiva Iglesia acerca de esta materia, ofrece una dificultad mas seria ; dificultad que procede de aquella misma *ley del secreto* de que ya he tenido ocasion de hablar , y que nos ha suministrado una fuerte prueba en apoyo de la regla de *fé católica*. En virtud de esa ley los nuevos convertidos estaban privados del conocimiento de los principales misterios del cristianismo hasta despues de su bautismo ; pero el misterio que mas se les ocultaba, y acerca del cual se les tenia en la mas completa ignorancia, era el de la Eucaristía. Los primitivos cristianos seguian la máxima, segun ya advertí la primera vez, de guardar el secreto mas inviolable acerca de lo que se hacia en el templo durante la parte mas importante del oficio divino. Por eso los antiguos autores hacen distincion entre la misa de los catecúmenos, y la misa de los fieles. La de los catecúmenos era la parte á que estos eran admitidos, y la de los fieles era la parte restante, de la cual se excluia á los catecúmenos, haciéndolos salir cuando se llegaba á ella. Por consiguiente los catecúmenos, y menos todavia los paganos, no sabian nada de lo que se practicaba en la iglesia durante la celebracion de los misterios. Este punto está fuera de toda duda, pues hay

innumerables pasajes que lo atestiguan, especialmente aquellos en que los PP. hablan de la Eucaristía. Nada es mas comun que hallar en sus escritos estas ó semejantes espresiones: “Lo que ahora digo, ó lo que escribo, es para los iniciados;” “Los fieles me entienden.” “Si preguntais á un catecúmeno, dice uno de ellos, si cree en Jesucristo, os hará la señal de la Cruz para dar testimonio de su fé en la Encarnacion de Cristo y en su muerte por nosotros. Pero preguntadle si ha comido la carne de Cristo y bebido su sangre, y no entenderá lo que le decís.” Muy sabido es tambien el pasage extraordinario en que San Epifanio quiere aludir á la Eucaristía: “De qué palabras se sirvió el Salvador en la última Cena? Tomó en sus manos cierta cosa y dijo: Esto es tal y tal cosa.” En esto veis que evita repetir palabras que hubieran podido esponer la creencia de los cristianos. Orígenes dice espresamente que quien descubre estos misterios es peor que un homicida; y San Agustín, San Ambrosio y muchos otros le llaman traidor á la Iglesia. Consecuencia de esto fué, como observa Tertuliano, que los paganos no sabian cosa alguna de lo que se practicaba en las iglesias; y cuando acusaban á los cristianos de entregarse en ellas á crímenes horribles, ellos se contentaban con responderles que cómo podian saber cosa alguna acerca de misterios á que ni asistian, ni se les admitia, y acerca de los cuales tanto cuidado tenian los cristianos de ocultarles lo que pasaba.

Este testimonio prueba suficientemente que esta
B. del C.—Tomo X.—CONFERENCIAS DE WISE MAN, Toim. II. 30

ley no era recién introducida en la Iglesia como algunos han supuesto, sino que venia de los mismos Apóstoles, según lo atestiguan los autores mas antiguos. ¿Cómo, si no, intentar en una época posterior ocultar lo que de todos habria sido conocido desde el principio? San Juan Crisóstomo nos presenta un ejemplo notable acerca de este punto de disciplina. En una carta al Papa Julio da cuenta de un tumulto que hubo en la iglesia de Constantinopla, y dice: “Ellos (los alborotadores) derramaron la Sangre de Cristo.” Aquí habla claramente por qué escribe una carta privada á una persona que estaba iniciada. No sucede lo mismo con Paladio al referir el mismo hecho. “Derramaron, dice, el simbolo comun de los iniciados.” Esto consiste en que escribia la vida del Santo, y como su obra debia andar en manos de todos, queria sustraer los misterios al conocimiento de los profanos. Vaya otro ejemplo sacado de la vida de San Atanasio. Este gran prelado fué llevado públicamente ante un tribunal por los arrianos que le acusaban de haber roto un cáliz. El Concilio celebrado en Alejandría el año 360 manifiesta el horror que los herejes habian causado por haber con esta acusacion puesto en conocimiento de las gentes los misterios de la Iglesia. Aún mas enérgicamente todavia se espresa este sentimiento en una carta del Papa al mismo prelado, escrita en nombre de un Concilio celebrado en Roma: “No podíamos creer, dice el Pontífice, que delante de los profanos y de personas no iniciadas se hubiese hecho mencion del cáliz con que se administra

»la Sangre de Jesucristo, no podíamos creer posible este crimen hasta que nos llegaron las pruebas del hecho (1).»

Semejante ley, practicada con tales sentimientos, debió necesariamente echar un espeso velo sobre las creencias de aquellos tiempos remotos acerca de la Eucaristía; así, pues, solo por lo que incidentalmente podamos descubrir á través de este velo, juzgaremos de lo que era entonces la doctrina de la Iglesia. Para lograrlo tenemos varios medios. El primero es las mismas calumnias inventadas por los enemigos del cristianismo. Algunos autores antiguos, y entre ellos Tertuliano, que es el mas antiguo P. de la Iglesia latina, nos refieren que la calumnia mas comun contra los cristianos era acusarles de matar un niño en sus reuniones, y empapar en su sangre el pan para comerle así empapado. Tertuliano habla de esta acusacion en muchos lugares de sus escritos. San Justino, mártir, nos refiere que cuando él era pagano siempre habia oido decir de los cristianos eso mismo. Este hecho le atestiguan tambien Orígenes y la mayor parte de los escritores que refutaron las imputaciones que hacian al cristianismo los judíos y los paganos. Y ¿qué es lo que pudo dar márgen á esta calumnia? ¿Cómo habian llegado á imaginarse que los fieles comian pan empapado en la sangre de un niño, si en

(1) Véase el sábio tratado de mi amigo el doctor Dollinger, titulado *Die Lehre der Eucharistie* (Doctrina de la Eucaristía.)

sus asambleas no hubieran tomado absolutamente mas que pan y vino? Esa imputacion ¿no supone que habia traspirado alguna cosa mas entre los paganos? ¿no supone que estos habian llegado á oir que alli se participaba del Cuerpo y de la Sangre del Salvador? ¿Puede explicarse de otro modo el origen de semejante acusacion?

En segundo lugar, la manera con que se contestaba á estas calumnias nos da tambien alguna luz acerca de esto. Supongamos que la creencia de los primeros cristianos hubiese sido la misma que la de los protestantes, ¿qué cosa entonces mas fácil que contestar á semejantes acusaciones, diciendo: “Es falso, nosotros no hacemos eso que os figurais, no hacemos cosa alguna que justifique vuestras acusaciones. Nosotros no comemos otra cosa que pan y vino, en memoria de la Pasion del Señor. Si no quereis creerlo, venid y vedlo.” ¿Pero contestaban asi? No por cierto. Para contestar á esta calumnia seguian dos líneas diferentes de conducta. La primera era no contestar á semejante calumnia ni una palabra, á fin de evitar hablar de ello, porque de lo contrario habrian tenido que descubrir su doctrina y esto hubiera sido esponerla al ridiculo, á los ultrajes y blasfemias de los paganos. Pero ¿qué hubieran tenido que temer en esta parte, si no hubieran visto en la Eucaristía otra cosa que un rito conmemorativo? Luego esta doctrina era de tal naturaleza que no se atrevian á esponerla; preveian sin duda que esponerla á los paganos era entregarla de seguro á una profanacion; y por eso se impusieron la ley de

descartarla de sus respuestas. De esto hallamos un ejemplo notable en el martirio de Santa Blandina, referido por San Ireneo. No tengo á la vista el texto; pero allí se dice que unos esclavos paganos de algunos cristianos, habiendo sido puestos en tortura para que revelaran la creencia de sus amos, al cabo de algun tiempo afirmaron que los cristianos comian carne y sangre. De este crimen fué acusada Blandina, y para que lo confesase se la dió tormento. Pero ella, dice el historiador, contestó *muy sábia y prudentemente*: “¿Cómo »podeis creernos culpables de semejante crimen á »nosotros que por mortificacion nos abstenemos de »comer hasta la carne comun y ordinaria?” Pues ahora bien: suponed que la imputacion no hubiera tenido relacion alguna con la realidad, ¿no hubiera sido mas fácil decir: “Nosotros abjuramos toda doctrina que tenga la menor semejanza con tan horrible imputacion; nosotros no recibimos ni comemos mas que un poco de pan y un poco de vino, como signo de union y en memoria de la Pasion del Señor. No es mas, repito, que un poco de pan y un poco de vino, y nosotros no creemos sea otra cosa mas que eso.” Sin embargo, la sábia y prudente respuesta de la Santa le mereció los elogios de los cristianos, porque no habia negado completamente la acusacion, al mismo tiempo que rechazaba todo lo que tenia de odioso y contra naturaleza. Luego hasta el silencio y reserva de los cristianos en sus respuestas á los paganos, si se comparan ese silencio y reserva con la acusacion que es-

tos les hacian , nos descubren hasta cierto grado de certidumbre cuál era su verdadera creencia.

Sin embargo (y esta era la segunda manera de rechazar dicha calumnia), sin embargo, un apolo-gista se atrevió en una ocasion á descorrer un poco el velo ante los mismos paganos. S. Justino, dirigiendo su apología á hombres prudentes y dedicados á la filosofía, como eran los Antoninos, creyó que valia mas es-plicarles la creencia verdadera de los cristianos en esta parte. Y ¿de qué manera lo hace? Mas antes de decíros-lo, ruégoos no olvidéis que cuanto mas sencillamente di-jera la verdad mas serviria su causa, si la Eucaristía no fuera mas de un rito conmemorativo. Oid pues esa es-plicacion de la doctrina cristiana dada por un hombre que quiere despojarla de lo que pueda tener de chocan-te, por un hombre que quiere alejar de ella las preocu-paciones y captarla el favor de sus enemigos. “Conclui-» das nuestras oraciones, dice, nos damos unos á otros » el ósculo de paz;” ceremonia observada siempre en la Iglesia católica : “Entonces al que preside á los » hermanos se le ofrece el pan y el vino mezclado » con un poco de agua. Despues que los recibe , da » gloria al Padre de todas las cosas en nombre del » Hijo y del Espíritu Santo , y en muchas oraciones » le da gracias de haberle juzgado digno de estos do- » nes. Este alimento le llamamos Eucaristía, y á par- » ticipar de ella solo son admitidos aquellos que » creen las doctrinas que nosotros enseñamos , los » que han sido regenerados por el agua para la » remision de sus pecados y que llevan una vida con-

»forme á las órdenes de Cristo. *Nosotros no tomamos
»estos dones como un pan y una bebida comunes; sino
»que así como Jesucristo nuestro Salvador, hecho
»hombre por la palabra de Dios, tomó carne y san-
»gre por nuestra redencion, así tambien se nos ha
»enseñado que el alimento que ha sido bendecido
»por la oracion contenida en las palabras que él pro-
»nunció, alimento que por otra parte sirve de nutri-
»mento á nuestra carne y á nuestra sangre, es
»la carne y sangre de este Jesus encarnado (1).*" Ved
ahí cómo este defensor de los cristianos espone su
doctrina de la manera mas sencilla y mas lacónica
posible, diciéndonos que la Eucaristía es el cuerpo y
la sangre de Cristo.

Pero ademas de los escritores que se hallaban en
las circunstancias de los que acabamos de mencio-
nar, hay afortunadamente otros cuyas obras han lle-
gado hasta nosotros y por cuyo medio debemos bus-
car naturalmente el ilustrarnos; ellos son los que es-
taban encargados de esplicar la vez primera á los
recien bautizados lo que debian creer en este parti-
cular. Justo era que al esponerles lo que debian creer
se sirviesen del language mas sencillo y manifestasen
el dogma en términos rigurosamente esactos, tal y
como debian recibirle. Entre los PP. los hay tambien
cuyas homilías y sermones se dirijian esclusivamente
á los iniciados. Finalmente, ademas de estas dos cla-

(1) *Apol. I. Hagæ Comitum*, 1742, pp. 82, 83.

ses de escritores, que nos suministran pruebas abundantes, hallamos muchos pasages esparcidos acá y allá en las obras de otros.

Haré mencion primeramente de los que se dirijian espresamente á los nuevos bautizados. El mas célebre de ellos es San Cirilo de Jerusalen, el cual nos ha dejado una coleccion de discursos conocidos con el nombre de catéquesis. En uno de estos discursos, encarga á sus oyentes se guarden cuidadosamente de comunicar á los paganos y á los no bautizados lo que vá á enseñarles, á menos que estos últimos se hallen ya á punto de recibir el Bautismo. En seguida continúa asi: “El pan y el vino, que antes de la invocacion de la adorable Trinidad no son mas que pan y vino, despues de esa invocacion se convierten en *cuerpo y sangre de Cristo* (1).”—“El pan eucarístico, despues de la invocacion del Espíritu Santo, *no es ya un pan comun, sino el cuerpo de Cristo* (2).” Aqui está claramente espresado el dogma católico y en los términos mas sencillos. En otro pasage dice: “La doctrina del bienaventurado Pablo basta por sí sola para darnos pruebas ciertas de la verdad de los divinos misterios; y cuando sois reputados dignos de acercaros á ellos, os haceis un mismo cuerpo y una misma sangre con Cristo.” Despues de referir la historia de la institucion de la Eucaris-

(1) Catech. Mystag. I, n. VII, p. 308.

(2) *Ibid* IV, n. 1, p. 319.

tía tal como la refiere San Pablo, saca de ella esta conclusion: “Pues que Jesucristo, hablando del pan, declaró y dijo: «*Este es mi cuerpo,*» ¿quién osará dudar de ello? Y pues hablando del vino, afirmó positivamente y dijo: «*esta es mi sangre,*» ¿quién dudará tampoco de ello? ¿Quién osará decir que no es su sangre? (1).” Y en otra parte: “Jesucristo en Caná de Galilea convirtió una vez el agua en vino por su sola voluntad; ¿y será menos digno de crédito cuando convierte el vino en su sangre? Convidado á unas bodas terrenales obró este milagro, ¿y vacilaremos nosotros en confesar que á sus hijos les dió á comer su cuerpo y á beber su sangre? Por eso debemos recibir con toda confianza el cuerpo y la sangre de Cristo; porque bajo la figura del pan recibís su cuerpo, y bajo la figura de vino, recibís su sangre, á fin de que participando del cuerpo y de la sangre de Cristo, vos hagáis un mismo cuerpo y una misma sangre con él. Por manera que, habiendo pasado á nuestros miembros el cuerpo y la sangre de Cristo, llevamos con nosotros á Cristo (*Christophori*); y de este modo, como dice San Pedro, nos hacemos participantes de la naturaleza divina (2).” Aún se espresa mas enérgicamente en este otro pasaje: “Porque á la manera que el pan es el alimento pro-

(1) *Ibid.* III, n. III, p. 316.

(2) *Ibid.*, n. II, III, p. 320.

»pio del cuerpo, así la palabra es el alimento propio
 »del alma. Por eso os conjuro, hermanos míos, á que
 »no las considereis (las especies) como un pan y un
 »vino comunes, pues son el cuerpo y la sangre
 »de Jesucristo, conforme á su palabra; y que los
 »sentidos os sugieran lo que quieran, cuidad de que
 »la fé os afirme. No juzgueis de la cosa por el gusto
 »sino aseguraos por la fé de que vosotros sois induda-
 »blemente honrados con la presencia del cuerpo y de
 »la sangre de Cristo; sabiendo bien y creyendo firme-
 »mente que lo que parece ser pan, no es pan, aun cuan-
 »do el gusto lo reputa tal, sino que es el cuerpo de
 »Cristo; y que lo que parece ser vino, no es vino;
 »aun cuando el gusto lo reputa vino, sino que es la
 »sangre de Cristo (1).” Decidme, pues; ¿era posible
 explicar en términos mas fuertes y esplicitos el dog-
 ma católico de la transubstanciación?

Pues de ese modo se iniciaba á los nuevos cris-
 tianos; ese es el dogma que se les enseñaba acerca
 de la Eucaristía en estos discursos elementales.

San Gregorio de Nisa desempeñó tambien este
 importante ministerio: oid, pues, lo que decia cuando
 enseñaba á los cristianos lo que debian creer: “Cuan-
 »do esta medicina saludable está en nosotros, espele
 »por su virtud contraria el veneno que habíamos re-
 »cibido. Pero ¿qué medicina es esta? No es otra que
 »el cuerpo que pareció mas poderoso que la muerte

(1) *Ibid.* n. IV, VI, IX; pp. 329, 324, 322.

»y fué el principio de nuestra vida; el cual no puede
»entrar dentro de nuestros cuerpos de otro mo-
»do que bajo la forma de comida y de bebida.
»Ahora debemos examinar cómo puede ser que
»un cuerpo, distribuido todos los días y en todas
»las partes del mundo á la vez á tantos milla-
»res de fieles, sea recibido íntegramente por cada
»uno y permanezca el mismo todo entero.” Hé
aquí la dificultad que aun hoy día se está objetando
contra la doctrina católica; pero oid la repuesta que
dá el mismo Santo: “El cuerpo de Cristo, habiendo si-
»do hecho mansion del *Verbo* de Dios, fué elevado á
»una dignidad divina; de la misma manera creo yo
»ahora que el pan, santificado por la *palabra* de Dios,
»se *convierte* en el cuerpo del *Verbo* de Dios. Este pan,
»como dice el Apóstol, *es santificado por la palabra*
»*de Dios y por la oracion*; no porque pase á su cuer-
»po á la manera de un alimento, sino porque ins-
»tantáneamente se convierte en el cuerpo de Cris-
»to, segun aquello: *Este es mi cuerpo*. Así el Verbo
»divino descende él mismo á la débil naturaleza del
»hombre, á fin de que sea ensalzada nuestra humani-
»dad participando de la divinidad. Por la dispensa-
»cion de su gracia, entra corporalmente en el cora-
»zon de los fieles; se mezcla, se incorpora con su car-
»ne, á fin de que el hombre, unido á lo que es in-
»mortal, participe de la incorruptibilidad (1).” En

(1) Orat. Catech., c. XXXVII, t. II, p. 534-7.

este pasage hallamos la palabra *metapoieisthai* (transformar, mudar una substancia en otra), equivalente á la de transubstanciacion. En otro lugar dice: “En virtud de la bendicion *la naturaleza de las especies visibles se convierte en su cuerpo.*”—“Tambien el pan es al principio un pan comun; pero despues de santificado, es llamado, y realmente lo es, *el cuerpo de Jesucristo* (1).”

Entre los escritores que hablaban con los iniciados, uno de los mas célebres es San Juan [Crisóstomo; pues bien, no puede desearse nada mas fuerte en favor de la creencia católica que sus homilías al pueblo de Antioquía. Efectivamente es asi, y tanto que no sé por donde comenzar ni por donde acabar lo que desearia citar de él; voy pues á presentaros los primeros pasages que se me ocurren. “Toquemos, dice, toquemos la orla de sus vestidos, ó mas bien, si estamos bien dispuestos, poseámosle todo entero; porque su cuerpo está aqui delante de nosotros, no solo para ser tocado, sino *para ser comido por nosotros y para saturarnos.* Y si los que tocaban su vestido sacaban de él tan gran virtud ¿qué no sacaremos nosotros que *le poseemos todo entero?* Creed, pues, que la Cena á que él asistió es la misma que ahora se celebra aqui, porque no hay diferencia entre una y otra. Ambas tienen por autor no á un hombre,

(1) Orat. in Bapt. Christi, t. II, p. 802.

»sino al mismo Cristo. Por consiguiente, cuando veis
»al sacerdote presentaros ese cuerpo sagrado, no pen-
»seis que es su mano, sino la mano de Cristo quien
»os le presenta (1).” En otra parte: “Creamos á Dios
»en todo y guardémonos de contradecirle, aunque
»lo que él nos enseñe pueda parecer contrario á nues-
»tra razon y al testimonio de nuestros ojos. Some-
»tamos nuestro espíritu y nuestros sentidos á su pa-
»labra. Asi es como debemos conducirnos respecto de
»los misterios, no considerando lo que tenemos á la vis-
»ta, sino permaneciendo siempre adheridos á la pala-
»bra de Dios, porque esta palabra no puede engañar-
»nos, al paso que nuestros sentidos nos equivocan fá-
»cilmente: estos nos estravian á menudo; pero aque-
»lla, jamás. Luego toda vez que su palabra nos dice:
»*este es mi cuerpo*» démosla nuestro asentimiento,
»creamos y miremos la cosa con los ojos del entendi-
»miento.” Y en otra parte: “¿*Quién nos dará de*
»*su carne para que nos saciemos* (Job. XXXI, 5)?
»Esto es lo que ha hecho Jesucristo. No solo ha
»permitido que se le viese, sino que se le toca-
»se y se le comiese, sino que nuestros dientes
»mascasen su carne, y que todos nos saciáramos
»en su amor. A menudo algunos padres entregan sus
»hijos á nodrizas para que los alimenten; mas no se-
»rá así conmigo, dice Jesucristo, sino que yo os ali-

(1) Homil. I, in cap. XIV Matth., t. VII. pp. 516, 517.

»mentaré con mi carne, y yo mismo me pongo de-
 »lante de vosotros. He querido hacerme hermano
 »vuestro; por vuestro amor he tomado la carne y la
 »sangre, y *yo os entrego esta carne y esta sangre,*
 »por las cuales estoy unido tan de cerca á vos-
 »otros (1)”—“¿Qué decís, bienaventurado Pablo?
 »Quereis llenar de temor á vuestros oyentes y hacer
 »mencion de los adorables misterios, por eso llamais
 »á estos el cáliz de bendicion (I ad Corinth. X, 16),
 »cáliz terrible y formidable. Lo que hay en el cá-
 »liz *es lo que corrió de su costado*, y nosotros parti-
 »cipamos de ello. No es del altar, sino de Cristo mis-
 »mo, de lo que nosotros participamos. Luego debe-
 »mos acercarnos con respeto y pureza de corazon, y
 »cuando veais el cuerpo preparado en vuestra presen-
 »cia, decíos á vosotros mismos: «Por este cuerpo ya
 »no soy polvo y ceniza; *está aqui aquel mismo cuer-*
 »*po que fué cubierto de sangre y herido por la lan-*
 »*za* (2).”—“El que estaba presente en la última Cena
 »es el mismo que está presente aqui, y que consa-
 »gra nuestro festin. Porque no es el hombre quien ha-
 »ce que las cosas puestas sobre el altar se hagan el
 »cuerpo y la sangre de Cristo, sino aquel mismo Je-
 »sucristo que fué crucificado por nosotros. El sacer-

(1) Homil. XLVI al. XLV, in Joann. t. VIII, p. 272—2.

(2) Hom. XXIV, in I Epist. ad Cor., t. X, pp. 212, 213, 214, 217.

»dote hace su oficio y pronuncia las palabras; pero
»el poder y la gracia son la gracia y el poder de Dios.
»Él dice: *Este es mi cuerpo*; y estas palabras obran el
»cambio de las cosas ofrecidas (1).”—“Vosotros todos
»los que participais de este cuerpo, vosotros todos los
»que participais de esta sangre, no lo creais diferente
»de aquel que está sentado en la gloria y á quien
»adoran los Angeles (2).”—Permitidme citar todavia
»otro breve pasage de este gran doctor. “¡Oh prodi-
»gio! el altar está cubierto de misterios; el Cordero
»de Dios es inmolado por vosotros y de la sagrada
»mesa corre la sangre viva. Baja de los cielos el fue-
»go celestial, y la sangre que está en el cáliz es la
»que brotó del purísimo costado para vuestra purifica-
»cion. ¿Pensais acaso que veis pan, que veis vino,
»que estas cosas desaparecen como otro cualquier
»alimento? ¡Ah! *Guardaos bien de creerlo*. Porque á
»la manera que la cera puesta al lado del fuego pier-
»de su primera sustancia de la cual no queda nada,
»asi tambien debeis concluir vosotros que los miste-
»rios (el pan el vino) son consumidos por la sustan-
»cia del cuerpo. Por eso cuando os acerqueis á ellos,
»no os figureis que recibís de la mano de un hombre
»el divino cuerpo, sino de la mano abrasada de los
»serafines (3).”

(1) Homil. I de *Prodit. Judæ*, t. II, p. 384.

(2) Homil. III in cap. I ad Ephens.; t. XI, p. 21.

(3) Homil. IX, de *Pœnit.*, t. II, p. 349, 350.

Abí teneis , de entre mil otros , algunos ejemplos sacados de los PP. que no tenían reserva que guardar porque se dirigian esclusivamente á los fieles. ¡Ya veis cómo se espresan! El hecho es que á contar desde los primeros tiempos de la Iglesia tenemos innumerables testimonios en favor de la misma creencia, ora haciendo mencion de ella incidentalmente, ora ocultándola con cuidado, si bien dejando entrever cuál era en realidad. Por ejemplo, San Ireneo dice: “Sola la Iglesia ofrece esta oblacion pura. Los judíos »no la ofrecen, porque sus manos están manchadas »de sangre y no reciben al Verbo que es ofrecido á »Dios. Tampoco le ofrecen las asambleas de los hereges; porque ¿cómo podrán probar que el pan sobre »el cual han sido pronunciadas las palabras de »hacimiento de gracias *es el cuerpo de su Señor* y el cáliz »*su sangre*, puesto que no admiten que él sea el Hijo, »esto es, el Verbo del Criador del mundo (1)?” Este pasage es un pasage suelto, que se halla en una obra que trata de diferente asunto, de los que se privaban de los beneficios de la Redencion no creyendo en Jesucristo.

En los siglos siguientes, abundan sobremanera los testimonios y autoridades: me contentaré, sin embargo, con citar una ó dos que, en mi concepto, tienen una fuerza particular. San Agustin en muchos lugares de sus obras habla muy enérgicamente de

(1) Adv. Hæres. lib. IV; c. XVIII, p. 251.

esta doctrina , segun puede verse por los extractos siguientes: “Cuando al confiarnos su cuerpo , dice: *Este es mi cuerpo* , Cristo se tenia á sí mismo en sus propias manos. Llevaba ese cuerpo en sus manos.”—“Y ¿cómo era llevado en sus propias manos?” pregunta el mismo Santo en el sermón siguiente acerca del mismo Salmo : “Porque *al darnos su propio cuerpo y su sangre* , tomó en sus manos lo que los fieles saben ; y se llevó á sí mismo de cierto modo cuando dijo: *este es mi cuerpo* (1).”—Y en otra parte : “Nosotros recibimos con una boca y un corazón fiel al mediador entre Dios y el hombre , á Jesus, el Cristo hecho hombre, que nos dió á comer su cuerpo y á beber su sangre ; aun cuando parezca mas horrible comer la carne de un hombre que el darle muerte, y beber su sangre mas que derramarla (2).” Ahora voy á leer un magnífico testimonio de la Iglesia oriental ; es el de San Isaac , presbítero de Antioquia en el siglo V , el cual escribió estas fervientes palabras: “Yo vi el cáliz preparado, y en lugar de vino, le vi lleno de sangre; y en lugar de pan, el cuerpo colocado sobre el altar. Ví la sangre, y me estremeceí; ví el cuerpo, y me sobrecogí de temor. La fé me dice por lo bajo : *‘Come y calla ; bebe , hijo mio, y no preguntes mas.’* Ella me mostró el cuerpo inmolado; y cuando tuve en mis labios una parte de

(1) In. Ps. XIV, t. IV, p. 335.

(2) Contra advers. Legis et Prophet., lib. II, c. IX, t. VIII, p. 399.

B. del C.—Tomo X.—CONFERENCIAS DE WISEMAN, Tom. II. 34

«él, ella me dijo con dulzura: «Considera lo que comes.» Despues, presentándome una caña, me mandó que escribiera. La cogí y escribí y pronuncié: «*Este es el cuerpo de mi Dios.*» Tomando entonces el cáliz, bebí; y lo que habia dicho del cuerpo, lo digo ahora del cáliz: «*Esta es la sangre de mi Salvador*» (1).”

Terminaré mis citas con el testimonio de otro P. eminente, testimonio de que hasta hace pocos años no hemos podido tener noticia. El pasage es notable en sí mismo, porque confirma grandemente nuestra creencia, y prueba ademas cuán poco tenemos que temer del descubrimiento de nuevos escritos de los PP.; y antes bien, cuán de desear seria que los poseyésemos todos, pues hasta ahora nada se ha descubierto que no sea en nuestro favor. San Anfiloquio, obispo de Iconio, fué el amigo íntimo de San Basilio, de San Gregorio Nacianceno y de San Gerónimo, el cual habla de él como de uno de los hombres mas distinguidos de su tiempo por su saber y su santidad. De este P. no poseemos mas que fragmentos sueltos; pero lo poco que tenemos justifica la reputacion de que gozaba. Estos pocos restos nada contienen acerca de la Eucaristía, ni siquiera una simple alusion. Pero hace cuatro ó cinco años se publicaron por primera vez las actas de un concilio celebrado en Constantinopla en 1166 acerca de este

(1) Serm. de Fide, *Bibl. Orient.*, t. I, p. 220, Romæ, 1719.

texto: «El Padre es mayor que yo.» Los obispos de esta asamblea recogieron gran número de pasajes de los PP. para explicar este texto, y entre ellos uno de San Anfiloquio, un fragmento del cual poseíamos ya, habiéndonos llegado de ese modo lo restante que contiene cabalmente un fuerte testimonio en favor de nuestra doctrina: pasaje que no encontrándose todavía en los tratados mas conocidos, le citaré íntegro. El autor demuestra en él la igualdad del Padre y del Hijo; pero como el Salvador habia dicho en una ocasion que el Padre era mayor que él, y en otra que son una misma cosa, San Anfiloquio trata de conciliar ambas proposiciones con una série de antítesis, en las que muestra que el Padre es igual al Hijo bajo ciertos respectos y superior en otros. Hé aquí el pasaje: «El Padre, pues, es mayor que el » que descende debajo de él; pero no mayor que el » que está siempre en él. Y para decirlo todo en pocas palabras, el Padre es mayor y, esto no obstante, es igual; mayor que el que pregunta: «¿cuántos panes teneis?», igual al que sació á toda la muchedumbre con cinco panes: mayor que el que preguntó: ¿dónde habeis puesto á Lázaro?, igual á aquel cuya palabra resucitó á Lázaro: mayor que el que dijo: ¿Quién me ha tocado?, igual al que curó el flujo de sangre de la muger enferma: mayor que el que dormia en la barca, igual al que apaciguó el mar: mayor que el que fué juzgado por Pilatos, igual al que libró del juicio al mundo: mayor que el que fué abofeteado y crucificado entre ladrones, igual

al que gratuitamente justificó al buen ladrón: mayor que el que fué despojado de sus vestidos, igual al que es la vestidura del alma: mayor que aquel á quien se dió vinagre á beber, *igual al que nos dá su propia sangre en bebida*: mayor que aquel cuyo templo fué disuelto, igual al que reedificó su propio templo despues de su disolucion: mayor que el primero, igual al último (1).” Por manera que este autor, para probar la igualdad del Padre y del Hijo, alega que este nos ha dado en bebida su propia sangre. Pues ahora bien: si hubiera creído que el Salvador no nos ha dejado mas que un símbolo de su sangre ¿habria visto en ello una prueba de su divinidad? ¿habria concluido de aqui que era igual al Padre? ¿Por ventura, la mera institucion de un símbolo exigia el mismo grado de supremo poder que todas esas obras admirables en que él nos le habia mostrado justificando gratuitamente al pecador, haciendo renacer el alma á la gracia, librando del juicio al mundo, perdonando al ladrón penitente y arrancando él mismo la vida al sepulcro? Sin embargo, San Anfiloquio coloca la institucion de la Eucaristia en el número de los prodigios extraordinarios, como una de las pruebas mas fuertes de la igualdad de Jesucristo con el Padre. Luego á sus ojos era un milagro del órden mas elevado. Solo la creencia en la presencia real puede explicar este ar-

(1) Scriptor. vet. nova collectio. Romæ 1831, t. IV, p. 9.

gumento; así lo haríamos ver mas ámpliamente toda vía con un estenso y detenido exámen de este texto y hasta desvanecer aun la mas lijera duda; pero el tiempo no me permite detenerme mas en ello (1). Hé ahí, pues, un testimonio recientemente descubierto, y ya veis cuán perfectamente acorde está con la doctrina que nosotros sostenemos.

Os he presentado el argumento de la tradicion bajo el punto de vista mas limitado; héme contentado con citar de entre los PP. aquellos que han tratado espresamente de la Eucaristía, y los que al instruir á los fieles no tenian que guardar reserva.

Es verdad que sus escritos nos presentan pasages muy oscuros; pero despues de los pormenores que ya he dado, esto no debe parecernos extraño. Sin embargo, no se ha dejado de pretender sacar partido de esta oscuridad á fin de debilitar la autoridad de la tradicion en nuestro favor; pero no vacilo en afirmar que todos los esfuerzos que con este objeto se han hecho, han sido vanos; y que á los teólogos católicos no les ha costado trabajo demostrar la ortodoxia de los textos alegados.

Mas todavia hay otras dos fuentes de la tradicion, y el interés de mi asunto reclama que no las pase enteramente en silencio.

La primera comprende las liturgias ó formularios.

(1) Véase el análisis de este texto, comunicado al *Catholic Magazine*, t. IV, 1833, pp. 284 y sig.

de oraciones de las antiguas iglesias, latina, griega y oriental, en cada una de las cuales está claramente expresado el dogma de la presencia real ó de la transubstanciación. Todas ellas hablan del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, como que están realmente presentes en la Eucaristía; y lo que todavía es mas importante, ellas tienen oraciones para pedir á Dios convertida en este cuerpo y en esta sangre las especies del pan y del vino (1). Su lenguaje en esta parte es tan uniforme, que el sábio Grocio se creyó obligado á reconocerlo como de origen apostólico, y por consiguiente á confesar que no habia debido cambiar.

La segunda clase de documentos que yo no debo omitir, tiene mucha afinidad con la primera: esos documentos son las liturgias de gran número de sectas separadas de nuestra comunión hace mas de mil años, y que esto no obstante se hallan perfectamente de acuerdo con nosotros en este punto. En apoyo de estos invariables monumentos de su creencia, podeis consultar sus confesiones de fé, ó los escritos de sus respectivos doctores, y allí hallareis por todas partes pruebas de la misma doctrina.

Preguntad al griego, sentado como el profeta en medio de las ruinas de su antigua patria, á qué dogma de su fé se adhiere con toda la fuerza de sus afectos, como á su apoyo y sostén bajo el yu-

(1) Véanse los testimonios de estas liturgias en el *Cristianismo, ó fé de los católicos*, por Poynter; 2.^a edición, p. 490 y siguientes.

go que le oprime, y cuál á bálsamo consolador en medio de su abatimiento; y os responderá que en su creencia de este misterio, claramente atestiguado en las confesiones de fé suscritas por sus patriarcas y sus arzobispos es donde encuentra la esperanza y un lenitivo á sus males. Preguntad al nestoriano, separado de la comunión de nuestra Iglesia desde el siglo V, y viviendo lejos del resto del mundo, durante un largo período de tiempo, en los últimos confines de la India; preguntadle quién indujo á sus abuelos á recibir con los brazos abiertos y á mirar como hermanos á los primeros europeos que los visitaron en sus desconocidas playas; y por respuesta os enseñará la carta de sus pastores hecha ya tiempo publicada, en la que se consigna el indecible consuelo que experimentaron al ver en los aventureros portugueses, cuya lejana patria y aun cuya existencia les eran desconocidas hasta entonces, unos hombres que ofrecían el mismo sacrificio y tenían la misma creencia que ellos. Preguntad al negro monofisita de la Abisinia, en cuya historia y geografía no se encontraba probablemente el nombre de Roma antes de los tiempos modernos, cuál es el principal misterio entre esos restos informes y raros por cierto de cristianismo cuyas raíces nunca han desaparecido de aquel suelo abrasador y agostado; y os responderá, con la confesión de fé escrita de puño y letra de uno de sus reyes, que el primero y mas sublime de sus Sacramentos es el del cuerpo y sangre de su Señor. En una palabra, recorred todos

los países de Asia y de Africa, donde aun existen vestigios de cristianismo; interrogad á las tribus errantes del desierto, á las hordas independientes de las montañas ó á los habitantes instruidos de las ciudades; preguntadles cuáles son los puntos en que están de acuerdo acerca del Salvador del mundo y de su doble naturaleza divina y humana, y en todo esto los hallareis en pugna abierta y prontos á combatirse unos con otros acerca de los dogmas mas importantes; pero el punto en derredor del cual todos se reúnen, el principio que todos defienden y que todos igualmente admiten, es que el Redentor con su naturaleza divina y humana está realmente presente en el Sacramento del altar. Todos acuden á este misterio como á un territorio neutral, para allí defender sus símbolos respectivos. Y bien: este dogma que, á pesar de haber circulado á través de canales rotos y quebrados, ofrece por todas partes la misma pureza y conserva con igual vigor su curso, ¿podrá por ventura no tener su origen en el manantial primero del cristianismo? Cuando en medio de las ruinas del cristianismo vemos levantarse casi sola en todos los países que de ellas están cubiertos esa columna de fé; cuando por do quiera se la encuentra construida con los mismos materiales y con las mismas proporciones y conservando en todas partes la misma integridad, ¿no deberemos concluir de aquí que ella formaba el mas bello ornamento, el ornamento fundamental del edificio religioso, erigido por los Apóstoles, y que ella es un emblema cierto, una

representacion de aquel pilar, de aquella columna de fé, sobre la cual nos encarga el Apóstol de las naciones nos apoyemos?

Antes de terminar esta materia, debo hacer aqui algunas reflexiones acerca de la manera admirable con que la doctrina de la Encaristía se enlaza con el sistema de verdad que fué el objeto de mis primeros discursos. Habeis visto cómo este adorable sacramento contiene real y verdaderamente el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, el cual por consiguiente está presente en él para servir de verdadero alimento al alma y ser la fuente y canal necesario de la gracia cuyo autor es él mismo. Ahora bien: ¿cuáles son las necesidades de la naturaleza humana que nuestro divino Salvador tenia que satisfacer principalmente? La caída de nuestros primeros padres afectó de dos modos á su posteridad. Primeramente, despues que hubieron comido del fruto del árbol de la ciencia, vieron en castigo oscurecerse su inteligencia y fueron presa del error, de la incertidumbre y de la diversidad de opiniones; y esta maldicion fué tambien inherente á la inteligencia de sus descendientes. Al mismo tiempo fueron separados del árbol de vida, de aquel árbol cuyo objeto era servirles de alimento á ellos y á nosotros, dar un vigor perpetuo á su feliz estado y mantenerlos en una santa inmortalidad. No bien el alma fué privada de este alimento, cuando decayó de su poder y de su dignidad; corrompiéronse sus sentimientos y todas sus facultades morales, y el

vicio y la depravacion fueron la consecuencia de esta irreparable pérdida.

Esta doble necesidad de luz intelectual y de vida moral está tan hondamente grabada en cada período de la historia del mundo, que ni por un solo instante podria ponerse en duda que este era el daño esencial sufrido por el hombre en la pérdida de su estado original. Ved de una parte al género humano buscando por todas partes la ciencia, pidiéndola á vanas especulaciones, á sistemas de filosofía mas ó menos profundos; tratando de arrancar á la naturaleza el secreto de sus obras y esforzándose por desenredar los hilos del raciocinio que parecian deberle guiar á través de los laberintos de la inteligencia; vedle despues apelando á medios que muestran todavia mejor cómo y con qué fuerza sentia él mismo la necesidad de una revelacion superior y sobrenatural, entregándose á todo linage de supersticiones, teniendo ciega confianza en mentirosos oráculos, en las supercherías de los augurios y en todas las locuras que él suponía debian ponerle en comunicacion con el cielo, ó arrojar alguna pálida chispa de luz interior ó de ciencia misteriosa.

Pero al lado de estos esfuerzos, que tendian á la posesion de una luz superior, habia tambien una aspiracion hácia un principio que pudiese regenerar el corazon humano y unirle en mas estrecha comunión con la divinidad, cual lo estaba en el estado normal de su creacion. ¿No es acaso de este sen-

timiento de donde viene la costumbre de participar de los sacrificios ofrecidos á los dioses del paganismo? El sentido y significacion de este acto, ¿no era que, hecha propiedad de Dios la víctima, cual si le hubiese servido de alimento, los hombres eran admitidos por ese medio á su hospitalidad y le eran asociados de tal modo que adquirian un derecho á su proteccion y á su amistad? Pero en algunos puntos fué todavía mayor esta semejanza con la Pascua de la ley nueva; fué tan notable en los ritos de los adoradores de Mithra, en algunos sacrificios de la India, de los países del Norte, de la China y de la América, que algunos han creído ver en ellos cosas tomadas del cristianismo, si bien alteradas con el tiempo (1). El espíritu del filósofo, sin entrar en sutiles discusiones, se contenta con ver en todas estas instituciones un recuerdo de la necesidad que el alma humana experimentaba de un principio regenerador y fortaleciente, de algun alimento vivo y vivificante que, cargado de la gracia de lo alto, pusiese al alma en comunión con el Dios que le daba.

Si el Salvador vino á la tierra para colocar de nuevo al hombre miserable en el estado feliz de que habia caído, en cuanto lo permitia el estado de degradacion de nuestras facultades intelectuales y morales; si vino para satisfacer los arranques y aspira-

! (1) Véase el tratado del abate Gerbet, titulado: *El Dogma general de la piedad católica*.

ciones de la humanidad hácia lo que es bueno y santo, preciso es hubiera en su Religion divina, en su Iglesia, que es su paraíso terrenal, instituciones proporcionadas á este gran fin. Y esto, en efecto, es lo que en ella encuentran los católicos.

Desde luego en ella plantó el árbol de la ciencia como un faro sobre la cumbre de las montañas; allí afluyen los pueblos todos; de allí parten los rayos de una luz benéfica que van á alumbrar y colmar de gozo á las naciones benditas de la tierra; cuantos en torno de este magnífico árbol buscan un refugio, descansan á su sombra y se alimentan con sus sanos y saludables frutos. Así, según ya he demostrado en mis primeros discursos, nosotros creemos que hay en la Iglesia de Dios una autoridad permanente, infalible en su enseñanza, instituida por el mismo Jesucristo y firme é invariable en su promesa.

Después puso á su lado, con la institución de que en último lugar hemos hablado, el árbol de la vida, memorial perpétuo de los beneficios de la Redención, productor de ese dulce alimento de salvación bajo cuyo peso habíase primero doblado el árbol del Gólgota; ese árbol de vida, en fin, indestructible é inmortal, como el árbol de la ciencia que está á su lado. Aquí participamos de una víctima que nos une verdaderamente y nos incorpora á Dios, que nos da una prenda de su amistad y de su amor, y abre delante de nosotros una fuente inagotable de gracias y de bendiciones.

Pero los que todos los días se presentan á la mis-

ma mesa, son los hijos de la misma casa; por eso esta santa institucion es tambien un vínculo de union entre todos los que profesan la misma fé. Ved, en efecto, cómo se armonizan perfectamente entre sí las dos instituciones, cómo son absolutamente necesarias la una á la otra. La una conserva entre nosotros la *unidad* religiosa estableciendo por medio de la fé, que es la misma para todos, un perfecto acuerdo entre los ánimos y las inteligencias; la otra nos mantiene en la *comunion*, en las relaciones de un mútuo afecto, como miembros de un mismo cuerpo. Hasta el nombre que este sagrado banquete ha recibido entre nosotros designa este su venturoso efecto. De este modo, así como el uno de estos dos grandes principios puede ser llamado el alma ó la inteligencia que gobierna la Iglesia y la dirige en su conjunto, así tambien, este divino sacramento representa su corazon de donde brota inagotable la fuente perenne de los mas santos afectos para deramarse despues hasta los últimos confines, cual un rio de calor, de fuerza y de vida espiritual.

Este influjo de nuestra creencia en la presencia real sobre cada parte de la religion práctica, es sobrado evidente para que haya necesidad de demostrarlo. ¿Por qué levantamos nosotros, cuando podemos, y por qué nuestros piadosos antepasados levantaban, antes que nosotros, esas suntuosas basílicas en las que empleaban todas las riquezas de la tierra, si no las miráramos como verdaderos tabernáculos donde el Emanuel, *el Dios con*

nosotros, habita real y verdaderamente? ¿Por qué tanta pompa y solemnidad en nuestro culto, sino porque le tributamos como un servicio personal del Verbo de Dios encarnado? ¿Por qué en los países católicos están abiertas todo el día las puertas de nuestras iglesias? ¿por qué entran allí las gentes á todas horas para rezar en voz baja una oracion ó prosternarse en muda adoracion, sino porque estamos convencidos de que bajo el velo de este glorioso misterio está Dios allí presente de una manera mas especial que en ninguna otra parte? La práctica de la confesion, y por consiguiente la penitencia, está estrechamente ligada con esta creencia, segun observa lord Fitz William (1); porque la necesidad de llegarnos con un corazon puro á la santa mesa es lo que principalmente nos impone la ley de recurrir á ella. El pecador arrepentido acelera la obra penosa de su purificacion, á fin de gozar del refrigerio y delicias que le aguardan en el banquete celestial.

El carácter sagrado de que el sacerdote está revestido á los ojos de su grey y el poder de bendecir de que aparece investido, resultado son de esa familiaridad con que le es dado acercarse á su Señor en los santos misterios. El celibato, que es de obligacion para el clero, no es otra cosa que la práctica espresion de ese sentimiento que la Iglesia sostiene y fomenta acerca de la invariable pureza de costumbres y de

(1) Cartas de Ático.

pensamientos con que debemos llegarnos al altar. Así es como el Sacramento de la Eucaristía es verdaderamente el alma y la esencia de toda Religión práctica bajo el imperio del catolicismo. Pero todavía tiene otro fin mas sublime que cumplir.

En una de mis primeras Conferencias he dicho que la Iglesia de Jesucristo tiene un estado intermedio entre el que ha precedido y el que todavía ha de venir. Os he mostrado cómo el primero, el estado de promesa, arrojaba mucha luz sobre la dispensación actual de la que él era una sombra (1). Pero nuestro presente estado debe á su vez reflejar algun rayo de luz de nuestros futuros destinos, á la manera que las montañas y el firmamento anuncian el día, aun antes que el sol aparezca radiante en toda la plenitud de su brillante esplendor.

Pues bien: la esencia de este bienaventurado estado ¿es acaso otra que la caridad, en cuyo seno respiran, se mueven y viven como en limpia y despejada atmósfera los espíritus de los justos? La caridad los acerca de tal modo á Dios que ellos le contemplan cara á cara y se sacian con su gloria incalculable; ella confunde sus afectos hasta el punto de que compartan mutuamente su felicidad los unos de los otros. Y este amor universal ¿podría estar mejor representado aqui en la tierra que por un sacramento

(1) Véase la Conferencia IV.

como este que, acomodado á nuestra existencia corporal por sus velos misteriosos, teniendo los principios de su eficacia en una fé comun, virtud propia de nuestro estado presente, establece entre Dios y nosotros la union mas estrecha que es posible concebir sobre la tierra y nos enlaza unos á otros con el vínculo de una indestructible caridad?

Hermanos míos: antes de concluir, debo examinar todavia esta doctrina bajo un punto de vista mas penoso ciertamente, pero quizá tambien el mas á propósito para hacernos reflexionar. Pongamos en la balanza las dos doctrinas contrarias, la de los católicos y la de los protestantes, y ademas lo que cada cual arriesgamos por nuestra parte.

Por lo que hace á nosotros los católicos, confieso que hemos arriesgado toda nuestra fortuna, todas esas cosas de que mas caso hacemos en esta vida. Al lado de nuestra doctrina hemos puesto el mas poderoso esfuerzo de nuestra fé, el último sacrificio de la razon individual, la mas completa abnegacion del amor propio y del orgullo humano, pronto siempre á rebelarse contra las sencillas palabras de la revelacion. No contentos con esto, hemos echado en el platillo de la balanza el áncora mas firme de la esperanza, porque mirábamos este misterio como el canal mas seguro de la misericordia de Dios con nosotros, como el medio de nuestra santificacion individual, como el instrumento de toda consagracion de personas y de lugares, como nuestro único consuelo en

la hora de nuestro último suspiro, como la misión anticipada y el mensajero de la gloria eterna. Y como si esta puesta no formara un contrapeso suficiente, la hemos añadido el oro y los mas brillantes anillos de nuestra caridad, porque en este divino sacramento vemos el medio por el cual nos allegamos mas de cerca á nuestro Criador y nos unimos en mas estrecho afecto con nuestro Salvador Jesucristo.

Ved ahí lo que hemos comprometido con nuestra creencia. Pero si, lo que es imposible, se llegara á probar que vamos equivocados, lo mas que se mostraria seria que hemos creído demasiado implícitamente en el sentido de las palabras divinas, que nos hemos lisonjeado con sobrada ligereza de que Dios tiene en su mano medios de manifestar su bondad para con el hombre que están fuera del alcance de nuestras débiles inteligencias y limitados conceptos. Se mostraria, digo, que hemos medido su amor con los ojos de la caridad, mas bien que con los de la prudencia; que nos habiamos formado de su poder una idea mas sublime, aunque menos esacta que otros; en fin, que semejantes á unos niños, somos harto sencillos de corazon, poniendo en sus manos nuestra propia razon, porque él tenia *palabras de vida eterna*.

Empero, si la verdad se halla con nosotros, considerad cuánto mas, infinitamente mas, arriesgan nuestros contrarios. Porque partiendo de la falsedad supuesta de nuestra creencia se la ha prodigado la injuria y el desprecio, las burlas y las mas horribles

B. del C.—Tomo X.—CONFERENCIAS DE WISEMAN, Tom. II. 32

blasfemias. El Santísimo Sacramento ha sido profanado en todas ocasiones; se ha hecho chacota de sus adoradores y acusádoslos de idólatras; se ha representado á sus sacerdotes como á unos seductores, y ha bastado creer en ese misterio para ser escluido de todos los beneficios del Estado y de la sociedad. Y si yo he probado bien lo que he asentado, aquellos cuya fé es diferente de la nuestra, viven en la negligencia de un precepto soberano, negligencia contra la cual hay pronunciada la sentencia mas terrible: “Si no comiéreis la carne del Hijo del Hombre, y bebiéreis su sangre, no tendréis vida en vosotros.”

¿Y qué deberemos concluir de esta comparacion de nuestros respectivos peligros? ¿Qué? La necesidad que todos los que se hallan en el segundo caso tienen de entregarse á un detenido exámen de este importante dogma y de asegurarse bien del fundamento en que se apoyan.

Pero tiempo es ya de terminar este discurso y con él todas nuestras Conferencias. Hermanos míos: aqui nos hemos hallado reunidos muchos dias y es probable que muchos de nosotros no volvamos ya á reunirnos hasta el momento en que comparezcamos juntos ante el tribunal de Cristo. Los dias, las semanas, los meses y los años pasarán con la misma rapidéz que antes. ¡Ojalá que los vuestros sean muchos y felices! Pero ello siempre ha de llegar su fin; y no está lejos el dia en que de nuevo seamos confrontados. Por consiguiente examinemos lo que mutuamente habremos de responder, y desde luego permi-

¿os hablo de mí mismo por unos momentos.

¿Qué utilidad reportaría yo entonces si cuando os dirigía aquí la palabra hubiera dicho algo que fuera contrario á mis mas íntimas convicciones? ¿Qué habría yo ganado en ese día, si resultara que en vez de procurar cautivar vuestras almas con el atractivo de la verdad, á ejemplo del divino Maestro, hubiera aspirado solamente á cojeros en las redes de razonamientos capciosos y seduciros con artificiosos sofismas? ¿Qué satisfaccion podría tener aun hoy mismo, si pudiera sospechar que os habia estraviado en vez de haber empleado mis esfuerzos en guiaros hácia lo que mi conciencia me dijera ser el único y verdadero camino de salvacion? Si mientras me escuchábais benévolamente hubiera tenido, como hubiera debido tenerla, la terrible conviccion de que el brazo de Dios estaba suspendido sobre mi cabeza, de que con cada palabra que salia de mi boca le provocaba á que me hiriera, á que me anonadase como á un profeta embustero que engañaba en su nombre á los pueblos, ¿no me habria yo degradado á mis propios ojos? ¿no tendria que sufrir el horror que á mí mismo me inspiraría semejante conducta? ¡Ah! nuestra Religion Santa no es la que confiere las riquezas, ni las dignidades, ni los honores á sus ministros mas rendidos! ¿Qué se les ofrece aquí bajo que se pueda reputar como lo equivalente á sus trabajos?

Pero sí, por el contrario, mi conciencia me asegura de que no he presentado, no solo una doctrina, sino ni siquiera un raciocinio de que no

estuviese intimamente convencido, y si bajo este concepto puedo hacerme completa justicia, ¿no tengo derecho á exigir os alguna retribucion? Pues bien: la retribucion que os pido es muy sencilla; lo que os pido es que si mis palabras han hecho en vosotros alguna impresion, por lijera que sea, no la borreis sin un sério exámen de vuestra parte; que si habeis sentido conmoverse hasta en sus partes mas pequeñas el sistema de fé que hasta ahora seguiais, sea esto una razon para examinar la solidez del edificio entero; que si la mas pequeña nube se os ha presentado y arrojado como una sombra sobre vuestras primeras convicciones, no la desprecieis, no la desatendais, ¿porque ¡ay! puede ser semejante á aquella que el profeta mandó á su siervo esperase de lo alto del Carmelo.... rica en bendiciones, en fertilidad y en refrigerio y consuelo para el alma que tiene sed de verdad (1).

Estoy seguro que no hay nadie, que siendo testigo de las disensiones religiosas de nuestra patria, suponga ni aun por un momento que ese sea el estado normal de la Iglesia de Jesucristo sobre la tierra. Es cierto que la unidad de fé ha reinado entre nosotros durante algunos siglos y que todavía podria reinar. Yo no dudo que la reflexion y los estudios concienzudos y perseverantes conducirán los ánimos hácia el centro de unidad. Por eso os conjuro que si se

(1) III. Reg. XVIII, 44.

os presentase alguna luz nueva, si se os ha representado la Religion bajo un aspecto que ignorárais y de que antes ni siquiera tuviérais noticia, os conjuro no cerréis los ojos á esos primeros albores; sino que sigais la verdad con presteza y con gratitud, y la sigais hasta que sean completas en vuestras almas la paz y la satisfaccion.

Lejos de mí el pensamiento de que mis palabras puedan producir por sí mismas tan glorioso resultado: yo no he hecho mas que ir echando la simiente; solamente á Dios toca darla el incremento. No es en mis discursos, que con tanta benevolencia habeis escuchado, y de cuya benevolencia siempre conservaré grato recuerdo; no es en la paciencia y benévola atencion con que me habeis escuchado; no es en eso, no, en lo que yo fundo mis esperanzas, y por lo que me prometo para el porvenir; sino en que el interés que me habeis manifestado me hace confiar que habeis prescindido de mi persona para fijar vuestros pensamientos y vuestra atencion en la causa que yo represento. Si yo me hubiera presentado á vosotros como un campeón armado de todas armas para combatir á los antagonistas de nuestra fé, hubiera podido hacer ostencion de mi fuerza y de mi habilidad individuales; pero afortunadamente la verdad no ha menester de semejantes hazañas: una antorcha luminosa despidе siempre el mismo brillo, ora la lleve una mano débil, ora un brazo de gigante. Mi objeto ha sido sencillamente levantar delante de vosotros la antorcha de la verdad católica; redunde,

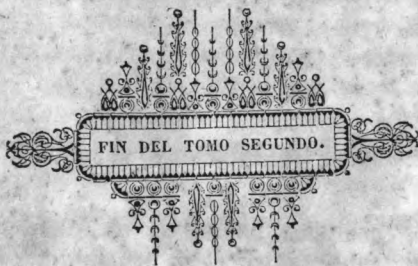
pues, toda la gloria en aquel que la encendió.

A Vos, ó fuente eterna de toda ciencia, me dirijo ahora. Derramad vuestra gracia sobre nuestras Confesiones y haced eficaces mis deseos. Si “mis discursos y predicacion no han sido segun el language persuasivo de la humana sabiduría (1),” al menos me he esforzado por dar á conocer vuestra palabra. Acor-daos pues de vuestra promesa, porque habeis dicho: “Como la lluvia y la nieve descienden del cielo y no vuelven á él, sino que riegan la tierra y la fecundizan y hacen germinar, y esta da la simiente para sembrar y el pan que nos sirve de alimento; asi mi palabra que sale de mi boca no volverá sin fruto á mi, sino que hará todo lo que yo quiero y producirá el efecto para que la he enviado (2).” Que prospere ahora, que caiga en un suelo fértil y produzca centuplicado fruto. Alejad de cuantos la han oido las prevenciones, la ignorancia y el orgullo; dadles un espíritu humilde y dócil y la fuerza de buscar y descubrir las doctrinas de salvacion, si ellos no las conocen todavia. Escuchad en su favor la oracion suprema de Jesucristo vuestro amado Hijo cuando decia: “Yo no ruego solamente por ellos, sino tambien por los que debenn creer en mí por su palabra, á fin de que todos sean uno, asi como Vos, Padre mio, estais en

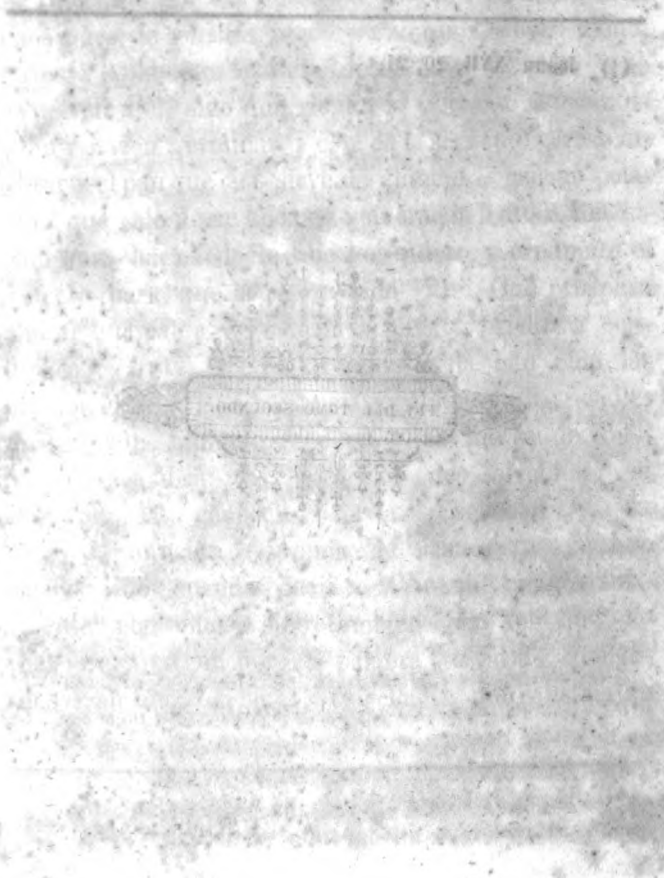
(1) 1 ad Corinth. II, 4.
(2) Is. LV, 10, 11.

•mí y yo en Vos; que sean así una misma cosa en •nosotros (1).” Sí, que sean unos por la profesion de la misma fé, que sean unos en la misma esperanza por la práctica de vuestra santa ley, á fin de que todos nosotros seamos en adelante unos por una caridad perfecta en la posesion de vuestro reino eterno. Por Jesucristo Nuestro Señor.—*Amen.*

(1) Joann. XVII, 20, 21.



«mi y yo en Vos; que sean así una misma cosa en
 «nosotros» (1). Si que sean unos por la profesión de
 la misma fe, que sean unos en la misma esperanza por
 la práctica de nuestra santa ley, a fin de que todos
 nosotros seamos en adelante unos por una caridad
 perfecta en la posesión de nuestra común patria. Por
 Jesucristo nuestro Señor. — Amen.





los Concilios.—Este primado es un hecho.—
La historia del cristianismo es inexplorable sin
el primado de Roma.—Las Papas de la edad
media.—Testimonio de los escritores protes-
tantes.—Beneficios que Inglaterra ha recibido
de los Papas.

CONFERENCIA IX.—Convención de las Conferen-
cias acerca de la Iglesia.

INDICE

DE LAS

MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE SEGUNDO TOMO.

CONFERENCIA VIII.—*De la supremacía del Sobe- rano Pontífice* 5

Desenvolvimiento de la unidad religiosa
en la Iglesia.—Supremacía de la Santa Sede;
sus prerogativas; respeto que le es debido.—
Primado de San Pedro.—Es elegido para ser-
vir de cimiento á la Iglesia.—Recibe el poder
de atar y de desatar, y de apacentar el reba-
ño.—¿Recibieron los demas Apóstoles las mis-
mas prerogativas?—San Pedro, encargado de
afirmar la fé en sus hermanos.—San Pedro,
primer obispo de Roma.—Primado de sus su-
cesores; es de institucion divina; ha sido re-
conocido en ellos como un derecho inherente

á su Silla.—Testimonios de los SS. PP. y de los Concilios.—Ese primado es un hecho.—La historia del cristianismo es inexplicable sin el primado de Roma.—Los Papas de la edad media.—Testimonio de los escritores protestantes.—Beneficios que Inglaterra ha recibido de los Papas.

CONFERENCIA IX.—*Conclusion de las Conferencias acerca de la Iglesia.*

63

Resúmen de las Conferencias acerca de la regla de fé.—Su aplicacion á la Iglesia romana y á las iglesias protestantes.—Exámen de la regla de fé protestante.—Pasages de la Escritura que se alegan en su favor.—Palabras de Jesucristo á los judíos.—Texto de San Pablo y de los Hechos de los Apóstoles.—*Notas de la verdadera Iglesia: unidad, santidad, catolicidad, apostolicidad.*—La doctrina de fuera de la Iglesia no hay salvacion.—Consejos á los católicos y á los disidentes.—Apropiacion del principio católico á todas las inteligencias.

CONFERENCIA X.—*Del sacramento de la Penitencia.*

122

Debe haber algun medio de aplicarnos el beneficio de la redención.—Es menester que este medio sea exterior y visible.—Doctrina católica acerca de la Penitencia.—Necesidad de la contricion; su naturaleza.—La confesion es una consecuencia del dolor.—~~Se confunde~~ *Se confunde* la naturaleza humana, con el medio de que Dios se ha servido constantemente para perdonar el pecado, y con el conjunto del sistema religioso de la ley nueva.—Su institucion

divina.—La confesion auricular en los primeros siglos.—Testimonios de la tradicion.—Decreto del Concilio de Letran.—Objeciones.

CONFERENCIA XI.—*De la Satisfaccion y del Purgatorio.* 170

Dificultades suscitadas contra la doctrina católica.—La satisfaccion ¿destruye el valor de la sangre de Jesucristo?—Doctrina católica acerca de la satisfaccion.—Penal debida al pecado.—Testimonio del Antiguo Testamento.—Esta doctrina es una consecuencia de la manifestacion natural de los divinos atributos.—Ha pasado positivamente á la fé cristiana.—Testimonio del Nuevo Testamento.—Práctica constante de la Iglesia.—Decreto del Concilio de Trento.—Doctrina del Purgatorio; se funda en la doctrina precedente, en la costumbre de orar por los muertos, en la Escritura y en la Tradicion.—Exámen de un pasage de San Pablo.—Enseñanza de las iglesias protestantes acerca de los sufragios por los difuntos.—La doctrina católica es un manantial de consuelo.

CONFERENCIA XII.—*De las Indulgencias.* 222

Calumnias contra las indulgencias.—Verdadera naturaleza de estas.—Estado de la cuestion.—Fundamento de esta doctrina en la Escritura y en la práctica de los primeros siglos.—Cartas de los mártires.—De las indulgencias en los tiempos modernos.—Explicacion de algunos términos.—Carácter de las obras impuestas á los guerreros de la edad media.—¿Ha multiplicado las indulgencias la avaricia del clero?—De los abusos.—De la

acusacion de frivolidad que se hace á las obras prescritas para ganar las indulgencias.

CONFERENCIA XIII.—*Invocacion de los Santos: de las reliquias y de las imágenes.* 258

De la acusacion de idolatría que se hace á los católicos.—Doctrina católica acerca del culto de los Santos.—Verdadero sentido de la palabra *culto*.—La Comunión de los Santos, fundada en la idea misma del cristianismo, en los Libros Santos y en la creencia de los primeros cristianos.—Inscripciones de las catacumbas.—Testimonios de los escritores.—Culto de las santas reliquias.—Acusacion de supersticion.—Testimonio de la Escritura y de la Tradicion.—Honores tributados á las santas imágenes.—Doctrina del Concilio de Trento.—Antiguas pinturas.—De las vagas declamaciones que se hacen contra las doctrinas católicas.

CONFERENCIA XIV.—*Transubstanciacion.*—

Parte I. 525

Dogma de la Transubstanciacion.—Principios generales para la interpretacion de la Escritura.—Exámen del capítulo VI de San Juan.—Costumbre de Jesucristo de aprovecharse de cada uno de sus milagros para inculcar alguna doctrina particular.—Cambio de objeto en el versículo 48.—Sentido literal de las palabras del Salvador en la segunda parte de su discurso con arreglo á la diferencia intrínseca de su language, á las reglas del language figurado, á la naturaleza de la lengua que entonces se hablaba, al carácter de las palabras mismas, á la manera en que los judíos las en-

tendieron, á la conducta que observaba el Salvador cuando sus oyentes equivocaban el sentido de sus palabras y cuando las entendian en su verdadero sentido, á la conducta que observaba con sus discípulos; y en fin, á su propio carácter.—Vanos esfuerzos de los protestantes por sostener el sentido figurado. 384.

CONFERENCIA XV.—*Transubstanciacion.*—*Parte II.*

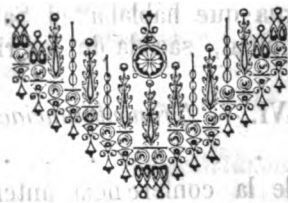
Palabras de la institucion de la Eucaristía.
—Interpretacion de los teólogos protestantes.
—Estado de la cuestion.—Exámen de los textos alegados en favor del sentido figurado.—Pasage alegado por Zwinglio.—Discusion de los pasages paralelos.—Primera dificultad, sacada de la lengua que hablaba el Salvador.
—Segunda dificultad, sacada de los ritos judáicos.

CONFERENCIA XVI. — *Transubstanciacion.*—

Parte III. 426

Resúmen de la conferencia anterior.—Exámen de los motivos que se alegan para seguir el sentido figurado.—El sentido literal envolvía una imposibilidad en el ánimo de los Apóstoles?—Peligro de esta suposicion relativamente á los demas misterios.—Supuesta contradiccion entre el milagro de la Eucaristía y lo que la esperiencia nos revela acerca de la naturaleza.—Pruebas positivas sacadas del *pronombre*, de la explicacion que sigue á la fórmula Sacramental, de las circunstancias en que se hallaba el Salvador, de dos pasages de San Pablo, de los testimonios de la antigüedad cristiana, de las liturgias,

de la creencia de las sectas disidentes, de la correlacion de la Eucaristia con la doctrina de la autoridad, de su influjo en la religion practica, de sus relaciones con la vida futura, y de lo que se arriesga desechando la doctrina catolica.—Conclusion general de las Conferencias.



ERRATAS.

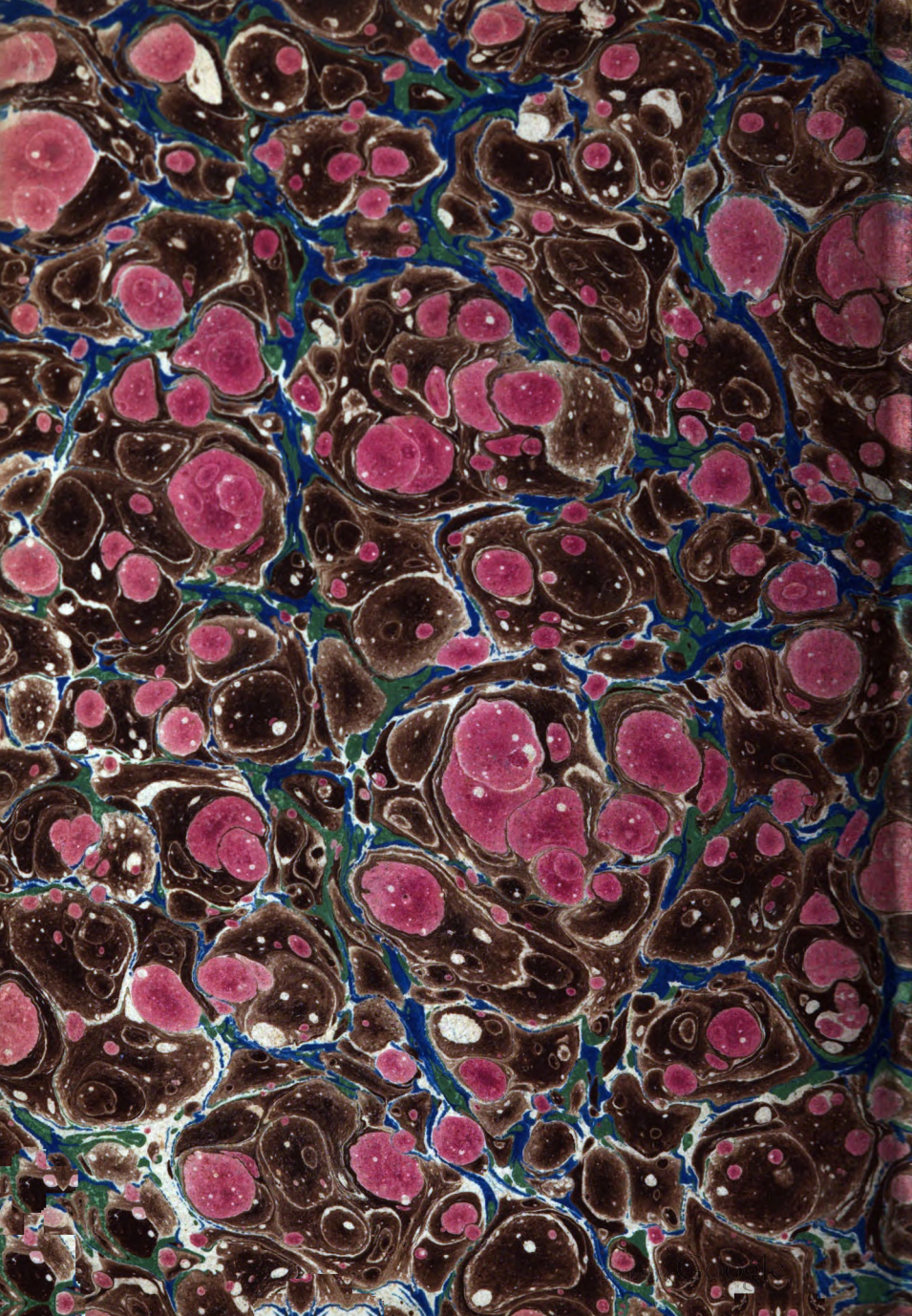
<i>Pág.</i>	<i>Línea.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Léase.</i>
49	24	milotros	mil otros
lb.	23	errores	errores
54	2	(1) (falta la cita)	(1) Ad Philip., I, 17.
57	1 y 2	es despoja	se despoja
65	26	estensamen	estensamente
84	12	lamarme	llamarme
88	22	(1)	(2)
lb.		(falta la segunda cita)	(2) Act. XVII, 11.
89		(1) (la primera cita)	(es de la plana anterior)
97	30	ies nseparable	es inseparable
137	4	de é	de él
152	13	el alcanzar	de alcanzar
157	24	descubre	descubren
193	3	esta pena	la pena
195	9	incurrir una	incurrir en una
201	15 y 16	prácticas consecuencias	prácticas y consecuencias
220	18	lloran	llora
232 (en la fol.)		pág. 222	232
239	20	en ca-	en la
285 8 de la nota		cabada	acabada
293	14	ni los Santos	ni á los Santos
lb.	22 y 23	de monumentos	de los monumentos
299	14	Pero eso	Por eso
308	27	los mártires	los cristianos
349	última	as	las
320 (foliacion)		520	320
326	17	en ante	delante de
335	4	naturalmente	natural
341	15	no debía	debía
345	27	en inculcarles	el inculcarles
386	6	sangre	sangre."
429	20	hallarse	hallar
433	22	os hará	osará

Libro	Valor	Importe
1.º	10	10
2.º	10	10
3.º	10	10
4.º	10	10
5.º	10	10
6.º	10	10
7.º	10	10
8.º	10	10
9.º	10	10
10.º	10	10
11.º	10	10
12.º	10	10
13.º	10	10
14.º	10	10
15.º	10	10
16.º	10	10
17.º	10	10
18.º	10	10
19.º	10	10
20.º	10	10
21.º	10	10
22.º	10	10
23.º	10	10
24.º	10	10
25.º	10	10
26.º	10	10
27.º	10	10
28.º	10	10
29.º	10	10
30.º	10	10
31.º	10	10
32.º	10	10
33.º	10	10
34.º	10	10
35.º	10	10
36.º	10	10
37.º	10	10
38.º	10	10
39.º	10	10
40.º	10	10
41.º	10	10
42.º	10	10
43.º	10	10
44.º	10	10
45.º	10	10
46.º	10	10
47.º	10	10
48.º	10	10
49.º	10	10
50.º	10	10
51.º	10	10
52.º	10	10
53.º	10	10
54.º	10	10
55.º	10	10
56.º	10	10
57.º	10	10
58.º	10	10
59.º	10	10
60.º	10	10
61.º	10	10
62.º	10	10
63.º	10	10
64.º	10	10
65.º	10	10
66.º	10	10
67.º	10	10
68.º	10	10
69.º	10	10
70.º	10	10
71.º	10	10
72.º	10	10
73.º	10	10
74.º	10	10
75.º	10	10
76.º	10	10
77.º	10	10
78.º	10	10
79.º	10	10
80.º	10	10
81.º	10	10
82.º	10	10
83.º	10	10
84.º	10	10
85.º	10	10
86.º	10	10
87.º	10	10
88.º	10	10
89.º	10	10
90.º	10	10
91.º	10	10
92.º	10	10
93.º	10	10
94.º	10	10
95.º	10	10
96.º	10	10
97.º	10	10
98.º	10	10
99.º	10	10
100.º	10	10

Biblioteca Municipal

CODES

SARRIA



BIBLIOTECA CENTRAL

28-80
105

120
DIPUTACIÓN PROVINCIAL
DE BARCELONA

BIBLIOTECA CENTRAL

P 913412

BIBLIOTECA DE CATALUNYA



1001907216

